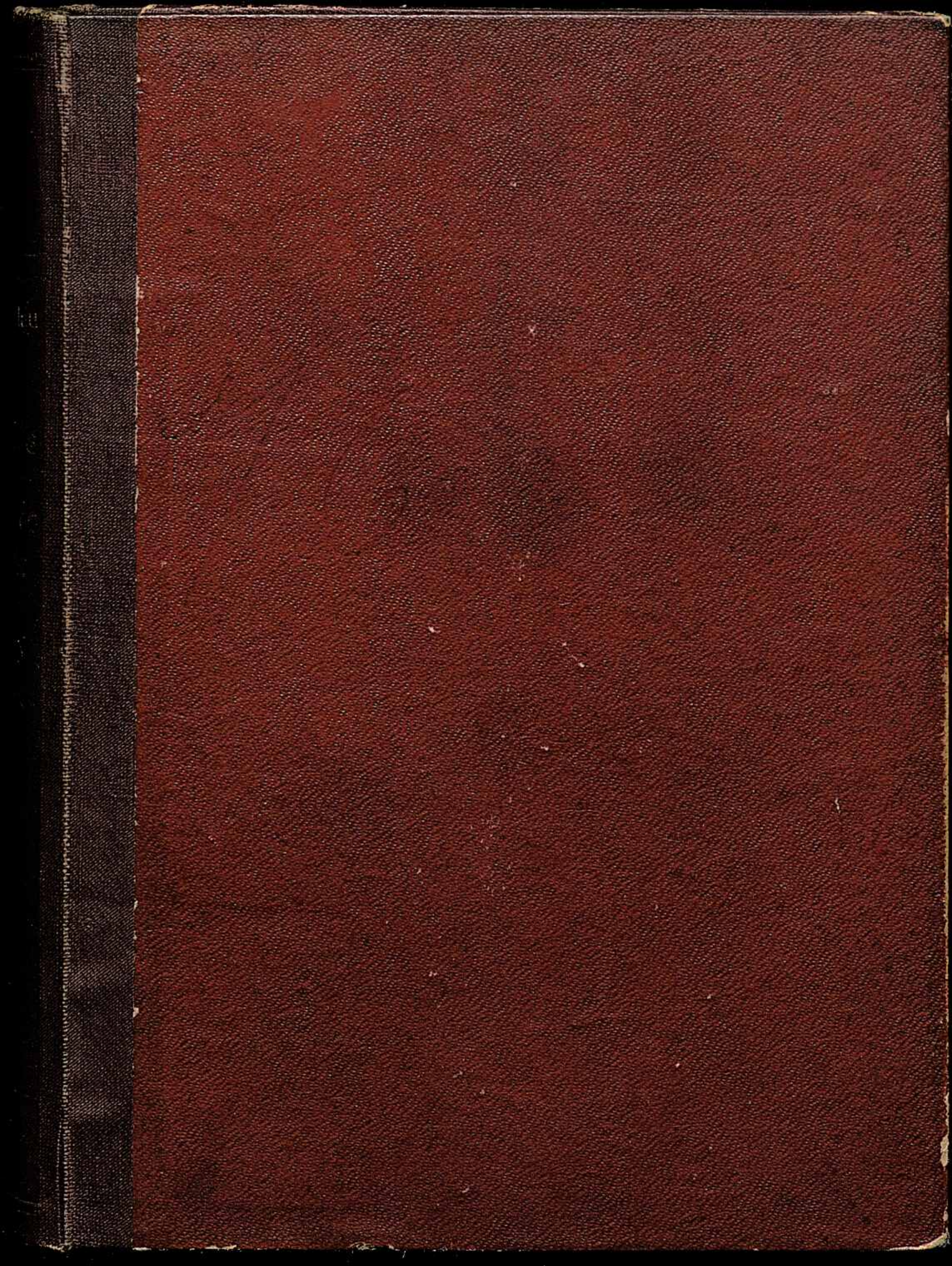


MAX NETTLAU

ELISEO RECLUS

LA VIDA DE UN SABIO JUSTO Y REBELDE

TRADUCCIÓN DE
V. OROBÓN FERNÁNDEZ



Publicaciones de "La Revista Blanca"
Administración : Calle Guinardó, 37 - Barcelona

Impresos Costa. — Conde Asalto, 45. — Barcelona



PRÓLOGO

La aspiración suprema de la humanidad será siempre la emancipación completa de las restricciones a su desarrollo que le ha impuesto el pasado y que el presente mantiene todavía en grados diversos, ya de atenuación, ya de firmeza bastante sólida aun, pero expuesta al asalto incesante de las fuerzas del progreso. Esta lucha en toda la gran línea de las manifestaciones de la vida humana ofrece multitud de fases y variedades en cada uno de sus dominios múltiples, como, por ejemplo, en el de la ciencia contra la ignorancia y la fe ciega. Es, pues, evidente que también en el vasto campo de las luchas políticas y sociales del porvenir contra el pasado hay variedad, diversidad, grados diferentes de desarrollo en todo -- en el ideal, más próximo o más lejano; en los métodos, en los medios, en la intensidad del ritmo de la marcha hacia adelante. etc. — Si la ciencia más precisa se halla siempre dispuesta a revisar sus conclusiones en virtud de nuevos descubrimientos o investigaciones más profundas que vienen a aclarar un conjunto de hechos aun mal comprendidos, con mayor motivo deben hacerlo las ciencias políticas y sociales, donde existen todavía menos hechos definitivamente adquiridos, donde los medios de observación y experimentación se hallan menos desarrollados y son más difíciles de aplicar, donde intereses y pa-

siones son puestos en juego por fuerzas antagónicas que tiran en direcciones diversas, donde, en suma, las condiciones de estudio y acción independientes son las que menos abundan.

De ahí la diversidad de lo que se ha dado en llamar sistemas y remedios sociales, y la diferencia mencionada de métodos, medios y ritmos. De ahí también, necesariamente, la ausencia de un sistema único sea en el socialismo estatal, sea en el socialismo anárquico. Nada más natural que esta ausencia de exclusivismo, la cual es una prueba de que se procede por la vía verdadera del progreso científico, que no conoce soluciones únicas y definitivas que harían inútil todo trabajo futuro en esta rama de la ciencia. Pero como en el terreno político y social un gran número de hombres tiene un interés inmediato en realizar progresos u obstaculizarlos, es psicológicamente inevitable que la idea del sistema único y del camino único fascine a grandes masas humanas, animándolas e insuflándoles esperanza. Hay, además, otras razones — siempre es agradable para algunos dirigir un gran partido—, y así el socialismo autoritario se ha fundido completamente en las dos tendencias del marxismo, de las cuales una, la socialista parlamentaria, trata de dominar por el colaboracionismo, mientras que la otra, la comunista, espera dominar por sí sola, y una y otra cambian de aspectos y métodos cuando les parece útil, pues tienen una finalidad idéntica, a saber su entronización única y exclusiva sobre toda la vida política y social.

El socialismo anárquico se guarda bien de minar sus fuerzas vivientes buscando una fusión semejante. Ha producido toda una serie de concepciones a cual más notables, como las de Proudhon *y* Bakunin, Reclus *y* Kropotkin, Malatesta *y* Ricardo Mella, Voltairine de Cleyre *y* Gustav Landauer, Max Stirner y Tolstoi *y otros más. Si algunas de ellas son mucho para el público libertario y otras menos, eso, según mi convicción, no significa de*

ninguna manera que sean anticuadas o que hayan sido refutadas y merezcan solamente el olvido o a lo sumo el respeto que se guarda a los difuntos. Aunque se hallan influenciadas por la situación particular de su época, sus partes de actualidad no comportan más que una enseñanza pasajera, si bien con frecuencia instructiva; pero sus partes principales, sean sus autores antiguos o recientes, no han sido todas aun verificadas por la experiencia que continúa siéndonos inaccesible. Sería, pues, imprudente dejarse guiar por las predilecciones del momento y relegar al margen de nuestra esfera de atención y de estudio todo lo que, en la hora presente, nos parece sin actualidad inmediata. No somos lo bastante ricos para eso, y es completamente erróneo pensar que de los antiguos anarquistas los unos refutaron y superaron a los otros, de manera que sólo vale la pena conocer al que ha llegado últimamente porque todos los demás son vieja chatarra.

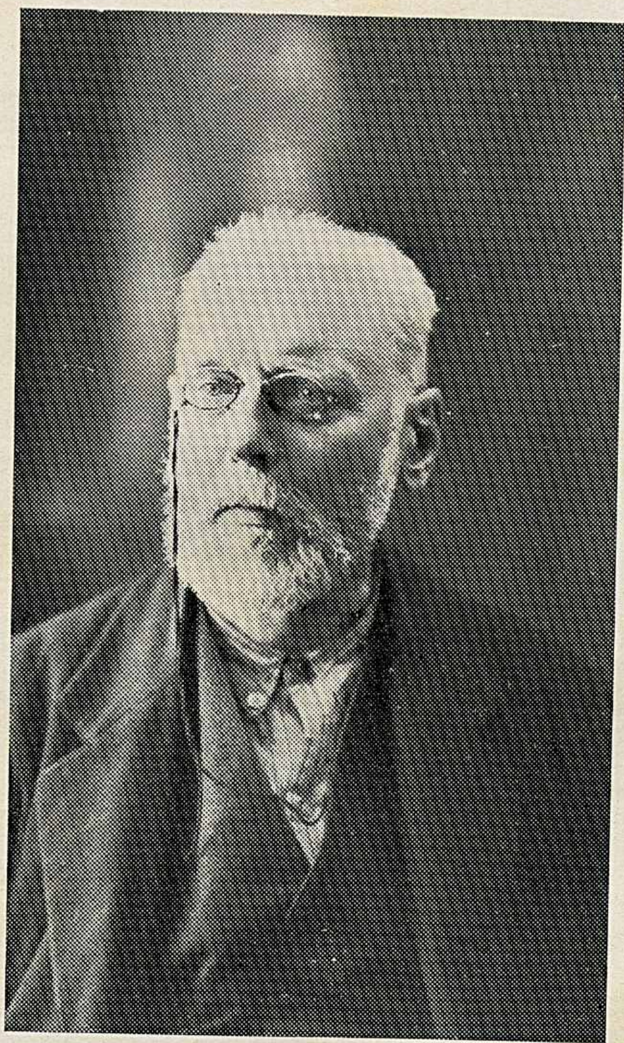
No, los inmensos problemas de la regeneración humana no se dirigen de una manera tan simplista hacia sus soluciones aun lejanas, y la riqueza en pensamiento libertario es nuestra fuerza y no una acumulación embarazosa de cosas del pasado, hecha inútil por algún conocimiento superior y definitivo que poseamos en el presente.

Tales son las consideraciones que me hacen analizar con interés y cariño la historia de nuestras ideas, cuyos primeros balbuceos he intentado trazar en los precursores dispersos, y después su vida colectiva, en la Internacional, llegando de este modo al año 1880. En lo que se refiere a Bakunin he examinado su vida entera mucho más en detalle; sobre Italia he analizado los años 1864-72 y la vida de Malatesta hasta 1922; en cuanto a España, me he ocupado de la Internacional de 1868 a 1881 y también, en trabajo no redactado aún, de la historia de los veinte años siguientes. Otros estudios míos representan

trabajos preliminares sobre el período a partir de 1881 *y algunas personas de esa época, como* William Morris, Fernand Pelloutier, Voltairine de Cleyre, *varios aspectos de* Kropotkin, *etc. En el transcurso de estos trabajos la personalidad de Reclus me ha parecido exigir tan grandes dimensiones, sin que por esto piense que el tema ha quedado agotado.*

Ha sido un gran placer para mí ocuparme de Eliseo Reclus, que me es querido por mis recuerdos personales, y a quien todos nosotros hemos conocido de nuevo por su «Correspondencia», que tanto nos conserva de su vida íntima; por otro lado, le tenemos ante nosotros en esa magnífica obra titulada «El Hombre y la Tierra», la cual, a mi juicio, representa una de las más bellas, más profundas y más amplias concepciones de la anarquía, lo que hace que, para mí al menos, Reclus, igual que Bakunin, sea uno de los más vivientes de los viejos anarquistas muertos. Si Bakunin, que en ese aspecto continúa viviendo también, estará con nosotros en las horas de lucha, pienso que Reclus es el que mejor habría de prepararnos para ser hombres enteros en las horas supremas. El nos muestra la amplitud de la idea libertaria que triunfará un día gracias a esta amplitud que corre parejas con la de la vida misma y que sería fútil y nocivo restringir o canalizar por vías pretendidas únicas y directas.

Este libro ha aparecido en primera edición alemana en agosto de 1928, *publicado por la editorial* Der Syndikalist, *Berlín, O.* 34. *La presente traducción española ha sido aumentada con numerosos detalles concretos sacados de los papeles de Eliseo y Elías Reclus, de los cuales Paul Reclus, en junio de* 1928, *me ha facilitado una parte importante. Entre otras las cartas eliminadas del tomo III de la «Correspondance» por razón exterior (dimensión excesiva del volumen) son utilizadas en éste texto y muchos hechos se hallan así reconstituídos por la propia*



Max Nettlau

pluma de Reclus en citas exactas ; todo pasaje de una carta suya sin referencia a los tomos de la «Correspondance» ha sido extractado de estos materiales inéditos. La investigación sobre Reclus no queda acabada con mi trabajo presente, ni mucho menos ; tan sólo desearía que se viera estimulada, ampliada y completada.

Después de leer este libro, el lector juzgará si era necesario dejar esta bella vida de nuestro mejor amigo en la esfera vaga de las generalidades y de la leyenda, o si valía la pena ocuparse de ella con detenimiento ; pienso que opinará conmigo, que Reclus tiene aún mucho, mucho que decirnos.

M. NETTLAU

26 de agosto de 1928.



I

La infancia de Eliseo Reclus en la Gironda y en Bearne (1830-1842)

La arraigada necesidad de libertad del hombre, que, despierta en las grandes masas y desarrollada plenamente, habrá de hallar un día esas formas de realización social que hoy designamos con el nombre completo de *anarquía,* no pudo quebrantar hasta aquí el poder del desatino autoritario más que en numerosos casos aislados, en su mayoría determinados por el desarrollo individual de rebeldes, hombres y pequeños grupos que se han sentido y han vivido libres intelectual, moral y socialmente. Pues esta auto-emancipación requiere inusitada energía moral y espiritual, susceptible de hallarse solamente en hombres cuyo desenvolvimiento fué fomentado en este sentido por influencias y experiencias favorables. Esperemos que tales desarrollos se realicen cada vez en mayor número y, por consiguiente, con más facilidad, pero todavía vemos surgir y acumularse frente a ellos una serie de nuevos obtáculos : a la debilitación del fanatismo religioso y de la ignorancia de pasados siglos, siguió la quiebra absoluta de las esperanzas depositadas en el socialismo, tan pronto como éste se dedicó a perseguir éxitos de momento como la conquista del poder en el estado actual o la implantación de su propia dictadura, lo cual ha tenido por con-

secuencia inmediata un descenso general del nivel humano, que con las palabras «fascismo en toda la línea» queda suficientemente caracterizado.

Por esta razón el estudio de la vida de aquellos que supieron alcanzar las más puras formas de libertad y dignidad humana, aplicándolas en lo posible a su propio vivir cotidiano, continúa teniendo, y ahora más que nunca, un gran interés tanto histórico como ejemplar y no debe ser considerado ni lejanamente como un culto personal. Al describir aquí con muchas particularidades la vida de *Eliseo Reclus*, lo hago con sincera admiración y alta estima por este hombre singular, pero también desearía con ello señalar constantemente las posibilidades de acción y desarrollo que residen en todos nosotros y que debiéramos despertar, como supo hacerlo Reclus libertándose espiritualmente de un ambiente de estrechez y creando a su alrededor una atmósfera de libertad, bondad humana y solidaridad. Todos podemos hacer esto, cada uno a su manera; basta querer; ningún dios y ningún partido pueden hacerlo por nosotros, y si prescindimos de tales esfuerzos *propios* pronto contemplaremos retrospectivamente una vida de ocasiones desperdiciadas, permaneciendo encadenados al obtuso y embotado medio autoritario que nos rodea. En este sentido dispongámonos, sin impaciencia por hallar en seguida pasajes revolucionarios, a seguir la vida de este hombre cuya reconocida significación bien merece y justifica el que nos ocupemos a fondo de su desarrollo.

Jacobo Eliseo Reclus nació el 15 de marzo de 1830 en Sainte-Foy-la-Grande, pequeña ciudad antigua, situada a orillas del río Dordoña en la Gironda, región sudoccidental de Francia. Pocos hombres se han libertado tan plenamente de todas las ilusiones religiosas, investigando y analizando el origen y la esencia de las mismas y tratando de abrir los ojos a la humanidad sobre todas esas formas de superstición primitiva, como los hermanos Elías y Eli-

seo Reclus. Sin embargo, ellos mismos se desenvolvieron en el más estricto medio religioso, el de su padre, el pastor protestante Reclus, acerca del cual el mayor, Elías, escribió más tarde (1): «... Desde mi nacimiento y quizá ya antes, un padre de fe ardiente y sincera me había destinado a ser un propagador del evangelio según Calvino o, mejor, según Wesley. Siendo todavía un niño se me mandó, atiborrado de enseñanza cristiana, a una escuela de los Hermanos Moravos y a un colegio protestante, después al Oratórium de Ginebra y a las facultades de Montauban y Estrasburgo. A pesar de esto, lo que yo tenía entonces de razón protestaba, primero sordamente y después de un modo decidido contra dos dogmas que me eran señalados como esenciales: la teopneustia o inspiración textual y literal de la Sagrada Escritura y contra el infierno eterno. Al terminar mis estudios teológicos me había formado mi propia convicción, abandoné sin ruido la iglesia *protestante* y me lancé con delicia en el estudio de Fourier; me habría sentido muy feliz si hubiese podido entrar en un falansterio...» Una línea parecida siguió el desarrollo de Eliseo, a quien debemos representarnos como unido a su hermano mayor por un afecto extraordinario, influenciado y sostenido espiritualmente por éste y solidario de él en la mayor parte de las cosas, sin que perdamos de vista la peculiaridad y la diferenciación íntima de cada uno de los hermanos.

Puesto que el lugar natal de un hombre ejerce influencia hasta en los caracteres más independientes, ya que sus primeras sensaciones son arrancadas precisamente de este medio y que sus restantes impresiones vienen a incorporarse después a esta masa fundamental, es necesario prestar especial atención a esta circunstancia, incluso cuando

(1) Facsímile de un manuscrito inédito frente a la página 292 del libro *Elisée and Elie Reclus: In memoriam...*, editado por Joseph Ishill (Berkeley Heights, Nueva Jersey, 1927).

se trata de hombres en quienes el internacionalismo y el sentido de humanidad se hallaban extraordinariamente desarrollados. Por lo tanto, quiero intentar hacer un esbozo de la posición histórica de la Francia sudoccidental conforme a propios datos de Reclus, desparramados en la más madura de sus obras principales (2).

Se trata de grandes parajes de una población íbera y gala, sumamente latinizada desde la conquista romana, sobre los cuales pasó después la larga invasión visigótica y que al fin, a partir del siglo XII, fueron incorporados por la Francia del Norte a su organismo estatal. El recuerdo de una comunidad de pueblos catalano-provenzal, que unía los amplios valles del Ebro y el Garona, quedó rezagado. Hubo un tiempo en que «existió la tendencia latente a reunir dos diferentes nacionalidades, la una con las costumbres de Provenza y el derecho romano, la otra perteneciente al grupo de la civilización ibérica y al «derecho gótico»... La Galia oriental narbonense y el Oeste vuelto ya visigótico pertenecieron más tarde al reino de los visigodos en el valle del Garona, que tuvo por capital a Tolosa y cuyos reyes se latinizaron. Estas viejas provincias latinizadas de la Galia del Sur, desde Marsella hasta Tolosa, expuestas a las invasiones con menor frecuencia que las llanuras del Norte, se habían defendido bastante bien contra las brutalidades del feudalismo; sus ciudades poseían viejos privilegios y sólidas murallas; se conservaba una más elevada civilización, ciencia y pensamiento, y se aprendía también de los árabes. Su bella lengua, que pronto degeneró en «patois», figuró en primer lugar y pudo esperarse que seguiría al latín como idioma de la gente instruída. Las herejías habían abierto los cerebros: se discutían los dogmas...

Pero—observa Reclus, a quien pertenece toda esta se-

(2) *L'Homme et la Terre* (París, 1905-1908), particularmente III, páginas 353-354; IV, pág. 38 y sgs.; V, págs. 408-410.

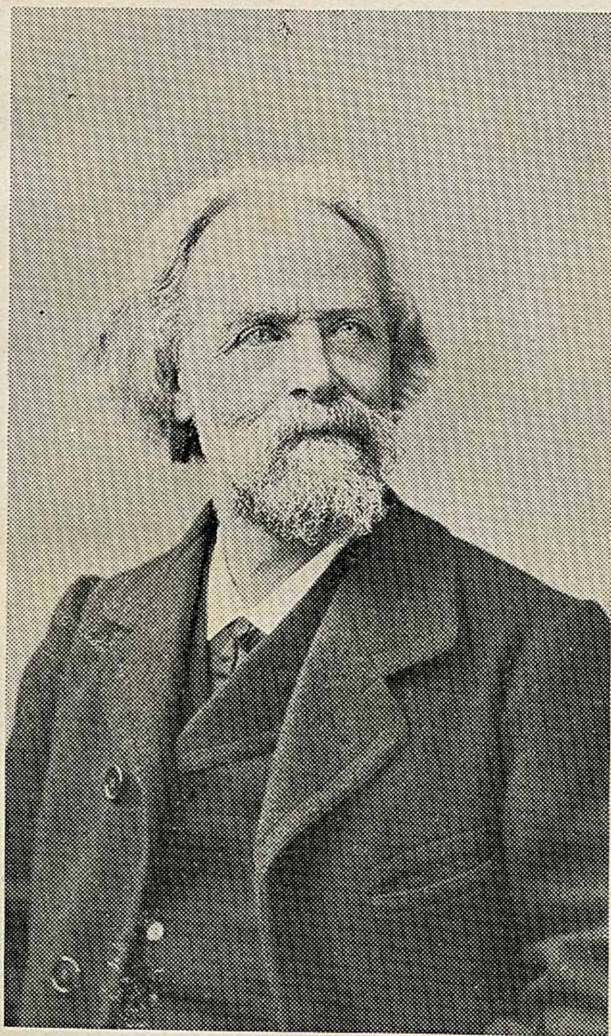
rie de ideas—esas ciudades miraban hacia el pasado y carecían del nuevo espíritu de las ciudades lombardas y norteeuropeas; la vida moderna no se desarrollaba con bastante fuerza en este medio sobrecargado de ruinas romanas. El país se encontraba abierto allí, siendo difícil defenderlo, y la futura victoria de la Francia del Norte era impuesta por la situación geográfica, a causa del gran macizo montañoso de la Francia Central con sus salientes hacia el Sur. Los veinte años de guerras albigenses destruyeron las posibilidades de desarrollo independiente del Sur. Cataluña y Aragón perdieron con esto su porvenir, no menos que la Provenza y el Languedoc (Sudoeste). Los Pirineos no habían sido hasta entonces ninguna frontera estrictamente separadora; la civilización se desenvolvió paralelamente a ambos lados de la cordillera bajo idénticas influencias, y el idioma era el mismo, con variaciones locales. Pero al fundarse el señorío feudal de los franceses en las llanuras del Sur, el punto de gravedad de todo el país vióse de pronto trasladado hacia el Loira y el Sena; esto fué causa de que la resistencia del valle del Ebro contra los castellanos de las altas mesetas se debilitara sensiblemente... «La ruina de una mitad del mundo catalano-provenzal trajo consigo, de rechazo, la pérdida de la otra mitad»... y sólo entonces se convirtieron los Pirineos en frontera cada vez más separadora, como si se hubieran vuelto más altos.

Reclus diferencia exactamente la manera de ser de la población provinciana de las regiones montañosas de Francia, que conserva su peculiaridad, pero siente un gran respeto por París, y la de los franceses del Sur propiamente dichos, los habitantes de Tolosa, Marsella y la Gascuña. «...No se considera peor que el parisiense; se diría que ha conservado un resto del orgullo del romano o del ciudadano de la *Provincia,* cuando éstos se aventuraron en los parajes fríos, pantanosos o forestales del Norte galo; quizá recuerda instintivamente los días de la Edad

Media antes del horrible Simón de Montfort (jefe de la cruzada contra los albigenses), cuando las gentes de la *Langue-d'oc,* los albigenses y otros, poseían una clara conciencia de la superioridad de su civilización comparada con la de los bárbaros del Norte. Quizá algunos franceses del Sur, sin darse cuenta de ello, llegan (a París) con un sentimiento de venganza. Entre ellos, los grandes oradores desencadenan sus tempestades retóricas como en un país conquistado.

»Una manifestación particularmente significativa, y, sin embargo, una consecuencia natural de la antigua y a veces victoriosa opresión de la población del Sur por los invasores del Norte, es la manera complicada con que la primera reacciona ahora contra el Norte. Mientras que hace 600 años, la población del Sur constituía indiscutiblemente la parte más progresiva de la nación, en su comportamiento presente actúan muy poderosos elementos retardatarios. Al lado de una mayoría de electores cuyo color político es denominado «radical», incluso «radical-socialista», y cuyos representantes se ocupan de la separación de la Iglesia y el Estado, al lado de campesinos que laboran en un sentido cooperativo y hasta comunista, hay grupos extremadamente supersticiosos y reaccionarios. Si la lengua provenzal intenta de nuevo recobrar su vida, a la cual tiene perfecto derecho—ésta justifica además su legítima aspiración mediante poemas de gran belleza literaria—, el sentido de este movimiento se dirige, no obstante, abiertamente hacia la reacción católica; ¿y no es ignominioso que la cruel pasión por las corridas de toros... se haya apoderado de tantas ciudades del Sur, y que éstas hayan sentido despertar su antiguo espíritu municipal contra el gobierno central, cuya única culpa consistía en haber querido aplicar leyes, verdaderamente poco draconianas en este siglo, promulgadas para la protección de animales?»...

Todas estas observaciones caracterizan ya a Reclus,



Eliseo Reclus

quien conocía las más íntimas relaciones de la Historia y cuya especial simpatía por el mundo hispanoamericano tenía quizá ahí sus raíces, pero el cual, llegada la ocasión, sabía poner el hombre libre y el más pobre animal por encima de recuerdos local-nacionales, cuando éstos eran buscados e invocados en interés de impulsos reaccionarios, como lo hicieron, por ejemplo, hace unos veinte años, los brutales defensores del derecho de las ciudades autónomas a celebrar corridas de toros.

La Galia meridional y sudoccidental—tan favorecida por la naturaleza y el clima, con llanuras regadas por abundantes ríos y dotada de ciudades-puertos fundadas en tempranas épocas por la cultura fenicia y griega, convertida después en seguro dominio romano cruzado por grandes carreteras hacia el Norte y hacia España y no muy perturbado por los visigodos—se halló menos expuesta a la destrucción y al obscurantismo de la Edad Media que la mayor parte del resto de Europa, y, en algunos puntos, fué palenque de un progreso espiritual y social-libertario, que, conforme a la manera de la época, se abría camino mediante nuevas comunidades religiosas, llamadas por los adversarios sectas o nidos de herejes. El feudalismo de las regiones más al Norte, utilizó esto como pretexto para organizar sus rapaces y destructoras expediciones en forma de cruzada contra los albigenses, y desde entonces el destino del país fué dictado por el norteño París, como antes lo había sido por la lejana Roma; de igual modo el destino del pueblo catalán, de lengua casi idéntica, fué pronto impuesto por Madrid, centro gubernamental español. No fué, pues, una casualidad el que, algunos siglos más tarde el protestantismo, ideado en sus comienzos como rompimiento con un pasado de corrupción, hallara especialmente en el Sudoeste, numerosos partidarios—la mayoría de la población, en 1566, en Bearne, según De Thou, *Histoire universelle,* V, p. 187; tres cuartas partes, según otros; nueve décimas partes, en 1617, en Bas Navarre y

Bearne, según Felice, *History of the Protestants in France*, p. 237 (3)—; también fué el Sudoeste tierra natal de algunos de los más libres pensadores de los siglos XVI y XVII, como *Etieene de La Boétie*, oriundo de Sarlat, pequeña ciudad al este de Sainte-Foy-la-Grande, cuyo *Discurso sobre la servidumbre voluntaria* le consagra como uno de los campeones de la rebeldía libertaria consciente contra la autoridad (4), como *Montaigne* y *Cyrano de Bergerac*, natural de Bergerac, situado cerca al oeste de Sainte-Foy, uno de los pensadores del siglo XVII que se adelantó mucho a su época y acertó a cubrir hábilmente sus ideas radicales con un velo utópico.

El protestantismo francés fué muy belicoso en las guerras religiosas a partir de 1562, tuvo que sufrir la noche de San Bartolomé (1572) y durante sus luchas incluso «adquirió mayor relieve el pensamiento de convertir el Sur y el Sudoeste de Francia en un estado libre e independiente, bajo la protección del rey Jacobo I de Inglaterra» (5), pero no logró ninguna victoria decisiva que habría podido hacer de él una Iglesia oficial perseguidora, como ocurrió en Inglaterra, Escocia, Suecia, Alemania del Norte, Ginebra, etc. El edicto de Nantes, en 1598, le concedió sólo una muy precaria tolerancia y ésta fué socavada poco a poco, singularmente desde 1679, siempre mediante procedimientos nada dignos, como las *Dragonadas* (alojamiento de dragones en las casas de los reformadores), hasta que, en 1685, la derogación del edicto de Nantes proscribió en absoluto el protestantismo. Esta situación impulsó a muchos cientos de miles a huir secretamente al extranjero, a Inglaterra, Prusia, Holanda, América y otros

(3) Estos datos, según Buckle, *Hist. of Civ. in England*, alemán de Ruge, segunda edición, 1865, I, II, págs. 54-55.

(4) V. M. Nettlau, *Der Vorfrühling der Anarchie* (Berlín, 1925), págs. 46-41.

(5) Tomo estas palabras de la *Geschichte der Menschheit und der Kultur*, de G. F. Kolb (Pforzheim, 1843), II, pág. 309.

países, mientras que los demás organizaron una exasperada resistencia armada en las montañas (los *Camisardos* en los Cevennes) o continuaron, con ayuda de los pastores proscriptos, el ejercicio constante y secreto de su culto, delito penado con la pérdida de la fortuna y la esclavitud en galeras (6). Entonces hubo innumerables víctimas de su convicción en la vida privada y también pastores valerosos, los cuales—al igual que otros protestantes perseguidos durante la contrarreforma en los países alpinos de Austria, en Salzburgo, Berchtesgaden, Bohemia, etc., y, por otra parte, sacerdotes católicos en Inglaterra, en los siglos XVI, XVII y hasta en el XVIII—debieron vivir una vida clandestina y llena de peligros. El Estado y la Iglesia oficial eran el enemigo irreconciliable contra el cual laboraban incansablemente constancia y solidaridad. Bajo tal aspecto, acentuado por las tradiciones locales aun vivientes, debieron aparecer estos acontecimientos a los jóvenes hermanos Reclus.

Después vino una época de reconocimiento estatal del protestantismo, cuyos predicadores fueron instruídos, desde 1808, en la Universidad local protestante de Montauban. De este modo el pastorado se convirtió para la mayoría en una carrera como otra cualquiera, mientras que, por otra parte, continuó habiendo jóvenes que, de acuerdo con su modo de ser y bajo la influencia de la tradición antes señalada, llena de persecuciones honrosas, tomaron estas cosas en serio, incluso muy en serio, y a éstos pertenecía *Jacobo Reclus* (31 julio 1796—primeros días de abril de 1882), padre de los hermanos Reclus (7).

(6) Esto se halla claramente descrito, por ejemplo, en las *Mémoires d'un Protestant condamné aux galères en France pour cause de religion,* recuerdos escritos de 1700 a 1713 por el galeote Jean Marteille, de Bergerac (Rotterdam, 1757; reimpresión, París, 1865, IX, 561 págs. A este respecto podría consultarse el *Bulletin de la Société de l'Histoire du Protestantisme français*).

(7) Lo que sigue ha sido extractado de los recuerdos de Eliseo sobre Elías (Impresión privada; París, 1905), de la correspondencia

Su familia era protestante desde el siglo XVI, pero no se conoce anteriormente ningún pastor de ese apellido. Su padre, Juan Reclus (19 noviembre 1760-30 abril 1848), era un labrador acomodado de la comuna Le Fleix, cerca de Sainte-Foy, donde su hermano menor, Isaac, nacido en 1805, y luego el hijo de Isaac, Abel (1827-1905), en casa del cual vivía el anciano abuelo, muerto a la edad de 88 años, forman la rama de los Reclus, que continúa siendo campesina. El padre de Juan Reclus fué Jacques (1710-1796), nacido de Elisabeth Jarry. Se menciona un Reclus que, en el siglo XVIII, fué regidor en Liborna, ciudad próxima situada al oeste de Sainte-Foy. Así, pues, la familia parece estabilizada en el valle de la Dordoña, más abajo de Sainte-Foy, donde realizó alianzas locales.

Después de haber cursado sus estudios en Montauban, Jacobo Reclus fué pastor en Moncaret, Dordoña (entre Liborna y Sainte-Foy) y se casó, en 1825, con *Zeline Trigant* (25 enero 1805-22 enero 1887), de La Roche-Chalais, en el Dronne (no muy distante, al norte de Moncaret). Este matrimonio le unió a una familia muy acomodada, que por parte de la madre parece haber tenido un parentesco noble. El suegro deseaba ayudar al pastor a hacer carrera, y, como el conde Decazes le debía dinero, consiguió que Jacobo Reclus fuese empleado algunos días por semana en calidad de bibliotecario del conde, en Liborna, continuando el ejercicio de su cargo de pastor en Montcaret y al mismo tiempo en La Roche-Chalais.

Elie de Cazes, un especial favorito de Luis XVIII, había sido largo tiempo primer ministro, uno de los más reaccionarios, el cual reprimió sangrientamente las conspiraciones liberales de aquellos años e intentó siempre desbaratarlas policialmente. Pero después de la muerte del

(1911-1925), de los recuerdos escritos por Paul Reclus en 1925 para el libro de Ishill (págs. 1-25), cuyo primer texto, algo más completo, obra en mi poder, y de otras comunicaciones del mismo dirigidas a mí.

heredero del Trono, conde de Berry, asesinado el 13 de febrero de 1820 por L. P. Louvel, el antiguo ministro fué atacado violentamente por los «ultras» (tendencia del que fué más tarde Charles X), como supuesto favorecedor de este mismo crimen—a este respecto existe una literatura completa, compuesta de una serie de folletos, relacionada con el diputado Clausel de Coussergues—, de manera que se retiró de la vida política y en los años siguientes debió tener lugar la ocupación del pastor en Liborna. El conde fué padrino de pila del primer hijo—segundo vástago de la familia, pues el primero era una hija—del pastor, *Jean Pierre Michel Reclus,* nacido en Sainte-Foy, el cual recibió, como él, el nombre de *Elie* (Elías), lo que trajo por consecuencia que el pastor, buen conocedor de la Biblia, diera a su segundo hijo (nacido el 15 de mayo de 1830) el nombre de *Jacques Elisée,* es decir, Eliseo; así recibió Eliseo su raro nombre. El conde no parece haber desempeñado otro papel en su vida. En la familia y entre sí los hermanos, fueron generalmente llamados *Michel* y *Jacques.*

Un año después del nacimiento de Eliseo, el pastor Reclus, que vivía desde hacía mucho tiempo en Sainte-Foy, dió un paso decisivo para todo su porvenir hasta el fin de su vida, en edad muy avanzada, paso que demuestra la independencia de su carácter y la seriedad de su voluntad religiosa. Elegido presidente del Consistorio, vió abierta ante sí una carrera lucrativa y cómoda, pero —sigo las palabras de Eliseo en su escrito sobre Elías, no documental, mas sacado de recuerdos y tradiciones vivientes, al que designaré con el año de su impresión, 1905—«tenía la singular fantasía de querer vivir según su conciencia» y esta conciencia «preguntaba, si un ardiente apóstol de Cristo, que no poseía ni una piedra sobre la cual reclinar su cabeza», tenía derecho a precipitarse en la riqueza y el bienestar; también preguntaba «si no era una infidelidad aceptar un puesto, rentas del Estado, es decir, del Poder mundano, puesto que todo llamamiento debe

venir de arriba, esto es, del mismo Dios eterno». En una palabra, rechazó la elección, lo que incitó a sus amigos a considerarle «como un necio, un visionario, incluso un criminal para con su mujer y sus hijos», pero todo fué inútil. Esto debió decepcionar particularmente a la familia Trigant; carezco de toda noticia acerca de si su mujer, que compartió con él constantemente una vida de las más sencillas, en el medio siglo siguiente sintió el ser arrancada de su ciudad natal y de una vida quizá más cómoda, o si hizo suyos los motivos de conciencia de su marido.

Sobre esto convendría tener en cuenta la historia de la Iglesia de esa región en aquella época. Cierto pastor Henríquez parece haber hecho agitación por la independencia de la Iglesia respecto del Estado; ¿atrajo esta tendencia al pastor Reclus u obró éste individualmente por no sentirse a gusto en la jerarquía oficial, sostenida por el Estado? De todas formas, su situación, disposición de ánimo y tendencia, debieron ser exactamente conocidas por protestantes de lugares bastante alejados en la región antepirenáica, pues éstos le llamaron consigo. Un labrador fué a buscarle y el pastor, llevando a Elías, que contaba entonces cuatro años de edad, montado delante de él en el caballo, recorrió el largo camino que va desde la bella región vinícola del Garona, pasando por grandes extensiones de terreno estéril, hasta el viejo Bearne, departamento de los Bajos Pirineos, dirigiéndose a *Orthez,* ciudad situada a orillas del Gave de Pau, que desemboca en el Adour, y la cual se halla a la misma distancia de Pau, al Este y de Bayona al Oeste, bastante alejada de las únicas grandes ciudades. Los Pirineos están a unos 50 kilómetros en línea recta. Orthez se halla, pues, bastante aislado (8).

(8) No he tenido ocasión de orientarme sobre la historia de Orthez. Para juzgar la mentalidad de la población en los años 1830 a 1840 sería interesante examinar en qué formas, modera-

De una carta de una creyente de Castétarbes, que pasó su vida en este medio, Madame Touzaà (a Madame L. Dumesnil), extracto estos recuerdos, que muestran la vida del pastor : «...A vuestra llegada, hacia fines de 1831, se os instaló en Moncade, en casa de la viuda Brana. Allí nació la señora Trigant (Loïs). Desde dicho punto, tu padre se dirigía cada jueves a casa del viejo Pouyanne, donde daba una clase de Biblia, que tuvo gran éxito. Cuarenta y dos jóvenes asistían a ella ; algunos venían a pie desde Pujoo... Mamá (Touzaá) recuerda haber visto a tu hermano Elías, que entonces tenía cuatro años, permanecer muy tranquilo cerca de su padre durante las dos horas de instrucción. (Elías nos cuenta en su manuscrito de 1853 lo que pensó de una infancia pasada de tal manera) ; era una pasión por instruirse. Mamá se hacía enviar a Sauveterre cada lección por escrito. Ignoro en qué año se trasladaron a La Grille. Allí es donde nació la señora Grotz (María ; en 1832), y tu valiente madre tenía una escuela gratuita para bien de las niñas. Después se dirigieron a Lacoustace, trabajando los dos con una abnegación e inteligencia que no se han vuelto a ver por aquí. En Lacoustace debieron permanecer algunos años. En este lugar nacieron la señora Faure (Zéline, 1836) y Onésimo (1837) ; tu madre continuó sus lecciones y de todas partes se acudía para oir las predicaciones de tu padre. Se venía por cuadrillas desde Pujoo d'Orthez. Durante la semana, en medio de innumerables privaciones, instruían (se trataba de clases de Religión o lectura bíblica) y sostenían a los

das o agudas, se realizaron la liquidación del feudalismo y los demás acontecimientos de la revolución francesa. Por otro lado ¿qué huellas dejó tras sí la guerra que en 1814 atravesó esta apartada región? A este respecto hay un libro inglés bastante grande : *Wellington, the Crossing of the Gaves and the Battle of Orthez*, por el general F. C. Beatson (Londres, 1925), que describe las luchas inglesas contra Soult y en todo caso debe tratar sobre la topografía de los alrededores de Orthez y contener dibujos de paisajes. (Véase *The Times, Lit. Suppl.*, 3 dic. 1925.)

humildes, a los desvalidos, a los mendigos, a todos los que encontraban...»

La comunidad de los *Cristianos,* como ellos se llamaban, compuesta casi solamente de campesinos, labradores y algunos grandes terratenientes en el distrito de Castêtarbes, al oeste de Orthez, había sido fundada por el suizo William Pyt, al margen de las parroquias subordinadas al Consistorio y al Estado. Pyt había sido expulsado y su puesto fué ocupado por el pastor Reclus, el cual en todo caso era y permaneció invulnerable, debido a su regular ordenación eclesiástica y a su nacionalidad francesa. El desempeñó este cargo durante toda su vida, mientras que su mujer fundó una escuela privada, que dirigió sola muchos años y con ayuda de su hija más tarde (9).

(9) Carezco de informes sobre la tendencia estricta de los «Cristianos» de Orthez, de W. Pyt, etc. La separación de la Iglesia estatalmente autorizada, así como todo apartamiento del Estado, era en Francia algo muy insólito, mientras que en Inglaterra había sido realizada desde hacía mucho tiempo por enormes masas de gente religiosa, todos los *non-conformists.* No faltaban las relaciones con Inglaterra, adonde fué el pastor Reclus en 1857 para efectuar colectas con destino a un asilo fundado por él en Orthez (*Correspondencia,* I, págs. 172-173). Según el pasaje antes citado de Elías, la tendencia especial de esos «Cristianos» parece haberse aproximado al metodismo.—De qué manera algunas apartadas poblaciones protestantes apreciaban el ejercicio de su culto en recuerdo de las pasadas y prolongadas persecuciones, nos lo muestra, por ejemplo, la *Notice sur Félix Neff, pasteur dans les Hautes-Alpes* (Ginebra, 1831; alemán, Erlangen, 1832, 156 págs.), donde se describen semejantes comunidades de la región valdense, en los Altos Alpes, cerca de Briançon. En estos lugares parecen haber propagado metodistas, como comprobó el mismo Eliseo Reclus, que recorrió estos pueblos alpinos en 1860 (*Corr.,* III, págs. 15-16).

«...Cuando uno ve tantas llanuras a sus pies y se halla tan próximo a la bóveda azulada, se debe uno creer presa de un vértigo de infinito y sentirse, si no Dios, al menos divino. En los nueve largos meses de invierno puede uno hacer rodar por la cabeza ideas de perfección angelical.» Los protestantes de Orthez no se hallaban, ciertamente, en tal situación cuando él los conoció en su juventud. Es bastante probable que la memoria de Eliseo fuese refrescada so-

Al efectuar el traslado a Orthez, a fines de 1831, Eliseo no fué traído con la familia, sino llevado a *La-Roche-Chalais,* donde el abuelo Trigant era recaudador de contribuciones. «La población se halla en un alto, el río Dronne se desliza a sus pies. La propiedad de Rosalía Gast, mujer de Trigant, tenía delante un prado que bajaba hasta la orilla del río; este río es uno de los más bonitos de Francia. La *Historia de un arroyo* (célebre descripción de la vida de un río escrita por Reclús) es en gran parte la historia del Dronne. Los niños adoraban La Roche, donde la abuela les concedía gran libertad. Esta había sido *Déesse de la Raison* (Diosa de la Razón) en las fiestas de la Revolución en Burdeos»—escribióme Paul Reclus en 1925 (10); las jóvenes *Raisons,* como se las llamaba,

bre los hechos de 1831 por una carta de la creyente de Castétarbes, Madame Touzaà, donde leo: «...Hacia 1830 fué cuando le fueron cerrados a Mr. Pyt los púlpitos del Bearne, a causa de sus éxitos y de su fidelidad al Evangelio. Esto irritó a los cristianos de Orthez-Castétarbes, y como se enteraran de la enseñanza atrevida de tu padre, tu padrino (futuro) fué a caballo a Sainte-Foy para buscar a tu padre. ¡Lástima que no esté aquí Bessouat para contarnos lo que sucedió acto seguido!... A vuestra llegada, hacia fines de 1831...» ¿O bien se trataba de una tradición oída por él mismo muchas veces?

(10) También me dice que su tío se llamaba François Gast, conde de Oriondol y de Pontfoucault. Sin embargo, en sus cuadros genealógicos, que él me ha mostrado, P. R. señala a Pascal Michel Trigant, oficial, de Liborna, 1770-1839, y a Suzanne Rosalie Gast, 1785-1871 (hija de François Gast y de una Chaucherie-, como abuelos maternos de Eliseo, cuya madre nació en 1805. P. R. vió aún a su bisabuela en Laroche en el otoño de 1870. Nacida en 1785, no pudo, pues, ser una *Raison* adulta en 1793—tradición o leyenda que un primo había relatado a P. R.—; ignoro si estas Raisons tenían un cortejo de bellos niños; en caso afirmativo, pudo ser uno de ellos.—*Elías Reclus,* en sus recuerdos de juventud comenzados en 1853, describe como única visión luminosa de tiempo en tiempo algunas semanas en un «país encantado» con «sol constante», un «río de oro y plata», donde él corría por viñas y bosques, entre una abundancia de ciruelas, uvas y melocotones. Allí vivía «un abuelo que juraba», el cual había sido húsar; «éste me daba perras, bolos

eran personas bellas, resplandecientes de vida y alegría, y tales rasgos debieron continuar adornando a la abuela, de la cual Eliseo—según su hermana Luisa, (*Corr.*, I, p. 8) —contaba «que esa buena gente no le educaba, sino que le dejaba correr, vagabundear y recrearse a sus anchas: la abuela tenía la mano ligera y no ahorraba los cachetes cuando descubría un agujero en el pantalón, o se enteraba de que un trozo de blusa había quedado enganchado en las espinas de las zarzas. El abuelo daba también bofetadas y juraba llegado el caso, pero eran humanos...» Así transcurrieron sus primeros años sin influencia paternal, entre gente benévola y con gran libertad y despreocupación en un bello lugar; ignoramos el grado de intensidad que alcanzaron las relaciones con los padres y hermanos en aquella época de escasa circulación.

«A tu edad—escribe Reclus en octubre de 1896 a una de sus nietas, de nueve años de edad—, yo no había visto todavía el mar ni las montañas, ni había salido de mi pequeña provincia»; de todas formas no había ido mucho más allá del terruño de La Roche-Chalais y de Sainte-Foy.

Tan sólo cuando ya tenía ocho años y medio, es decir, en el otoño de 1838, vino a casa de los padres a Castétarbes, donde, con gran sorpresa suya, éstos le castigaron, una vez por haber hecho una escapada con Elías hasta el río próximo, y otra por haber ido a explorar una cantera algo lejana, limitaciones de su libertad que él simplemente no pudo comprender, mientras que el enfado de los abuelos por el daño verdadero causado al desgarrar sus vestidos, había sido comprensible para él. Según su

y soldados, y todo un tren de artillería, con los cuales yo he derrotado y fulminado a más hombres que Gengis Kan... y he conquistado varias veces Europa, Asia y América...» Este fué, pues, el medio en que Eliseo creció, mientras que Elías tuvo siempre que regresar de ese sol al «clarobscuro» y «crepúsculo» de la casa paterna. Estas visitas fueron efectuadas en la época anterior al traslado a Orthez, hacia la mitad de su quinto año de vida.

hermana Joanna, parece haber sido Eliseo un niño algo particular, pues cuando, por ejemplo, su padre le montaba en el caballo—el pastor hacía a caballo sus visitas a los creyentes diseminados—siempre quería ir montado de una manera determinada con exclusión de las demás. De todas formas, tuvo entonces que adaptarse a una comunidad familiar, en la cual, dada la cantidad de hijos, las ocupaciones de los padres y la escasez de medios, no podía conseguir para sí una vida especial más que por su propio esfuerzo; quiero decir con esto, que ni se veía abandonado ni era objeto de singular cuidado, por lo cual aprendió pronto a cuidar de sí mismo, pero no efectuándolo en el aislamiento, sino en solidaridad con sus hermanos, particularmente en íntima compenetración con su hermano Elías.

En un manuscrito de 1853, Elías Reclus habla así de su madre en su juventud: «...Mi madre ha sido, como mujer, poseedora de mucho más talento que mi padre. En su juventud fué una estrella de primera magnitud entre sus compañeras. Siendo aún muy joven, subía a los tejados para leer poesías; aprendió extraordinariamente bien la Historia, y aunque, a mi juicio, la educación que recibió en su pensionado no fué nada muy notable, salió de él bastante instruída, y además era músico. En aquel tiempo no se aprendía más que la guitarra, ocioso es decirlo, pero ella cantaba muy bien; su canto y sus otras cualidades sedujeron a mi padre; ambos se enamoraron, quién lo creería, y después de algunas contrariedades, se casaron»...

La casa paterna se había ido llenando sobre todo de hermanos; a *Elías* (1827-1904) y *Susana* (1828-1850)—no sabe nada acerca de la primera hija, nacida probablemente en 1826 y muerta muy pronto—, vinieron a sumarse *Loïs* (1831-1910), *María* (1832-1918), *Luisa* (1835-1917), y *Zéline* (1836-1911), después *Onésimo* (1837-1916, luego

aun *Noemí* (1841-1915), *Armando* (1843-enero de 1927), *Joana* (1845, la cual sobrevive a todos), *Paul* (1847-1914) y *Ana*, muerta muy joven, en 1851 ; en total 14 hijos y además hubo tres abortos. Once de estos hijos han alcanzado, pues, una edad elevada de 79 años por término medio, proporción que aumenta todavía gracias a la feliz supervivencia de una de las hermanas ; los padres (11), 1796-1882 y 1805-1887, el abuelo paterno, 1760-1848, el padre de este abuelo, 1710-1796, son algunos ejemplos de una longevidad notable, ligeramente decreciente, sin embargo, en esta familia, e incluso el número excepcional de nacimientos en la familia del pastor—caso único entre todas las ramas de la familia—no ha debilitado la vitalidad de once de los catorce hijos, lo que prueba que fueron educados con cuidado y sin hacerles adquirir costumbres que habían podido acelerar su muerte. Fueron y son individualidades, en las cuales la conciencia, el deber, la aplicación y la perseverancia han dirigido su vida, y no han tenido pasiones o las han reprimido.

De la madre, que, como ya hemos dicho, tenía una pequeña escuela, recibieron los hijos una cuidadosa instrucción elemental que pronto les permitió ganar algo por medio de una labor de enseñanza o trabajos escritos, y realizar estudios más adelantados. Vivían no con indigencia, es cierto, pero sí con frugalidad y estrechez poco comunes ; «...en aquella época Eliseo adquirió y conservó toda su vida una gran estimación por el pan, que en su juventud fué a menudo su único alimento, al cual volvía con gusto. Un trozo de pan y una manzana o un racimo

(11) Fotografías de los padres en el libro de Ishill frente a las páginas 8 y 16, y un gran grupo fotográfico (1881) de los padres con once de sus hijos, entre ellos Eliseo, frente a la pág. 96. A la misma época me parece pertenecer una reproducción, muy bien hecha, de los cinco hermanos, colocados en este orden : Paul, Eliseo, Elías, Onésimo, Armand, y publicada en un ilustrado inglés.

de uvas era todo lo que necesitaba para vivir y trabajar». (P. Kropotkin) (12).

Según una expresión de Paul Reclus, el pastor ejercía influencia en relación directa a la formación de caracteres e inversa a la formación de las ideas de sus hijos. Estos «no podían menos de experimentar una profunda admiración por su ardiente sinceridad y su bondad ilimitada, pero tampoco podían evitar una sensación de desagrado ante su ciega fe en la «Sagrada Escritura». Para él la tradición bíblica era verdad de la primera a la última letra; no ignoraba los descubrimientos de la ciencia de aquel tiempo, con los cuales fué fundamentada la teoría evolucionista, pero sólo veía en ellos celadas tendidas por el espíritu del mal. Los hijos mayores y, como ellos, todos los demás hermanos, sabían distinguir exactamente las acciones de su padre, que incitaban a la emulación, y sus palabras, contra las cuales se rebelaba su pensamiento. Con todo, el padre de los Reclus llegó a un grado de actividad fraternal que ninguno de sus hijos pudo alcanzar... (13).

«...Con su actuación cotidiana fué un comunista experimental, con la dimisión de su cargo de pastor oficial en 1831 fué un anarquista incipiente. Toda su personalidad inspiraba confianza a hombres íntegros de todas las tendencias y sus hijos adquirieron ese don de crear a su al-

(12) *Les Temps Nouveaux* (París), 15 julio 1905; reproducido varias veces, también en el libro de Ishill, págs. 55-56. En él son igualmente reconocidos los méritos de la madre.

(13) Paul Reclus cuenta que una vez le robaron patatas al pastor y éste puso cierta cantidad de ellas en el borde del camino «para que los que necesitasen patatas pudieran tomarlas sin robar...» (para más detalles véase Ishill, págs. 7-8.—Kropotkín relata que el pastor, en edad ya muy avanzada, al ver a un campesino que enterraba en el campo un caballo muerto de una enfermedad del bazo, le dijo: «...Tú eres joven y pones tu vida en peligro; vete a casa, yo enterraré el animal»; y en esta labor trabajó el día entero

rededor una atmósfera serena y pacífica. Sea cristiano o ateo, anarquista o burgués, el que posee estas cualidades hace posible una sociedad sin ley ni autoridad. Padres e hijos, hermanos y hermanas tenían su palabra, cuyo valor equivalía al de una firma, y estaban adornados de una bondad evidente que olvidaba sus propios «derechos» y sólo dejaba en pie sus «deberes» respecto de sus conciudadanos»...

El pastor Reclus debió poseer, además, la rara cualidad de no ser un fanático que impusiera sus convicciones a sus hijos. Sin duda contempló con melancolía cómo casi todos ellos se substraían a su influencia espiritual (14), pero de igual modo que él no recurrió a ninguna imposición, también los hijos evitaron todo lo que pudiera ser motivo de ofensa, y se separaron pacíficamente. Aquí adquirieron y perfeccionaron, quizá, Elías y Eliseo, su positiva inflexibilidad y, al propio tempo, su tolerancia personal, respetuosa en extremo para con el adversario. De esta manera, con el crecimiento de la joven generación, debió desarrollarse una amable libertad en la familia, donde cada uno procuraba contribuir a la felicidad de los demás, si bien todos seguían sus propias sendas, las cuales, con pocas excepciones (Onésimo y Armando), se vieron al menos influenciadas por la rectitud de los dos mayores, aun cuando la mayoría de ellos pasaron su larga vida en tranquilos y pequeños círculos.

Cuando, después de una larga ausencia, volvió Eliseo a Orthez en 1857, escribió a Elías en el tono ligero de sus cartas de entonces (*Corr.*, I, ps. 175-77): «...No me he aburrido en estos quince días que acabo de pasar en

(14) Sólo de Noemi escribe Paul Reclus: «Noemi (1841-1915) fué, se puede decir, el único de los hijos que continuó «reconociendo a Dios» ; por espíritu de sacrificio no quiso casarse con un hombre a quien ella amaba, y eligió a otro, al cual tuvo que cuidar durante toda su vida ; siempre pobre, poseía, sin embargo, una fuerza inagotable para prestar ayuda a su alrededor.»

Orthez; la vida en la casa paterna es completamente original y, gracias a las hermanas y a la señora P., he podido hablar algunas veces con arreglo a los dictados de mi corazón.

»Todo se lo va llevando la corriente: disidencia, religión, moral; los libros circulan en la casa con una libertad completa. Mamá encuentra a una de sus hijas leyendo *Mademoiselle de Maupin* (de Théophile Gautier, un libro entonces muy censurado) y, sin recelo de ningún género, hojea indiferentemente las páginas. Otra se prepara un cuaderno de poesías y el primer trozo que inserta en él es el de Alfredo de Musset: «¡Oh, Cristo! No pertenezco a aquellos a quienes la oración lleva a tu templo mudo con temblorosos pasos, no pertenezco a aquellos que van a tu calvario andando de rodillas a besar tus pies sangrientos!»

«La pequeña Joanna (de doce años) se permite hacer alusiones diáfanas al amor y a los amorosos, y yo mismo puedo, a guisa de capítulo de la tarde, leer impunemente frases impías de Toussenel (el fourierista), dirigidas al ser profundamente inmoral que se llama Dios.»

«La mamá ha envejecido, su cabeza se ha vuelto más pequeña. Es muy buena para conmigo, muy confiable...»

«...Queda aún por admirar Pierre Bicaton, un criado ideal, como sólo mi padre puede tenerlo; en vez de servirnos, nos patrocina: el día del año envía regalos a los niños; al verme se ha lanzado a mi cuello y me ha tirado de la barba. El trabaja lo menos posible, pero regaña a los que no hacen su labor. Un día, mi padre, a fin de incitarle, de una manera delicada, a trabajar, tomó un rastrillo para limpiar los senderos del jardín. Sin miedo y sin reproche, Bicaton se va derecho a mi padre y le anima en su virtuosa ocupación: «¡Bien, muy bien, señor Reclus; usted hace todo eso mucho mejor que yo; continúe usted!» Y al mismo tiempo contemplaba sonriendo a mi padre con una expresión ingenua...»

Veinte años antes, en la infancia de Elías y Eliseo, el régimen en la casa debió ser algo más severo, pero ambos supieron romper el hielo con su manera tranquila, creando así a los demás hermanos posibilidades de desarrollo libre. Las relaciones sociales en ese medio no parecen haber tenido ninguna tensión particular. Los labradores, que querían tener su propio pastor, se hallaban sin duda en situación de poder asegurarle una módica renta. Sobre aquella región escribió Eliseo en la carta citada de 1857 : «...La población disminuye rápidamente (en Orthez) : ya no hay más que 4.800 habitantes ; en Salies donde ha habido 9.000, no quedan ya más que 2.500» ; en cambio comprueba el rápido aumento de máquinas trilladoras de trigo desde 1855.

En 1838 vivió la familia en *Castétarbes*, bonito lugar con campos poblados de grupos de árboles, en una casa de labranza situada sobre una colina y denominada Lacoustace ; al Norte había un bosque y al Sur el Gave de Pau se abría paso por un barranco profundo. Pero, Eliseo, acostumbrado a corretear libremente en La Roche, se hallaba aquí limitado al pequeño mundo de la granja, y las profundidades románticas del barranco le habían sido terminantemente prohibidas. Tan sólo le eran accesibles las moreras, una encina y un nogal que había alrededor de la casa ; entre las ramas del viejo nogal, la fantasía de los niños ponía en movimiento todas las figuras de mitos y consejas de que tenían noticia, y esto les interesaba más que las repetidas visitas domingueras a la iglesia de *Baigts*, la cual no brindaba a los ojos más diversión que su techo azul con estrellas doradas. La distracción más agradable eran las visitas a casas de labradores, donde, en su calidad de hijos de pastor, eran bien acogidos y a veces permanecían varios días, con lo cual podían ver de cerca la naturaleza y el trabajo del campo. Tampoco faltaban quizá otras ojeadas en la vida campesina ; al menos Eliseo escribió más tarde una vez (5 enero 1904 ; *Corr.*, III, ps. 269-270) que conocía muy bien «la chusma

campesina» (la racaille paysanne) de que una amiga suya le hablaba; «como usted, yo también he sufrido a causa de ella y sé que, por término medio, no es mucho mejor que la chusma burguesa (la racaille bourgeoise) entre la cual nos obligan a vivir las circunstancias...» (por lo demás léase el pasaje completo) En general—según palabras de su hermana Luisa (*Corr.*, I, p. 9)—la estancia en Castétarbes fué para él «una vida de tristeza y espanto, de la cual no hablaba sin amargura...»

La escuela de la madre requería un círculo más amplio y por esto la familia se trasladó a Orthez, donde cambiaron de domicilio varias veces, ocupando sucesivamente diversas casas grandes con jardines. Algo antes habían comenzado ya las separaciones por haber sido enviados Elías y Susi a Neuwied. Anteriormente, por tanto, había adquirido ya profundas raíces la solidaridad que unió toda su vida a Elías y Eliseo. Elías, tres años más viejo que su hermano, contribuyó a fomentar el desarrollo de Eliseo con tal paciencia, bondad y conocimiento de causa, que puede considerársele, en lo que cabe, como su iniciador espiritual. Si se tiene en cuenta que la fe del padre en la Biblia obstruía cual una muralla toda perspectiva espiritual, debe uno alegrarse de que Elías, el muchacho de once años, crecido bajo la mirada vigilante del padre y destinado por éste al pastorado, no sucumbiera a esta influencia, y fácil es figurarse que Eliseo, el chiquillo de ocho años libremente desarrollado, fué para él, en 1838, el mejor de los amigos y camaradas.

Y si G. De Greef en su noticia necrológica (3 noviembre 1905) dijo que Elías ante todo se parecía a su madre y Eliseo a su padre, en lo que concierne a su crecimiento es necesario completar este juicio con todo lo contrario, ya que el alto y fuerte Elías era en esto semejante al padre y el mediano Eliseo a la madre. Otras observaciones sobre las semejanzas y diferencias de ambos habrán de seguir después, cuando tengamos ante nosotros partes más amplias de su marcha a través de la vida.

(15 de agosto de 1928.) Al revisar este capítulo conocía desde hacía algunas semanas dos documentos, un manuscrito de 1853 y un impreso de 1858, que habrían dado un color muy sombrío a una parte de los primeros capítulos de este libro, la que trata de las relaciones de los niños Reclus con sus padres. Eliseo Reclus leyó el primer documento en 1904 y tenía sin duda conocimiento del segundo, pero no insistió a este respecto en su escrito sobre Elías. Es difícil seguir completamente su ejemplo, si se quiere permanecer fiel a la historia y separarla, en lo posible, de la leyenda. Yo utilizaré, pues, estos documentos, pero sin intentar ser completo.

Elías Reclus cuenta en 1853, que en su niñez su único libro infantil fué la *Infancia de la pequeña Rosamunda y de su hermano Enrique. Diálogos morales e instructivos,* proveniente de la madre; no se le veía leer con placer, mas releyó esto veinticinco veces durante años, porque era su único libro no religioso ni didáctico. No tenía juguetes; su padre tampoco los había tenido, pero, como niño de aldea, había corrido, saltado y tirado piedras; su madre no tuvo juguetes, piensa él, por ser muy estudiosa y de una razón precoz. El padre le enseñó a hacer un arco, y de vez en cuando poseía una pelota. Durante los largos sermones y oraciones soñaba con la voluptuosidad de tener una trompeta. Al anunciarse el viaje del rey Louis Felipe concibe incluso el plan de presentarle una corona de campanillas blancas y entonces, si se le ofrecía un regalo, gritaría: ¡quiero una trompeta! Pero no se atrevía a pedírsela a sus padres, porque tenía la conciencia de que nunca era lo bastante discreto y aplicado para pensar y esperar que se creería que la había merecido

Fué, pues, la suya una infancia «en que nada florecía, nada era valiente ni alegre». Se dió por ideal vencer el dolor, rumió la idea de hacerse crucificar, pero no efectuó nada de esto y piensa que la vanidad, para componer un bello cuadro, fué la causa motriz de todo. No tenía ninguna idea de Dios, mas, «en cambio, conocía al Diablo

y éste me inspiraba un miedo inmenso»— ; estos recuerdos preceden a los que conserva de sus padres.

El padre fué, en su juventud, «un hombre afable con un ligero matiz alegre», «un estudiante de carácter jovial y, más tarde, un joven ministro amable», bailador agradable, instrucción especialmente clásica, poco ordinaria en su tiempo.

«Sin embargo, durante sus años de estudio cayeron en sus manos dos o tres libros difundidos por ingleses en el continente»—en la época de ese «despertar religioso» bajo la Restauración, el tiempo de los pietistas, momistas y metodistas, que el manuscrito describe detalladamente. Fanatismo y no humanidad, una ignorancia absoluta de las leyes de la historia y de la filosofía—nada iguala su desprecio hacia esas cosas... «Esencialmente religión de solterones y de viudas. Concuerda magníficamente con el egoísmo. Sólo con Dios y lo demás le importa un ardite. *Elegidos*. Todo el resto va al infierno y sería pecado afligirse de ello.» «...Es el fariseísmo de la Gracia ; hacen Crueldad con la Misericordia y horribles blasfemias con los misterio del Amor. Pedantes»... «Parten de la doctrina : Dios es amor, y de razonamiento en razonamiento, de consideración en consideración, de conclusión en conclusión, llegan a esto : Dios se ha complacido en encender un infierno y en crear una humanidad perversa para precipitarla en él. Esto es su gloria y su buen placer»...

«...El padre y la madre viven y los hijos también. Pero entre ellos hay la distancia de un abismo, y si sobre este abismo hubiese un puente, no lo franquearíamos, o si lo franqueásemos, sería para combatirnos.

»Durante veintinueve años (1824-1853), han trabajado, se han fatigado, han rezado, llorado, esperado, soñado, pensado... ¡Cuántas veces al mecer a sus hijos, por la noche a la luz de la luna, para adormecerlos, no se han dejado ellos mecer por esperanzas, sueños e ilusiones !... De esos catorce hijos han muerto tres, que descansan en

el mismo cementerio, que duermen allí en medio de violetas y margaritas... Cierto es que sonrío con dulzura al recordar a los que han muerto, pero la tristeza me embarga cuando pienso en los que viven.

»El padre y la madre se hallan solos. Educan como pueden a la pequeña generación, cual un pobre padre gallo y una pobre madre gallina educan a una pollada de gansos : éstos tiran todos hacia el agua, y los padres corren y se lamentan a la orilla. Los más jóvenes han visto cómo los mayores han volado, y ellos esperan su turno para hacer otro tanto»...

El padre es «un hombre grave, dulce, tierno y compasivo ; un hombre santo, de muchas lágrimas y oraciones, pero al mismo tiempo un servidor ardiente, lógico, atroz y convencido del Dios fuerte y celoso, del Dios que ha construído los infiernos y encendido el horno ardiente y el mar de fuego y azufre». Antes de que Elías conociera la diferencia entre el bien y el mal, tenía miedo de la noche, del diablo, y, más tarde, sintiéndose no un *elegido,* sino un *réprobo,* «he pasado por angustias horribles, corriendo como un insensato, blasfemando a plena garganta, y gritando con la voluptuosidad de la rabia, la angustia y la cobardía : ¡ Dios ! ¡ oh Dios !, yo te maldigo !»... Y después, «en accesos rarísimos de piedad, repetía por docenas y veintenas de veces : ¡ Conviérteme !, ¡ conviérteme, te lo ruego, te lo suplico !»... Así durante once años de infancia (hasta su partida para Neuwied, en 1840 ; edad de tres a trece años).

En la convicción de los padres, pues, los hijos están perdidos, caminan resueltamente hacia el infierno. La madre tiene cuarenta y ocho años, «pero se halla gastada, destrozada y muy triste»... «Entre nosotros hay más que un abismo, hay más que una distancia, hay algo más terrible : hay negrura, hay la muerte. Ya no nos consideran como hijos suyos ; han dimitido su paternidad, y esperan, con angustia y desesperación, a que el Eterno les mate.»

«También ellos han muerto para nosotros. Muertos, sí, porque ya no abrigamos esperanzas respecto de ellos. ...No sé si nos veremos aquí abajo. Ultimamente el padre había recorrido cientos de leguas que le separaban de sus hijos, no se hallaba más que a media jornada de distancia de ellos, pero el corazón le ha flaqueado, y no ha ido a verles. (El pastor había hecho en 1852 uno de sus viajes a Inglaterra para visitar a sus correligionarios, y no trató siquiera de ver a Elías y Eliseo, sus hijos, en el destierro). Por su parte, los hijos han renunciado a la voluntad de ir a ver a ese pobre padre afligido y a esa pobre madre envejecida»... «El está muy robusto. Mi madre está mucho más gastada. ¡Ah! Dios judío!»...

Es, pues, en este medio de la *más cruel y orgullosa variedad de religiones* (de ese calvinismo que hace los *elegidos* y los *réprobos,* destinados a los sufrimientos del infierno), donde Elías, Eliseo y todas las hijas debieron pasar su tierna juventud, entre padres que por una autosugestión en un momento dado habían llegado a considerarse como *elegidos,* y los cuales en sus hijos, demasiado honrados para hacerse hipócritas, y demasiado inteligentes para dar el salto en el fanatismo absoluto que habían dado sus padres, no veían más que *réprobos*, a los que, como padres penetrados del sentimiento del deber que eran, educaban convenientemente, ya que los creían perdidos sin remedio. El abismo era verdaderamente tan profundo, que ni unos ni otros han debido sufrir mucho en realidad, ni el pastor, el *elegido,* para quien habría sido una debilidad imperdonable atreverse a esperar que su Dios haría una excepción para sus hijos *réprobos,* ni los hijos, que se veían condenados de antemano, excluídos de las esferas de *elegidos* en que planeaban sus padres. Si esto no fué una triste aberración que, individualmente debió, así y todo, causar pena a todas esas buenas personas, se diría al menos que lo ha sido..., pero de nada sirve el insistr sobre lo que todo lector sentirá aquí.

El otro documento es el comienzo de las *Memorias del pastor Reclus,* que éste tuvo la idea de publicar en 1858. Renuncio a dar aquí el título, pues el escrito es, en verdad, un poco extraordinario y podría ser interpretado de una manera demasiado malévola para este hombre a quien todos respetan, no obstante sus errores; fué publicado sin nombre de autor y debe ser de una rareza excesiva.

Elías escribe en 1853: «Mi padre es un hombre sincero. Lo que constituye su originalidad es que es sincero.» El quisiera escribir una confesión con este espíritu de «entera sinceridad», pero, después de reflexionar, retrocede aún—«no me veréis más que con mi traje de los días de fiesta. ¡Que es triste, sin embargo, tener que declararse peor de lo que este libro me va a mostrar!»

Con la conciencia completamente tranquilizada por su conversión, por ser de los que han recibido *la gracia* de Dios, analiza su vida anterior, sus cualidades, disposiciones, inclinaciones y acciones con una franqueza rara, probablemente, al margen de esas confesiones hechas por convertidos en estado de gracia, a quienes es completamente indiferente su vida pasada, pues en su presente estado de *gracia* se consideran por encima de todo. Su autorretrato no es verdaderamente simpático, y su autosugestión de un estado de *gracia,* que le imponía el deber de una vida correspondiente al mismo, fué quizá para él una tabla de salvación moral, una ley de bronce que le dictaba una vía que siguió en lo sucesivo sin desviarse una pulgada.

No llega a contar esta conversión misma, pero relata la primera etapa decisiva, las impresiones de la muerte de su madre (julio, 1819), cuando hacía sus estudios teológicos en M.... «Entonces me coloqué entre los ortodoxos, y las doctrinas de la gracia, contra las cuales había manifestado un antagonismo más o menos agresivo, pudieron contarme entre sus defensores, sin duda más en palabras que en realidad viviente»... Este comienzo tuvo lugar seis años antes de su casamiento, y el problema que

se plantea para mí, y que no es explicado en la parte publicada (o conocida) de sus memorias, es el siguiente: ¿cómo pudo su novia y mujer adaptarse tan completamente durante toda su vida, en lo que se sabe, a su sistema religioso, a pesar de que, por sus numerosos hijos y su ocupación de maestra, se hallaba en contacto con realidades vivientes?

Le vemos crecer en el pueblo de La Fleix, «nacido en la familia de un honrado propietario, agri ultor, tendero y otra cosa aún (parece ser que en cierto tiempo fué ventero); se hicieron gastos para su educación y la de su hermano mayor, ingresó en un pensionado, asistiendo a la escuela de segunda enseñanza de B...... (Bergerac) en 1811-12—entonces estaba allí Maine de Biran como subprefecto—, de la cual es excluído; luego debe hacerse pasante en una institución de una pequeña villa de la comarca, donde había sido educado antes. Allí comienza una vida mundana y aprende el inglés. El relato se detiene al llegar a este punto; así debió pasar los años anteriores a sus estudios teológicos, no terminados todavía en 1819. Elías (1853) escribe que su padre tenía gustos artísticos y que fué amigo del período literario del tiempo de Louis XIV; su estilo mismo «tiene cierta semejanza con el de esa época, esta misma simplicidad adornada, pero poco rica, y sin color, de estilo más bien arquitectural que pintoresco»...

El pastor declara netamente... : «Así, pues, la ciencia, la filosofía, lo finito, en la esfera intelectual, como la teología en la esfera religiosa, si es verdad que la teología es distinta a la Escritura, no tienen, lo digo de antemano y con toda simplicidad y verdad, nada que ver conmigo, ni yo con ellas.» La «conversión ha hecho de mí» (hasta cierto punto), «el hombre de un solo libro (la Biblia), como Wesley decía de sí mismo...»—de ese medio es de donde han salido estos dos porta-antorchas de la ciencia, llamados Elías y Eliseo Reclus.

En estas memorias dice todavía el pastor: «El resto

de estos recuerdos puede quedar aún confusamente amontonado en una memoria vacilante, o en las páginas de un diario ora difuso, ora abreviado»; ¿tenía, por consiguiente, tal diario?

Los extractos de estas dos fuentes muestran en qué grado debió ser difícil y penoso para Elías y Eliseo el disociarse de las ficciones teológicas que tenían una realidad tangible para sus padres, y esto debe explicar por qué, en pleno 1847 y 1848, a pesar de ser lo más posible republicanos, socialistas y también libertarios, no vacilaron en hacerse estudiantes de teología, incluso en prepararse para el ministerio, predicando desde el púlpito. Los obstáculos que tenían que vencer eran más grandes de lo que nosotros creemos—, pero supieron franquearlos.

II

Años escolares en Neuwied y Sainte-Foy-la-Grande, y estudios universitarios en Montauban (1842-1849)

Aunque el pastor Reclus, descendiente de una familia labradora de vieja cepa, se hallaba profundamente arraigado en la baja Dordoña, en Francia, su internacionalismo religioso, valga la expresión, le llevó a dar un paso, con el cual, involuntariamente, amplió mucho el horizonte de sus hijos mayores, trasladándoles a una esfera extranjera. En su fe sentíase identificado con los *Herrenhuter* (Hermanos Moravos), cuyo viejo director espiritual, el conde de Zinzendorf, le inspiraba una gran admiración, y, con cierto desconocimiento del mundo, debió pensar que los establecimientos de enseñanza de los Hermanos Moravos suministraban la más pura educación cristiana. De todos modos quiso darse directamente cuenta de ello, y, en 1840, él mismo llevó a *Susi y Elías* a *Neuwied*, a orillas del Rin, donde Elías permaneció hasta 1843. De Jeanne Suzanne Reclus, que tenía diez y ocho meses más que Elías y murió en Orthez a la edad de veintidós años, se ha conservado una «*Confesión de fe*» *pronunciada el 7 de abril de* 1841 *en la iglesia de Neuwied,* cuidadosamente redactada por la pobre niña. *Eliseo* fué enviado solo a la edad de doce años, un largo viaje desde los Pirineos, pasando por Sainte-Foy, donde vivían parientes, por París, Lieja y Aquisgran, hasta la región del Rin, cuyo

idioma le era aun desconocido. Al llegar Eliseo regresó Susi y la muchachita, de la cual Eliseo decía en 1905 que había sido «noble y apasionada por todo lo grande y lo bello» murió en Orthez en 1856, después de una larga enfermedad. Eliseo estuvo en Neuwied de 1842 a 1844 (15).

Este era—según su hermana Luisa (*Corr.*, I, p. 11)—abundante, mirada dulce y penetrante y andar decidido, a pesar de su estatura, que fué poco elevada, con gran sentimiento suyo; en suma flexible y ágil, como continuó siendo hasta la vejez.

En Neuwied, donde aprendió alemán rápidamente y pronto pudo seguir las lecciones, comprobó — según el resumen de sus experiencias, 1905 — que «estos buenos Hermanos Moravos... en su mayoría eran gentes dóciles, cuya vida estaba de antemano regulada por una serie deprimente de prácticas infantiles y mentiras convencionales»; «... el director de los establecimientos para muchachos y muchachas era un hombre cobarde, satisfecho de poder adular bajamente a los alumnos ricos y tratar de un modo afrentoso, con la risa sarcástica del hombrecillo vulgar, a aquellos discípulos que sabía eran pobres.» Los hermanos Reclus figuraban en la última categoría y debieron pasar horas muy amargas, cuando todavía en el último año de su vida Eliseo se expresa en tales términos. Por lo demás, las empresas de los Hermanos Moravos gozaban en general fama de cierta equidad y rectitud burguesas; claro que desde hacía mucho tiempo ya no tenían el deseo de aislarse religiosamente, sino el de suministrar a gente de dinero una educación relativamente irreprochable desde su punto de vista. Ernst Willkomm, un escritor medio olvidado con algo de sentido social, ha pinta-

(15) Sobre esto, así como también sobre los nombres de sus condiscípulos y los de Elías, en lo que se refiere a los que alcanzaron más tarde alguna significación, y sobre su segunda estancia como maestro (1850) probablemente contendrán aún explicaciones las actas del establecimiento. No se sabe si Eliseo, al igual que Elías, asistió en años anteriores a la escuela municipal de Orthez

do más tarde aproximadamente este medio de los Hermanos Moravos en su novela descriptiva *Die Familie Hammer* (Francfort 1857, 724 ps., 8.º). A juzgar por el establecimiento de los hermanos evangélicos de Gnadau, visitado por mi madre en los años 1856-58, creo yo que los Hermanos Moravos eran negociantes demasiado buenos para que se conformasen con captar, mediante una educación ultrapiadosa, tan sólo a los hijos de fanáticos religiosos que compartían su fe ; por el contrario, intentaban más bien atraer a gente acomodada y rica, ofreciéndole a cambio de su dinero buenos cuidados e instrucción de confianza. Así, pues, la instrucción de los jóvenes Reclus debió ser—el plan de enseñanza es desconocido por mí—aproximadamente la de una escuela superior, aunque algo más simple que la de un instituto de segunda enseñanza.

Entonces los alumnos eran en su mayoría ingleses y holandeses (16) ; la minoría estaba integrada por alemanes y los dos únicos franceses, los hermanos Reclus ; primero Elías completamente solo (1840-42). Este (según Eliseo, 1905) tuvo mucho que sufrir a causa del odio inglés y alemán contra todo lo francés, odio que se manifestaba, en parte por medio de palizas, y en parte mediante un boicot completo ; Elías hizo frente a todo y a todos, con lo cual ganó consideración ; después el lugar de las violencias fué ocupado por las discusiones y también se formaron varias amistades. No se sabe si Eliseo, llegado en 1842, debió igualmente soportar ese penoso período. Precisamente el año 1840 había sido para Alemania un año de excitación nacionalista, pues el ministerio Thiers no ocultaba sus deseos de guerra ; al fin éste debió ceder el puesto al ministerio Guizot, que aseguró en cierto modo la paz. Para los ingleses jóvenes y ricos, continuaba siendo

(16) Eliseo señala (1905) como condiscípulo de Elías al célebre escritor George Meredith ; además sólo sabemos de otro, el holandés Walter van den Bosch (1850 ; 1881 ; *Corr.*, II, págs. 229-230). ¿Reflejó quizá Meredith algunos rasgos de la mentalidad de ese medio en el primer capítulo de *Beauchamp's Career?*

Waterloo el primero y último argumento, cuando no lo era *froggies* (comedor de ranas). Y es así como en este medio, formado únicamente por hijos de familias ultraconservadoras, Eliseo debió recibir, desgraciadamente, impresiones muy acentuadas del odio nacional, y la exaltación por los franceses, dominante entonces en los círculos liberales y democráticos de Alemania y también de Inglaterra, escapóse de él por entero; pues, ¿de qué otra manera habría podido el alumno del internado de Neuwied entrar en contacto con la vida política y conocer sentimientos populares? Cierto que con esto parece no haber adquirido nunca orgullo u odio nacionales propios, pero sus cartas, al menos, revelan a veces que en estas cosas no le eran ajenas antipatías y susceptibilidades, e incluso en la admiración de algunos pueblos, frecuentemente exteriorizada por él, puede verse una indirecta postergación de otros. Deseaba sentir internacionalmente y sintió así como muy pocos, pero la realización práctica y completa de ese deseo ideal no le fué posible y quizá aun no le ha sido posible a nadie.

En Neuwied comenzó para los hermanos el aprendizaje rápido y fácil de lenguas modernas, que tanto había de favorecer su actividad posterior; tras del alemán apenas costó trabajo aprender el inglés y el holandés; más tarde, el latín, el francés y el dialecto de su región debieron abrirles sin esfuerzo el conocimiento del español y el italiano. Eliseo no estudió lenguas eslavas ni orientales, pero la amplia utilización de la literatura inglesa, alemana y española dió siempre a sus trabajos un fundamento universal que precisamente en Francia no era entonces la regla, incluso entre sabios; por lo mismo en el destierro y en sus viajes a los países de esas lenguas se halló siempre en plena libertad de movimiento.

Neuwied del Rin, entre Coblenza y Andernach, con el Westerwald al fondo, le ofreció algunas ocasiones de conocer bellos lugares en las excursiones escolares; «... y al lado del río ¡qué encantadores y serenos paisajes, pin-

torescas ruinas, conventos y castillos, grandes bosques de hayas y abetos, manantiales y arroyos, grandiosos panoramas y perspectivas sobre vagas lejanías...», escribió en 1905. De igual modo vió el Rin y sus márgenes, aun no violadas por la moderna vida industrial. De casa escribía la madre cada dos meses, pues las cartas costaban casi dos francos.

En 1844 regresó por Bélgica, probablemente Rin abajo hasta Colonia y desde allí, por Aquisgran y Lieja, a París, donde ya podía ser utilizado el ferrocarril. Según su hermana (*Corr.*, I, p. 14) «al atravesar Bélgica tuvo Eliseo, en algún maravilloso paisaje o jardín, una inolvidable visión de flores, que le dió por primera vez, recordaba él, la impresión consciente de su intensa y viviente seducción». Sin duda tuvo ocasión de ver un jardín privado exuberante o una de las grandes jardinerías belgas. Cada nueva impresión de la naturaleza le impulsaba más y más a conocer por observación propia todas las formas de la naturaleza y a querer sondear su esencia. En su niñez la proximidad constante de los Pirineos le hacía soñar con Las Cordilleras; los tesoros de plantas y flores vistos en Bélgica debieron atraerle hacia los trópicos.

Después de una breve estancia en Orthez, fué mandado, a la edad de 14 años, al *Collège protestant* (hoy desaparecido) de Sainte-Foy-la-Grande, una especie de instituto que Elías ya visitaba (hasta 1847), donde se preparó «sin ahinco de ningún genero» para el *examen de* bachillerato, el cual era necesario para poder asistir a la universidad... «De esta permanencia en Sainte-Foy, donde se unieron con jóvenes, de los cuales uno sobre todo, Eduardo Grimard, permaneció amigo suyo, los dos hermanos guardaron un recuerdo en cierto modo amargo: como externos del colegio, vivían en casa de los parientes de la madre, quienes les trataban severamente, vigilaban sus idas y venidas, y en suma no les concedían la confianza que ellos habrían devuelto centuplicada en ternura y veneración...» (*Corr.*, I, p. 15).

El que así procedía principalmente era el notario Chaucherie, casado con la hermana de la mujer del pastor, y Paul Reclus «supone que los hermanos Reclus habían adoptado la más opuesta posición frente a todas y cada una de sus teorías y maneras de obrar...» Además observa sobre este «repelente polo» de la familia: «... En el aspecto material ayudó, sin duda, a los hijos del pastor Reclus durante la estancia de éstos en Sainte-Foy, pero sus consejos, comparados con los de su cuñado (el pastor), eran venenosos: pugna por alcanzar honores y riquezas, admiración de las jerarquías entre los hombres». Según me han contado, dejó su fortuna a los miembros ya ricos de la familia, y no legó ni un céntimo a los miembros pobres —razonamiento de burgués de pura sangre, que desea que los ricos conserven su fortuna y no quiere que los pobres la gasten—. «Después de 1851 (en su destierro) Elías y Eliseo constituían para él «un horror de impiedad y abandono de Dios» y éstos luchaban con todas sus fuerzas para librar a sus jóvenes hermanos de tan maleable influencia...» (Ishill, p. 8; Armando Reclus «es el único que se rindió a esta propaganda del tío: oficial de marina, millonario y realista, fué por lo demás muy trabajador, distinguiéndose como investigador e iniciador en el Canal de Panamá y siendo el primer director de los trabajos en el istmo, p. 10.) Hay de él *Exploraciones en los istmos de Panamá y Darien* (1876-77-78) en *Le Tour du Monde*, 1885; en libro *Panamá y Darien, Viajes de Exploración* (francés, París, Hachette, 1881, 422 ps. en 18.°); acompañó a la comisión que examinó las posibilidades del canal propuesto en 1875. Otro sobrino le considera demasiado inteligente para que cayera bajo la influencia del tío Chaucherie, dice de él que «un espíritu innato de contradicción le incitaba a tomar en todo la contrapartida de las ideas de sus hermanos». Sea como fuere, lo cierto es que, como es sabido, en la vida de Eliseo no desempeña ningún papel. Todavía en 1857 intentó el notario obtener la colaboración de Eliseo para un proyecto capitalista, la

tala de un bosque, pero éste prefirió su libertad (*Corr.*, I, ps. 169-170). No debió haber ningún rompimiento, pero fácil es suponer que este divorcio completo de ideas y sentimientos entre los dos jóvenes y ese representante del más riguroso punto de vista burgués y autoritario les procuró indirectamente plena independencia moral y espiritual en esos años escolares: a partir de ahí siguieron por entero su propia vía y entonces hallábanse ya en una edad de 17-20 y 14-17 años respectivamente. Según me ha manifestado Paul Reclus, no se tiene noticia de una influencia especial ejercida sobre ellos por parte de alguna otra personalidad de más edad digna de mención. El estudio en el instituto no les interesaba apenas, pero se puede suponer que realizaron amplias, serias e interesantes lecturas, estudios propios, cambio intenso de pensamientos mutuos, y mantuvieron relaciones con algunos amigos, los cuales, al menos temporalmente, se elevaban de la misma manera por encima de la rutina ambiente (17). Quizá Elías se entregaba ya al estudio detenido de obras especiales para llegar a conocer las primeras causas de las representaciones e ideas religiosas y Eliseo, a quien lo infinito del espacio y la multiplicidad de los fenómenos atraían más que la profundidad del tiempo y los comienzos primitivos, hacía incursiones en el terreno de la geografía y la etnología. De todos modos, los dos hermanos no se dejaron estorbar o arrebatar estos años de gran ca-

(17) El que más intimó con ellos parece haber sido Edouard Grimard, más tarde autor de escritos sobre botánica (*Histoire d'une goutte de sève*; *L'âme de la plante*—Historia de una gota de savia; El alma de la planta), últimamente teósofo (*Une échappée sur l'infini*—Una escapada en lo infinito), el cual no perdió nunca de vista a Reclus. Paul Reclus cita además a Joy y Gilard, quienes, como Grimard, querían hacerse pastores y al fin renunciaron a ello. Otro de sus condiscípulos, Auguste Grotz, se hizo pastor y se casó con una de las hermanas de Reclus, María; después de casados vivieron en Nimes. Los muchachos se designaban con nombres de estrellas: el corpulento Grimard era *Aldebaran* (Ojo del Toro), Eliseo era *Altair*, de la constelación del Aguila, y Elías fué *Betelguise*.

pacidad retentiva por una seca rutina escolar, sino que se procuraron ellos mismos los fundamentos de una vasta cultura, de un conocimiento de las cosas de la tierra y un examen de las mismas, que forman al hombre espiritual y libre.

No se sabe cuáles fueron los escritos socialistas que Elías y Eliseo leyeron primero, pero es más que improbable que en los años anteriores a 1848 no encontrasen el socialismo en la literatura, no en forma de activa propaganda, que en aquella época, exceptuada la propaganda comunista en pro de Icaria, pasaba por una etapa de reposo, pero sí representado por grandes obras de los ya algo lejanos sansimonianos, de los fourieristas, todavía en actividad, de Louis Blanc, Pierre Leroux, Lamennais y particularmente Proudhon. Cierto que no sabemos si tales escritos eran fáciles de hallar en la pequeña ciudad, pero me parece mucho más natural suponer un conocimiento lento y creciente de esta idea que no una ignorancia completa hasta que los acontecimientos de 1848 atrajeron la atención del mundo sobre el socialismo. Ya el instintivo espíritu de contradicción contra las teorías económicas del modelo de burgueses, su tío Chaucherie, debió despertar su interés por el socialismo, que tanto odiaba su pariente, y la idea de la asociación y de la mayor suma posible de libertad debieron ser pronto familiares y queridas de los dos jóvenes, así como también las tradiciones republicanas y la historia de las luchas populares, cosas todas estas altamente antipáticas, sin duda, para el notario Chaucherie.

Menos podemos juzgar sobre el grado de su alejamiento del punto de vista de la fe en el dominio religioso. No compartieron nunca la fe absoluta del padre, pero en una forma más sutil ejercía la religión cierta influencia sobre ellos, de la cual no habían podido emanciparse por completo, pues de otro modo y a pesar de su deseo de no disgustar a los padres, dada su completa honradez moral y espiritual no habrían comenzado sus estudios teológi-

cos en 1847 y 1848. Sin duda creían poder encontrar todavía un fundamento para la religión más sólido que la ingenua fe en la Biblia profesada por el pastor. Dudo que conocieran ya la crítica de D. F. Strauss y las ideas de Ludwig Feuerbach. La literatura francesa social y político-radical de aquellos años se hallaba muy lejos de ser antirreligiosa; por el contrario, florecía un neocatolicismo social, y el antijesuitismo de los Michelet y los Quinet no decía nada a los protestantes. El materialismo del siglo XVIII debió repeler entonces a Eliseo; al menos escribió en 1857 bastante desdeñosamente sobre d'Holbach (*Corr.*, I, ps. 153, 156, 157).

El menciona en una ocasión (1869, carta a P. Faure) que «a la edad de diez y seis años traduje una oda alemana dirigida a Dios Padre», detalle que, como lo que sigue, demuestra que, por independiente que fuese muy pronto en el terreno político y social, no se emancipó *al mismo tiempo* en el terreno religioso.

También escribió a su madre en abril de 1851 (*Corr.*, III, p. 2): «...Había acariciado largo tiempo en mi espíritu el deseo de ser pastor; tan sólo la vista del púlpito hacía latir intensamente mi corazón, y rara vez he sido más feliz que aquel día en que prediqué en Montauban ante dos profesores, mi hermano y bancos vacíos...», lo que debió ocurrir en 1848 ó 1849. Por consiguiente, él creía entonces, y también, al parecer, en los años anteriores, en el valor y la utilidad de una actuación religiosa profesional, independiente de toda duda sobre el valor de la fe literal del padre. Por esto no sabemos tampoco si compartió el punto de vista de Elías, quien no se preocupaba de la religión como pretendido factor moral valioso (supuesto concepto de Eliseo en aquella época), y quería ante todo conocer a fondo el origen y la verdadera esencia de las representaciones religiosas. Esto lo demuestran sus estudios demonológicos, comenzados inmediatamente en Ginebra en 1847-48, el análisis de estados de exaltación religiosa, lo que le llevó pronto a la historia com-

parada de la religión. De esta manera la religión se convirtió para él en materia objetiva de investigación, sin ningún influjo sobre su persona. Eliseo sabía de estos estudios, pero, por ejemplo, el fragmento de carta citado anteriormente muestra que, a pesar de todo, se mantenía en el terreno de una religión que vivía en su sentimiento y había sido elaborada por él conforme a sus ideales más íntimos; una consideración detenida de la carta de 1851 (*Corr.*, III, ps. 1-5) puede aportar más detalles al respecto. Cuando Eliseo, después de la muerte de Elías escribió sobre aquel tiempo, tuvo ante sí las cartas escritas por Elías desde Ginebra en 1847; éstas han debido, pues, conservarse y sólo después de su muy deseable publicación podrá uno formarse un más claro juicio sobre esa fase de desarrollo y muchos otros extremos (18).

(18) El discurso de De Greef sobre Elías (31 octubre 1904) habla de las experiencias de Elías, el cual había recibido recomendaciones dirigidas a esferas conservadoras cuyo régimen fué precisamente derribado entonces por vía revolucionaria. También tuvo ocasión de observar el mecanismo de la finanza internacional. A partir de la primavera de 1848 continuó sus estudios en Montauban. «...Las jornadas de junio de 1848 produjeron la escisión definitiva (el rompimiento con el medio religioso); el socialismo se impuso a la severa rectitud de su pensamiento...» (*Eloge d'Elie Reclus.* Université Nouvelle. Discours prononcé le 31 octobre... par M. le recteur Guillaume De Greef. Bruselas, 34 págs., 8.º, 1904.)

Madame Touzaà, la anciana protestante ya citada, amiga de la familia, la cual conservaba el recuerdo y la tradición de largos años, dice a la señora Dumesnil en una carta (Castetarbe, 22 de febrero de 1904): «...como si fuera ayer, veo a tus dos hermanos mayores sentados en un banco sin respaldo en el viejo templo de Baigts, nobles y atentos, mientras el tío Peyrou leía los profetas de Israel... (los pobres chiquillos debían permanecer así horas y horas como pequeños santos todos los domingos...) Más tarde, al regresar de las faenas por la noche, les encontramos en casa: venían a abrazaros y acababan de llegar de la facultad (de Montauban). Noemí iba y venía, pero a ti (Luisa) no se te podía arrancar de los brazos de Elías...» (A este respecto la segunda de las hermanas cuenta que las hermanas menores se plantaban siempre rápidamente sobre las rodillas de Elías, pero que Eliseo guardaba cierta reserva y se era mucho menos familiar con él)... «Aun le oigo (a

Eliseo debió comenzar en la primavera de 1848 sus estudios teológicos en *Montauban,* antigua ciudad protestante situada al norte de Tolosa, en el departamento de Tarn-et-Garonne, «uno de los cuatro lugares seguros que le fueron garantizados al calvinismo en 1570 y sede de todas las iglesias protestantes de Francia». (De Greef, 1904.) Carezco de informes sobre la facultad protestante de ese lugar, así como también sobre las notas (existentes todavía, sin duda) acerca de los hermanos Reclus, registradas en las actas de la Universidad, sobre los profesores y estudiantes de aquellos años 1848-49, sobre el ambiente general de Montauban en aquel tiempo, sobre el efecto causado en ese medio por los acontecimientos revolucionarios de entonces, etc. (19).

Tan sólo puedo indicar cómo Eliseo saludó la revolución de Febrero en su *Manuscrito de 1851*; ni siquiera sabemos dónde se halló a la sazón (¿Sainte-Foy u Orthez?):

«...Durante diez y ocho años arrastróse por Francia un abominable espíritu de logro y egoísmo; al fin llegó la revolución del desprecio; el trono desapareció y los burgueses comenzaron de nuevo a adular al pueblo gene-

Elías; hacia 1855, sin duda...) relatar en casa del tío Larrouyat sus sufrimientos en el destierro, su deseo ardiente de volver a ver Francia; el tío derramaba lágrimas, diciéndole que él le habría acogido de buena gana secretamente en su casa...»—En otra carta: «...¿Estabas tú en el templo de Baigts cuando tu hermano Elías hablo sobre estas palabras de Isaías: «Consolad a mi pueblo, hablad a Jerusalén según su corazón». Toda la asamblea tuvo un estremecimiento de alegría y esperanza extraordinario. Pero ¡ay!, pronto nos le quitaron, más pronto aún que M. Pyt (en 1831). En la misma época, un jueves por la noche, vino a nuestro pueblo para reemplazar a tu padre. Se retenía la respiración para oir mejor la dulzura de esta voz, la armonía de este discurso, que fué el último en Castetarbe...»

(19) Se me indica, por ejemplo, la *Mémoire universitaire et ecclésiastique sur la faculté de théologie protestante et le séminaire de Montauban* (1808-1878), por A. Sardinoux, París, Fischbacher, 1888, y una publicación, con muchas ilustraciones, aparecida en 1908, en Montauban, con motivo de una fiesta de la Universidad.

roso, al pueblo magnánimo al cual se habría ametrallado si hubiera sido vencido.»

«Pero la victoria fué suya. Los broncíneos cañones y los soldados con sus largas bayonetas retrocedieron ante una oleada de hombres pálidos de hambre y harapientos por la miseria. Inútilmente intentaron los fusiles reales alcanzarles en el pecho; tras de cada atacante surgía una ola de atacantes y de cada ventana caía un adoquín. ¡ Oh !, cuán bello fué aquel día en que millares de combatientes, orgullosos de haber pagado la victoria con su sangre, desplegaron al viento un trapo desgarrado, el símbolo de la República, o escoltaron piadosamente el cadáver de un hermano, derramando lágrimas de dolor y de entusiasmo al mismo tiempo. Un bello día fué aquel en que se vió a un rey, que se había jactado de encarcelar otra vez a los rebeldes, palidecer ante la llegada del pueblo y buscar refugio en una bodega mal oliente de su magnífico palacio. Fué un bello día para nosotros, provincianos, que nos enteramos simultáneamente de la lucha y de la victoria, para los ancianos de 1789, de cuyos ojos apagados apenas podía brotar una lágrima de alegría, para los mártires de la república, a quienes se felicitaba por su liberación y los cuales se felicitaban por la liberación de Francia, para Europa, que bramó hasta en sus fundamentos. En ese día nacieron muchas esperanzas en los corazones, esperanzas vanas, que se convertirán en temor para todos aquellos que terminaron su fracaso. Suceda lo que quiera, todas las reformas hallarán su realización, todas, las políticas, las sociales, las religiosas...»

También este manuscrito testimonia que entonces poseía aún una determinada fe en Dios, más de cerca precisada por él, pero se comprende que los cursos teológicos, en tanto que permanecían en la rutina ortodoxa, no podían brindarle nada. Ignoro en qué grado animaron los acontecimientos el ritmo de la vida local; desconozco también si Montauban se guiaba por la próxima gran ciudad, Tolosa, o directamente por París. En Tolosa aparecía el

diario de intensa circulación *La Civilisation* (marzo 1849-19 diciembre 1851), redactado en 1849 por *Anselme Bellegarrigue,* cuyo anarquismo, desarrollado políticamente con una tibieza negadora en el aspecto social, halló en este periódico su más plena exposición (20). Esta inmensa actividad de Bellegarrigue no pudo ser ignorada por los círculos radicales del próximo Montauban, salvo en el caso de que éstos se hallaran totalmente influenciados por la esfera de París, de donde llegaban a la ciudad, indudablemente, los diarios de *Proudhon,* el *Représentant du Peuple* y *Le Peuple,* en el período de abril de 1848 hasta el 13 de junio de 1849. Desgraciadamente será demasiado tarde, si es que no se descubren otras cartas, para resolver la cuestión de si Eliseo tuvo que vencer resistencias y pasar por estadios de desarrollo antes de llegar a las ideas expresadas en su *Manuscrito de 1851* (v. cap. IV), o si éstas fueron la expresión concreta de una serie de pensamientos elaborados durante largo tiempo, lo cual me parece más probable.

En junio de 1928 ha llegado a mi conocimiento un *manuscrito muy personal,* escrito por *Elías Reclus* en 1853, en el cual dice: «...Sea como fuere, yo amo la verdad y la justicia, les he dado mi vida, las amo con un amor profundo.

1848 ha sido un año singular como pocos hombres lo han visto. Cualquiera que sea la manera en que se nos ha representado, nosotros queremos el bien y la justicia.

Ist mancher Streit nicht rein des Schmutzes
ist rein doch das Panier im Freiheitslager
und wahr das Herz des ungeschlachten Trutzes
(Muchas contiendas no están limpias de lodo,
pero la bandera está limpia en el campo de la Libertad,
y es verdadero el corazón de la ruda resistencia)

(20) V. M. Nettlau, *Vorfrühling der Anarchie* (Berlín, 1925), páginas 184-198, 200-201.

(versos alemanes de un poeta revolucionario que no conozco; citados en alemán.) Soy republicano y socialista, vosotros lo sabéis, y no me lo habéis perdonado todavía (sin ser una carta, el manuscrito es más o menos una requisitoria contra la parte antirrevolucionaria de la familia); pero cualesquiera que sean las faltas del partido, las malas acciones de sus malos miembros, las calumnias y ultrajes que nos haya adjudicado el partido de las gentes honradas a cuya cabeza se hallan Louis Napoleón Bonaparte, el zar de Rusia (Paskewitch, Radetzki; estos nombres están tachados), nosotros queríamos y queremos ardientemente el bien y la justicia. 1848 ha sido un año memorable. La Tierra en sus revoluciones alrededor del Sol ha visto pocos semejantes. Jóvenes la mayoría, hemos sido aturdidos por una revolución que los hombres habían visto hecha, y que había sido preparada desde hacía mucho tiempo por acontecimientos anteriores La escasa parte que los hombres habían tenido en este hecho nos ilusionó a todos, creímos buenamente que el bien se hacía solo y con rapidez; conmovedores de pura confianza, simplicidad y tontería, no queríamos creer a los malvados que nos decían que éramos unos bribones.

...Por mi parte, hablo de él (del año 1848) con un respeto profundo; miro con melancolía y admiración esta confianza, esta esperanza, esta simplicidad heroica y esta tontería sublime como manifestación de confianza en los hombres y esperanza en el porvenir. Nosotros, jóvenes, en el inmenso círculo de Prusia, Hungría, Italia y Francia, y no eran solamente hombres jóvenes de edad, sino también ancianos, jóvenes de corazón, nosotros esperábamos la liberación de todas las servidumbres de todos..., creíamos que, después de un largo invierno, había, al fin, llegado la primavera; nuestro corazón sentía necesidad de cantar.

¿Y qué ha sucedido? De todo eso nos ha quedado una ancha herida en el pecho; el corazón sangra, y uno se acuerda con angustia del hermano que ha sido fusilado, del amigo que ha sido encadenado al Spielberg, de este

hombre que amáis y que está encerrado en una cárcel. Nos ha quedado la dolorosa convicción de que el hombre que consagra su vida al bien, se consagra a la desgracia. Estas son cosas que se pueden y se deben perdonar, pero no se pueden ni se deben olvidar»...

¿Puede deducirse de estas observaciones que los jóvenes hermanos, en su vida lejos de los centros de lucha, en 1848, veían los acontecimientos sobre todo como un gran conjunto, una renovación general, a la cual todos parecían contribuir entonces lo mejor que podían? Ellos no vieron el detalle de los acontecimientos, en el cual la cooperación aparente se muestra tan a menudo como una contraacción recíproca y una solidaridad muy poco sólida. Por esto vivieron quizá en un paraíso de esperanzas y sufrieron al ver triunfar al mal sistemáticamente de nuevo sobre el bien que parecía ya adquirido. Pues, con una generalidad inexorable en toda Europa, los brillantes arranques, iniciativas y victorias de febrero y marzo de 1848, fueron seguidos de éxitos de la contrarrevolución desde entonces hasta 1851...

En el año 1849 (21) los dos hermanos y su amigo Grimard abandonaron la Universidad y la «carente de iniciativa espiritual, pero muy hospitalaria» ciudad de Montauban y vivieron la mayor parte del tiempo en pleno campo, a cuatro kilómetros de la ciudad, sobre una co-

(21) En el primer tomo de la *Correspondance* (1911) se halla un retrato de Eliseo Reclus a la edad de 19 años, hecho por Eugène Devéria.—«Se ha hallado esto en un pequeño cuaderno... escrito con una forma de letra desconocida... en casa de viejos amigos de Orthez», tal es la inscripción que figura en la copia de una nota de 1848, escrita por alguien del medio protestante de allí, y en la cual se esboza a los Reclus en aquel tiempo. Así de *Eliseo* se dice: «18 años de edad, pequeña estatura, bien hecho, mucha instrucción, muchos medios, moreno, carácter muy dulce, buen hijo, buen hermano»; de *Elías*: «Hijo mayor, joven de muchos recursos, muy instruído, alto, bastante bien de figura, pero delgado. Carácter muy dulce. Buen hijo, buen hermano. Vocación: ministro del Santo Evangelio. 21 años»; (la misma vocación para Eliseo); del *pastor*:

lina, desde la cual se divisaba, de un lado una llanura extensa, y del otro una región llena de escarpaduras y barrancos. Tendidos sobre la hierba o en hamacas, entregáronse allí a la lectura de *Oken, Schelling, Leroux* y *Proudhon*. Elías—de quien ha relatado esto Eliseo (1905)—tomaba muchas notas y preparaba su disertación doctoral. Eliseo no cuenta, desgraciadamente, nada de sí mismo, pero es indudable que vivía en el mismo círculo de ideas, que intentaba apartarse de la religión por medio de la llamada filosofía de la naturaleza de Schelling y Oken, si bien no pudo conseguirlo mientras aceptó ciegamente a estos autores reaccionarios; por el contrario, en el dominio social, Leroux y Proudhon representaban entonces los mejores elementos para una síntesis no construída por ellos mismos, pero que los hermanos Reclus supieron elaborar.

Aquí residía al mismo tiempo el material espiritual en pro de la asociación y la solidaridad (Leroux) y el que abogaba por la autonomía y la anarquía (Proudhon); la síntesis hecha por Proudhon en el dominio político, es decir, la federación, no fué realizada por éste en el terreno económico, ya que consideró el contrato como superior a la asociación. Unir los elementos sociales (solidaristas) y libertarios (autonomistas) de ambos planos ideales debía ser obra de pensadores libres de toda preocu-

«talla media, delgado, un poco encorvado, rostro dulce»; de *su mujer*: «morena, talla pequeña, delgada, enfermiza, rasgos bellos aún, pero muy deteriorados por los disgustos y los partos. Madre de catorce hijos»; de la señorita Loïs: «joven de 17 años (nacida en la primera vivienda de los Reclus, en Moncada, hacia fines de 1831), talla bonita, morena, bellos rasgos, delgada, carácter bueno, pero un poco altiva y un poco orgullosa. Muy instruída. Vocación: maestra.» También de Onésimo, «niño encantador de 9 a 10 años», se da ya la «vocación: ministro del Santo Evangelio»; de Armand, que tenía cinco años, se contentan con decir que «promete mucho».—Yo creo que es costumbre en los piadosos el escrutar estrechamente la vida de sus pastores, y a este celo, probablemente de origen femenino, se deben estos croquis tomados del natural.

pación, y esto fué llevado a cabo, en aquellos años y algo antes y después, independientemente entre sí por varios hombres, como *Bakunin, Déjacque, Coeurderoy* y también *Eliseo Reclus.* Así surgió el *anarquismo socialista,* que se diferencia, no sólo de todas las demás tendencias socialistas no libertarias, sino también del anarquismo no solidarista de Proudhon, Josiah Warren y Max Stirner, y, constituye la más alta concepción social hasta ahora alcanzada. Pues las fuerzas de atracción y repulsión propias de todo organismo exigen libre juego, o de lo contrario se produce un estado de opresión, determinado por un tercer factor externo que impide el desarollo normal del organismo, lo destruye o lo mata. *Solidaridad-Asociación-Federación,* y *Libertad-Autonomía-Anarquía* son para hombres o grupos humanos las formas del ejercicio de sus necesidades de atracción y repulsión que corresponden a su esencia. Esto es naturaleza y, más pronto o más tarde, llega a realizarse; toda otra regulación de estas relaciones es imposición, acto antinatural, que, pronto o tarde, evidencia su falta de vida propia. Hallar al principio estas conexiones fué una acción espiritual, cuyas consecuencias comienzan a ser comprendidos poco a poco en todo su alcance. Por esto intento yo exponer detalladamente la historia de los orígenes del socialismo anarquista o anarquismo socialista. Tiempo vendrá en que se lamentará el haber perdido ya tanto de esta historia.

Manteniéndose alejados cuanto podían de la universidad, los tres jóvenes teólogos emprendieron un día una excursión a pie al mar Mediterráneo, situado a una distancia de algunos días de camino, y, siguiendo una línea lo más recta posible, pasaron por *Castres,* la cordillera de las Cevennes, *Carcasona* y *Narbona,* la cual contemplaron desde las alturas colindantes, hasta que al llegar a la blanca colina La Clape, ofrecióse a sus ojos la inmensa llanura líquida del Mediterráneo. En su lecho mortuorio, Elías recordó a su hermano este momento: «cuando vimos el mar estabas tan emocionado que me mordis-

te en el hombro hasta hacer brotar la sangre» (Paul Reclus; Ishill, ps. 24-25). Llenos de contento regresaron a Montauban, pero el viaje contribuyó allí a que estallase la tempestad que se cernía sobre ellos. Los profesores juzgaron con indulgencia la pequeña escapada, pero la Administración se mezcló en el asunto; pues era un período de tiempo poco antes o después del 13 de junio de 1849, en cuyos acontecimientos participó especialmente la juventud estudiantil de París (Ernest Coeurderoy se expuso entonces mucho y sólo la fuga pudo librarle de muchos años de presidio) y cuya preparación, así como las persecuciones subsiguientes, debieron dejarse sentir en el teológico Montauban. «...El prefecto—escribió Eliseo en 1905—desaprobó la actitud de los jóvenes, cuya indumentaria, inclusive, tenía en sí algo republicano y agresivo. Habían venido oradores de París, los cuales hablaron en reuniones privadas, a las que habían sido invitados los estudiantes. Parece que se fraguaban quién sabe qué conspiraciones, y un informe de un comisario de policía atribuía graves palabras a uno de los inocentes jóvenes. ¡Era, pues, un deber social eliminar rápidamente tan peligrosa úlcera! Contra su propio sentimiento, el decano de la Facultad, señor Montet, debió resolverse a hacer esta operación. Llamó a su presencia a los tres jóvenes y, no sin cierto pesar, les dió oficialmente el *consilium abeundi...*» (22)

Esto arrancó a Eliseo de una vez para siempre de la

(22) En lugar de aquella facultad teológica existe ahora en Montauban una Universidad denominada a la manera de Calvino «Université protestante libre». Allí deben estar conservadas las actas de 1849, y por ellas y por los documentos del archivo departamental podría reconstruirse este episodio. Las manifestaciones de provincias el 13 de junio de 1849 fueron en muchos casos muy animadas, pero todos los procesos terminaron con absoluciones, mientras que en el proceso de París, celebrado en noviembre ante la «Haute Cour» de Versalles, fueron pronunciadas las más duras sentencias. Todo esto explica quizá el que, en aquella época difícil, no se intentara nada para revocar la expulsión de la Universidad.

carrera teológica, en la que—a juzgar por su observación de 1851, relativa a un sermón de prueba o ejercicio de predicador hecho en Montauban—habría entrado, sin embargo, al principio. Elías resolvió concluir sus estudios en Estrasburgo. De Eliseo escribió su hermana Luisa (*Corr.*, I, p. 20) que «...aun bajo la influencia de los maravillosos lugares renanos volvió en calidad de profesor a Neuwied, donde había conservado sólidas amistades; por lo demás se sentía con más aptitudes para la enseñanza que para el estado teológico. Si se considera cada matiz de estas palabras—la señora Dumesnil (Luisa) se inspiraba en la mayor experiencia—, aunque juzgándolas de un modo algo más realista, puede quizá decirse que desde ese momento Eliseo fué árbitro de sí mismo y que durante toda su vida, a partir de sus veinte años, cuidó de sí y de otros. Neuwied y la labor de enseñanza fué el primer paso en este sentido y, dadas las circunstancias, probablemente el único y el más práctico que pudo emprender. Pues entonces debía haber roto ya interiormente con la teología y por esto no podía permitir que sus padres se sacrificaran para que él continuase sus estudios. Con Elías era otra cosa: para este último, el mismo engranaje religioso de todos los tiempos y pueblos se había convertido en un objeto de observación profunda, y no quería verse prematuramente estorbado en su trabajo por la casualidad que le expulsó de Montauban. El escrito de Eliseo sobre él pone maravillosamente de relieve su modo de ser, a cuya descripción debo renunciar aquí. Si Eliseo hubiera muerto antes que su hermano mayor, poseeríamos páginas idénticas de Elías sobre él.

Ignoro dónde pasó Eliseo los meses transcurridos entre el *consilium abeundi*, recibido inmediatamente después de su excursión de fines de primavera o principios de verano al mar, y diciembre de 1849, cuando notificó su llegada a Neuwied.

III

RECLUS COMO MAESTRO EN NEUWIED Y COMO ESTUDIANTE EN BERLÍN.—VIAJE A PIE DE ESTRASBURGO A MONTAUBAN (FINES DE 1849-VERANO DE 1851)

En su viaje a Neuwied, Eliseo pasó por Sainte-Foy, París y Estrasburgo, donde se entrevistó con Elías. Cuatro cartas—de diciembre de 1849, probablemente febrero y marzo de 1850, y principios de 1851, ya en Berlín (*Corr.* I, ps. 21-32)—dirigidas a sus padres arrojan algo de luz sobre el año de estancia en Neuwied, que al principio sólo implicó una interrupción en sus estudios universitarios. Se le había prometido de antemano un empleo de maestro y así «llegó al fin a casa de los Hermanos Moravos, sano de cuerpo, ligero de bolsa y lleno de esperanzas», quedando gratamente impresionado por un amigable recibimiento. «...Sentado entre ellos, cerca de la mesa de bienvenida, tuteado por mis nuevos amigos y por antiguos compañeros, felicitado cordialmente por estas voces alemanas que tan bien expresan el afecto, me hallaba de tal modo deslumbrado, que no pensé siquiera en agradecerles este amor fraternal que manifestaban excelentemente con sus voces, sus miradas y sus apretones de manos...» Claro que después de algunos meses se aburrió profundamente en ese año «en una ciudad bastante aburrida, entre gente que es mucho menos simpática de lo que pensé al principio...»

«...Vivo aquí como si no viviera... Entre los Herma-

nos y yo reina una verdadera camaradería deliciosa, un tuteo perpetuo, una admirable ausencia de cumplimientos, pero no es más que pura forma, y bajo toda esta tolerancia no existe ninguna amistad; nuestros caracteres y tendencias no congenian bajo ningún concepto; sólo Geller (el director del Instituto) me inspira una confianza casi infantil y mi corazón exulta de alegría cuando estoy con él; pero en cuanto a los otros, parecen no tener en verdad otra ocupación que la de hablar de castigos, o bien, en los días libres, la de ir a pasear hasta una venta de las orillas del Rin... Los Hermanos no realizan ya milagros como en la época de Zinzendorf; cuando, en una conversación, parecí yo creer en las maravillas de la vida del fundador de su iglesia, se rieron en mis barbas. Su fe es singularmente una cuestión de costumbre, pues apenas si el nombre de Dios es pronunciado más que en la iglesia, en la bendición matutina, antes de las comidas y antes de las lecciones de religión. Si para ellos yo soy un hereje, mi herejía me es al menos querida y profunda. La iglesia de los Hermanos se halla en vías de desaparecer, a juzgar por la apariencia y a juzgar por Neuwied; los viejos maestros que tuvimos antaño y las hermanas que enseñan todavía en el Instituto de señoritas me parecen muy diferentes de los jóvenes, mis colegas...» A pesar de todo, escribe a continuación: «...Adiós, querida madre; piensa en mandarme pronto una hermana a la que cuidaré como una madre, y la cual me hará Neuwied tan dulce, sobre todo, si este cambio fuera útil para ella...»

En el Instituto había entonces solamente jóvenes ingleses, sobre cuyo modo de ser hace Eliseo observaciones características y, en mi entender, acertadas (p. 25), y algunos alemanes, muchachos en su mayoría, que no adelantaban en los institutos públicos. El nivel de enseñanza había bajado, particularmente en latín. «...Pero ahora, en cambio, se aprende francés con una especie de entusiasmo; casi cada profesor da lecciones de francés y cada alumno lo aprende.» El estuvo ocupado al principio como

pasante en una clase de muchachos mayores y se sentía mejor y más seguro que con los niños menores que debió tomar a su cargo después; su propio deseo de adelantar le hacía difícil volver a situarse en la mentalidad infantil. Pues como maestro concienzudo escribía: «Es preciso que uno mismo se vuelva niño para conocerlos e instruirlos bien», una manera de pensar profundamente ajena a los pedagogos corrientes (p. 24). «...No tenía tiempo para aprender—escribió más tarde (ps. 32-33)—y cuando todo el día, desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche, había debido hablar constantemente o bien inspeccionar, me gustaba poder charlar lejos de los libros o meterme en la cama bajo una pila de mantas. Y, además, no me agradaba ver dividido mi tiempo tan exacta y escrupulosamente en partes iguales... Esto constituía para mí un fastidio, del cual sólo podían sacarme las dulces relaciones de simpatía que me unían a tal o cual profesor, a tal o cual alumno. Aun tengo necesidad de vivir la vida de un joven y no ponerme el traje negro del hombre maduro...»

La despedida fué amigable; entonces pudo ver que todos le estimaban. También él había mostrado un interés especial por los progresos de algunos alumnos. Geller le aconsejó en la elección de una universidad. El mismo había pensado en Leipzig o Halle; Geller le aconsejó ir a Berlín, dándole una recomendación para el pastor de los Hermanos Moravos residente en esta última ciudad. Como no había trabajado un año completo en el Instituto, perdió una parte del sueldo concertado y sólo recibió el dinero necesario para el viaje. Dirigióse a su tío, pidiéndole subsidios para los primeros meses, sin que sepamos si obtuvo satisfacción; pero su principal deseo era el de ganarse la vida dando laboriosamente lecciones, cosa que logró, aunque—como cuenta su hermana—a veces careció hasta de lo más indispensable. (*Corr.*, I, p. 40.)

En su viaje de invierno a Berlín debió atravesar en el tren el paisaje de Alemania del Norte, el cual le produjo

una impresión sombría y triste, lo mismo que toda la ciudad de Berlín. La extensión de carácter lacustre del Havel y, en general, la mucha agua de los alrededores berlineses le impresionaron grandemente. Dice que algunos geólogos consideran toda esa región como una inmensa isla flotante; su pasión por la observación geográfica se manifiesta constantemente, pero aun le faltan conocimientos de detalle: no puede explicarse claramente si el río Spree, que al llegar a Berlín se estrecha y corre más lentamente, tiene un desaguadero subterráneo (ps. 33-34). Al principio tuvo dificultades con el pasaporte, pero fueron vencidas gracias a su irreprochable matriculación en la Universidad. Describe a sus padres la libertad de enseñanza de las universidades alemanas y menciona (11 febrero 1851) a los profesores Mitsch (Dogmática), Ritter (Descripción de la Tierra), Schmidt (Economía política), Schultz (Historia de las enfermedades), y al ultraortodoxo teólogo Hengstenberg, a quien iba recomendado y el cual le ofreció un empleo de preceptor en casa de un conde, siempre y cuando que no fuese republicano («me he inclinado y rehusado») (p. 37). Así, pues, pasó en Berlín la última parte del semestre escolar de invierno 1850-51 y todo el semestre de verano de 1851, lo que figurará exactamente en las actas de la Universidad; también merecen atención los catálogos de lecciones de esos semestres y los libros de la administración sobre las matriculaciones efectuadas para los cursos.

Sólo sabemos que los cursos geográficos del profesor *Carl Ritter* (1779-1859), el célebre autor de una gran Geografía descriptiva del globo terrestre, que comenzó a publicarse en 1822 y ha quedado sin terminar, cautivaban su interés. Siguiendo las ideas y métodos de Herder, Heeren, Forster y Humboldt, Ritter había elevado la Geografía muy por encima del carente de espíritu y usual amontonamiento de hechos. Esta tentativa, tendiente a investigar las relaciones de todos los factores influyentes en la superficie terrestre y sus habitantes orgánicos, plantas, anima-

les y hombres, correspondía, sin duda, al sentimiento y al ideal científico y social de Reclus y le estimulaba poderosamente, de igual modo que un intento semejante de Elías Reclus, que se proponía obtener la historia del origen de la masa de ideas y representaciones de los hombres y, especialmente, de su ideología religiosa, mediante el empleo de métodos de profundización y comparación, le había interesado, sin llegar a cautivarle. A él no le fascinaba tanto la idea como lo objetivo, la inmensa realidad en su infinita variedad, y la Geografía descriptiva y determinadora de relaciones en el sentido de Ritter era algo que, poco más tarde, en 1852, se dió a sí mismo como finalidad, hacia la cual caminó infatigablemente durante medio siglo con sus tres obras principales; *La Tierra*, la *Geografía Universal* y *El Hombre y la Tierra*.

No puedo decir si conoció personalmente al profesor Ritter y hasta qué punto; tampoco sé si realizó entonces otros estudios. La filosofía no debió atraerle mucho, pues en sus formas especulativas no es más que una variante de la teología, y él necesitó pasar inmediatamente de la teología a las ciencias naturales; pero en ese medio año no debió poder realizar demasiados estudios detallados, por cuanto él mismo tenía que dar cuidadosas lecciones, adquirió, además, amigos y conocidos y no podía pensar que esos pocos meses serían el único y verdadero período de su instrucción en una universidad que ofrecía posibilidades de estudios multilaterales. Pues aun cuando su última carta desde Berlín (p. 39) habla sólo en general y no expresamente de regresar, su hermana observa (p. 41): «...En resumen, estaba a punto de procurarse un empleo (lecciones privadas), y hubiera vuelto al año siguiente si los acontecimientos ulteriores no se lo hubiesen impedido.»

Por desgracia faltan sus cartas a Elías, en Estrasburgo a la sazón, y a los padres les escribía sólo los *hechos consumados* en su desarrollo, y aun esto de una manera indulgente para con sus sentimientos religiosos que iba destruyendo lo más tiernamente posible las esperanzas

puestas en su próximo pastorado (23). Su carta de abril de 1851 (*Corr.*, III, ps. 1-5) es a este respecto un documento que nos permite apreciar varias características de su desenvolvimiento en aquella época. En ella escribió: «...Este año de internado en mis estudios ha dado fin a todas mis vacilaciones y estoy firmemente decidido, tanto en esta como en las demás situaciones, a seguir únicamente la voz de mi conciencia. No puedo concebir cómo profesores reunidos, cómo incluso los fieles podrían conferirme el derecho a predicar el Evangelio, y jamás aceptaré ninguna especie de consagración, sea la que fuere, pues no veo en ella más que un papismo disfrazado e incoherente. ¿Cómo podría yo, que acepto la teoría de la libertad en todo y para todo (*palabras que ponen de manifiesto que era un anarquista consciente*), admitir la dominación del hombre sobre un corazón que no pertenece más que a Dios?... Que el hombre poseído de amor y de fe vaya a las encrucijadas para llevar a un festín espléndido a los que viven en el cieno, en el mal; que suba a los tejados para exclamar que el reino de Dios se aproxima, que no deje pasar a nadie sin hablarle de Aquel que nos ha amado el primero, que rece con sus hermanos cuando su corazón se lo aconseje, todo eso es bello, y Dios bendecirá seguramente al que lo confiese ante y contra todos, en el templo y fuera del templo. Pero tomar primero un certificado de capacidad cristiana, después solicitar un pasaporte de amor y de fe ya a los profesores, ya al consistorio, ya a la Iglesia misma, so pena de ser un contrabandista en el dominio de los corazones, he ahí lo que me repugnaba por encima de todo y he ahí lo que Dios me dará sin duda la fuerza de no hacer...» Por esto dice ahora: «No quiero, ni puedo, ni debo ser pastor.»

(23) La madre—para ligarle, quizá, de cualquier modo a algo práctico en sentido burgués, después de su renuncia a la carrera de pastor (esto es una suposición mía, solamente)—parece que pensó en un casamiento para él, lo cual fué rechazado suave, pero decididamente por Eliseo en la carta del verano de 1851 (*Corr.*, I, p. 39).

«No veáis en esto, queridos padres»—continúa—, «el efecto de la duda; si dudara me limitaría a vacilar; por el contrario, me decido a causa de creencias positivas y absolutas. Creo que ha llegado el día en que deben ser abatidos todos los que se erigen por encima de los demás en amos y en profetas: el mejor medio de evangelizar no es hoy el de acorazarse con diplomas y subir a escabeles patentados, sino el de abrir simple y buenamente su corazón a los amigos, griego entre los griegos, campesino entre los campesinos, pagano entre los paganos, a la manera de San Pablo quien, del altar del Dios desconocido, condujo otra vez a los atenienses al Dios que conocemos... Tiempo vendrá en que cada hombre será su propio rey y su propio pastor, en que cada uno ofrecerá el incienso a Dios en el propio templo de su cuerpo y de su alma. Entonces Dios sólo se elevará por encima de nosotros y nos conducirá. Entre los hombres no habrá más que relaciones de influencia (mutua) y de amor; cada uno hablará a su hermano de sus ideas y sentimientos; estas ideas y estos sentimientos podrán germinar en todos, sin haber revestido un carácter de oficialidad y sin haber sido patentados por un hombre o por una reunión de hombres, por un consistorio o por un rebaño. Ya no habrá hombres que gobiernen o conduzcan a otros hombres, pero cada uno actuará sobre su vecino y predicará la verdad que cree y siente. ¿Mas cómo conseguir el advenimiento de este porvenir si no lo realizamos en nosotros mismos; si, no contentos con rechazar a todo rey y a todo pastor, no protestamos contra toda idea interior que pueda aconsejarnos el llegar a ser nosotros mismos aquello que censuramos?...»

Después repite su protesta contra la duda religiosa: «...Conozco a Dios, que me ama como un padre a su hijo». «...¡si el mundo pereciera, sé que mi Redentor vive y que le veré en el último día!...» (24).

(24) He citado por primera vez pasajes de esta carta en mi comentario a la *Correspondance, I, II*, publicado en el *Archiv für die Geschichte des Sozialismus*, III, págs. 512-527, abril 1913.

No se puede dudar de esta categórica afirmación de su fe religiosa. Obsérvese igualmente que Reclus, con su exposición de una comunidad religiosa entre los hombres sin ninguna clase de jerarquía ni jefatura espiritual, esboza un cuadro de la más perfecta *Anarquía*; además, toda su vida ulterior demuestra que esta anarquía vivía ya entonces en él, penetrando todo su ser, y que él que «aceptaba la teoría de la libertad en todo y para todos», quiso con esto dar sólo *un* ejemplo en el dominio religioso, de igual modo que, en el mismo año, en el manuscrito de Montauban, 1851, reconoció la anarquía en general (cap. IV). Así, pues, su desarrollo en este sentido se había consumado ya en 1851, y esta fecha es segura. Cuándo comenzó, es algo que no se puede determinar, salvo en el caso de que se encuentre nuevo material manuscrito. Los gérmenes de la anarquía son de por sí inherentes a cada ser, si bien se desarrollan en unos, y se desmedran en otros. Eliseo Reclus fué una naturaleza en la que éstos se desarrollaron con una riqueza poco común; ya Elías, que nunca se llamó anarquista (su hijo Paul lo atestigua), pero el cual poseía las más plenas convicciones fourieristas de la asociación y era también un antiautoritario consecuente en todos los terrenos, no llegó, por diferentes obstáculos, a adquirir una fe completa en la capacidad vital práctica de la unión de libertad y solidaridad que constituye la verdadera anarquía: Eliseo poseyó esta fe y se libró pronto de las trabas religiosas que le ligaban aún en 1851.

Los alumnos de Eliseo—oficiales, un médico, un propietario de una granja, un redactor demócrata, una vieja condesa (abril, 1851)—, sus otros conocidos, algunos de los cuales volvieron a saludarle con agrado en 1859, sus conversaciones con trabajadores (según su hermana, I, p. 40), todo eso debió formar un medio que no le interesaba grandemente, pero que tampoco le repelía, de manera que a fin de curso, es decir a principios de agosto aproximadamente, escribió (p. 39): «...Voy a abandonar Berlín casi con sentimiento, pero es una ciudad a la

cual tengo demasiado afecto para no esperar volver a ella pronto o tarde... He sido acogido con cariño y simpatía, aun por aquellos que no me conocían; he hallado verdaderos amigos allí donde esperaba encontrar apenas conocidos, y yo mismo me he retrasado en el afecto, por no poder creer que se me quisiera tan rápidamente con sinceridad...»

Se dirigió a *Estrasburgo*—probablemente en agosto de 1851—para reunirse con *Elías*, que acababa de concluir sus estudios. Elías había presentado una tesis, titulada *Le Principe d'Autorité* (El principio de autoridad), que se mantenía, naturalmente, en el dominio teológico, pero atacaba a tal principio en forma indiscutible y sin miramientos (25). También realizó el examen prescrito y recibió la autorización para ejercer el pastorado. Después «Elías escribió simplemente una carta de dimisión definitiva, por la cual renunciaba a todo empleo ulterior (como pastor)» (palabras de Eliseo, 1905).

Eliseo describe también con humor algo melancólico, su viaje a pie de Estrasburgo a Montauban, acompañado de Elías y su perro «Lisio» y con poco más de 30 francos en el bolsillo (principios de septiembre). Caminaron en la dirección más recta posible, atravesaron a nado algunos ríos, durmieron al aire libre, debieron vivir de pan, tropezaron con gendarmes que les pidieron con desconfianza sus papeles y se divirtieron de lo lindo. «Al fin, después de veintiún días de marcha, llegamos a Montauban, donde los amigos nos obligaron a aceptar un nuevo equipo; pocos días después llegamos a *Orthez*», y allí se enteraron de la muerte reciente de su hermanita Ana (es decir, a fines de septiembre o primeros de octubre).

La estancia en Montauban fué, apenas, de corta duración. A pesar de esto, años más tarde, Eliseo escribió sobre un cuidadoso manuscrito: «1851. Montauban.» ¿Es

(25) De Greef (1904) dice algunas palabras sobre la misma. Existe el manuscrito y es de esperar que será impreso juntamente con la correspondencia de Ginebra y otras viejas cartas de Elías, etc.

posible que ese no muy corto manuscrito haya sido hecho en tan pocos días? Sin duda, si es que un motivo determinado le impulsó a ello. Ignoro si hubo tal motivo. Las conversaciones con Elías en el largo camino pudieron haber precisado las ideas y determinado quizá un primer esbozo. preparando de este modo el escrito en limpio, que llena las páginas 3-36 de un cuaderno. La página primera contiene solamente las palabras : *à moi* (a mí) y un lema colocado más tarde : «pour se donner, il faut s'appartenir» (para darse, es necesario pertenecerse). Esto según Jacques Mesnil (9 noviembre 1924), el primero que citó unos pasajes del mismo en su estudio *Elisée Reclus* (*Temps Nouveaux,* 29 septiembre-1 diciembre 1906) y me envió una copia a máquina en abril de 1925 (26).

¿Fué entonces, acaso, leído el manuscrito en el corro de amigos de Montauban? Difícilmente pudieron aquellos jóvenes teólogos aceptar o seguir las ideas del manuscrito, aun cuando en 1848 y 1849 se sentían muy radicales. En otoño de 1851 hacía ya tiempo que se había hecho enmudecer todas las voces revolucionarias, y una impresión del escrito hubiera acarreado la confiscación y un proceso. Por esto en su redacción apenas puede verse un fin de propaganda cualquiera.

El viaje a pie, bien conocido en la familia (27), quedó grabado para toda su vida en la memoria de Eliseo y no pudo confundir los años 1849 y 1851 en lo tocante a Montauban. En rigor pudo Eliseo haber vuelto otra vez a Montauban en septiembre u octubre, pero esto es una simple suposición. Lo que me parece más probable es que

(26) Con arreglo a otras de sus copias apareció impreso en *Le Libertaire* (París), 28 agosto-2 octubre 1925, y una traducción italiana de Luis Fabbri en *Pensiero e Volontà* (Roma), 1 octubre 1925 ; traducción española de D. A. de Santillán en el *Suplemento* de *La Protesta* (Buenos Aires), 19 octubre-6 noviembre 1925.

(27) Después de la muerte de Elías (1904), el hermano más joven, Dr. Paul Reclus, contó algo sobre el mismo a un colaborador de *Le Temps,* de París, relato traducido en *La Revista Blanca* (Madrid) del 1 de marzo de 1904, págs. 525-8.

el encuentro con Elías determinó o fomentó la elaboración del manuscrito.

Jacques Mesnil conserva todavía otro manuscrito «aproximadamente de la misma época, mucho más largo, pero incompleto y con fuertes tachaduras: al parecer un esbozo inacabado. Es un estudio de un carácter histórico y teológico más acentuado que el de los otros, pero no sin interés para el origen de las ideas del autor» (9 noviembre 1924). Aquí y en la tesis de Elías *El principio de autoridad* hay, pues, material no conocido ni utilizado, cuyo contenido puede reducir a la nada nuestras actuales conjeturas. Eliseo parece haber escrito durante mucho tiempo cosas muy diversas, que se han extraviado por entero. Richard Heath oyó (después de la muerte de Eliseo) que éste, en su juventud, escribió frecuentemente versos (Ishill, p. 99. Nota). Desde Neuwied envíaba a su madre dibujos de paisajes. (*Corr.*, I, ps. 29-30).

El manuscrito de Montauban fué encontrado en Bruselas por la señora Dumesnil, revolviendo viejos papeles que había en el desván: «algunos escritos juveniles de Eliseo, una serie de poesías y (aquel cuaderno) »que regaló a la señora Clara Mesnil. Eliseo no lanzó ni siquiera una mirada sobre ello y dijo solamente: «¡Oh! cuán necio debe ser eso! (Oh! ce que ce doit être idiot!) ¡Espero que lo echará usted en seguida al cesto de los papeles!...) (28). Opinaba verdaderamente así, como consecuencia de su modestia y su ulterior conocimiento de causa. A pesar

(28) Este pasaje de los recuerdos sobre Reclus, que la señora Clara Mesnil va recopilando poco a poco, fué ya traducido en *Pensiero e Volontà* (Roma). La señora Dumesnil es probablemente la persona por cuyas manos han pasado más papeles de Reclus. Su partida de Vascoeuil estimuló quizá su esfuerzo. Eliseo le escribe el 18 de septiembre de 1896: «Gracias, ¡oh, amiga mía!, por continuar ahí abajo (en Vascoeuil) la clasificación de mis manuscritos, trabajo que continuarás en Bruselas durante nuestros meses de invierno, largos por el frío, cortos por la buena amistad que nos une...»

de todo el escrito es notable, como se verá por una serie de extractos. Es el escrito más antiguo, en el cual Reclus—que entonces tenía veintiún años—hizo profesión de fe anarquista, denominando a la *Anarquía* (anarchie) «la más alta expresión del orden».

IV

EXTRACTOS DEL MANUSCRITO ANARQUISTA MÁS ANTIGUO DE ELISEO RECLUS: «DÉVELOPPEMENT DE LA LIBERTÈ DANS LE MONDE» (DESARROLLO DE LA LIBERTAD EN EL MUNDO), OTOÑO DE 1851

«En los siglos antiguos—comienza—los pueblos no combatían más que por sus pasiones o sus intereses inmediatos; sin remordimientos, incluso felicitándose, tan sólo por satisfacer su ambición o su codicia exterminaban naciones enteras y arrastraban tras sí multitudes de esclavos...» «El mundo, entregado al azar, era presa ya del más fuerte, ya del más débil.»

«Sin embargo, desde el comienzo de la humanidad se han alzado nobles genios descontentos de la realidad y soñando con un porvenir mejor; algunos, como el viejo patriarca Abraham, dejaban su país y su parentela para vivir aparte, lejos del egoísmo de todos; otros, llegados más tarde, anunciaban pública y abiertamente que la verdad no había descendido aún a la tierra, y que era preciso obedecer a leyes más justas y más humanas...»; éstos no encontraron más que indiferencia o cólera, murieron abandonados o fueron ejecutados ante los gritos alegres del populacho.

Ahora estos hombres deseosos del porvenir pueden contarse ya frente a los sostenes del pasado, su masa aumen-

ta, la lucha adquiere colosales proprciones... ; «ahora los pueblos se levantan, no por un hombre, pues los hombres se equivocan ; no por la gloria, pues ésta es falsa sin libertad ; no por su único interés, sino por el interés de todos.»

Antiguamente la idea empujaba a los bárbaros y les hacía que fueran inconscientemente delante de ella. Los godos que destruyeron el imperio romano no habían querido más que cambiar su niebla del Norte por los países dorados del Mediodía ; su ambición consistía en saquear y gozar ; caminaban ciegos hacia el porvenir. «Pero cuando nuestros hermanos bajaron de sus barricadas triunfantes y se dirigieron a las Tullerías, ya abandonadas por su rey, gritando ¡viva la República!, ellos conocían su finalidad ; sus pensamientos estaban a la altura de sus gritos y en sus corazones lo mismo que en sus banderas figuraban orgullosamente inscritas las palabras de libertad y fraternidad.»

Así, pues, es preciso que hoy los amos cuenten con los que ayer no eran más que un rebaño de esclavos. La masa piensa y el coro que se ha hecho desaparecer de la escena se ha vuelto primer actor en el teatro del mundo. El pasado que se levanta contra él es impotente ante la idea que vive en nosotros, el resplandor de nuestro sol y nuestro porvenir. «Juro que serán vencidos.» Muchos de entre ellos se han pasado ya a nuestras filas de hombres de corazón. «¡Hoy el combate, mañana la victoria!»

En el segundo pasaje pregunta el autor cuál es la idea que separa actualmente al mundo en dos grandes fracciones. «...Es la idea de libertad, de libertad completa y absoluta. Por ella murieron 70.000 hugonotes en una sola noche y por ella nuestros padres han enrojecido con su sangre, durante diez largos años, todos los patíbulos y todos los campos de batalla. Por ella han sido odiados todos los precursores, desde Sócrates, que libertó la filosofía, has-

ta Luis Blanc, que no ha podido libertar al pueblo» (29).

«No se crea, sin embargo, que la libertad es la única finalidad terrenal del hombre: en este caso todas sus esperanzas no conducirían más que a un egoísmo gigantesco. Hay otra idea, la del amor, que se desarrolla paralelamente a la primera. Para cada hombre en particular la libertad es un fin, pero no es más que un medio para el amor, para la fraternidad universal, medio eficaz y todopoderoso; pues sólo el hombre libre puede sin segunda intención estrechar contra su pecho a su hermano libre y decirle: *te amo*. Por lo tanto, la declaración de los derechos del hombre se engaña al conceder al ciudadano el derecho a la libertad, si esta libertad no se halla limitada por el amor, por los deberes. En lugar de luchar entre sí, el derecho y el deber concuerdan en su más alta acepción: en vez de limitarse se multiplican el uno al otro y se continúan paralelamente desde el hombre hasta Dios, donde derecho y deber, amor y libertad son una misma y única cosa» (30).

Este progreso se verifica desigualmente, con pasos adelante y retrocesos, pero la reacción es siempre menor que la acción. «...Es así cómo la vieja Roma, vencida por los apóstoles de Jesús, retrocedió hasta el fetichismo (31); el catolicismo victorioso es una reacción pagana mezclada

(29) Esto se refiere al odio especial de la burguesía contra Louis Blanc en los meses que siguieron a la revolución de febrero, el período de los desocupados y los llamados talleres nacionales, y la impotente delegación obrera en el Luxemburgo. Louis Blanc mismo no podía ni quería emprender algo serio y las palabras de Reclus le rozan irónicamente.

(30) Bakunín puso a menudo el dedo en la misma sentencia, *la libertad de cada uno no debe tener otros límites que la libertad de todos los demás hombres*: «nada puede ser, al parecer, más justo, ¿verdad? Y, sin embargo, esta teoría contiene en germen toda la teoría del despotismo...» «...La libertad de los demás, lejos de ser una negación o un límite de mi libertad, es, por el contrario, su condición necesaria y su afirmación...» Léanse estas manifestaciones completas de su obra principal del invierno de 1870-71 en *Oeuvres* (París), 1895, págs. 277-281 (tomo I de la serie *Oeuvres*).

(31) Aquí se alude al culto de Mitra y otros semejantes.

con elementos cristianos (32), el protestantismo es un catolicismo disfrazado (33) y la reacción política se enorgullece de las barricadas que a su vez ha conquistado (junio 1848), olvidando que todas las reacciones están condenadas a muerte y todas se han hundido en la nada, olvidando que el porvenir camina sobre el vientre de sus adversarios. La humanidad es la ola delirante que se lanza contra la roca; rechazada hacia el Océano que brama abajo, vuelve a arrojarse con furor sobre la roca encarnizada, le infiere más profundamente sus mordeduras salvajes y no se tranquiliza más que sobre las ruinas de su enemiga.»

El progreso labora en tiempos de reacción efectiva, pero no podrá ser realizado sin lucha, pues debe vencer toda la fuerza de inercia que le oponen la costumbre, el egoísmo y el pasado.»... Así todo progreso es un dolor y va acompañado fatalmente de una revolución; cada verdad que se afirma cuesta sangre y lágrimas. El cristianismo, la burguesía (34), la reforma religiosa asientan sus pies en la sangre y vemos que la república hace lo mismo. La democracia pacífica es una utopía. La humanidad tiene, como los jóvenes, sus años críticos y sus enfermedades, pero sale de ellos más fuerte, más vivaz y más bella.»

«...Todos los movimientos del género humano son producidos por una doble influencia que concurre necesariamente a su fin: la voluntad del hombre y la voluntad de Dios, dicho de otra manera la fatalidad, pues la voluntad de Dios es inmutable y nada podría alterarla. La libertad y la fatalidad en vez de destruirse mutuamente marchan

(32) En el sentido de que las ideas espirituales y sociales del cristianismo primitivo fueron reemplazadas por el culto sagrado en iglesias fastuosas, lo que de hecho es igual que el culto de los dioses en los templos antiguos.

(33) Sus originarias intenciones de reforma fueron pronto suplidas por la rutina de una jerarquía, formada a imagen y semejanza de la jerarquía de la Iglesia Católica.

(34) En su desarrollo triunfal en las luchas contra el feudalismo, el Estado, la Iglesia, etc.

armoniosamente hacia un mismo fin, es la dualidad que tiende a la unidad.»

Por esto es ridículo admitir, como lo hacen muchos espíritus débiles, que la mano de Dios guía el universo... «Todos los acontecimientos provienen del libre desarrollo del hombre, todos del destino irrevocable... El hombre y Dios tienen cada uno una existencia real; no seamos, pues, fatalistas ni ateos.»

«...Nuestro fin es, sin duda, la unidad, pero la unidad verdadera, aquella en que todos, libertados y libres ya, se alíen con todos y con Dios, cuyo infinito solo puede contenerlos. Partidos del principio único de la autoridad, tenremos a un principio único también, pero opuesto; cada punto que separa los dos límites extremos es un campo de lucha entre la autoridad, potente al principio, pero cada vez más decreciente, y la libertad, destinada a cubrir un día toda la tierra.»

«En esta gran idea de libertad desembocan todas las ideas humanas que han producido las diferentes civilizaciones, y por esto todos los países deben comunicarse la parte de verdad que han conquistado. Antiguamente fué preciso que, a través de océanos y por encima de montañas, Benarés hablase a Menfis, Babilonia a Alejandría; ahora es preciso que todos los pueblos se unan en un vasto concierto y canten uno tras otro la nota que han arrancado a las armonías del cielo...»

El tercer pasaje considera el crecimiento de la libertad, pasa en revista el antiguo Oriente, Grecia y Roma, judaísmo y cristianismo, iglesia y feudalismo, las ciudades, la realeza y la revolución de la burguesía robustecida. «...La rebelión se deslizó en los corazones, luego en los espíritus. Al fin estalló sangrientamente. La libertad había escogido a Francia por cuna» (Revolución francesa).

«¿Por qué—pregunta Reclus—Italia e Inglaterra no la

adelantaron en esta nueva era de fraternidad universal? Vamos a procurar explicarlo» (35).

El opina que Italia fué menos trastornada por las invasiones bárbaras que la Galia, y la vieja civilización se repuso más rápidamente, pero al pueblo le faltó el vigor y la energía de los hombres del norte y se desarrolló una civilización exclusivamente italiana. «...Las viejas distinciones romanas de ciudadanos y bárbaros volvieron a aparecer, y el país se dividió en un número infinito de pequeñas repúblicas comerciantes, todas enemigas entre sí, todas aristocráticas lo mismo que Esparta y Atenas. Ni Venecia la bella, ni Génova la rica, ni Florencia la célebre comprendieron la idea de libertad para todos...» Estos pequeños estados gastaron su primer vigor en luchas intestinas y cayeron bajo una tiranía extranjera. «Entonces el cetro pasó de sus manos (de Italia) a las nuestras (Francia), pues la realeza de la civilización no muere jamás en el mundo, y cuando un pueblo se extingue, llama a otro pueblo a su lecho de moribundo y le dice con voz entrecortada los secretos de la vida (36).

Los ingleses creían formar una nueva especie humana. «...En su corazón el amor a la patria es al propio tiempo odio hacia el extranjero. Es por esto sobre todo que su revolución se distingue de la nuestra, aunque las dos hayan comenzado por la muerte de un rey y hayan terminado en

(35) Sería interesante comparar lo siguiente con la concepción expresada en sus escritos cincuenta años después. De todas formas recibimos una perspectiva de la formación de su mentalidad y del punto de vista desde el cual, sobre la base de sus impresiones y estudios anteriores, consideraba el desarrollo europeo.

(36) Recuérdese aquí la extinción del Renacimiento italiano y la muerte de Giordano Bruno en el siglo XVI, mientras que en el XVII Francia—e Inglaterra—ocupó de repente el primer lugar en el pensamiento filosófico (y en la investigación de las ciencias físicas y naturales), (Gassendi, Robert Boyle, etc.). Claro que Vanini fué aun quemado en Toulouse como Miguel Servet en 1553 en Ginebra. Campanella vivía en Francia después de muchos años de presidio en Italia.

un tirano, protector en su país, emperador en el nuestro... La revolución inglesa se hallaba en plena contradicción consigo misma, puesto que su idea de libertad es exclusiva.»

Sí, además, los ingleses se jactan de su respeto a la ley, considerándolo como una cualidad especial y rara, sería necesario más bien censurarles por esto. «...Como todas las cosas humanas, las leyes deben también comparecer ante el tribunal de nuestra conciencia y no debemos someternos a ellas más que cuando están en armonía perfecta con la ley moral que reside en nosotros. Si se hallan en desacuerdo con la justicia eterna, es preciso desobedecerlas. Es, pues, triste ver a un pueblo orgulloso y noble como los ingleses apoyarse, cuando se trata de su libertad, no en el derecho inmutable, sino en una vieja carta de antaño (*Magna Charta,* 1215); es triste verlo inclinarse aun ante todas las rancias costumbres del pasado, costumbres monstruosas y bárbaras perpetuadas a pesar de los siglos. El respeto a la ley es una cobardía moral... Sin embargo también vendrá el gran día para Inglaterra, día terrible y sombrío, pues las venganzas se acumulan desde hace mucho tiempo.»

«Nosotros franceses—continúa Reclus, después de haber motivado, según su opinión, la insuficiencia del desarrollo de la libertad en Italia e Inglaterra—debemos quizá el privilegio de la iniciativa (hacia la libertad) a la feliz (mezcla; esta palabra falta) de las razas que han venido a fundirse en nuestro país natal. En Francia chocaron y se unieron los galos batalladores, los francos de alma intrépida, los godos inteligentes, los hunos de hierro, los romanos de bronce, los árabes de fuego. Todos estos pueblos se juntaron después de haber luchado mutuamente en nuestros campos, y de todos ellos descendemos nosotros, ¡nosotros los portaestandartes del porvenir!»

Reclus, si se me permite esta observación, habla aquí de ideas de mezcla de razas que tomó siempre muy en serio, como lo demostrarán sus opiniones sobre el problema

de razas en Norteamérica (cap. VI). Pero probablemente la creencia en la superioridad de razas mezcladas es una parcialidad semejante a la exaltación por las llamadas razas puras, no mezcladas, las cuales o no existen o por el cruce unilateral se han convertido en manifestaciones patológicas de la especie. La llamada iniciativa de raza es más bien una expansión autoritaria determinada por las más variadas circunstancias en coyunturas especiales. Todavía no sabemos de ningún modo lo que puede dar de sí cada uno de los grupos humanos localmente diferenciados ya que hasta aquí han ejercido y ejercen presión sobre ellos el pasado y el presente autoritarios (37).

«Porque nosotros—continúa el manuscrito—somos hijos de todas estas naciones hemos heredado este instinto de sociabilidad que nos lleva a irradiar en torno nuestro. Antes de nuestro siglo XIX para que una fama extranjera llegase a ser europea, era preciso que pasara por Francia, y ahora es de Francia de donde parten todas esas ideas nuevas, cuyo presentimiento solo hace crujir al viejo mundo.»

(37) Cuando allá por 1887 J. Gross escribió a Reclus, probablemente bajo el influjo de la situación política de entonces y de los escritos de Coeurderoy, que él conocía bien, especialmente *Hurrah! ou la Révolution par les Cosaques* (octubre 1854), esta esperanza en una renovación racial guerrero-revolucionaria, Reclus le respondió rechazándolo muy seriamente (*Corr.*, II, págs. 410-411): «...Usted habla varias veces de la gran ventaja que la guerra traería consigo: la mezcla de razas. ¿En qué grado ha cambiado la guerra del Tonkín a los anamitas en franceses? ¿En qué se han aproximado franceses y alemanes desde la guerra de 1870? Se odian mutuamente mucho más que antes de la guerra. A la simpatía de antes ha sucedido, incluso entre los mejores, una detestación instintiva.

»Antes de sacar conclusiones, como usted lo hace, de los acontecimientos futuros, sería mucho más prudente comprender bien los resultados de los acontecimientos pasados. Ahora bien, yo me pregunto: ¿ha producido la guerra de 1870 los resultados que usted predice para una guerra futura: la debilitación de la propiedad y la aproximación de los pueblos? En mi opinión los resultados han sido contrarios y además nuestras miradas se han apartado de la cuestión social...»

«En cuanto a los alemanes, caminan lentamente pero llegan; no tienen la forma viva y alegre de los hombres del Mediodía; no remontan, como nosotros, del hecho a sus causas, pero, descendiendo de sus teorías filosóficas para ver la aplicación de las mismas en los hechos, se dan cuenta de que esos hechos y la justicia se hallan en contradicción permanente. Ahora los vemos bajar al palenque de las revoluciones e intentar a la vez nuestra revolución de 1792 y nuestra revolución social, la cual esperamos nosotros todavía. Si no nos apresuramos a realizar nuestra obra, nos adelantarán en la vía del porvenir.»

De la impresionante descripción que sigue ahora del desarrollo francés de 1789 a 1848 con la más implacable crítica del régimen de la monarquía de julio (1830-1848) reproduzco solamente la conclusión: «...Durante 18 años se ha arrastrado por Francia un horrible aliento de interés y de egoísmo; al fin vino la revolución del desprecio, el trono ha desaparecido y los burgueses se han puesto de nuevo a celebrar al pueblo magnánimo que se habría fusilado si hubiera sido vencido.»

La siguiente exposición de la revolución de Febrero, hecha en el cuarto pasaje del manuscrito, se deja pronto arrastrar por engañosas esperanzas en reformas, y Reclus afirma enfáticamente la relación de reformas *políticas, sociales* y *religiosas* a través de todos los siglos. «...Sería fácil probar en un trabajo histórico que el paganismo de mil dioses extraños unos a otros se alía necesariamente con la ciudadanía exclusiva de las repúblicas antiguas (38), con la esclavitud de las naciones vencidas; de igual modo el catolicismo responde al feudalismo, en el orden político, y a la servidumbre en el orden social. Por lo demás, no es necesario recurrir a las pruebas para saber que cuando un

(38) En *Le Principe de l'Etat* (*Société nouvelle*, Bruselas, noviembre 1896) compara Bakunín la organización relativamente libre de los dioses en el Olimpo griego con las igualmente poco rígidas relaciones de las repúblicas griegas entre sí. Los dioses e imperios despóticos de Asia son la contrapartida de esto.

principio gobierna éste se manifiesta en todas partes y que una libertad llama a todas las demás libertades. Por esto estamos verdaderamente seguros de que la verdadera soberanía de todos, el verdadero socialismo, el verdadero cristianismo, sólo juntos podrán alcanzar su ideal, pues todas las esclavitudes se sostienen y el hombre no se liberta realmente del hombre más que cuando se liberta del error. La verdad es la que nos hará libres» (39),

(Tal concepción de la inseparabilidad de todas las clases de libertad y de servidumbre era también la de Bakunin, es en general la más ampliamente libertaria y difiere decididamente de la tan parcial y limitada concepción materialista de la historia. La jerarquía de factores decisivos establecida por la última violenta la diversidad del verdadero desarrollo y ha llevado inevitablemente a un sistema de socialismo incompleto e inflexible, que puede ser sin duda impuesto con ocasión de una dictadura, pero que por lo mismo prueba su falta de viabilidad, ya que sólo puede arrastrar una vida raquítica en la incubadora de la dictadura.)

Reclus quiere presentar a continuación la finalidad *política, social* y religiosa de la gran revolución iniciada en 1848. Respecto a lo primero «...no haremos alto en nuestras luchas incesantes hasta que no hayamos obtenido la liberación completa de todos los hombres. No basta, pues, emancipar a cada nación de la tutela de sus reyes, es preciso además libertarla de la supremacía de otras naciones, es necesario abolir esos límites, esas fronteras que hacen enemigos a hombres que, sin embargo, simpatizan. A nosotros nos está reservada la gloria espléndida de arrancar todos esos cotos impíos y de bautizar a los ríos y montañas que separan dos patrias con el nombre de patria universal.»

«Nuestro grito de unión ya no es ¡Viva la repúbli-

(39) El 7 de abril de 1875 escribió Reclus a Bakunín: «...Yo no digo, como no sé qué apóstol: «La verdad nos libertará», pero al menos hará la mitad de esa obra...»

ca!, nuestro grito es ¡Viva la República Universal!, esta república futura donde el griego tendrá los mismos derechos que el francés y donde el samoyedo hablará en la misma asamblea que el parisiense. ¿No veis ya que los odios nacionales desaparecen y se designa a los hombres más bien por sus opiniones que por sus patrias? Ahora no hay en el mundo más que hombres del porvenir y hombres del pasado, y cada uno de esos dos partidos inmensos forma una confederación gigantesca que se extiende por todos los países sin distinción de raza ni de lengua. Nosotros, demócratas, estamos unidos de corazón, no con vosotros, franceses egoístas... ni con vosotros, franceses blasonados... ; pero con vosotros, húngaros altivos, estamos unidos de todo corazón, con vosotros que habéis sembrado los cadáveres de cuatro ejércitos enemigos en los desfiladeros de vuestras montañas; con vosotros, bellos italianos..., con vosotros, proscriptos de todos los pueblos, oprimidos de todas las naciones, miserables de todas las zonas, con vosotros contra vuestros opresores alemanes, contra vuestros opresores franceses (40). Nosotros venceremos a todos esos tiranos formados en filas apretadas y cuando los hayamos herido de muerte estrecharemos vuestras manos fraternales y fundaremos la República de los hombres.»

(Este pasaje me hace siempre pensar si el manuscrito no habrá sido redactado en 1849, año de todas esas luchas, y no en 1851, cuando todos esos movimientos fueron derrotados y destruídos. El 31 de diciembre de 1873 (*Corr.*, II, p. 144) escribió Reclus a Attila de Gerando que él, en su juventud, quiso ir a incorporarse a los combatientes húngaros y que el día en que se enteró de la capitulación de Vilagos fué uno de los más dolorosos de su vida; «...aun veo el lugar, aun vivo el momento en que el rayo me hirió». De todas formas el movimiento

(40) Lo último se refiere a que el ejército francés combatió a la república romana, contra lo cual había protestado inútilmente el movimiento parisiense del 13 de junio de 1849.

del 13 de junio de 1849 debió contar con la plena simpatía de los hermanos Reclus y el *consilium abeundi* de Montauban no debió guardar poca relación con esto.)

«El gobierno provisional tenía, pues, un presentimiento de la verdad cuando desgarró los tratados de 1815 y lanzó su manifiesto a Europa. Desde Richelieu, la pluma del ministro degollaba las nacionalidades como lo había hecho antes la espada del conquistador, y lo que se llamaba el equilibrio europeo era simplemente un sistema de celos y envidia colosales, que unía a todas las potencias contra la más fuerte de entre ellas e intentaba debilitar lo más posible a cada nación en particular. Por primera vez la moral ha sido considerada como la más bella de las políticas y las relaciones de pueblo a pueblo han sido asimiladas a las relaciones de hombre a hombre. Cierto que hemos vuelto a caer en el pasado diplomático, pero sólo por algún tiempo; cuando salgamos de él otra vez, entonces será para siempre.»

(También estas palabras me parecen escritas bajo la impresión de las grandes catástrofes de 1849, Roma y Vilagos. No puedo comentar aquí la política exterior de Lamartine después de la Revolución de febrero, política que respondía muy poco al manifiesto.)

«Así, para resumir, nuestra finalidad política en cada nación particular es la abolición de los privilegios aristocráticos y en la tierra entera es la fusión de todos los pueblos. Nuestro destino es llegar a ese estado de perfección ideal en que las naciones no tendrán ya necesidad de hallarse bajo la tutela de un gobierno o de otra nación: es la ausencia de gobierno, es la anarquía (41), la más alta expresión del orden. Los que no piensan que la tierra pueda un día prescindir de la autoridad, esos no creen en el progreso, esos son reaccionarios.»

(41) La palabra *Anarchie* fué entonces muy raramente usada por Proudhon, con más frecuencia por Bellegarrigue (y como título de periódico); al margen de esto no era empleada casi nunca. No sé cuándo Proudhon designó por primera vez a la anarquía «la ma-

Después sigue la parte social: «Pero la libertad política no es nada sin las otras libertades, no es nada sin las libertades sociales... ¿Acaso no es una burla la soberanía del pueblo cuando es ejercida por hombres cubiertos de andrajos y muertos de hambre? ¿Puede el derecho de ir a llevar anualmente un trozo de papel al municipio de su cantón compensar el derecho a la vida?...»

«...Desde hace largo tiempo ha aparecido en el mundo de las ideas un gran número de sistemas socialistas, basados todos en la igualdad práctica. Todos estos sistemas son verdaderos, en tanto que se apoyan sobre un principio verdadero, pero falsos en cuanto se alejan de él en sus consecuencias. Todos ellos serán falsos mientras no hayan sido modificados por la práctica, eso es inevitable en las cosas humanas.»

«Para que el socialismo llegue a su perfecta expresión, para que sea realmente el ideal humano de la sociedad es preciso que salvaguarde a la vez los derechos del individuo y los derechos de todos; es preciso que cada miembro de la asociación humana se desarrolle libremente según sus medios y sus facultades sin ser impedido en nada por la masa de sus hermanos; es preciso al mismo tiempo que el bienestar de todos beneficie del trabajo de cada uno. Algunas variedades comunistas, por reacción contra la sociedad actual, parecen creer que los hombres deben absorberse en la masa y no ser más que como los brazos innumerables del pólipo que se agita sobre su escollo o como las gotas de agua perdidas en el mar o levantadas por el huracán en una misma ola. Se equivocan grandemente: el hombre no es un accidente, sino un ser libre, necesario y activo, que se une, es cierto, con sus semejantes, pero no se confunde con ellos.»

dre del orden». Bellegarrigue anunció en la primavera de 1850 un folleto: *L'Anarchie c'est l'ordre,* que después fué reemplazada por su periódico *L'Anarchie. Journal de l'ordre* (abril, mayo 1850). Las palabras de Reclus *la plus haute expression de l'ordre* apoyan esas manifestaciones, influenciadas por ellas o independientemente.

«Contra el socialismo dirígense sobre todo los furores de la reacción; pero sus cañonazos son tan insensatos como si los lanzaran contra el aire que pasa, contra el viento que vuela, pues el socialismo antes de ser un sistema es sobre todo una tendencia; reside, no en los libros de Proudhon o de Luis Blanc, sino en el corazón del pueblo, este corazón vibrante que late por el momento de su liberación; reside incluso en el corazón de esos pobres campesinos ingenuos y cándidos a quienes se extravía con mentiras pérfidas...; el socialismo nada en la atmósfera...» (42).

«Pero nuestro ideal no reside en la satisfacción material de las necesidades del hombre; nosotros tenemos una finalidad mucho más elevada, y esta finalidad es Dios, la suprema libertad. Cada uno debe caminar hacia ella libremente, independiente de la voluntad ajena, pues el amor va de cada hombre a Dios y no tiene necesidad de ser ofrecido por otro más que él ni de encerrarse en una barrera estrecha elevada por la mano del hombre y guardada por anatemas humanos... (43). ¡Cuándo vendrá el día de la República Cristiana, el día en que todos los hermanos de Jesucristo serán iguales y libres, en que la conciencia de cada uno será la regla de la religión, en que ya no habrá sacerdotes, ni obstáculos, ni límites, sino solamente y siempre el amor! ¡Entonces el hombre podrá calentar su corazón a los rayos del sol eterno, y abrevarle con celestiales armonías; pues el alma del hombre es un arpa más sonora que todas las arpas de Eolo, bella ahora que la muerte pasea sus dedos por ella, espléndida de acordes cuando la vida misma la hará resonar! Pues el

(42) En estos pasajes alude el manuscrito tan fuertemente a la agitación antisocialista realizada en 1848-49, por medio de folletos tan pérfidos e insípidos como insignificantes, que esto me parece abonar la suposición de que el manuscrito fué redactado en la primera mitad de 1849.

(43) Estas manifestaciones contra las iglesias organizadas hallan su complemento en la carta de abril de 1851 (cap. III).

objetivo supremo del hombre es un himno de amor en honor al Dios todo amor» (44).

El breve quinto pasaje comienza: «¿Se deben temer estas revoluciones que levantan pueblos contra pueblos y que a menudo barren a los hombres como en un día de huracán? No; si la salvación de la humanidad cuesta este precio, yo les invoco, yo les pido a grandes gritos: ¡elegid vuestras víctimas, segad a derecha e izquierda parvas de cadáveres, con tal que nuestros descendientes sean felices! Si la barca en que estamos no puede atracar sino aligerada del peso de algunos marineros, pues bien, que se nos lance al mar y que más tarde en una canción alegre se hable de los hombres de corazón que perecieron en las ondas.»

«¡Qué nos importan vuestros clamores, hombrecillos a quienes el sol ciega y que le insultáis para vengaros de él! Un día vendrá en que os diremos: ¡Volved al polvo!, y vosotros os reintegraréis en el polvo y uno se preguntará si habéis sido algo más que un sueño.»

«¡Hombres de otros tiempos!, ¡pueblos extinguidos!, yo os invito para el gran día que vosotros presentisteis y

(44) En mi entender Eliseo admitía entonces por completo la ficción divina, depositando toda capacidad ideal, los supremos grados de amor y libertad, en esa ficción, en la cual circulan todos juntos como líneas paralelas hacia un supuesto infinito. Pero él remite al hombre a sí mismo totalmente, en cada esfera de su ser y de su actividad; él mismo debe conquistar la libertad política, la anarquía y la libertad social, el socialismo libertario, e igualmente a su manera debe dirigirse a la unión con la ficción divina y a confundirse con la misma, lo cual es supuesto por Reclus como algo posible, natural y deseable. Esta persona divina queda, pues, enteramente excluída de toda intromisión en los asuntos humanos, y también son rechazados sus intermediarios (los sacerdotes), pero puesto que dicha divinidad está ahí—en la concepción de Reclus—, desea él que se intente llegar a ella. De otra forma no acierto a explicarme esta mitología. Por esto se puede juzgar cuán profundamente debió inculcar el pastor Reclus su fe a sus hijos, cuando, en 1851, todavía quedaban en Eliseo, anarquista y socialista plenamente convencido, restos de Dios, al cual mantiene alejado de las cosas humanas, pero no sabe aún eliminar.

cantasteis en vuestras epopeyas ingenuas. Situados en las nubes del horizonte podréis ver en la llanura el dragón del pasado con sus escamas herrumbrosas y el ángel del porvenir atravesándole con su lanza de oro.»

Escrito bien en 1849 o en 1851, lo cierto es que aquí vemos las ideas del joven Reclus expresadas con notable claridad y que, como ya hemos observado, en la síntesis de la más perfecta anarquía y de un socialismo íntimamente sentido que las caracteriza hay una labor espiritual original, o propia de él y de Elías, que se encuentra muy raramente. He visto bastante literatura socialista antigua para poder afirmar esto. Por lo mismo es también muy probable que los hermanos, ya en los últimos años antes de 1848, se aproximaran a estas concepciones y las alcanzasen, y que para ellos, o al menos para Eliseo, nunca hubo más socialismo que éste, ya que sólo podían aceptar un socialismo que respondiera verdaderamente a sus sentimientos libertarios y solidaristas, y, puesto que no lograron encontrarlo en ningún libro, lo formaron quizá ellos mismos. Posiblemente por esta razón, en los decenios siguientes permanecieron largo tiempo solos, es decir, en relación amigable con muchos socialistas, pero al margen de toda tendencia precisa, ya que en aquel entonces había muy pocos que compartieran la totalidad de sus ideas.

Eliseo fué, como Bakunín, un anarquista espontáneo, cuya necesidad de libertad y solidaridad se creó una expresión propia, que, al igual que en Bakunín, era el socialismo anarquista y por cierto debió representárselo desde el principio—diferenciándose en esto de Bakunín, a cuya naturaleza batalladora interesaban principalmente la destrucción y el aseguramiento de las bases de la nueva construcción, dejando abandonado a sí mismo el más lejano porvenir—, como el más libre comunismo (sobre esto más tarde). Claro que probablemente llegó a esta conclusión después de extraviarse por algunos caminos religiosos, pero ¿por qué caminos filosófico-religiosos no se extravió el joven Bakunín?

En el otoño de 1851 Elías y Eliseo — después de la visita a su familia—querían ir primero a Inglaterra «para continuar sus años de aprendizaje de la vida y sus estudios sociológicos» (E. R., 1905), de modo que Eliseo parecía haber renunciado, provisionalmente o por completo, a continuar sus estudios universitarios. No puedo decir si entonces ya o bien durante su verdadero destierro inglés habían forjado los hermanos su pequeña utopía íntima, es decir, su establecimiento en un lejano país tropical, donde arrancarían a la naturaleza sus más bellos frutos, constituirían una familia, incorporarían a ella poco a poco a sus hermanas, amigos, campesinos y trabajadores de la comarca y fundarían un grupo libre y dichoso. Al menos cuando en 1851 Elías y Eliseo se hallaron de nuevo juntos, momento a partir del cual querían, debían y podían hacer una vida independiente y propia, esbozaron sin duda muchos planes para su futura vida en común.

V

ELISEO RECLUS EN ORTHEZ, EN 1851.—HUÍDA DE FRANCIA DESPUÉS DEL GOLPE DE ESTADO DEL 2 DE DICIEMBRE.—DESTIERRO EN LONDRES.—IRLANDA (DICIEMBRE DE 1851-FIN DE 1852)

Las semanas de octubre y noviembre de 1851 en *Orthez* se hallaron, sin duda, bajo el signo del duelo familiar por la muerte reciente de la pequeña *Ana,* una hermana descrita como singularmente amable, y, en sentido más amplio, bajo el signo de la penosa incertidumbre de entonces sobre el destino de la república. A este último respecto los miopes habían concentrado sus esperanzas en las elecciones de 1852, mientras que los que veían profundamente aguardaban lo peor, aunque de ningún modo la total destrucción de toda esperanza por muchos años que debía significar el golpe de estado del 2 de diciembre. En 1905 Eliseo considera la caída de la república como «un acontecimiento indudablemente inevitable: hubiera sido quimérico esperar que Francia, y con ella la Europa occidental, habría podido mantener por la voluntad de minorías nobles una forma política con un ideal de igualdad, mientras en todas partes la masa de los pueblos se sometía a la servidumbre y pedía un amo; particularmente los franceses tenían aún que pagar a Europa su parte en las victorias y conquistas napoleónicas. Pero esta recién nacida república

del «cuarenta y ocho», fosa de tantas esperanzas, sólo pudo dejar tras de sí un sentimiento muy amargo, y ningún hombre fué más maldecido que el Napoleón del golpe de Estado, al cual los *Châtiments* (Los Castigos; poesías de Víctor Hugo, 1853) han estigmatizado para siempre....» (45).

Los hermanos Reclus pertenecían a los muy numerosos franceses que, en el momento decisivo, estaban dispuestos a defender la república, aunque conocían muy bien sus faltas y hasta sus crímenes para con el pueblo en las luchas de junio de 1848 en París. Esta última circunstancia debilitó enormemente la resistencia parisiense contra el golpe de Estado. En muchos puntos de la provincia fué muy grande la resistencia y dió lugar a disturbios que duraron algunos días e incluso semanas, pero desgraciadamente fueron ac-

(45) Allí donde es posible cito juicios sobre hechos históricos con las propias palabras de Reclus, para ilustrar precisamente su modo de pensar, y es evidente que con tales citas los acontecimientos no quedan siempre aclarados en todos sus orígenes y relaciones; tampoco puede ser misión mía la de completar y explicar en cada caso estas observaciones o expresar opiniones distintas. En el presente caso puede, por ejemplo, decirse que muchos franceses consideraron y apoyaron el encumbramiento del primer Napoleón como un aseguramiento de las conquistas de la revolución contra una restauración borbónica, mientras que el segundo Napoleón fué encumbrado tanto por la aversión contra la ilimitada economía burguesa de la época de Louis Philippe, como por los patrióticos recuerdos y el enojo contra la evitación consecuente de guerras europeas en aquel tiempo. También en el manuscrito de 1851 se hallan huellas de este concepto; los Bonaparte, la democracia, el pueblo continuaban estando en la ideología incluso de los mejores elementos, frente a la burguesía gozadora, al parlamentarismo insulso y a la realeza, unida todavía en todos los aspectos con el *ancien régime*. Gracias a esto y al nacionalismo tuvo el bonapartismo las puertas de par en par abiertas, como hoy las tiene con frecuencia el fascismo. El resto de Europa no tenía nada que ver con esto. Se había alegrado de los 18 años de paz bajo Louis Philippe, vió cómo también la república guardó esta paz, pero contempló con zozobra el régimen napoleónico que, ya en 1849, abrió la era de las guerras con su lucha contra la república romana.

ciones aisladas, casi sin la menor relación ni el más ligero conocimiento entre sí, frente a las cuales se hallaba el centralizado aparato gubernamental, que dominaba por entero los medios de comunicación. De este modo se produjo una larga serie de movimientos y luchas locales de la más diversa intensidad, cuyas víctimas tan sólo al encontrarse en calidad de refugiados en Ginebra, Bruselas o Londres se dieron cuenta de la extensión e importancia de las acciones locales y de las posibilidades desaprovechadas de una actuación común. La opinión pública francesa se enteró en forma precisa de estas cosas en los últimos años del Imperio, especialmente por las conocidas obras de Ténot (46), y esto no contribuyó poco al debilitamiento experimentado entonces por el prestigio bonapartista.

En Orthez, en el extremo Sudoeste, no ocurrió mucho, sin duda, solamente que Elías y, de todas maneras, también Eliseo se comprometieron bastante y fueron lanzados al destierro. En los recuerdos sobre Elías (1905) cuenta Eliseo—sin mencionarse a sí mismo, pero ¿dónde pudo haber estado, sino al lado del hermano?—aproximadamente lo siguiente: por la noche (¿del 2 de diciembre?), después de la noticia fatal, hallábanse los notables republicanos, los jóvenes presa de ardiente excitación, reunidos en casa de un diputado conocido por la potencia de su voz, el cual es-

(46) Eugène Ténot, *Paris en décembre* 1851 (París, 1868, IX, 302 págs., 8.º); *La Province en décembre* 1851 (París, 1868, VI, 338 págs., 8.º). Comp. también la *Histoire des Conseils de Guerre de* 1852 (Historia de los Consejos de Guerra de 1852), (París, 1869, 427 págs., 8.º); Adolphe Robert, *Statistique pour servir à l'histoire du 2 décembre. Paris et les Départements* (París, 1869, II, 268 páginas, 8.º). *Le Parti républicain au coup d'Etat et sous le second Empire,* de J. Tchernoff (París, 1906, X, 676 págs., 8.º). Además muchos escritos sobre regiones y lugares aislados, y artículos de revistas local-históricas, de la revista histórica *La Révolution de* 1848 (París, desde 1904), etc.—Desgraciadamente *no* puedo ahora utilizar este material y cuando todo esto pasó por mis manos no busqué tampoco material ninguno concerniente a Orthez y los hermanos Reclus.

ta vez dejaba escapar un tono quedo y tenue como un soplo: ¡ Permanezcamos completamente tranquilos ! ¡ No nos movamos, pues todas las ciudades circundantes, Bayona, Pau, Mont-de-Marsan, Auch, Tarbes, van a sublevarse: la resistencia está organizada, esperemos la consigna, todo movimiento aislado daría al traste con la armonía de la revolución !

Esta grotesca argumentación fué destrozada por Elías Reclus, el cual dictó un elocuente y decidido llamamiento a los republicanos, propuso hacerlo imprimir, mediante la violencia si era necesario, e incitar a los elementos del campo y la ciudad a concentrar toda la resistencia ante el Ayuntamiento. El diputado de la voz estentórea se calló incomodado y la mayoría de los presentes se retiró. Sólo quedaron Elías y sus amigos, pero «la noche es buena consejera» y al día siguiente se hallaron solos en el «ataque» a la casa consistorial.

El temor general había triunfado y los pocos que se habían expuesto debían ser detenidos. El alcalde fué tan decente que avisó a tiempo a la señora Reclus, y la madre juntó rápidamente la para la situación de la familia gran suma de 500 francos, facilitando así a sus hijos la partida en diligencia y en tren. Todo esto no pudo haber pasado muy de prisa, si, como Eliseo escribe, ellos llegaron a Londres el 1.° de enero, pero no conocemos sus aventuras en esas semanas de diciembre. No debieron ocurrir incidentes, sólo que un muy rico hombre de negocios en *Le Havre*, piadoso corresponsal del pastor Reclus, les cerró su casa. Pero un viejo capitán de un barco, a quien no conocían por lo demás, les extendió el certificado de buena conducta necesario para la partida y así pudieron efectuar la travesía en un barco que circulaba legalmente, donde se encontraron con un fugitivo húngaro, el cual al llegar a *Londres*, en una noche fría y húmeda del 1.° de enero de 1852, los condujo a un barrio adecuado de la ciudad, procurándoles un cuarto amueblado.

En Londres vivían muchos de sus compañeros de destino de las más diferentes naciones continentales, tendencias sociales y radicales, de los más diferentes caracteres y ocupaciones y de todas las escalas de la propiedad o no-propiedad, que se mantenían unidos por débiles o fuertes lazos de solidaridad y más separados por toda clase de diferencias de opiniones y otras causas individuales o colectivas. Los hermanos Reclus, quienes de hecho—según nuestros informes—nunca habían vivido en un gran medio político, pero que de todas maneras habían seguido como observadores inteligentes todos los acontecimientos acaecidos desde hacía años en las grandes ciudades y países, debieron recibir muchas nuevas impresiones y, frecuentemente, pudieron comparar la realidad, es decir los hombres mismos y sus propias e íntimas experiencias, con lo que de todo ello sabían ya desde hacía mucho tiempo por la literatura, la prensa y la leyenda oral.

Pero, al igual que en todas las situaciones de su vida, su primera finalidad fué la de crearse una modesta base de existencia, mediante un trabajo lo más independiente posible, a fin de gozar de libertad de movimiento y tener la posibilidad de realizar estudios propios. A este respecto se hallaban en mejores condiciones que otros refugiados más comprometidos, acostumbrados a veces a una presentación más destacada y nada versados en idiomas. Sus ventajas consistían en que eran hijos de un pastor protestante de provincia, conocían idiomas y—al menos Eliseo—estaban ya acostumbrados a dar lecciones ; por otro lado eran jóvenes tranquilos y libres de necesidades superfluas, cuyo modo de ser inspiraba confianza y simpatía. Elías, a quien—en lo que yo puedo juzgarle—nunca atrajo especialmente el movimiento en el espacio y que amaba ante todo los viajes hacia el pasado y en el mundo tranquilo de los libros, encontró pronto, por su condición de teólogo aprobado, un empleo de preceptor en una familia aristocrática, lo que le llevó pronto, temporal o constantemente, a la provincia, a

Huntingdon. Perdió uno o dos empleos de esta clase por su inflexibilidad ante el convencionalismo inglés—una vez trató a un joven Lord con demasiada sencillez y ausencia de cumplidos ; pero después se sintió mejor en una familia burguesa de Irlanda, los Fairfield, en la que permaneció, viviendo ora en Londres ora en Dublin, hasta 1855, año de su regreso a Francia. Se desconoce si Elías habitó largo tiempo en Londres en 1852 y cuánto duró la separación de los hermanos. De todas maneras Eliseo, que durante los meses pasados en Londres no se había atado a un empleo fijo y vivía en una situación de ingresos muy variables, tuvo en Elías, a quien debía ir algo mejor, una reserva segura, de modo que podía considerar con humor las dificultades diarias (47).

El 2 de marzo de 1852 escribió a su hermano sobre un gran mitin, celebrado sin duda con ocasión del aniversario de la Revolución de febrero : «...He oido hablar a *Luis Blanc, Pierre Leroux, Lachambeaudie,* que vale más que sus versos (48), y otros. Luis Blanc es más elocuente de lo que yo pensaba. Un hombrecillo, con voz de una plenitud maravillosa y rasgos profundamente acusados. Cosa

(47) Como conocidos suyos jóvenes y más próximos, que también debían sostener una dura lucha por la vida, pueden citarse *R. Mannering,* de Londres, el cual murió en Nueva Orleans cuando Reclus se hallaba en la Luisiana ; *Pfeiffner* ; *Gustav Hickel,* de Mulhouse (Alsacia), cuya muerte lamenta en 1870 (*Corr.,* I, p. 344). También sus relaciones con el maestro de Neuwied J. Dugerdil, del cantón de Ginebra, duraron mucho tiempo ; yo he visto una carta del mismo de enero de 1875. Además trabó conocimiento con una familia francesa apellidada *Lherminez,* que vivía en modestas condiciones con varios hijos, entre ellos las muchachas Fanny y Lily, de las cuales Fanny pasó a ser su segunda mujer en 1870 (*Correspondance,* II, pág. 1).

(48) Pierre Lachambeaudie, autor de *Fables populaires* (París, 1839) y otras muchas fábulas socialistas rimadas, produjo en exceso en este terreno, pero su famosa poesía de 1848 : *Ne criez pas à bas les Communistes* ! con el estribillo : *La pauvreté c'est l'esclavage* (La pobreza es la esclavitud), es inolvidable.

notable, enano, de ningún modo guapo como yo creía (49). Pierre Leroux, tres veces hombre honrado (alusión a la Triade), no acierta a hallar las palabras y hace gestos risibles; tiene efectivamente la cabellera de que le dotaba Cham (el caricaturista del reaccionario *Charivari*, de París), esa cabellera en que anidaban las golondrinas al volver de Africa (50). Para oirlos he gastado mi último chelín. Anteayer dí a una pobre mujer mi último medio penique. He vendido ropa vieja a un judío, pero éste se ha olvidado de pagarme al llevársela, cosa que no he sabido prever, yo el famoso. Me encuentro, pues, tan pobre como el difunto Job, deseando tu vuelta.

«He recibido los cinco duros de Hickel, sin los cuales me hubiera visto reducido desde hace diez días a la extremidad de hoy. R. Mannering no puede prestarme nada. Sin que yo lo solicitara, ha querido pedir a su padre un préstamo de cinco guineas, pero escucha, el papá no solamente se lo ha negado, sino que por añadidura me ha presentado como un salteador: «¡Hijo mío!, guárdate sobre todo de los hombres de espíritu que no tienen un céntimo; éstos son aún más peligrosos que los miserables vulgares...»

(49) Reclus conocía a estos hombres por sus escritos y por las infinitas leyendas y ataques contra ellos y sus debilidades. Así, por ejemplo, Louis Blanc era presentado como un hombre vanidoso que cuidaba su belleza.

(50) En los recuerdos sobre Elías (1905) menciona Reclus la actitud de John Stuart Mill contra Pierre Leroux. Este último relataba lo mismo en su *Grève de Samarez* (En la playa de Samarez), Jersey, 1857 ff. y además en *Quelques Pages de Vérités* (París, 1859, 16.º).—Elías Reclus (*La Commune de Paris...*, París, 1908, páginas 134-138), escribió en 1871: «...Encontré a Pierre Leroux en 1852 en el destierro, y a veces compartimos las patatas cocidas de la miseria. Desde entonces la vida nos reunió una y otra vez, hallándonos frecuentemente juntos...» Aunque Elías tenía sin duda mucho más interés y más relaciones personales con los viejos socialistas que Eliseo, ¿no sería una verdadera casualidad el que este último, allá por los años sesenta y siguientes, no se hubiera encontrado también con Leroux?

Al mismo tiempo menciona un trabajo sobre el Japón, que no quiere salirle bien—mal comenzado e inesperadamente complicado. ¡El cuarto es tan pequeño y además hay tantas otras miserias! ¡Vivía en la Tichborne Street, 26, Edgware Road y precisamente entonces correspondía también con un joven inglés, *Richard Heath* (1831-1912), a quien dió pronto lecciones, sobre todo lo cual se conocen bastantes detalles.

Richard Heath, un hombre interesante a su manera, reanudó sus relaciones con Eliseo a partir de 1871, y la *Correspondance* contiene muchas cartas a él dirigidas. De él es un bello artículo necrológico sobre el difunto, aparecido en *The Humane Review* (Londres), octubre de 1905, también en el libro de Ishill, ps. 93-100. Conozco además una larga carta de Heath, autobiográfica en muchos extremos, dirigida a la hermana de Reclus, Luisa (25 febrero 1908). Heath trabó también conocimiento con Kropotkin y, durante largo tiempo, realizó la última revisión idiomática de los artículos publicados por este último en *Nineteenth Century*. Nacido en 1831, procedía por línea paterna de una vieja familia baptista de Warwickshire; su madre había nacido en Leyde (Holanda) y conservaba muchas impresiones del período de la guerra napoleónica. Pronto se familiarizó con la historia de los años 1789 y 1830, y 1848 le produjo la mayor impresión; las ideas de Carlyle y Mazzini y las viejas convicciones religiosas de John Bunyan influyeron sobre él. Durante toda su vida fué un cristiano convencido; Eliseo Reclus le fué recomendado por el pastor Martín. Ya entendía algo el francés y Reclus le propuso en su carta «estudiar juntos literatura francesa, las etimologías de nuestra lengua, sus relaciones con el inglés, etcétera» (*Corr.* I, p. 47).

Heath escribió a este respecto en 1908: «...Sus lecciones eran *verdaderamente enseñanzas*, pues la comunicación de conocimientos iba guiada por el amor a la justicia y a la verdad. Duraron sólo corto tiempo, pero su impresión que-

dó imborrable; siempre sentí cómo esas luminosas enseñanzas abrían el camino al verdadero método para adquirir conocimientos. Su método era el de determinar las relaciones entre los detalles y así sucesivamente hasta que surgía la convicción de que todas las cosas tienen una unidad común. No puedo afirmar que yo mismo gané experiencia con esto. Tanto con Eliseo Reclus como con mi gran maestro siguiente, Frederick Dennison Maurice (el conocido socialista cristiano), conservé la actitud del verdadero alumno—creía antes de comprender. Esto ocurrió especialmente con Maurice, el cual no poseía la claridad de Reclus, sino que tenía una manera profética, con frecuencia obscura y difícil de comprender incluso para los iniciados...»

Después de una ojeada sobre todo su desarrollo—la señora Dumesnil le había rogado enviase datos sobre sí mismo—observa Heath todavía: «...Este es el resumen del trabajo de mi vida. Apenas me hallo en situación de poder juzgar cuanto de esto debo al antiguo encuentro con la personalidad, maravillosamente inspirada, de Eliseo Reclus, en un momento en que éste se hallaba pleno del ardor de su consagración a la verdad y a la justicia, pero sobre su indestructible impresión y poderosa influencia en mi vida no existe la menor duda...»

En el artículo necrológico de 1905 dice Heath: «...Reconocí en él a un verdadero maestro, el primero, en el aspecto pedagógico, que he tenido en mi vida...» Heath no recuerda que Reclus se haya interesado *antes* de 1848 por ideas revolucionarias, pero yo no quisiera considerar esta única observación como una prueba definitiva. «El hablaba a menudo de los movimientos de esa aurora maravillosa, del día turbulento, y de la tan desgraciada puesta del sol. Entonces era duro invierno para esperanzas revolucionarias y poco podría haberse dicho que no hubiera sido triste y desalentador. Pero toda la manera y el contenido de su vida despertaban el espíritu, estimulaban el pensa-

miento. Estar con él significaba respirar a pleno pulmón vida moral e intelectual.» De su propia miseria no hablaba nunca; Heath se enteró de esto por primera vez muchos años más tarde por Elías, en París, el cual habló del cuarto más pequeño que uno pueda imaginarse y de una noche pasada al raso. Las últimas veces que Heath le vió entonces fué en la sala de lectura del British Museum (Ishill, p. 95).

Richard Heath estuvo siempre espiritualmente bajo la influencia de autoritarios, de Carlyle y Mazzini a Quinet; le cautivaban los movimientos colectivos de fanáticos religiosos y aldeanos oprimidos, desde los anabaptistas y las guerras campesinas hasta los campesinos ingleses, cuyo calvario fué descrito por él en 1884 en *The English via dolorosa,* una pequeña publicación que llegó a ser célebre.

Desgraciadamente no asistí nunca a uno de los cursos de Reclus en Bruselas, pero en la última visita que le hice en marzo de 1903 debí esperar casualmente en su cuarto hasta el final de una lección privada de geografía que estaba dando a un joven, y esta conferencia, que al principio no pensaba escuchar, me fué cautivando más de minuto en minuto. Se trataba de geografía belga, sobre la región de la muerta Brujas de aquellos años, y le vi partir de la configuración que tenía entonces el paraje cegado por la arena y volver paso a paso a la Brujas brillante de la Edad Media, a las causas del embancamiento del puerto, a la decadencia del antiguo espíritu social de la ciudad, etc. Todo esto era, en fin de cuentas, una evolución conocida, pero él la exponía con maravillosa y delicada claridad, la llenaba de detalles, analizaba diversas cuestiones complementarias, en suma, producía una obra de arte plástica, un todo tangible, en que actuaban juntas geografía y física, historia y corrientes sociales, lo cual enriquecía verdaderamente de un modo duradero el espíritu del oyente y le elevaba a la esfera de la ciencia más pura y humana. Ignoro si daba a menudo tales lecciones; en junio de 1895 escri-

be a su hermana Luisa: «...Espero dar próximamente una serie de lecciones sobre Grecia a la señorita G. Eso me servirá para mi trabajo.»

Este método se había quizá desenvuelto en él, porque él mismo, en los años anteriores a 1848, en Sainte-Foy, debió procurarse el fundamento positivo de su cultura mediante el estudio de grandes libros que, en verdad, daban a conocer desarrollos y correlaciones, mientras que la enseñanza ordinaria consiste en un ilimitado desmenuzamiento de cada materia en innumerables trocitos que son aprendidos de hoy a mañana y olvidados de mañana a pasado, y sólo puede producir la impresión de una pesada carga por tratarse de fragmentos deleznables e incoherentes.

De las cartas de Londres extracto el pasaje siguiente (8 marzo 1852): «...Sigo los cursos homeopáticos y me doy cuenta de que, de igual modo que nosotros somos los únicos swedenborgianos (*) de Londres, somos también los únicos homeópatas. La oposición, que se rebaja hasta el extremo de elegir a su demoledor Cavaignac, me hace creer que somos igualmente los únicos socialistas...» Reclus se refería al medio de los refugiados franceses. Entonces se preparaba una oposición anarquista contra toda la serie, de derecha a izquierda, de los jefes autoritarios destacados de la proscripción. Esta oposición halló pronto su expresión en una poesía que, ante la sepultura de un proscripto, lanzó *Dejacques* al rostro de los hombres de gobierno de 1848 y en el violento folleto de *Ernest Coeurderoy* y *Octave Vauthier*, titulado *La Barrière du Combat*... Los hermanos Reclus debieron conocer todo esto, Eliseo principalmente, por conducto de Elías, el cual permaneció más tiempo que él en contacto con el medio de Londres—en una conversación sostenida conmigo en 1895 Elías se acordaba muy bien de Coeurderoy, y a la familia de Vauthier la había conocido

(*) Partidarios de la religión mística fundada por el filósofo sueco *Swedenborg* (1688-1772).—*N. del T.*

más tarde en París—, y por el amigo común *Alfred Talandier,* quien hasta 1871 simpatizó con los círculos de Reclus y Bakunin.— Eliseo continúa así el pasaje de carta citado, en parte, más arriba: «Pero, como tú dices, Napoleón se halla a la cabeza de la conjuración de los pueblos y Lord Derby es uno de los incendiarios (boute-feux)...» (*Corr.*, I, p. 53). ¿Significan estas palabras la atribución a Napoleón de un papel revolucionario contra su voluntad, como por ejemplo lo hizo Lassalle? Puso, efectivamente, el nacionalismo en movimiento y esto pareció «revolucionario», comparado con el estado territorial estacionario en Europa de 1815 a 1848, pero los frutos del nacionalismo triunfante no fueron recogidos por los pueblos, sino por los Estados, como desde hace mucho tiempo y ahora más que nunca lo vemos.

Si este pasaje no basta para emitir un juicio concreto sobre el concepto que esta cuestión merecía a los jóvenes Reclus, hay otra, sin embargo, que muestra una concepción general bien reflexionada (sin fecha; p. 55): «...Sí, ya lo dices tú, se preparan grandes cosas. Todo había empezado mal. Como ciertos cuerpos que permanecen amorfos mientras el calor no es suficiente, pero que se vuelven cristalinos con algunos grados más, así la vida de amor y libertad no ha sido hasta hoy bastante potente para transformar la sociedad; pero los gobiernos hacen *tabula rasa* de todos nuestros rudimentos truncados, a fin de que podamos en seguida volver a empezar sobre una nueva escala.»

Tales palabras demuestran que Elías y Eliseo reconocían la fuerza todavía insuficiente de la revolución, en 1848, y la gran potencia provisional de la reacción, y que por esto no compartían las esperanzas ni los planes revolucionarios inmediatos de muchos proscriptos en el año 1852, en Londres, y probablemente no participaron en esto de cerca, exceptuados los actos de apoyo y solidaridad. Se habían hecho a la idea de que la reacción duraría más

tiempo, por lo cual sus proyectos personales encerraron pronto la idea de trasladarse a América. Según las cartas (ps. 53-57) la situación material de ambos no era enteramente desconsoladora, pero Eliseo no quería perder tiempo y en la segunda mitad de 1852 lo hallamos en Irlanda, donde se encontraba ya Elías; la familia Fairfield, de la cual guardaron los hermanos amigable recuerdo, contribuyó quizá por recomendación a que Eliseo obtuviera un empleo muy especial, que debió responder a sus deseos de experiencia práctica, relacionados con sus planes americanos.

Fué empleado precisamente con la misión de examinar las condiciones y mejorar el cultivo, o cuando menos hacer proposiciones al respecto, de una finca de 82 hectáreas de extensión, denominada *Kippure Park,* cerca de Blessington en el condado de Wicklow; su hermana Luisa poseía aún un cuaderno escrito en francés y en inglés, en el cual trata de los defectos de la administración y de las mejoras a realizar con arreglo al modelo de otros países (p. 58). Esta finca se hallaba a unos 30 kilómetros al sur de Dublin, en el interior montañoso del County Wicklow, en el punto donde nace el Liffey. Eliseo podía encontrarse con Elías cuando ambos salían por la carretera de Dublin a Kippure en direcciones convergentes.

«...He instalado una veleta, he cavado, rastrillado, raspado, sembrado y sobre todo he llevado piedras. La agricultura se encuentra aquí casi como en tiempo de los celtas. El suelo no se compone más que de turba y apenas si se han hecho algunas tentativas de arenamiento; nada sería más fácil que mejorar las tierras por medio de las inmensas masas de arena arrastradas por el Liffey, pero nadie ha pensado todavía en ello...»

«...La comarca es salvaje y pintoresca; desde mi ventana veo el gigante del lugar, el Mullagh Cleevaun, que deseo escalar uno de estos días, y sigo el rumor de las cascadas del Liffey, cuyas aguas son negras como la tinta y

producen una espuma rojiza al estrellarse contra las rocas; el domingo pasado he seguido su curso río arriba hasta el punto en que éste se pierde bajo la nieve»; entonces caminaba por la nieve varias horas a la ventura. Incluso no se hacía queso en la finca, a pesar de haber 34 cabezas de ganado, y Elías debió procurarle una receta para hacer queso (ps. 59-61).

Hizo una visita a cierto señor Pennefeather en *Cappagh White,* Tipperary, viajando, pues, por el interior sudoccidental de Irlanda, comarca que le recordaba el Périgord de su país (51). Escaló la montaña de Cappagh, en la cordillera nórdica, desde la cual se domina a la vez Cashel, las Killarney Mountains y, al Oeste, Limerick y la ancha desembocadura del Shannon. En la cima de esta montaña, tendido sobre la hierba, y contemplando el magnífico y variado panorama, le asaltó—como él dice en la introducción de su primera gran obra *La Terre* (1 de noviembre de 1867)—la idea de describir exactamente las manifestaciones de la superficie terrestre, continentes, mares e islas, en todas sus formas, su origen y sus relaciones mutuas. «...El libro que aparece hoy fué comenzado por mí pronto hará quince años, no en el tranquilo cuarto de trabajo, sino en la naturaleza libre. En Irlanda, sobre la cima de una montaña que domina la corriente impetuosa del Shannon...», tendido en la hierba al lado de ruinas, «...esbocé inmediatamente a lápiz sobre el papel el plan de mi obra.»

Este plan debió darle nuevos deseos de vivir en la naturaleza tropical. Entonces afluía gente de todas partes a los nuevos países del oro, California (1848) y Australia (1851). A él le atraía la antigua América española, donde en aquella época existía una república, *Nueva Gra-*

(51) A veces escribe sobre comarcas y lugares de su doble región natal, la Gironda y el Bearne, que debió, sin duda, recorrer ampliamente en excursiones a pie realizadas con frecuencia en los años 1840 y siguientes.

nada, que comprendía los países hoy denominados Venezuela, Colombia y Panamá, Bolivia y Ecuador. En aquel tiempo gobernaba en dicha república una tendencia sumamente radical y anticlerical, de manera que este país pasaba por el más libre, políticamente hablando, de la tierra, y en el aspecto social sus tesoros naturales se hallaban poco explotados todavía, la población blanca era escasa y, en suma, parecía no haber otro país más libre, más fácil de labrar y más agradable para vivir (52).

Claro que Eliseo, por su total carencia de recursos, se hallaba en la imposibilidad de efectuar un viaje directo, y no podía pensar en una exploración del gran país ni en establecerse o construir allí una casita con tierras alrededor. Su ocupación en Kippure Park debía ser de carácter interino (otoño 1852) (53), y como no tenía interés en permanecer en Irlanda ni en volver a Londres para vegetar dando lecciones, el paso más inmediato era trasladarse a los Estados Unidos, proyecto sobre el cual no vaciló ya más.

En condiciones no conocidas de cerca, abandonó, pues, Irlanda y quiso en *Liverpool* embarcarse en el vapor *Great*

(52) Esta situación, descrita hace mucho tiempo en su verdadera esencia y exacta extensión, llegó primero a mi conocimiento por el terrible odio de los clericales contra Nueva Granada, como se puede comprobar leyendo el conocido libro de J. J. Thonissen sobre la Historia del Socialismo (aparecido en varias refundiciones desde fines de 1849). Después vi los escritos difamatorios, publicados en 1853 en Santiago de Chile, con los títulos *Anarquía y rojismo en Nueva Granada*, de Ancizar, y *Observaciones sobre la Anarquía y el rojismo en Nueva Granada*, de otra parte también *Leyes y decretos expedidos por el Congreso constitucional de la Nueva Granada en el año* 1852 (Bogotá, 1852, 193, págs.), por los cuales podrán averiguarse las tendencias de los elementos dominantes. En los periódicos ingleses de la época fué a veces comentada esta situación, lo cual no pudo pasar inadvertido para Reclus. Ver también la *New York Tribune*, 2 de octubre de 1852, pág. 6.

(53) Comp. en una de las cartas sin fecha: «...El nuevo steward (administrador) se halla ya instalado, de manera que yo parezco ser más inútil que en el pasado.»

Western, pero—según carta de Liverpool (ps. 71-72)—el capitán le rechazó groseramente. «No quiero ningún alemán», dijo el hombre huraño. «Pero si yo no soy alemán», respondí. «Sí que lo eres», replicó el gordo, y así me quedé...» Otra dificultad con el *Wide World*; «de manera que me hallo casi obligado a partir en el *John Howell*, lo que, bien pensado, es quizá mejor... Además lo importante es pasar el invierno en Nueva Orleans, así podré dormir si es necesario al aire libre; en Nueva York quizá hubiera debido dormir en la comisaría de policía.» Esto da a entender que los otros dos barcos se dirigían a Nueva York y que él quiso al principio ir allí. Su hermana cuenta (p. 68) que se cree que Eliseo debió pagar su viaje con los servicios prestados a bordo en calidad de cocinero. Nueva Orleans era entonces, dada la ilimitada inmigración y antes de la construcción de muchos ferrocarriles de la costa atlántica hacia el interior del país, un puerto de primera categoría, por el cual las masas de inmigrantes se introducían, Mississipí arriba, en los estados del centro. Pero Eliseo, que no tenía la intención de permanecer o establecerse en los Estados Unidos y deseaba encontrarse cerca de la América tropical, se quedó en Nueva Orleans, a donde debió llegar a fines de 1852 o principios de 1853, extremo que podría averiguarse exactamente por la fecha de arribaje del *John Howell*.

VI

ELISEO RECLUS EN NUEVA ORLEANS Y EN LA PLANTACIÓN FORTIER, A ORILLAS DEL MISSISSIPPÍ (PRIMEROS MESES DE 1853 HASTA CERCA DE MARZO DE 1856)

Faltan las cartas del año 1853. Después de desembarcar en Nueva Orleans—escribe su hermana (*Corr.*, I, p. 68)—«vivió de diferentes trabajos manuales hasta que quizá algunas cartas de recomendación o bien felices encuentros, entre ellos el de un panadero de su ciudad natal (Darrigrand de Orthez, p. 88), le permitieron hallar alumnos y ganar algún dinero. Emprendió viajes... Pronto fué requerido por una familia de plantadores, no lejos de Nueva Orleans, para instruir a los niños...» Más tarde, Eliseo escribió a su madre (1854; ps. 80-81): «...Cuando estaba en Irlanda creía haberme hecho decididamente labrador, pero cuando me desengañé y juzgué necesario abandonar Europa, debí agarrarme a lo más próximo y por esto he vuelto a ser preceptor; no obstante continúo mis estudios agrícolas, y, cuando mi alumno, Michel Fortier, vaya al colegio y mis demás alumnos sean demasiado mayorcitos para que yo permanezca aquí, entonces me llenará de orgullo y felicidad el volver a ser lo que fué mi abuelo (54).

(54) El labrador Jean Reclus, de Fleix (19 noviembre 1760-30 agosto 1848), hijo de Jacques Reclus (1710-1796) y Elisabeth Jarry—su hijo mayor Jean Reclus (1789-1869) debe haber sido el «tío Reclus»—, (esto según Paul Reclus).

Según tu carta, parece que mi tío Reclus se ha indignado al saber que yo he sido cargador; por mi parte éste es uno de los recuerdos más agradables de mi vida aventurera. No vayas a imaginarte que he sufrido lo más mínimo para decidirme a rodar barriles llenos de carne de cerdo; muy lejos de esto: cuando había gastado mi última piastra iba simplemente a ganar una por día en calidad de obrero; no he tenido bastante falsa vergüenza para creerme obligado a aguantar el hambre. Si hubiera sido más fuerte habría continuado aún el oficio, pero confieso que, algunas veces, los sacos de sal hacían daño a los riñones» (55).

De la abundante correspondencia cruzada en 1854-56 (*Corr.*, I, ps. 73-111) puede sacarse poco relativo a 1853. Su mejor conocido fué el médico de la Faye, de la Martinica, el cual, en 1854—ya estaba en casa de Fortier—le salvó la vida curándole de la fiebre amarilla; su amigo londinense Mannering murió de la misma enfermedad. Según manifestaciones de su hermana (p. 70), Eliseo escribió algunos artículos en periódicos locales (franceses), el primero de los cuales estaba firmado por de la Faye; estos fueron sus primeros artículos impresos, que nadie ha intentado todavía encontrar. También estuvo a punto de ser pasante de geología, química y física, en uno de los más grandes colegios de la localidad (p. 76). No se hacía ninguna ilusión sobre la situación y condiciones generales en Nueva Orleans y Luisiana, pero sus inteligentes precauciones higiénicas y la absorción en sus propias finalidades le sacaron adelante por encima de todo (56).

(55) Jacques Mesnil (*Les Temps Nouveaux*, 1906) cuenta que una máquina que levantaba barriles estuvo a punto de aplastarle.— Se dice también que una vez tiraba con todas sus fuerzas de la maroma de una polea para levantar un fardo, que al fin se agotaron sus fuerzas y él mismo se vió levantado en el aire.

(56) Casualmente llegaron también por aquel tiempo a Nueva Orleans dos anarquistas franceses, algunos años antes *Anselme Bellegarrigue*, que escribió sus impresiones sobre Nueva Orleans y el

De la vida en la plantación Fortier escribe una vez: «...Me aburriría si quisiera confesármelo a mí mismo. El campo es uniforme y sin horizonte como el mar; estoy solo en una casa grande; dos veces al día voy a dar lecciones de abecedario a niños que lo aprenden desde hace cuatro años sin saberlo aún. Echo el guante a todos los libros posibles, entre otros (escucha y tiembla) a las novelas escritas por el autor de *Waverley*...»

Sobre sus trabajos geográficos cuenta a Elías, a fines de 1855, (p. 106) que está tratando de hacer algo «bajo forma de libro». «...Ya he garrapateado de sobra, pero esto no me basta, quiero también ver los Andes para arrojar un poco de mi tinta sobre su nieve inmaculada...» El 13 de noviembre de 1855 escribe a su madre: «...Me parece que mi cuerpo se enerva y debilita bajo esta atmósfera pesada y húmeda; necesito recobrar el vigor y la elasticidad en un país de montañas y torrentes. Tengo necesidad de andar, de ver nuevos países, de contemplar sobre todo esas cordilleras con las cuales sueño desde mi infancia... Por otro lado, ver la tierra es para mí tanto como estudiarla; mi único estudio verdaderamente serio es el de la geografía, y creo que es mucho mejor observar la naturaleza en ella misma, que figurársela en el fondo de su cuarto de trabajo. Ninguna descripción, por bella que sea, puede ser verdadera, porque no puede reproducir la vida del paisaje, el correr del agua, el temblar de las hojas, el canto de los pájaros, el perfume de las flores, las formas cambiantes de las nubes; para conocer, es preciso ver. Había leído muchas frases sobre el

Mississippí en una perdida novela, de la cual yo conozco sólo algunos capítulos, publicados en 1851 y 1854 (*Vorfrühling der Anarchie*, páginas 186-187), y unos años después *Déjacque*, cuya sombría descripción se halla contenida en su *Libertaire* (Nueva York) del 16 de julio de 1858.—Ignoro si otros escritos, por ejemplo, *Creole Sketches*, de *Lafcadio Hearn* (1924; escogidas de una revista de los años 1877-1881) encierran impresiones más favorables. Los tiempos más antiguos son tratados en forma elogiosa, por ejemplo, por G. W. Cable.

mar de los trópicos, pero nunca lo comprendí hasta ver con mis propios ojos sus islas verdes y sus fajas de algas, sus largas procesiones de moluscos rosados y sus grandes sábanas de luz fosforescente (57). Por esto quiero ver los volcanes de América del Sur...»

Eliseo prometió una vez a su hermano un artículo sobre el *Mississippi* y para más tarde otro sobre la *Esclavitud* (p. 107). Estos eran, sin duda, para *La Revue*, por la cual Elías, que vivía en París desde 1855, se interesaba bastante. Esta apareció en grandes cuadernos mensuales desde el 1.° de abril de 1855, primero con el título *La Revue* y después con el de *Revue philosophique et religieuse*, hasta fin de 1857 al menos, cuando se publicó el cuaderno núm. 33 (1 de diciembre) (58). En esos años el socialismo no se hallaba representado en Francia—con excepción de Proudhon, el cual entre la *Philosophie du Progrès* (1853) y *De la Justice* (1858) no había podido publicar ningún libro que representase abiertamente sus ideas—más que por publicaciones muy insulsas, como la de L. P. Riche Gardon y las estrictamente sectarias de tendencia fusionista y fourierista ; al lado de esto se inició una literatura republicana de protesta en forma embozada ; durante varios años apareció la revista *L'Avenir*, que yo no conozco. Por esto *La Revue* era una publicación rara, en la cual cabían jóvenes esperanzas, si bien ésta era un eco muy curioso del pasado, donde los últimos representantes de las viejas escuelas del socialismo hablaban cada uno a su manera. Allí colaboraban los sansimonianos Charles Lemonnier, Charles Lambert y Adolphe

(57) Aquí parece aludir al paso, con frecuencia lento, de los barcos de vela por el grupo de las islas Bahamas. El mar de las Antillas es descrito en el relato de *Le Tour du Monde* (1860, I, páginas 177-192). Primero vió la isla de Montserrat y luego las costas de Haití y de Jamaica, al cabo de 45 días el barco entró en el golfo mejicano.

(58) De esos 33 cuadernos conozco solamente 21, y éstos no se hallan ahora a mi disposición.

Guéroult, el fourierista F. Cantagrel, el fourierista independiente E. de Pompéry, el fusionista de Tourreil, el comunista A. Constant, el colectivista Constantin Pecqueur, el Dr. A. Guépin, Renouvier, Fauvety, Erdan, Henri Lecouturier (autor de la *Cosmosophie*, 1850) y otros representantes de sus propios matices socialistas ; los belgas Louis De Potter y Charles Potvin, Moses Hess y otros menos destacados o que colaboraron en los cuadernos que no me son conocidos. A la mayoría de ellos los unía un rasgo místico-espiritualista, acentuado por la resignación y la edad. Estos hombres son aquí especialmente mencionados porque Elías sostuvo relaciones más o menos intensas con muchos de ellos y Eliseo los conoció también en París en 1857.

Además, Eliseo había rogado a su hermano procurase abonados para el semanario *L'Homme* (El Hombre) que Charles Ribeyrolles publicaba en Jersey y después de su expulsión de allí continuó publicando durante varios años en Londres ; este periódico era el órgano principal de los proscriptos republicanos que se llamaban sociales, pero eran muy poco o absolutamente nada socialistas. Con razón escribió Eliseo el 22 de julio de 1855 : «...sacré nom d'un chien ! (un áspero juramento) ¡cuán lejos se halla el periódico *L'Homme* de responder a su título !...»

El estado de cosas en Europa interesaba entonces poco a Eliseo en comparación con los problemas que tenía alrededor de y ante sí : la esclavitud de los negros, su viaje a América del Sur y su instalación allí. Durante la guerra de Crimea escribió (p. 94) : «...Un hecho que seguramente te interesará, es que todas las simpatías del pueblo americano están al servicio de Rusia, todo el mundo está loco de entusiasmo por Nicolás ; los ministros del santo Evangelio rezan por él, las mujeres le envían suspiros, los audaces van a servir en su ejército... Dí a (Alejandro) Herzen (en Londres) que es un buen hombre...»

(De igual modo en la p. 77: «Las simpatías de América están al lado de los Cosacos...»)

Hacía ya tiempo que había terminado para siempre con la *religión*. «...Es realmente mágico—escribe a Elías (ps. 95-96)—este cambio de decoración interior operado por un cambio de residencia: todas las ideas muertas que había ido quemando a fuego lento dentro de mí en Berlín y en Londres, las llevaba todavía en mí; cada objeto me las recordaba: D era un san Pablo; X un buen hombre, era nada menos que Jesucristo; pero desde que he visto las olas doradas de los trópicos, desde que he visto a los colibrís volar en medio de las latanias, he hecho un paquete con todos los trapos de mi viejo hombre y lo he tirado al Mississippí... A ti te pasará lo mismo: cuando te pasees en medio de las nieblas de Liverpool, entre los toneles de aceite de palma y los barriles de harina, esperando la salida de un *John Howell* cualquiera, entonces dejarás de ser cristiano y de aplastar al infame, porque éste habrá desaparecido. Quizá el clima americano es también antimístico y ejerce una gran influencia en este ateísmo general de todo «yankee», desde el bostonés hasta el criollo.» Agreguemos aquí este pasaje de *Le Tour du Monde*, 1860, I, p. 192: «...El amor instintivo a la patria no existe ya en su ingenua simplicidad en los Estados Unidos. Para la masa, todos los sentimientos se confunden cada vez más con el interés pecuniario; para los hombres de corazón, tan raros en América como en los demás países del mundo, no hay más patria que la libertad.»

A mi juicio, Reclus se sintió impulsado a hacer semejantes observaciones al ver la inmensa confianza de los americanos en sí mismos, la cual se ha desarrollado fabulosamente en virtud del desenvolvimiento del país por medio de la desconsiderada apropiación del nuevo y valioso suelo y de sus tesoros. Además esta confianza propia existía ya en todos los viejos elementos que formaban los

sectores componentes del pueblo americano. Así, por ejemplo, en los puritanos, quienes, fundando convenientemente el capitalismo más individualista y su servicial poder del Estado, se dieron por misión la conquista y acumulación de riquezas, y después inventaron un Dios, encargado de señalarles tal misión; así también en los elementos aventureros de todos los países y zonas, los cuales, cada uno de por sí, saltan por encima de las viejas doctrinas religiosas. De este modo convirtióse enteramente la religión en una mercancía, fabricada con arreglo al gusto y al deseo del cliente, abriéndose camino la situación actual, que, recientemente, ha hallado una expresión verdaderamente clásica en el *Elmer Gantry* (1927) de Sinclair Lewis. En Europa, las iglesias dominaron a través de los siglos la vida espiritual de los pueblos y pocos fueron los que supieron librarse de esa supeditación. En América había tanta infinidad de cosas que hacer, tanto a que echar mano para apoderarse del inmenso país y sus tesoros, que sólo muy pocos pensaban en una vida espiritual, y las Iglesias fueron organizadas conforme a los deseos y necesidades de los clientes, que siempre tenían la mano en la bolsa. La necesidad era y es muy grande, pero se trata estrictamente de una cuestión de negocio y no de sentimiento: para sentimientos se carece de tiempo. Yo no quisiera llamar a esto «ateísmo»; es más bien politeísmo o fetichismo: cada uno se paga un sacerdote, que le suministra exactamente el Dios que desea poseer. Lo mismo puede aplicarse al patriotismo, que, siguiendo la prosperidad creciente del país es cultivado cada vez más como patriotismo respetable en forma de abolengos y cuadros de antepasados, que los ricos ennoblecidos se complacen frecuentemente en adquirir. Mientras que en Europa los hombres de bien aspiran al cosmopolitismo, en América es de rigor el patriotismo más exclusivo. Reclus tuvo, sin duda, razón al traer en 1889 impresiones más simpáticas de los Estados Unidos, pero se parece haber vuelto

a la mentalidad que él describe en 1855, y quizá más atrás.

La *mezcla de pueblos*, considerada ya por Reclus en el manuscrito de 1851 (que, según las observaciones precedentes sobre Berlín y Londres, ¿no pertenecerá, acaso, al año 1849?) como un factor importante para la esencia de la población de entonces en América del Norte, que, como es sabido, no hallaron más solución que la violenta de la monstruosa guerra civil de los años 1861-65, la cual dejó tras sí problemas que todavía hoy no han sido resueltos a satisfacción de todos.

La mencionada carta continúa: «Es aquí (en los Estados Unidos) donde se plantea la cuestión etnográfica más interesante del siglo, la de la fusión de las razas. En Francia es la fusión de clases y principios, aquí la de los que empuñan el fusil (59); en Francia se sueña con la fraternidad de las almas, aquí la fraternidad de los colores se prepara casi únicamente por la fuerza bruta de la gravitación; pero, suceda lo que quiera, hay paralelismo perfecto entre los dos continentes. Los datos del problema son aquí tan claros y numerosos que nadie puede equivocarse; todo el mundo sabe que los esclavos van a la deriva detrás de los dioses, los reyes, los verdugos, los sabios, hombres y mujeres, de todo lo que pertenece al pasado.»

«Los propietarios de esclavos se defienden; están, pues, vencidos, ya que el principio de la autoridad consiste en que ésta es indiscutible, y que lo es, porque lo es; desde el momento en que invoca una razón, aunque sea la del más fuerte, se suicida. El buen Dios se fulminó a sí mismo cuando tuvo la desgraciada idea de aparecer sobre el Sinaí, rodeado de truenos y relámpagos. He visto a más de un amo negando a su esclavo el derecho a tener una voluntad y revelándole de esta manera los de-

(59) *Fusion des carabineurs.* Una expresión obscura para mí; P. R. opina que es la unión de todos los que quieren resolver el problema de la fusión de las razas con el fusil, es decir, por medio de la violencia.

rechos de la individualidad humana... Es bello ver esta guerra encarnizada de la prensa, de la discusión, de la charla durante el día, durante la noche, en todos los instantes, contra ese fantasma impalpable de la libertad humana...»

Al hablar de los factores que actúan en favor de los negros, dice Reclus que el número de blancos crece constantemente en proporción al número de negros. «Los simples temen que los negros se emancipen allí donde son más numerosos que los blancos, mientras que en realidad no hay esperanza para ellos sino donde se hallan en minoría. Cuando son numerosos poseen un espíritu de rebaño y no de hombre; donde están solos miden a su adversario cara a cara»—el concepto característico de la capacidad de acción de las minorías que tiene el que siente en anarquista.

«... Tú juzgas bien los Estados Unidos—dice en una carta anterior (ps. 91 sgs.)—, pero no con bastante severidad. Es una gran almoneda en que todo se vende, los esclavos y el propietario por añadidura, los votos y el honor, la Biblia y las conciencias. Todo pertenece al mejor postor. Mas como le es preciso al espíritu un manjar cualquiera, ellos lo alimentan con fanfarronadas (blagues), y de un golpe su espíritu se siente más rico que el de los pobes ignaros que se creen obligados a aprender para saber, ya que les basta conocer el nombre de una cosa para hablar sobre ella en todos los tonos. Con frecuencia me he preguntado, estupefacto ante esta América tan respetada *abroad* (por fuera), tan poco respetable por dentro, dónde están esos progresos necesarios que cada pueblo debe realizar en su evolución. Verdaderamente se diría que todo se reduce a un desarrollo en el espacio, efectuado por esta emigración continua del Atlántico al Pacífico, a un progreso en el tiempo, puesto que el americano entra en la vida activa al salir de la infancia, y a un progreso en lo que es vida vegetativa del hombre, ya que todos tienen

un pedazo de pan que llevarse a la boca. Pero el gran progreso es casi totalmente independiente de su voluntad, es una consecuencia obligada de las nuevas relaciones del hombre con la tierra y de las razas con las razas; pues estas nuevas relaciones han planteado a la humanidad nuevos problemas que es preciso resolver, de grado o por fuerza. Felizmente cada problema lleva consigo su propia solución y seguramente no dependerá de los americanos el que se opere la mezcla de las razas; el que indio, negro y blanco acaben por parecerse física y moralmente y fundirse en una misma nación. Sería un estudio curioso examinar hasta qué punto el negro del Sur se ha hecho criollo y el negro del Norte «yankee», verificar en qué proporción ha adoptado el plantador las costumbres y el carácter de los negros de los cuales ha tomado ya el lenguaje, cuántos pasos negros y «yankees» han sido dados para encaminarse hacia este matiz cobrizo que es el tipo del rostro americano...»

También me parece lo siguiente digno de ser reproducido, ya que todavía hoy, a 70 años de distancia, vemos tales problemas ante nosotros: «...Sin embargo, los americanos han hecho realizar a la humanidad muchos progresos en los cuales yo no pensaba hace un instante. En la época de reconstrucción social en que nos hallamos, es necesario que la naturaleza humana sea explorada hasta en sus bajos fondos, y es lo que los americanos se encargan de hacer con raro acierto en lo tocante a ciertos vicios; exploran la mentira y la impudencia con indomable energía, mueven las montañas a fuerza de embustes, pues hoy que la fe está quebrantada, debe la hipocresía realizar milagros. Es una maravilla oirlos. Todos los «yankees» son apóstoles de la civilización. En cada bala de algodón hay encerrado un ángel de paz; sobre cada hoja de *bowie-knife* hay grabada una dulce palabra evangélica, el *goddam* que tienen siempre en la boca es el *shibboleth* de las naciones. Sociedad, independencia,

civilización, libertad, no son más que palabras, pero, después de todo, las palabras tienen cierto valor. Como tú mismo me has indicado, el niño, abandonado a sus propios impulsos, comienza por las ideas más verdaderas y filosóficas; dibuja primero el tronco, después las ramas y finalmente las hojas; pero el hombre que instruye al niño empieza por el otro extremo, se dedica a la forma, a la apariencia exterior y se dirige de fuera a dentro; enseña los nombres y olvida las cosas, mientras que la naturaleza enseña las cosas y olvida sólo los nombres; de este modo las dos educaciones se completan y se penetran. La educación de los americanos se parece a la que nos dan los pedantes de nuestra tierra; ellos saben el nombre de las cosas, hablan del hecho brutal a todo el mundo y, más tarde, nosotros vendremos a mostrar la idea del hecho: para servirme de una comparación anglosajona, ellos ponen los vasos sobre la mesa esperando a que nosotros vengamos a llenarlos... ¿verdad?»

Con esto quiere decir Reclus que también tiene cierto valor el hablar a cada paso de civilización y libertad, pero que su realización, su interiorización y su verdadera comprensión no puede esperarse de los americanos, tal como él los vió, y deberá ser obra de otras naciones.

Nada se hallaba más lejos de su ánimo que el menospreciar a los norteamericanos, pero cuando, en aquellos agitados decenios, la esclavitud era considerada como una institución sagrada en un país tan poderosamente progresivo (60), los europeos que pensaban humanamente no

(60) Más aún que los hechos espantosos que todos conocemos por el libro *La cabaña del tío Tom*, y los expuestos en el menos conocido tomo que viene a completarlo *A Key to Uncle Tom's Cabin* (p. ej. Londres, 1853, VIII, 595 págs., 8.º), causa impresión la ruda mentalidad de negrero exteriorizada por todas las publicaciones de esa época en los Estados del Sur. Una de ellas es, por ejemplo, el libro *Cannibals All! or Slavery without Masters*, de George Fitzhugh (Richmond, Virginia, 1857, VIII, 379 págs.). Cada línea revela una dureza de piedra, y es más que probable que la crueldad

podían recibir otras impresions; recuérdense las *American Notes* de Charles Dickens de 1842.

Las ideas de Reclus sobre la mezcla de razas parecen provenir de su propia concepción acerca de tal problema; al menos yo supongo que si dichas ideas fueron manifestadas entonces en alguna parte de América, la literatura y las discusiones sobre las mismas no penetraron fácilmente en un estado de esclavos como Luisiana. Tan sólo el color cobrizo era aceptado muy ampliamente; en un escrito aparecido en 1864 leo lo siguiente: «...Es necesario pensar que los indios que hemos desalojado eran cobrizos, y que, según los fisiólogos, ningún otro color de piel puede existir durablemente en América. La raza blanca que se ha establecido en New England (estados del Noroeste) no será capaz de vivir conservando su cualidad de pueblo rubio...»

Esto lo he tomado de la página 19 de un escrito muy raro: *Miscegenation: the theory of the blending of the races, applied ta the American White Man and Negro* (Miscegenación: la teoría de la mezcla de razas aplicada al americano blanco y al negro), New York, H. Dexter, Hamilton and Co., 1864, 1, II, 72 ps., 8.°, registrado en 1863, del cual apareció una edición posterior en Ingla-

y la intolerancia manifestadas en las luchas actuales contra trabajadores y gentes que piensan libremente, tengan sus raíces tanto en el fanatismo inspirado por las religiones capitalistas como en la mentalidad de las regiones del sur en la época de la esclavitud. Llamo capitalistas a las formas religiosas que han adquirido importancia en épocas de desarrollo capitalista. El tiempo de los descubrimientos con su sed de oro inclinó el deseo de riqueza, no satisfecho en los países del Norte, hacia los bienes de la Iglesia, y surgió el protestantismo. El capitalismo temprano y la expansión colonial trajeron el puritanismo. El capitalismo más intenso del primer período del maquinismo produjo el metodismo de John Wesley. El floreciente capitalismo de hoy trae el fundamentalismo con el Ku-Klux-Klan como Santo Oficio de una nueva Inquisición.

terra (Londres, Trübner and Co., 1864, VI, 91 ps.) (61). Su autor desea la continuación de la guerra de entonces hasta la obtención de su «fruto definitivo, es decir, la mezcla de blancos y negros ;...» «hasta que en nuestros documentos públicos y en los mensajes de nuestros presidentes se declare la gran verdad, es decir, que es deseable que hombres blancos se casen con mujeres negras y viceversa, que la raza se vuelva melaléuctica (mulata) antes de llegar a ser miscegenética (enteramente mezclada). El primer paso será la apertura de «California a los millones pululantes del Asia oriental...» Estas ideas de mezcla absoluta están representadas en este escrito con ilimitada consecuencia y apoyadas con numerosos paralelos de la historia y la etnografía. En él puede leerse también (p. 10) : «...La nación que más promete en Europa es la rusa y su porvenir será glorioso, tan sólo porque su pueblo contiene mayor variedad de razas que cualquiera de las otras naciones europeas... Rusia es actualmente la potencia dominante en Europa y aun está llamada a convertirse en todopoderosa. Tiempo vendrá en que la dominación rusa se extenderá hasta el Océano Atlántico. Esto no debe ser considerado con temor. Lo que los bárbaros hicieron por la desmoralizada y degenerada Roma, lo harán los rusos por la desgastada y consumida población de la Europa occidental. Estos serán conquistados. Su civilización, tal cual hoy existe, será derrocada, pero la nueva inyección de sangre joven y mezclada regenerará

(61) Yo encontré hace años un ejemplar de la edición de Londres y, al tratar de averiguar el nombre del no mencionado autor, un coleccionista americano, con gran amabilidad, me envió un ejemplar de la edición original y me comunicó que David Goodman Croly, George Wakeman y E. C. Howell son considerados como autores, pero que probablemente el autor fué *Charles T. Congdon* ; su libro *Reminiscences,* que yo no conozco, es señalado. El folleto dió lugar a muchas polémicas y réplicas, lo cual prueba que tal punto de vista era bastante nuevo en 1864 o que raramente o quizá nunca fué defendido de un modo tan radical.

la vida de Europa, porque entonces los alemanes, franceses, italianos, españoles e ingleses se mezclarán con un pueblo miscegenético y progresivo.»

El autor de *Miscegenation,* 1864, coincide aquí con *Ernest Coeurderoy,* seguramente desconocido por él en absoluto, especialmente con su tan raro libro *Hurrah ! ou la Révolution par les Cosaques* (Londres, octubre 1854, 437 ps., 8.°), el cual describe con ardiente fantasía esta renovación de Europa por los cosacos y además cree inquebrantablemente en su finalidad anarquista (62). Reclus pudo haber oído algo de esto, pero lo más probable es que—como lo demuestra el manuscrito de 1851—la idea de la fusión de razas le preocupaba hacía mucho tiempo. La historia de la Emigración de los Pueblos determina fácilmente semejantes pensamientos e incita a paralelos modernos (63).

Todas estas cuestiones tenían importancia en su vida personal ; algunos años más tarde se casó con una muchacha mestiza e incluso en Luisiana se halló ante el problema de si debía intentar establecerse durablemente en un medio basado en la esclavitud. Pues ocurrió que la muchachita a quien educaba, de igula modo que el hermano de la misma, Miguel, se desarrolló rápidamente y cobró una inclinación hacia él que no le dejaba indiferente. «...Pero su voluntad rompió el idilio» ;—escribe Paul Reclus (1924)—«¡ no !, no entraría nunca a formar parte de la familia de un propietario de esclavos !, y abandonó Luisiana, dirigiéndose a Nueva Granada. Desde en-

(62) He comentado detalladamente este libro en el *Suplemento* de *La Protesta* (Buenos Aires), 16 febrero-16 marzo 1925, núms. 161-165.

(63) Cómo Reclus pensaba sobre esto en 1887, véase nota 37. Sería interesante ver, por sus artículos ulteriores sobre la guerra americana (*Revue des Deux Mondes*) y sus grandes obras, cómo juzgó después esta cuestión. Sobre los indios escribió el 5 de febrero de 1891 (*Corr.*, III, pág. 86) : «...su sangre está mezclada más de lo que se cree con la de las poblaciones americanas.»

tonces las cartas a su hermano expresan el deseo de casarse a su regreso a Francia»—y P. R. supone que Eliseo pensaba ya quizá en su futura mujer, de cuya existencia sabía hacía mucho tiempo, una suposición que yo no puedo ni confirmar ni rechazar mientras no aparezcan sin omisiones las cartas de aquella época.

El escribe lo siguiente (ps. 104-105) : «...Tengo mis razones para marcharme. Ni que decir tiene que éstas son locas, pero precisamente por eso me son queridas, pues son muy mías... En primer lugar estoy cansado de comer y beber, de dormir en una cama y de golpear en una bolsa llena, hasta de mirar la hora que es en un reloj auténtico (¡ qué vergüenza !). Tengo necesidad de pasar algo de hambre, dormir sobre los guijarros y vender mi reloj (recuerdo de amistad eterna) por un trozo de carne de mono chillón. Todo esto me sentaría mejor que robar a los negros, los cuales han ganado con el sudor y la sangre el dinero que yo embolso ; de repercusión en repercusión, me parece que soy quien maneja el látigo y esto me agrada muy poco.»

«Tengo además otra razón...», pero aquí ha sido omitido un pasaje ; después continúa : «Así, pues, la virtud y la moral, pero sobre todo mi horror a la esclavitud y a la iglesia y a la caballería criolla, todo eso me incita a partir lo más rápidamente posible.»

Algún tiempo antes había descrito (p. 102) sus relaciones con la familia criolla, siempre corteses, pero nunca amigables : «...me creen algo loco o, como ellos dicen cortésmente, monómano. Los niños me quieren mucho y no me es difícil comprender que los padres juzgan poco conveniente este afecto de los hijos, sobre todo en lo que concierne a la mayor de mis alumnos, una muchacha de ojos grandes que acaba de cumplir catorce años...»

Es dudoso el que habría podido vencer con el tiempo el espíritu de casta criollo, pero además no pensaba lo más mínimo en ello ; solamente le afectaba la separación, co-

mo lo prueba la descripción de su soledad al principio de su estancia en Nueva Granada, hecha el 25 de octubre de 1904 a la señora Clara Mesnil. Al pasaje impreso en la *Corr.* III, ps. 292-293, puedo yo agregar lo siguiente del final inédito de la carta (64) : «...Debo, pues, sorprender a usted con un trozo de autobiografía. Sí, había abandonado amigos. Incluso sabía que en un pequeño cuarto, no lejos del Mississippí, una muchachita, mi alumna, lloraba en silencio. A algunos cientos de leguas de distancia mezclábanse mis sollozos con los suyos.»

«Pero, desgraciado, ¿por qué no se quedó a su lado, por qué no la consoló?»

«¡Ah!, no comprendí el amor de la muchacha hasta después de la despedida y yo sólo sentía un afecto fraternal, que no era amor. No me quedaba otro recurso que huir para no aumentar la pena de la muy amable niña. Pero la vida es infinitamente complicada: ¿huí quizá también a causa de la terrible guerra, en la cual yo, abolicionista y libertario, habría debido combatir contra aquellos que hubieran llegado a ser los míos?...»

No podemos penetrar más en estas relaciones. «...Mi sucesora en casa de los Fortier es una encantadora señorita de Nueva Inglaterra», escribió el 13 de noviembre de 1855, cuando, al fin de su segundo año en la plantación, notifica su partida, probablemente en marzo de 1856 (p. 108).

Durante esos años se habla a veces de la esperada venida de Elías, del plan de Nueva Granada y cosas semejantes; Fortier quiso una vez apoyarle financieramente para la adquisición de terrenos a orillas del Amazonas (ps. 76-77). Eliseo se propuso pasar un mes de vacaciones en las montañas de Méjico o en otra parte (p. 77), pero desde luego no estuvo en Méjico y así una vez viajó Missis-

(64) Jacques Mesnil me dió a conocer este pasaje el 27 de octubre de 1924.

sippí arriba, hasta Chicago (ps. 110-111) (65). Desgraciadamente no se conoce la carta dirigida a este respecto a su tío, y yo no tengo ahora a mano los artículos publicados en la *Revue des Deux Mondes* de 15 de julio de 1859, ps. 257-296: *Le Mississippi. Etudes et Souvenirs.* I. La corriente superior del río, y II., 1.º de agosto: El Mississippí y sus orillas—vacío este último que será fácil de llenar.

El cuenta a su madre cuán extraña continúa siendo en el fondo para él la familia criolla. «...Durante dos días de la semana sin excepción me hallo completamente solo y no hablo con ningún alma viviente. Mis únicos amigos están sobre la mesa, son mis libros; cuando he leído y garrapateado bastante voy a pasearme a lo largo del Mississippí...» (ps. 83-84). Rechaza invitaciones a volver a Francia. «...Por mi parte—escribe a su madre el 28 de junio de 1855—antes que ir a Francia a incensar el becerro de oro, preferiría cien veces habitar en cualquier valle de Santo Domingo, con un taparrabos por vestido y plátanos como alimento En cuanto a hacerse pastor, sólo un jesuíta podría aconsejar esta alternativa a mi hermano; si no me engaño, este jesuíta ha sido hallado» (¿su tío Chaucherie quizá?)

«Créeme, querida madre, la pequeña colonia que vamos a fundar será encantadora y la familia de mi hermano podrá ser feliz en ella...» (ps. 86-87).

A Elías, a quien en la primavera de 1855 esperaba con bastante certidumbre: «...Opino que no debemos ir primero a Méjico. Allí hay pasaportes, policía, gendarmes..., y Santa Ana, un segundo Napoleón III, elegido por la voluntad del pueblo.»

«El Popocatepetl, el Orizaba, el Perote y la meseta de Anáhuac, las minas de Xihuatitlan, los magueys y los la-

(65) Por una carta de 1857 (pág. 178), podría deducirse que también vió la catarata del Niágara.

drones, todo eso es sin duda muy interesante y digno de ver, pero en Nueva Granada encontraremos una naturaleza tan bella como la de Méjico y mucho más imprevista. Nueva Granada es un país por descubrir: es el país que lleva en sí los destinos de la América meridional, porque todas las fuerzas vienen a acumularse en él y a verterse a la vez en dos mares. ¿Qué me dices de la meseta de Ambato donde las estaciones se hallan superpuestas más que en ninguna otra parte y donde, con una mirada, se pueden abrazar las ondas azules del Pacífico y los torrentes que descienden hacia el Amazonas?... Allí no hay pasaportes ni gendarmes y, si no me equivoco, habitan buenas gentes muy poco yankees...» Calcula los reducidos gastos del viaje y una etapa a pie hasta Bogotá. Méjico vendrá más tarde (ps. 89-90).

Elías Reclus había vuelto a Francia aquel año, casándose con su prima Noemí (66). Eliseo continuaba esperando que los dos irían entonces a reunirse con él. Jocosamente describe de qué manera piensa arreglárselas solo. «...Pero cuando tú, querida hermana (Noemi), me digas que vienes, entonces me detendré en algún valle encantador, al pie de los orgullosos Andes, a la orilla de un río que se dirija bramando hacia el Amazonas; reclamo de Nueva Granada mis diez hectáreas de terreno y construyo allí una cabaña encantadora. ¡Ven, que será delicioso!; más tarde, cuando tres o cuatro años de paraíso te hayan fatigado, será tiempo de volver al viejo mundo.»—Pero aun cuando ellos no vengan, su trabajo geográfico, sobre el cual ha escrito ya bastante, si bien a él no le basta, le impulsa a ver los Andes. Entonces compra una mula y unas cajas de hilos y agujas y va de montaña en montaña y de pueblo en pueblo; por tres agujas se pueden comprar 50 libras de plátanos y por siete 50 libras de yuca,

(66) Hija del hermano mayor del pastor, Juan Reclus (1789-1869); su hermana era la que más tarde fué señora de Kergomard.

es decir en abundancia para vivir con el producto de una aguja por día... (ps. 104-106). También escribe a la madre el 13 de noviembre de 1855: «...Sabré trabajar en el Sur lo mismo que he sabido trabajar en el Norte; tengo muy pocas necesidades superfluas. Un vegetariano como yo hace una comida deliciosa con mandioca y plátanos, y, de esta manera, puede vivir con tres perras chicas por día... Incluso si estuviera tentado de lanzarme en alguna especulación comercial o agrícola, creo que en ninguna otra parte podría tener más posibilidades de éxito que allí (en el alto Amazonas). Quizá intentaré establecerme definitivamente en las márgenes de uno de los afluentes granadinos o peruvianos, quizá tendré la suerte de atraer a mi lado a algunos campesinos del viejo mundo que, allá abajo, están condenados a una miseria diaria, mientras que en América del Sur es imposible que no puedan vivir a sus anchas.» Opina que la emigración se dirige hacia América del Sur, y que el valle del Amazonas es bastante rico y vasto para hacer vivir en la abundancia a los 1,200 millones de habitantes que hay sobre la tierra (ps. 109-110). También declara en la *Revue des Deux Mondes* del 15 de abril de 1864, p. 929, que América del Sur, poblada entonces por 25 millones de habitantes, «es capaz de alimentar fácilmente a dos mil millones de hombres».

Las impresiones de esos años se hallan recogidas y expresadas en varios artículos de los diez años siguientes, los cuales desgraciadamente, no tengo ahora a mano. Así por ejemplo: *Fragment d'un Voyage à la Nouvelle Orléans* (1855) en la revista ilustrada de vulgarización geográfica del viejo sansimoniano Edouard Charton, *Le Tour du Monde* (París), 1860, ps. 177-192; la mencionada descripción del Mississippí (1859); *L'Esclavage aux Etats-Unis* (*Revue des Deux Mondes,* 15 diciembre 1860-1 enero 1861, ps. 118-154); otros artículos se refieren ya a la

guerra civil. Sobre *John Brown* escribió Eliseo en *La Coopération* (París), 14 de julio de 1867 (67).

Sus cartas americanas de 1889 (*Corr.*, II, ps. 469 sgs.) contienen juicios más simpáticos sobre los americanos que las cartas de Luisiana, pero esto no es una razón para pasar en silencio sus impresiones anteriores. Tampoco se puede esperar recibir un cuadro completo de su actividad por las cartas, conservadas sólo en parte: Eliseo procuró guardar su entereza, alejar del ánimo de sus queridos corresponsales todo cuidado sobre su situación, y no era hombre que hacía mucho ruido acerca de sus estudios y trabajos. Durante mucho tiempo le acució el deseo de poner en práctica sus planes de viaje, pero no debió serle posible abandonar la para él poco simpática Luisiana antes de que transcurrieran más de tres años.

(67) En los *Etats-Unis d'Europe* (Berna), 22 marzo 1868, escribe André Léo sobre una medalla propuesta por Madame Gaël para la viuda de John Brown. Dirección, la de *La Coopération*; en el comité figuraban Etienne Arago, Louis Blanc, Barni, Chassin, Víctor Hugo, P. Joigneaux, P. Larroque, Laurent Pichat, Eugène Pelletan, Eliseo Reclus, Schoelcher, Melvil Bloncourt, etc. Este llamamiento apareció en el mismo número (23) de *La Coopération* que el artículo de Reclus.

VII

ELISEO RECLUS EN NUEVA GRANADA (COLOMBIA)—CERCA DEL ISTMO DE PANAMÁ, EN SANTA MARTA, RIOCHACHA Y EN LA SIERRA NEVADA DE SANTA MARTA (PRIMAVERA DE 1856 A VERANO DE 1857)

Según su libro *Voyage à la Sierra Nevada de Sainte-Marthe,* aparecido en 1861, Reclus efectuó su viaje sobre *Cuba* (68) hasta *Colón* en el istmo de Panamá (vapor *Philadelphia,* con 300 pasajeros cuyo destino era, al parecer, California). Después, en la goleta *Narcisse* (24 toneladas solamente), se dirigió a Portobello y, durante ocho días, por el archipiélago de las Muletas, hacia la vieja y ruinosa *Cartagena.* Más tarde fué por el río Magdalena a *Barranquilla,* después a Pueblo Viejo y, en la mula, por Cienega a *Santa Marta,* que «está situada en un paraíso terrenal». Allí permaneció varias semanas, hizo excursiones en la selva virgen y se convenció de que sería difícil una empresa agrícola. Casi toda la llanura se hallaba dividida en parcelas cultivadas por mestizos y negros, los cuales llevaban sus productos a la ciudad. Los valles y laderas de la Sierra habían sido entregados hacía mucho tiempo a grandes capitalistas, que ni los vendían ni los querían cultivar y esperaban la llegada de millares de emigrantes. Otras lade-

(68) Sólo en la carta de 5 de mayo de 1856 (*Corr.,* I, pág. 119): «...Desde La Habana no he leído ni siquiera un solo periódico...»

ras de la cordillera no habían sido cedidas aún, pero eran inaccesibles desde Santa Marta, por lo cual decidió partir para la ciudad de *Riohacha,* 175 kilómetros más lejos y mejor situada para sus fines, adonde se trasladó en dos días a bordo de la goleta *Margarita.*

Según las cartas, *Corr.,* I, ps. 113-167 (69), abandonó pronto *Santa Marta,* «que dormita en su llanura encantada como una «Hermosa durmiente en el bosque». El 5 de mayo de 1856 escribe a Elías: «Sería una verdadera traición hacerte venir aquí con Noemi»; el país es bello «...pero tener bananas y contemplar hermosas montañas no es todo, es preciso además poseer cierta libertad de acción que nos seria imposible conquistar.» Le ofrecieron un bellísimo jardín por 48 francos, pero éste sólo habría servido para unos días de recreo. La gran masa de la población, negros e indios, viven en la indigencia, y únicamente algunos comerciantes blancos hacen buenos negocios. «Santa Marta es una Sainte-Foy neogranadina»; tan sólo en Barranquilla hay comercio animado, pero en poder de judíos y americanos, y la ciudad está situada en una llanura arenosa. El viaje a Bogotá (la capital, a considerable distancia en el interior) costaba más que a Francia. La horticultura no produce nada; para ganar veinte centavos es necesario llevar en un asno 200 mangos al mercado: ¿cómo podría esperarse con esto volver alguna vez a Francia, comprar un solo libro y aprender algo?—Así, pues, Elías debía quedarse en París—«yo mismo trataré de ir a compartir tu yugo; procura buscarme una colocación cualquiera, aunque sea de barrendero o pinche de cocina. Lo que más me gustaría sería el comercio a tu lado. (Elías estaba empleado en el «Crédit Mobilier»). Intentaré partir lo más

(69) Dichas cartas están impresas en parte en un orden inexacto. La carta mencionada en la pág. 117 es de todos modos la no fechada, págs. 124-126, a la cual sigue la señalada como segunda, fecha 5 de mayo de 1856 (págs. 117-120).—La carta del 19 de febrero de «1856» (págs. 113-116), es de 1857.

pronto posible. Si no tengo el dinero necesario, lo que ¡ voto a Júpiter ! es muy de temer, volveré a trabajar a la horticultura en casa de un italiano, que me dará comida y alojamiento a cambio de mi trabajo...»

También da a su madre parecidas explicaciones (junio de 1856 ; ps. 121-124) ; sin capital para producir artículos industriales, como el sésamo, el cacahuete, el algodón, que se pueden exportar a Europa o a los Estados Unidos, no hay posibilidad de ganar nada en la encantadora, pero amodorrada Santa Marta. En *Ríohacha,* ciudad floreciente situada sobre un gran llano arenoso en la desembocadura del Calancala, daba lecciones de francés e inglés y esperaba juntar algún dinero para comprar una pequeña propiedad y cultivar en ella sésamo u otra cosa ; por 40 francos podría comprar un kilómetro cuadrado de terreno fértil. El primer día encontró en Ríohacha quince alumnos, pero ninguno de ellos se presentó a tomar lección ; como dato sintomático relata que el faro de Ríohacha fué inaugurado con una gran fiesta y al día siguiente se olvidaron de encenderlo. «Todo es pereza aquí...» «La pereza universal es aquí algo fabuloso.» Como ya dejamos dicho, quería dar lecciones durante un mes, y después ir a casa de un francés a Valle Dupar para aprender la agricultura del país, comprar entonces algunos kilómetros cuadrados de tierra y cultivar cacahuetes, etc.

En el libro habla de la antigua ciudad de La Hacha, que en 200 años fué incendiada once veces por piratas, los cuales, aliados con los muy independientes y bellos indios goajiros que habitaban en las cercanías, combatían contra los españoles, y observa que él, en su calidad de francés, era particularmente apreciado por dichos indios. Estos odian la religión católica ; «parecen no tener más religión que el amor a la libertad y nunca pude averiguar si creen sinceramente en el gran espíritu y la inmortalidad del alma. A todas mis preguntas sobre esto respondían con miradas de extrañeza o sonrisas despectivas» (p. 236 de la

edición de 1881). Sólo cuando tronaba lanzaban al aire tizones encendidos, como para responder a golpe por golpe, lo mismo que Nemrod según la tradición caldea.

Algunos meses más tarde—según la carta a la madre (30 agosto)—se dispuso a realizar su viaje propiamente dicho a la región de la selva virgen y la cordillera de Sierra Nevada (1 de septiembre). Una comarca habitada por un puñado de indios aruacos, medio arruinados por los curas y los arrendatarios de impuestos, donde crecían plantas de todas las zonas. Una sociedad francesa con 50.000 colonos quiso cultivar esta región, a la cual pronosticaba Reclus un porvenir tan bello como el de Suiza y deseaba ser uno de sus *pioniers* (70).

En Ríohacha conoció a un viejo ebanista francés, Chassaigne, de Monlieu (Charente-Inférieure) y a su familia, y éste comenzó a enseñarle el oficio en su taller de ebanistería. Al principio Eliseo debió tomar a este hombre, que tenía ideas radicales y era bastante juicioso, por un alborotador de buen corazón, pero más tarde vió que no poseía las cualidades necesarias para una vida en común solidaria y libre de egoísmos. De todas formas entendióse muy bien con él al comienzo y ambos se asociaron para fundar una plantación en la falda de Sierra Nevada. Pero pasó el tiempo hasta que Eliseo, acompañado por el hijo de Chassaigne, realizó el 1.º de septiembre un viaje de exploración a la sierra, sobre el cual informa a Elías el 3 de octubre desde Ríohacha. Este es el viaje descrito en el libro, su primero y único viaje a regiones poco holladas por la planta humana; éste fué ampliamente utilizado por él para sus estudios geográficos, aunque, como se ve, tuvo una bien determinada finalidad práctica (71).

(70) Las cartas a la madre están siempre escritas en un tono tranquilizador y optimista, las dirigidas a Elías son objetivas.

(71) En el libro están las fechas ordenadas de otro modo y se manifiesta el descontento ulterior sobre Chassaigne. Le llama don Jaime Castaing, el francés más viejo de por allí, ebanista, «pero

Dicho viaje comenzó por el penoso camino a *Dibulla,* situada al pie de la sierra y lindante con el mar, camino que habría podido ser hecho parcialmente en barco. Así, pues, la mula, cargada de bacalao y pequeñas mercancías para cambiarlas por víveres con los indios aruacos, debió ser conducida a través de muchos riachuelos. La marcha hacia el interior les llevó a la comarca en que se hallan los pueblos de San Antonio, San Miguel (el situado a mayor altura) y Chiruá. Reclus eligió un lugar designado en la carta con el nombre de *Caracasaca* (p. 134), mientras que en el libro se habla de una propiedad semiabandonada que compraron en San Antonio. A juzgar por la carta del 3 de octubre, el lugar se halla aproximadamente a 5,000 pies de altura, de manera que tenían que renunciar al cultivo de la vainilla y la canela, «pero, sin embargo, tendremos plátanos, palmeras, caña de azúcar, café, aracachas y otros productos semitropicales»—particularmente la caña de azúcar produce diez veces más que en Luisiana. También podían ser cultivadas toda clase de plantas europeas y Elías debía traer simiente de varias legumbres. En este sitio maravilloso pueden contemplarse «amplias laderas cubiertas de vegetación, rocas dispersas en el lecho de los torrentes, bosques inmaculados que se extienden hasta las cimas de las altas montañas, paisajes verdes que se prolongan hasta el mar entre una avenida de picos y deliciosos escondites perdidos bajo el follaje a orillas de frescos arroyos...» Así describe él este «valle encantador y feliz de Caracasaca» y también la familia Chassaigne con el viejo algo terco, la hija bondadosa, el hijo insignificante y un pequeño mulato, Ramón Díaz, «que se parece a Onésimo (su hermano nacido en 1837) cuando era niño.»—El 14 de octubre informa también detalladamente a su madre so-

con naturaleza de rentista.» «...Me rogó le admitiese como asociado y tuve la debilidad de ceder. Pensé ingenuamente que al fin, a la edad de setenta años, había descubierto su oficio, y que al fin había despertado toda su adormecida energía...»

bre Ríohacha, de donde entonces se exportaba casi exclusivamente madera del Brasil y una grasa negruzca utilizada por los tintoreros y curtidores; no se conocía el arado y se labraba la tierra con el sable. Sierra Nevada es «una cadena de montañas casi desconocida aún, residencia de la fábula y el misterio». La cresta paralela al mar tiene quince vértebras, de donde descienden por cada lado otras tantas cadenas transversales y entre ellas ríos. «En el tercer valle de la parte norte, en la extremidad oriental de la sierra, pensamos establecer nuestro rancho. El primer valle es el del río Dibulla, el segundo, el del río Canas, el tercero, el nuestro, el del río Aricho, y de ahí es de donde partiré para hacer mis jiras y expediciones a las montañas.» Habla simpáticamente de los *aruacos,* los cuales, por su calidad de vegetariano (légumiste) le tomaron por un mago, y cuenta que recibió hospitalidad en casa del gran sacerdote de San Miguel (72).

Por estos detalles podría comprobarse aproximadamente el sitio escogido por él; ¿qué aspecto presentará hoy el lugar inmaculado de 1856? En noviembre, Reclus, Chassaigne y sin duda todo el grupo pusiéronse en camino de Ríohacha a Caracasa (p. 150). Pero al pasar por la región pantanosa de *Dibulla*—lugar muy castigado por elefantiasis y lepra, y (según el libro) habitado por geófagos, «donde no había más que viejas mujeres, leprosos y sabandijas» (carta a Elías desde San Antonio, 1 de febrero de 1857)—cayó gravemente enfermo y estuvo casi dos meses acostado en el suelo de una choza ruinosa, entre sapos, lagartos, salamandras, mosquitos, cínifes, cucarachas y otros bichos, asistido por un mulato de Curaçao, con sólo plátanos por todo alimento y a lo sumo chocolate como bebida. Después de algunas recaídas pudo ir a la montaña a caballo en una mula enferma, la cual se desplomó en

(72) *Les Aruaques et la Sierra Nevada* (*Révue des Deux Mondes*), 1 de mayo de 1860, págs. 50-83), un trozo del libro de 1861.

Cuesta Basilio, obligándole a seguir a pie hasta que su compañero debió abandonarle sin conocimiento bajo un tejado de hojas, en medio de la fiebre y de la lluvia, para volver a recogerle con una mula dos días más tarde. Enfermo de fiebre hizo, pues, su entrada en *San Antonio.*

En el delirio causado por la fiebre—según el libro (p. 325, 1881)—«vi las laderas de las montañas cubiertas de campos de café y bosquecillos de naranjos ; los aruacos, dichosos y libres, formaban comunidades florecientes ; habían sido fundadas escuelas para sus hijos. Colonias de europeos descuajaban los bosques vírgenes, abriendo caminos en todas direcciones...»

Efectivamente, Chassaigne había perdido en Ríohacha el mejor tiempo, y el dinero de ambos fué gastado en víveres. El viejo ebanista dió con dos libros de d'Holbach y Pierre Leroux que tenía Eliseo e hizo sobre ellos comentarios superficiales. En suma, llegaron sin medios a la montaña, donde hacía ya tiempo que Chassaigne estaba trabajando en San Antonio mismo, en una huerta casi abandonada que habían comprado, y en Chiruá en el terreno elegido primero (esto y lo siguiente según el libro). «...Se descuajó y roturó el terreno, plantándose bananas, cafetos, caña de azúcar y legumbres de todas clases ; se rodaron bloques de granito hasta una pequeña terraza, donde debía ser levantada nuestra casa de ayuntamiento, se cortaron algunos macanos para la casa de campo, se alzaron barreras y vallados de cactus para impedir la penetración de animales y se quemó la hierba de la pradera ; todo ocurrió simultáneamente...» Después la cosa marchó muy despacio. A Chassaigne le desagradaba todo ; quiso cultivar otro terreno en Chiruá y riñó con el joven «Mejía», el mejor de los trabajadores asociados, echándole a fuerza de quisquillas y molestias. También se enemistó con los indios, en casa de los cuales debía comprar. Entonces se desesperó y dijo que la asociación había terminado. ¿Qué podía hacer allí Reclus, el cual, al cabo de tres meses, se

hallaba tan enfermo como el primer día con fiebre y delirio? Se volvió a la ciudad y algunos meses más tarde regresó a Europa.

Según la carta de San Antonio (1 de febrero) Chassaigne quiso también expulsar al mulato, a lo cual se opuso Reclus; entonces habló de rompimiento, cosa que fué acogida fríamente por Reclus. En seguida Chassaigne buscó otra vez la reconciliación. «...Me he quedado porque siento deberes para con el viejo malhumorado y quisquilloso... (p. 155). Aconseja a Elías quedarse en París y tiene alguna esperanza sobre el éxito de la plantación de café. Los días 18 y 19 de febrero escribe ya desde Ríohacha, después de su viaje de vuelta, que duró ocho días. Allí encontró dos cajones de libros enviados por Elías, que le llenaron de contento; tenía sólo un libro de Agassiz en su poder y antes había pedido prestados otro de d'Holbach, que le fué completamente antipático (73). Ahora saborea los libros y presta también algunos. Tiene la intención de permanecer en Ríohacha para volver a dar lecciones de francés y enviar la mitad de lo que gane, aproximadamente 100 francos al mes, a Chassaigne, que continúa en la colonia. La fiebre no le ha abandonado aún. Según la carta del 10 de marzo firmó un contrato de lecciones, unilateral en lo referente a compromisos y deberes; entonces tenía aún noticias favorables de la plantación en la montaña. Pero en los meses siguientes se redujo a cinco el número de sus alumnos, apenas podía vivir y había contraído una deuda de 360 francos para su empresa de la sierra. Por esto escribió a Chassaigne que la asociación quedaba disuelta. El denomina a la misma «el episodio más inepto de mi vida: precisamente porque el viejo era hablador, falso, pendenciero y agrio de carácter, creí que era algo honroso para mí el soportarlo todo, y he sido virtuoso mientras he tenido un soplo en los pulmones...» Ahora ha terminado

(73) Al parecer el *Système de la Nature* (Londres, 1770) (¿).

todo; él conserva su valor y regresaría si recibiese 300 francos para el viaje.

«...Ni que decir tiene—concluye—que América es bella, pero se puede apostar cincuenta por ciento a que alguno de vosotros moriría en ella; ahora bien, todos los países de la tierra son bellos. ¿Por qué, pues, no iríamos a vivir juntos a uno de esos países en que las probabilidades de muerte son menores? Por consiguiente, lo más sencillo es dejar a Eliseo partir hacia París, tomar allí una mujer, lo que le causaría un bien considerable, darle papel a emborronar y viles duros a ganar en compañía de sus bien amados ¿no es verdad, Elías? No es que me guste el cieno de París, pero los parisienses me agradan y mi (cuñada y prima) Noemi y Grimard Aldebarán (su condiscípulo de Sainte-Foy), y tantos amigos desconocidos y mi encantadora mujercita, a la cual hablaré tiernamente con ese lenguaje que no he vuelto a hablar desde que amaba a Valentina y Esmeralda...» (74).

Antes de esta carta Elías había enviado ya 1.050 francos, cantidad que, como no había llegado aún, el vicecónsul Laborde adelantó a Eliseo y éste se embarcó el 1.° de julio de 1857 en la *Providencia,* un barco de vela bordelés de 170 toneladas, con rumbo a *Le Havre* y esperaba poder estar en París el 15 de agosto aproximadamente. «...Inútil decir que la víspera de mi partida todos se han puesto a estimarme con ardor (en Ríohacha); se me quería dar una renta y cebarme como a un buey. Gracias...»

Así acabó este período de apenas quince meses en Nueva Granada, en el cual Reclus, falto de medios frente a circunstancias arraigadas, una naturaleza prepotente, clima insano y colaboradores insuficientes, no vió realizada ninguna de sus esperanzas, pero conservó su energía, supo salir del paso y recoger una gran cantidad de impresiones,

(74) La Esmeralda del libro de Víctor Hugo *Nuestra Señora de París.*

que, singularmente a partir de esa etapa, le allanaron el camino de su carrera geográfica. Escribió *La Nouvelle Grenade. Paysages de la Nature tropicale* (*Revue des Deux Mondes,* 1 diciembre 1859, 1 febrero, 15 mayo 1860) y como libro : *Voyage à la Sierra- Nevada de Sainte-Marthe...* (Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta. Paisajes de la naturaleza tropical ; París, Hachette et Cie., 1861, VI (14 de enero de 1861), 306 ps., 18.° (75).

No vió con sus propios ojos la desmembración de Nueva Granada, 1861, pero sí el comienzo de un período de reacción con la elección del jesuítico Ospina como presidente. El 3 de octubre de 1856 escribió : «...Así Nueva Granada que, sin saberlo, era la nación más libre del mundo, se ve de nuevo lanzada por la pendiente de las revoluciones. En todas las repúblicas de América del Sur, donde no hay población, ni ejército, ni vías de comunicación, ni instituciones antiguas, la fuerza de resistencia que los partidos se oponen mutuamente es poca cosa y los gobiernos suben y bajan como hombrecillos con medula de saúco sobre un pastel de resina. Por otro lado ¿qué puede Ospina donde ya no hay ni un soldado, donde han sido vendidos el último barril de pólvora y la última culebrina, donde las iglesias caen en ruinas, donde se puede siempre ir a buscar la libertad a las montañas para escapar a la compresión de las ciudades?»

«Suceda lo que quiera—continúa—se halla, no obstante, escrito en los contornos mismos del continente que los destinos de América se elaboran en Nueva Granada, en esta república que une los dos Océanos y mira hacia la América del Norte ; aquí es donde debe sublimarse la idea his-

(75) No he comparado los artículos con el libro. En una nueva edición de 1881 (séconde édition, VI, 338 ps. et carte, 18°), escribió —porque el coleccionista J. Perrier le atormentaba pidiéndole «escribiera algo» en sus libros (el ejemplar está en la biblioteca de Ginebra)— : «Escrito en 1857. Un ensayo desdichado. ¡Volvamos a empezar ! (recommençons !). Eliseo F. Reclus.»

pano-americana para hacer frente a la idea anglo-americana. ¡ Vamos !» (*).

Todavía el 14 de enero de 1861 escribió en el prefacio del libro : «... Y, sin embargo, esta magnífica naturaleza, resumen del esplendor de todas las zonas, me ha impresionado menos que la vista del pueblo que se forma en esas regiones solitarias. Este se compone de grupos aun aislados que con gran esfuerzo mantienen su relación a través de pantanos, bosques y cordilleras. Sus componentes diseminados se hallan en la primera fermentación juvenil, pero están dotados de todas las fuerzas vivientes susceptibles de asegurar el éxito, ya que reunen como en un haz las cualidades especiales de tres razas : por derivarse al mismo tiempo de los blancos de Europa, de los negros de Africa y de los indios de América, este pueblo es más que todos los otros el representante de la humanidad, que se ha reconciliado en su seno. Con alegría, pues, me dirijo a este pueblo naciente : tengo esperanzas puestas en el mismo, en sus progresos, en su futuro bienestar, en su feliz influencia en la historia del género humano. La república de Nueva Granada y sus repúblicas hermanas son todavía débiles y pobres, pero un día seguramente se contarán entre las naciones más fuertes y poderosas de la tierra, y aquellos que hablan con desdén de una América latina y no ven en ella más que una presa de los invasores anglosajones, no hallarán entonces bastantes palabras de alabanza para pregonar su gloria. Los aduladores se dirigirán en masa hacia el sol saliente ; séame permitido adelantarme a ellos, celebrando el primer resplandor de la aurora.»

(*) La expresión ¡ *vamos* ! figura escrita en español en el original francés de la carta, aunque, tomada en su sentido estricto, no parece muy adecuada para cerrar la oración final de que forma parte. Nettlau la ha interpretado más ampliamente en el texto alemán, traduciéndola por ¡ *adelante, pues* ! (Nur vorwaerts !).— *N. del T.* La palabra francesa *allons* ! debió inspirar la exclamación española a Reclus.—*N.*

«¡Cuán grande sería el bienestar de Europa, si todos los pueblos que han sido hechos para ser libres fueran efectivamente libres e independientes entre sí! Ahora bien, esa terrible cuestión de las naciones oprimidas... ni siquiera existe en América del Sur. A excepción de algunas tribus indias, que se mezclarán fácilmente, como tantos millones de habitantes primitivos se han mezclado ya, todas las sociedades hispano-americanas pertenecen a la misma nacionalidad. Estas repúblicas del Sur, citadas constantemente como ejemplo de discordia, son, por el contrario, los estados que se hallan más cerca de la tranquilidad y la paz; están aún separadas solamente por motivos de interés local, y vías de comunicación contribuirán a su reconciliación más que guerras sangrientas. Los americanos españoles son hermanos por su sangre, sus costumbres y su religión. Todos se parecen al blanco por la inteligencia, al indio por el indomable espíritu de resistencia y al africano por la pasión y esa ternura natural que contribuyó más que todo el resto a fusionar estas tres razas durante largos siglos de desarrollo. En América del Sur no hay Alpes ni Pirineos; en ambas vertientes de los Andes habitan hermanos...»

Reclus opina que América del Sur, por su unidad geográfica, está llamada a ser la cuna *de una* nación. Los 20 millones de habitantes serán lo bastante fuertes para reunir con ellos en un solo cuerpo a los inmigrantes. A esto seguirá entonces «la reconciliación definitiva de los pueblos de diferente origen y el nacimiento de la humanidad a una era de paz y de felicidad. Un estado social nuevo necesita un continente virgen».

«... No quiero ocultarlo: amo a Nueva Granada con el mismo ardor que a mi país natal...» Y concluye: «Hora es ya de que surja el equilibrio entre los pueblos de la tierra y de que el Eldorado (76) deje de ser una soledad.»

(76) Este fué, por cierto, colocado por la fantasía en aquellas partes de América del Sur.

Aquí tan sólo me es dable remitir a los lectores a otros escritos de Reclus sobre América del Sur. En la *Revue des Deux Mondes* aparecieron: *Le Brésil et la Colonisation,* 15 junio 1862, ps. 930-959; 15 julio, ps. 375-414; y otros dos artículos el 15 de noviembre de 1863 y el 1.° de septiembre de 1864; *La Poésie et les Poètes dans l'Amérique espagnole.* 15 febrero 1864, ps. 902-929; *Les Républiques de l'Amérique du Sud. Leurs guerres et leur Projet de Fédération* (sus guerras y su proyecto de Federación), 15 octubre 1866, ps. 953-980; *La Guerre du Paraguay,* 15 diciembre 1867, ps. 931-965 (también en *La Revue politique et littéraire,* 5 septiembre 1868, ps. 269-271); *L'élection présidentielle de La Plata et la guerre du Paraguay,* 15 agosto 1868, ps. 891-910. Según el catálogo del British Museum él ha traducido *Les dissensions des Républiques de La Plata...* (1865, 8.°), y hay una *Réponse à un article de la «Revue des Deux Mondes» sur la guerre du Brésil et du Paraguay* (1869, 8.°), por J. D. da Cruz.

Además: *Républiques de l'Isthme américain* (América Central), 15 marzo 1868, ps. 479-489; *L'insurrection de Cuba* en la *Revue pol. et litt.*, 19 diciembre 1868, II, ps. 272-275 (77).

Sería digna de un examen detenido la forma en que se manifestó en todos esos opúsculos y en las grandes obras su confianza en el porvenir de Sudamérica, tan cálidamente expresada en enero de 1861.

Baste sólo citar aquí que, después de 1861, Nueva Granada se desmembró en sus partes constitutivas, las actuales repúblicas, que parecen dar muestras de una indiferencia mutua. Por la sangrienta guerra entre Chile y Perú perdió Bolivia el acceso al mar, y la cuestión de Tacna y Arica continúa en pie. Roosevelt separó tranquilamente de Colombia la zona del canal. Paraguay fué

(77) Quizá su último pequeño trabajo fué la crítica de un libro: *Une Voix d'Haïti,* en *La Revue* (París), 1 junio 1905, págs. 393-395.

privado de la población masculina por una guerra prolongada en una proporción sin precedentes. Cuba y Puerto-Rico, separados de España, cayeron bajo el dominio directo o indirecto de los Estados Unidos, cuyo dinero es invertido en cantidades enormes en las minas de cobre de Chile, en la producción azucarera de Cuba, en la producción frutera de Colombia, etc. De cuando en cuando el poder de los Estados Unidos se asienta sobre países enteros e islas, como Honduras, Guatemala, San Salvador, Costa Rica y Nicaragua, Santo Domingo y Haití. Méjico, que perdió tanto suelo a favor de los Estados Unidos, de California al estado de Texas, el cual se separó primero como república independiente, pudo librarse, allá los años 1868 al 70, del peligro de una ocupación europea, pero desde hace años se halla cada vez más frente a los Estados Unidos, cuyos fines no son aun conocidos. La regla hoy es el control de las pequeñas repúblicas por el capital americano, que tiene siempre a su disposición tropas para ocupaciones, mientras los grandes estados sudamericanos se arman y encaminan hacia choques y conflictos mutuos.

No puedo apreciar si la población inmigrante española e italiana, muy grande en varios estados, se asimila todavía, ni el papel que desempeñan los indios, los cuales deben vivir en gran número al lado de la población blanca, como negros y mulatos en las fajas costeras próximas a las Indias occidentales. El enorme bloque brasileño y los grandes países poco progresivos de Bolivia y Perú separan demasiado el Sur inquieto, Argentina y Uruguay, de los países situados al Norte, en el clima tropical. En resumen, el aumento de fuerza del dominio económico unido de los Estados Unidos, cuya conservación intacta se debió en gran parte también a la guerra civil de los años 1861-1865 que combatió la secesión de los estados del Sur, parece en estos años, desde 1857 ó 1860, enormemente mayor que el de los numerosos países hispanoamericanos, que casi en general han permanecido indiferentes entre

sí, cuando no enemigos. Tan sólo una América del Sur unida, federada y abierta por los grandes puertos brasileños y por Montevideo y Buenos Aires—como Norteamérica por Nueva York y Nueva Orleans—, con los puertos de Chile a manera de puertos californianos y del Norte, y con la zona tropical de la parte norte de la costa sudamericana, podría poseer la seguridad de un libre desenvolvimiento económico, que la vecindad norteamericana dificulta ahora cada vez más a los estados aislados, circunstancia que el Congreso panamericano de la Habana (1928) ha puesto sobradamente de relieve.

La región costera de Santa Marta a Riohacha y Dibulla visitada por Reclus parece hallarse ahora ampliamente bajo el control de la *United Fruit Company*. En mi poder obra el primer número de un periódico sindicalista libertario de Santa Marta, titulado *Organización, semanario de sociología y combate,* editado por el «Grupo Libertario», 8 de enero de 1925, y entonces también existían los grupos «Tierra y Libertad», en Barranquilla, y «Antorcha Libertaria», en Bogotá (78). Según la información del 30 de marzo de 1927 (79), el grupo de Santa Marta había organizado una *Unión Sindical*, a la cual pertenecían casi todos los obreros de la comarca. Además de plátanos y otros cultivos semejantes en interés de la *United Fruit*

(78) Ver el informe dirigido por el último grupo mencionado al Secretariado de la A. I. T. y publicado en *Die Internationale* (Berlín), junio de 1925, págs. 114-117, en el que se habla de los comienzos de un movimiento obrero organizado a partir de 1923. En *Cultura Obrera* (Nueva York), 27 enero 1927, se cita el grupo *Pensamiento y Voluntad* como el único existente en Bogotá; pero según una información de Bogotá aparecida en *La Antorcha* (Buenos Aires), 17 junio 1927, existían además otros cuatro grupos, entre ellos el ya citado «Grupo Libertario» en Santa Marta, y en el mismo departamento del Magdalena «Aurora Libertaria» en Arataca.—El texto original del informe a la A. I. T. se halla en *La Revista Internacional Anarquista* (París), 15 abril 1925. Ver asimismo *La Protesta,* 26 de octubre 1928.

(79) En el número de *La Antorcha* citado en la nota 78.

Company (80) se extrae también petróleo para la *Tropical Oil Company* y la presencia del petróleo en las regiones de la antigua Nueva Granada así como la proximidad del canal de Panamá convierten cada vez más este país en uno de los centros de codicias, tanto norteamericanas como inglesas y uno de los motivos de guerras permanentes por la hegemonía material entre los continentes. De manera que, desgraciadamente, *no* se verificó una inmigración que poblara y desarrollase independientemente el país, como Reclus esperaba y creía iniciar, sino una incautación por parte del capitalismo norteamericano, a cuyo servicio se hallan hoy, en calidad de esclavos asalariados, los trabajadores indígenas que carecen de toda propiedad: éstos trabajan para el estómago de Nueva York o Chicago y en beneficio de los propietarios de acciones americanos o de otros países. La situación actual es tratada con un estilo americano moderno en un artículo de William McFee, publicado en *Te Century Magazine* (New York), julio 1925, ps. 339-350, y titulado *Sierra Nevada de Santa Marta,* el cual debe ser un capítulo del libro, no conocido por mí, *Sunlight in New Granada* by William McFee (New York; comp. *The Nation,* 23 de junio de 1926).

De las esperanzas de Eliseo Reclus a la realidad actual, como podrá verse por las citadas descripciones y otras más, hay un camino largo y lleno hasta ahora de

(80) Esta se halla en todas partes en esos países. Al ojear una exposición sobre la propiedad agrícola en Costa Rica, leo lo siguiente: «...Ya no hay ningún terreno libre, salvo en las costas del Pacífico, porque los propietarios ricos, y principalmente la «United Fruit Company» lo han comprado todo» (Raoul Odin en *Le Semeur*, caen, 6 de abril de 1927). En diciembre 1928 los diarios hablaron de una huelga de 30,000 trabajadores de las plantaciones de bananas en la provincia de Santa Magdalena, cerca de Santa Marta, huelga que después de cinco semanas de duración, tomó un carácter bastante violento, la primera rebelión de los esclavos del capital en aquellos parajes, ochenta años después de esos tiempos de indolencia primitiva ante una naturaleza rica, que nos ha descrito Reclus.

desengaños. Pero quizá Reclus juzgó certeramente, sin embargo; quizá el peligro norteamericano está forjando la unión de América del Sur y Central hasta Méjico. Esperemos que esta resistencia no tome la forma de una guerra racial y nacional que desgarre la tierra todavía más que hasta aquí; esperemos que la idea social-libertaria, que se extiende bastante en los países hispano-americanos, gane también el Norte y prepare la revolución social de ambas partes del gran continente, lo cual significaría igualmente para Europa la hora de la emancipación.

VIII

Eliseo Reclus en París desde el verano de 1857. Los años 1857-1862 y sus viajes de entonces

Apenas llegado a París recibió Eliseo de parte de su abuela materna y de su tío Chaucherie noticias sobre un amplio proyecto que tendía a emplearle en la explotación de un bosque en el Périgord, lo cual es rechazado por él (*Corr.*, I, ps. 169-70). Quiere permanecer al lado de Elías; «... la idea de que quizá podría llegar a ser profesor de geografía me llena de alegría». Piensa en trabajos para revistas científicas (mencionando ya el Mississippí y Sierra Nevada) y quería hacerse presentar a notabilidades científicas, a los geólogos d'Orbigny y Cordier y al arqueólogo Alfred Maury (81), los cuales se hallaban entonces ausentes de París. Tampoco rechazaría un empleo en un periódico político y, en caso de necesidad, está dispuesto a trabajar en una oficina, como su hermano, y aceptar todo «... porque ello me permitirá quedarme con mi hermano, volver a encontrarme en una atmósfera de arte, ciencia y vida, que me ha faltado durante tantos años». Escribe a su madre que él ha sido mozo de cuerda, descargador, ebanista, vendedor de bacalao e incluso ha que-

(81) Una *Notice nécrologique* de Reclus sobre Alfred Maury apareció en el *Bulletin de la Société d'Ethnographie*, 1892 (según la *Corr.*, I, pág. 171, not. 2).

rido ser dependiente en la tienda de un zapatero: por esto «con tal que trabaje y que mi trabajo sea útil, ¡qué me importa lo demás!» Entretanto rechaza varios empleos de maestro que le son ofrecidos (ps. 173-174), desea visitar a algunos miembros de la Sociedad de Geografía y proponer a Alfred Maury « una traducción y mis opúsculos» ; se le ha ofrecido un puesto de corresponsal regular para la *Union* de Nueva Orleans, y ya envía informaciones sobre la situación de Europa; se ignora si éstas fueron publicadas.

Eliseo puso rápidamente en juego diferentes medios para encontrar trabajo (82). Mientras tanto vió a su padre, que regresaba de Escocia—su carta de noviembre de 1856 a éste, ps. 148-150, muestra el género de sus relaciones mutuas—y pasó algunas semanas en *Orthez*, donde, como ya hemos citado (cap. I) halló la disciplina religiosa satisfactoriamente aflojada, por así decirlo; para él mismo, Dios era, por cierto, un «ser profundamente inmoral» (a Elías; p. 176).

Después visitó en compañía de Onésimo la próxima costa marítima del Golfo de Vizcaya, la desembocadura del *Adour* cerca de Bayona y las *dunas de las Landas*; v. la carta, interesante desde el punto de vista geográfico y descriptivo, ps. 178-179. Este viaje fué la base de estudios y observaciones, los cuales dieron lugar a trabajos amplios sobre la formación de las costas francesas, publicándose en la *Revue des Deux Mondes*: *Le Littoral de la France, I. L'embouchure de la Gironde et la Péninsule de Grave,* 15 diciembre 1862, ps. 901-936; II. *Les Landes du Médoc et les Dunes de la Côte,* 1 agosto 1863, ps. 673-702; III. *Les Plages et le Bassin d'Arcachon,* 15 noviembre 1863, ps. 460-491; IV. *Les Landes de Born et du Marensin,* 1 septiembre 1864, ps. 191-217—artículos

(82) Menciona a Elías Broca, que, como Pablo Broca, de Sainte-Foy, era un pariente lejano (v. Corr. III, pág. 6), y Fezandié, su condiscípulo en Sainte-Foy.

de que ahora no hago uso y que, por consiguiente, no son aquí utilizados en lo relativo al material biográfico etc., que puedan contener—. Así, pues, exploró especialmente la costa de su región natal ; ahora no me es posible comprobar si estos trabajos tuvieron una continuación.

Por *Sainte-Foy* y *Laroche-Chalais,* ciudad en que vivía su abuela, regresó a París, desde donde, en una carta que debió ser escrita poco después del atentado de Orsini (14 de enero de 1858), cuenta a su madre, ps. 180-182, la vida que hace. Daba lecciones en casa de Fézandié, sin duda en un establecimiento del mismo, (83), daba además una lección semanal de geografía por 5 francos e intenta sobresalir con trabajos geográficos. Desea leer algunos fragmentos de un trabajo en la *Société de Géographie,* lo cual le es prometido y facilitado por el secretario Maltebrun. Para entrar en la Sociedad, cuya biblioteca le atrae especialmente, le faltan aún los 60 francos necesarios. Maltebrun le pidió un trabajo sobre la Sierra Nevada para sus *Annales* geográficos, mientras que el editor *Hachette* le dijo que, «dentro de ocho o diez meses estaría dispuesto a publicar la descripción de sus viajes», lo que, como es sabido, sucedió a principios de 1861. Aunque al final dice : «Por el momento doy mi prosa, todavía no la vendo», esto puede referirse a artículos que aun no han sido encontrados.

Según De Greef (1905), quien se atiene a comunicaciones de Paul Reclus (Ishill, p. 356), el primer trabajo de Eliseo fué una *Histoire du sol de l'Europe* (Historia del suelo de Europa) en la *Revue Philosophique* (84). Yo hallé

(83) Un empleo de 1,200 francos (pág. 174).

(84) Como trabajo sin la ayuda de medios bibliográficos, no puedo comprobar si ésta ha podido o debido ser la conocida *Revue Philosophique* (Th. Ribot), o si se trata de la *Revue Philosophique et Religiense* comentada en el Cap. VI, de la cual encontré yo hace tiempo los números 23, 25, 26, 28, 29, 31 y 33 (diciembre), correspondientes al año 1857, pero no busqué tales artículos. Esta revista habría, sin duda, publicado tal trabajo y también, sin duda, no

una carta de los hermanos Reclus (6 enero 1858) en la cual ofrecen su colaboración a la *Revue germanique,* editada por Dollfus y Neffzer (85); Paul Reclus dice que Elías fué colaborador de esta revista de 1858 a 1867 y Eliseo en 1861. La carta de Eliseo del 7 de noviembre de 1859 alude a la colaboración de uno o de ambos (p. 204); ahora no me es posible consultar la colección de la muy conocida revista liberal.

Los dos hermanos vivían juntos. «Somos muy caseros, de tal modo que aun no conozco de París más que la extremidad oeste, donde habitamos. Todavía no he hecho ninguna excursión al campo, ni a Saint-Cloud, ni a Sèvres, ni a Saint-Denis...» (p. 181). En mayo de 1858, al menos, Elías vivió en Les Ternes, rue Bray, 12.

Elías estaba empleado en las oficinas del *Crédit Mobilier,* sobre el cual Eliseo escribió más tarde (1905; comp. también *Corr.,* I. p. 183): «Esta institución financiera tenía muy altas pretensiones. Los hermanos Isaac y Emilio Pereire que la dirigían, se consideraban como continuadores prácticos del socialismo sansimoniano; querían obrar a lo grande y realizar la preconizada unión del trabajo, el talento y el capital.» Esto no tuvo otro resultado que el de «agrupar en su establecimiento de París restos venerables de las escuelas socialistas y pensadores eminentes, entre los cuales los hermanos Reclus hallaron amigos, quizá colaboradores para empresas futuras...» Dicho de otra manera, los sansimonios Pereire, que antes habían sido militantes muy activos (86) al fundar su

lo habría pagado, de manera que el pasaje de la carta podría referirse a ella. En la verdadera *Revue Philosophique,* que era un órgano estrictamente profesional, difícilmente habría podido caber dicho trabajo.

(85) *La Revue germanique de Dollfus et Nefftzer* (1858-1868) *d'après la correspondance inédite des deux directeurs,* de Georges Pariset (París, 1906, 64 págs.), págs. 28-29; la carta es de Elías.

(86) V., p. ej., *Religion Saint-Simonienne. Leçons sur l'Industrie et les Finances...* par I. Pereire, *suivies d'un Projet de Banque* (4

negocio trataron de rodearse de un nimbo idealista, fueron complacientes para con sus antiguos camaradas empobrecidos y restos de otras tendencias, ofreciendo a algunos de ellos un refugio en su gran empresa, y así conservaron cierta reputación en los medios intelectuales. Eliseo escribió (1905) : «... El banco del *Crédit Mobilier* recorrió la misma curva que todos los bancos : el capital fué asociado con el trabajo para explotar a este último más a fondo. Elías aprovechó la primera ocasión para retirarse y recobrar su libertad de movimiento...» (Sobre esto hablaremos más tarde.)

Una nota de Eliseo, tirada probablemente en 1904, cuando preparó el relato sobre Elías, dice : «*Crédit Mobilier*... Extraña situación el tener por protector a su enemigo íntimo.» Quizá había ojeado cartas de Elías a su cuñado Laurand, de Burdeos (marido de Susana, hermana de madame Noemi Reclus), una de las cuales relata una intervención de Elías cerca Pereire, para colocar a Laurand en el *Crédit*. Obtuvo una «audiencia del Príncipe mi amo», que describe : «... Tal ha sido la fisonomía de la conversación. El se presentó grande, digno, noble, muy cortés, con un dejo de benevolencia para el solicitante desconocido...»

Los viejos socialistas—de los cuales da una idea aproximada el grupo de colaboradores de la *Revue philosophique et religieuse* (claro es que todos no estaban empleados

septiembre 1830), París, au *Globe*, 1832, II, 150 págs., 8.º; Alfred Pereire, *Autour de Saint-Simon*, Documents originaux (París, 1912, XII, 238 págs., 18.º, y en éste *Saint-Simon y los hermanos Pereire*; *Les Frères Pereire* en los *Portraits historiques*, del desacreditado Hippolyte Castille, 2.ª serie, número 28, 1861, 62 págs., 16.º Más tarde todo hizo quiebra; en los *Vereinigte Staaten von Europa* (Berna), 16 de agosto de 1868, apareció la traducción de un artículo muy detallado sobre esto, tomado de la nueva *Revue politique et littéraire*.—*La Finance Saint-Simonienne à son déclin*, firmado por A. Crampon (de la *Gazette de France*, 16 septiembre 1867), París, 1867, 14 págs.—Isaac Pereire, *Politique industrielle et commerciale. Budget de Réformes* (París, 1877, 173 págs.).

en el *Crédit Mobilier*)—interesaban a Elías, el cual se sentía a gusto entre ellos en sus reuniones y visitaba también la casa asociada de los fourieristas en Condé-sur-Vesgres en la región forestal de Rambouillet (87). Su interés por ellos era mayor que el de Eliseo, a quien, entonces al menos, fascinaba el detalle geográfico, mientras que lo histórico era sólo un medio para formarse un juicio y después no desempeñaba ningún otro papel. De igual modo que no conservaba sus cartas sobre cuestiones socialistas, hacía otro tanto con muchos de sus recuerdos revolucionarios: se formaba un juicio, conservaba lo esencial, cierto que también detalles característicos, pero no concedía ninguna importancia a la conservación de lo demás. Sabía a quién dirigirse en caso dado para obtener recuerdos concretos y esto le bastaba.

El año 1857 trajo la elección en París de los cinco diputados oposicionistas, animados movimientos estudiantiles, y además, en Italia, la derrota y el exterminio total de la audaz empresa de Pisacane. El año 1858 comenzó con el atentado de Orsini contra Napoleón III, al que siguieron persecuciones de los republicanos, pero que no alcanzaron el grado de 1852. El gobierno de Napoleón III quiso procurarse una base más firme tomando en sentido guerrero la cuestión de las nacionalidades, desencadenó la guerra por Italia (1859) y se aseguró de este modo un decenio más de existencia: pues la democracia republicana le siguió entonces en las cuestiones nacionales y patrióticas, a pesar de que Proudhon hizo advertencias expresivas contra tal maniobra y elevó su voz en pro del federalismo (88).

Nadie podía despreciar el sistema napoleónico, por

(87) *Colonie agricole et manufacturière de Condé-sur-Vesgres*, 1832. Este hogar fourierista existía aún hace menos de veinte años y quizá existe todavía.

(88) Sobre lo último comp. mi libro: *Der Anarchismus von Proudhon zu Kropotkin* (1859-1880). Berlín, 1927, págs. 8-17.

principio y por motivos morales desde el fondo de todo su ser, más que Eliseo Reclus, pero se había dado a la causa de todas las «liberaciones nacionales» y debía hallarse en situación de examinar la táctica de Napoleón, aprobando, sin embargo, y celebrando quizá su resultado momentáneo. Cuando en agosto de 1860 encontró en Valdieri (Piamonte) a Víctor Manuel I, al cual pinta sin ilusión y con áspera ironía, «creí haber contraído con Italia misma — escribe (*Corr.*, III, p. 22) — el deber de mascullar también mi *Evviva*. El hombre no es gran cosa, pero los italianos han hecho de él un principio. Yo he hecho lo mismo que ellos por espíritu de cuerpo revolucionario».

Y cuando pasó la nueva frontera: «en el primer valle anexionado a que he bajado, todo el mundo es cretino; ordinariamente sólo las mujeres gozan del privilegio de las paperas, pero en el valle de la Vesubia (más arriba de Niza) poseen los hombres también ese gracioso apéndice. He encontrado a más de 50 personas, sin atreverme a hablar ni a una sola, pues tanto era el horror que aquella gente me inspiraba. Esos son los ciudadanos que con tanto entusiasmo han votado por la anexión a Francia (Niza y Savoya)... ¡ Salud, conciudadanos míos ! En cuanto a los campesinos sensatos, éstos se hallan, creo yo, bastante contentos con la anexión, porque ahora están seguros de poder vender sus quesos ; ya no tienen que pagar derechos de entrada para traerlos a Francia. Tal es la razón principal—sin contar la habilidad de M. Piétri (de la policía napoleónica)—de la casi unanimidad del voto...» Así, pues, en esos años un hombre como Eliseo debió verse arrastrado aquí y allá por sus sentimientos, para aceptar al fin las circunstancias dadas. Ni remotamente pensaba entonces situarse al lado de *Proudhon*. No hemos oído absolutamente nada sobre su actitud respecto de Proudhon y debemos suponer que las debilidades de este último para con el imperio e incluso sus personas y cria-

turas a lo Jérôme, Charles Edmond (Chojecki), también para con Darimon por la coquetería intelectual de hacer juegos malabares con sus ideas y sistemas—aun cuando íntimamente les odiaba a todos, como cualquier otro hombre honrado—, que esta manía de Proudhon repugnaba profundamente a Eliseo y a su hermano y les mantuvo apartados de él y de sus partidarios, los cuales, después de la muerte de Proudhon, no desempeñaron ningún bello papel. Sin embargo, faltan informes para profundizar esta cuestión; yo he anotado que Elías Reclus me dijo en 1895, que él se había entrevistado también con Proudhon.

Elías Reclus contó a su hijo Paul que, por el año 1860, los dos hermanos frecuentaron grupos *blanquistas,* pero que les repelía el método de *Blanqui,* consistente en depositar, al parecer, la mayor confianza ora en este, ora en aquel, de sus partidarios y enfrentarlos mutuamente; era un sistema de gobierno en pequeño; v. también Ishill, p. 17. Por desgracia no es posible averiguar más detalles al respecto. Blanqui, encarcelado desde 1848, últimamente en Córcega y Argel, pudo volver a vivir en París a partir del otoño de 1859 y resuscitó su conspiración permanente para lo cual sondeaba, naturalmente, a todos los jóvenes elementos revolucionarios. Entonces no pudieron pasarle inadvertidas personas de carácter firme como los hermanos Reclus, y éstos debieron sentir igualmente interés, ya que en fin de cuentas Blanqui era la única energía activa en aquella época. Así es explicable un contacto pasajero, pero no menos explicable el que los hermanos, que conservaron siempre en el fondo su independiencia respecto de Bakunín, no pudieran llegar a un acuerdo con Blanqui, autoritario por principio. Además, según lo que se cuenta de Blanqui, el fondo de sus caracteres ha sido forzosamente diferente (89).

(89) Paul Reclus ha escrito además sobre los años 1866 a 1870—el texto no permite determinarlo fijamente—: «Algunos indicios me hacen creer que los hermanos pertenecieron a un grupo revoluciona-

Por su futuro cuñado Germain Casse debía Eliseo estar bien enterado de la juventud republicana y su movimiento creciente, por Alfredo Dumesnil debía estar informado sobre los intelectuales republicanos, por Elías sobre los viejos fourieristas y los nuevos partidarios de la asociación y la cooperación, también sobre los emigrantes rusos y polacos, hasta que después conoció a Bakunín. En suma, exceptuado Proudhon, con quien no se halló nunca en contacto, al menos de un modo comprobable o conocido por mí, de 1857 a 1870 tuvo verdaderamente Eliseo plena ocasión de conocer personalmente a los mejores hombres de todas las esferas republicanas y socialistas, o de informarse sobre ellos. El se dió, por así decirlo, a todos y a ninguno, es decir, estaba al lado de la buena causa general y de muchas otras causas especiales, pero se encontraba tan sólo con sus ideas completas y tan ocupado con sus trabajos y su vida familiar que no podía pensar en una actividad constante en un grupo determinado; más bien actuaba continuamente en todas las direcciones con lo que pensaba, hacía, escribía y sugería.

Eliseo se creó pronto una familia. Como indica Paul

rio secreto, pero no lo sé ciertamente.» A esto yo no puedo decir nada, si no se trata del pequeño grupo parisiense de Bakunín *Fraternité internationale,* que actuaba a fines de 1868, para fundar la *Alliance* internacional.—Sobre Blanqui desde el fin de 1895 hasta junio de 1861, v. Geffroy, *L'Enfermé* (1897), págs. 227-231. Blanqui, cuyo extremo patriotismo no fué nunca discutido, no se adhirió en 1860 a Garibaldi, porque «no aprobaba todas las tendencias y alianzas» de su expedición. (Geffroy, pág. 227). De todos modos no le agradaba ni el aumento del prestigio napoleónico con la política de las nacionalidades, mientras Napoleón III la controló, ni la fundación de una Italia potente, tan pronto como esta política saltara de las manos de Napoleón III. En estas cosas los Reclus pensaban todo lo contrario: para ellos Garibaldi era un pedazo de la revolución y esperaban que más pronto o más tarde esta revolución saltaría por encima de su apoyo temporal, Napoleón III, y de la monarquía italiana. Esto debió apartarles en absoluto de Blanqui, para el cual sólo eran objetivos deseables el poder del estado en Francia y, para su mejor mantenimiento, la impotencia de los países vecinos.

Reclus con la mayor exactitud y la señora Dumesnil también relata (Ishill, ps. 17-18; *Corr.*, I, ps. 183-184) sabía hacía tiempo de la existencia de la familia Briant en Sainte-Foy. Una anciana americana educaba a dos nietas, hijas del capitán de barco mercante Briant, súbdito americano—o negociante de Burdeos (p. 184)—y de una senegalesa, María Yon, de la tribu de los Peul. En 1857 Eliseo fué introducido en esta familia por la señora Noemi Reclus, y el casamiento fué acordado, pero no se celebró hasta diciembre de 1858; por las cartas (ps. 185-187) parece ser que se efectuó el día 13 del mes (90). Dos días más tarde estaban ya en París. «Nuestro viaje ha sido perfectamente feliz y ahora estamos muy bien instalados.»

«Por otro lado todo marcha bien. Se me hace esperar que, dentro de quince días, podré entrar en mi oficina de la casa Hachette: es a la vez un placer y una regularización de mis trabajos: es una choza (une *case*)», (a su madre, 16 de diciembre). La señora Dumesnil llama a la señora *Clarisse Reclus* «una joven y bella mulata». Paul Reclus dice: «De sorprendente belleza, porte elegante y bondad ilimitada, era una madre magnífica para sus hijas y una esposa siempre dichosa y contenta de poder adelantarse a los deseos de su marido.» Al cabo de más de diez años la muerte vino a destrozar este matrimonio feliz. Después del casamiento de Eliseo las familias habitaban juntas en una vivienda mayor y la señora Noemi Reclus se encargaba del arreglo de la casa (p. 11). En 1860 la dirección era Batignolles, rue Benard, 10.

Con esto desaparece, por desgracia, el cruce de cartas

(90) Según P. R. parece ser que el casamiento (civil) fué diferido por escrúpulos religiosos.—Eliseo no quería que los niños fuesen bautizados.—Reclus describe a Elías con humor la escena ante el notario y la renuncia confiada de ambas partes a todo contrato matrimonial, etc. Había valores que vender en el Senegal. La señorita Clarisse aparece aquí con tan buen ánimo como Eliseo.

con Elías, y la correspondencia escrita por él desde París hasta el año 1871 se halla en la *Correspondance* mucho menos representada que las cartas de viaje; especialmente es de lamentar que las cartas dirigidas a algunas de sus hermanas, me refiero a Lois y Luisa, sean tan poco conocidas o se hayan perdido. De este modo sólo se sabe, en un largo período de tiempo, lo que de él fué impreso, los nombres de sus conocidos y su participación en esto o aquello como miembro o por medio de su firma, pero las más veces no se conocen exactamente sus planes, sus juicios acerca de muchos acontecimientos, etc.; mucho de lo que pasó en la íntima convivencia de los hermanos y sus amigos se ha perdido para nosotros.

En lo tocante a su actividad geográfico-científica debiera ser aquí considerado detenidamente su artículo de 1857 sobre el *suelo de Europa,* ya que necesariamente habrá de contener las bases de toda su concepción del desarrollo humano sobre la tierra, que en su última gran obra *El Hombre y la Tierra* ha hallado clásica expresión. Este desarrollo se halla dominado, no sólo por el factor, sin duda importante, del desenvolvimiento de los medios de producción, que la estrecha «concepción materialista de la historia» coloca en el primer plano, sino por fuerzas de un alcance infinitamente amplio y profundo; la configuración del suelo es también un factor primordial que diferencia tempranamente a los hombres. Por esto Reclus se consagró con igual interés al estudio de todas las partes de la geografía física y al mismo tiempo de la etnología, aunque sus trabajos se movieron al principio en el primer dominio.

El *Bulletin* de la Sociedad parisiense de Geografía debe ser consultado al respecto. En 1859 apareció allí de Reclus un *Etude sur les fleuves* (Estudio sobre los ríos)—la edición aparte (París, Impr. de L. Martinet) es de 36 ps. en 8.°—, en marzo de 1865 *Les Dunes* (Las dunas), y, al parecer, otro trabajo en 1862. También tra-

dujo el libro de Carl Ritter sobre la configuración de los continentes en 1859, año en que murió el geógrafo alemán. Además escribió en 1873, en el citado *Bulletin* y en 1880 apareció un artículo suyo titulado *Rivers* (ríos) en una enciclopedia americana (91). Existen notas de una gran cantidad de ríos, con indicaciones bastante sumarias, un trabajo no acabado. A este dominio de estudios, cuyos resultados se hallan recogidos en *La Terre* 1868-69, pertenecen todavía los siguientes trabajos publicados en la *Revue des Deux Mondes* : *De l'action humaine sur la géographie physique. L'homme et la nature* (Sobre la acción humana en la geografía física. El hombre y la naturaleza), 1 diciembre 1864, ps. 762-771 ; *Les Oscillations du Sol terrestre* (Las oscilaciones del suelo terrestre), 1 enero 1865, ps. 57-84, ensayo basado en libros de Sir Charles Lyell y Charles Darwin—*The structure and distribution of Coral reefs*— ; *Les Forces souterraines. Les Volcans et les Tremblements de Terre* (Las fuerzas subterráneas. Los volcanes y los terremotos), 1 enero 1867, ps. 218-230 ; a este ensayo se refiere, según el catálogo del British Museum, *Vindicación de algunos hechos científicos en Sud-América*, por A. Rojas ; *Les Plages et les Fiords* (Las playas y los fiords), 1 marzo 1867, ps. 265-272 ; *L'Océan. Etude de Physique maritime* (El océano. Estudio de física marítima), 15 agosto 1867, ps. 963-993.

Algunas de sus descripciones de viajes impresas en *Le Tour du Monde*, revista ilustrada de geografía popular dirigida por el viejo sansimoniano Edouard Charton, que aparecía en la editorial Hachette y a la cual una persona influyente de esa empresa, E. Templier, dedicaba especial atención. En ella se publicaron *Fragment d'un Voyage à la*

(91) Algunas de estas fechas, según Paul Reclus, quien las reunió por primera vez en 1905 para el profesor P. Geddes ; v. su trabajo *A great geographer : Elisée Reclus*, 1830-1905 (Edinburgh, 14 págs., 8.º), en el *Scottish Geographical Magazine*, septiembre y octubre de 1905.

Nouvelle Orléans 1860, ps. 177-192; *Excursion dans le Dauphiné*; *La Sicile et l'Eruption de l'Etna en* 1865. *Récit de voyage*, 1865, ps. 353-416, y quizá otros trabajos, pues ahora no me es posible repasar la revista (92).

La colaboración en la *Revue des Deux Mondes*, revista que se hallaba entonces en primera fila y circulaba internacionalmente, fué un éxito para Reclus, el cual venía de la provincia más lejana y de América del Sur, no podía acreditar ninguna carrera normal de estudios, ningún empleo oficial, ninguna labor literaria excepcional y era un joven sencillo y pobre como una rata, con notorias convicciones republicanas y antiburguesas. En 1859 escribió Reclus a su madre (ps. 188-189): «... Te envío mi segundo artículo sobre el Mississippí (aparecido el 1.° de agosto); para hacerle admitir en la *Revue des Deux Mondes* he suprimido muchos detalles demasiado científicos, que hallarán su lugar en otras recopilaciones, y he agregado pequeños detalles de costumbres. El director de la revista me ha pedido otros artículos, que procuraré darle.»

Los artículos aparecieron con intervalos, pero bastante continua y frecuentemente hasta 1868. No he repasado completamente la revista, que figura en toda biblioteca importante, y los artículos ya citados (caps. V, VI, VII) y los que citaré a continuación son únicamente los contenidos en cuadernos encontrados por mí en algunas ocasiones. Los artículos son a veces comienzo de nuevos libros y pertenecen a lo mejor que se conoce en esa forma de ensayo, que había sido cultivada hacía tiempo por los viejos *Quarterlies* ingleses y halló también en Alemania buenos representantes en los *Hallische* y *Deutsche Jahrbücher* (Anales hallenses y alemanes) y en la *Deutsche Vierteljahrs Schrift* (Revista trimestral alemana) de Cot-

(92) P. R. menciona otro trabajo del año 1874; también alude a colaboraciones de 1864 y 1865 en *Annales des Voyages*, que me son desconocidas.

ta. En tales artículos se podía comentar, en todos sus aspectos y relaciones, una gran abundancia de hechos en claro orden, libremente ampliados y penetrados del espíritu del autor. Reclus no era tan erudito como los especialistas de una rama científica determinada, pero, contrariamente a éstos, no se limitaba a un asunto solo, sino que se extendía a otros dominios, convencido de que pocas cuestiones—al menos aquellas con las cuales él se ocupaba—pueden ser separadas totalmente de las cuestiones generales que agitan a la humanidad. No daba tendencia a sus artículos, pero ponía en ellos todo su ser, esto es, anarquía y sociabilidad, humanismo, bondad y alegría esperanzada, indicando que la suma de lo bueno sobrepasa siempre a la suma de lo malo y estampando este carácter en sus trabajos.

Aun puedo citar sobre la guerra civil americana: *Le Coton et la Crise américaine* (El algodón y la crisis americana), 1 enero 1862, ps. 176-208; *Les livres sur la Crise américaine* (Libros sobre dicha crisis), 15 noviembre 1862, ps. 502-512 (93); *Les Noirs américains depuis la guerre civile des Etats-Unis* (Los negros desde la guerra civil), 15 marzo 1863, ps. 364-394, y otro artículo más; *Deux années de la grande lutte américaine* (Dos años de guerra), 1 octubre 1864, ps. 555-624. También *Histoire des Etats Américains*, ps. 704-811 del *Annuaire des Deux Mondes*, una descripción de la guerra civil desde sus orígenes.

(93) Elías Reclus tradujo más tarde: *Les Etats confédérés et l'Esclavage*, de F. W. Sargent (París, Hachette et Compagnie, 1864, 176 págs., 8.º). No se menciona al traductor; yo encontré un ejemplar con la nota manuscrita: *Traducción de Elías Reclus*; P. R. dice que sus traductores fueron Elías y Eliseo.—Cita también como traducido por Eliseo: *La Dette américaine et les moyens de l'acquitter*, de G. Walker, con un prólogo de Eliseo Reclus (1865), y un libro, *Le Brésil et la fermeture des fleuves* (1866-1867). El catálogo del British Museum cita además *Projet de Reconstruction...* de l'Empire du Brésil (1869, 8.º).

Además: *Le Mormonisme et les Etats-Unis*, 15 abril 1861, ps. 881-914; *Les Cités lacustres de la Suisse* (Las ciudades lacustres de Suiza), 15 febrero 1862, ps. 883-902; *Le Mont Etna et l'éruption de* 1865. *Souvenirs de voyage* (Viaje a Sicilia), 1 julio 1865, ps 110-138; *Le sentiment de la nature dans les sociétés modernes* (El sentimiento de la naturaleza en las sociedades modernas), 15 mayo 1866, ps. 352-381; *Les Basques. Un Peuple qui s'en va* (Los vascos), 15 marzo 1867, ps. 313-340.

Esta fructuosa colaboración terminó repentinamente en el otoño de 1868, sobre lo cual sólo informan dos pasajes de cartas a Elías: «... Estoy temporalmente algo picado (en délicatesse) con Buloz por mi artículo sobre *Les femmes en Amérique* (Las mujeres en América), el cual no ha sido insertado todavía» (*Corr.*, I, p. 316; aproximadamente fin de noviembre de 1868) y «... No sé si te he dicho que probablemente dejaré de colaborar en la *Revue des Deux Mondes*. Buloz quisiera hacerme modificar mi artículo sobre las *mujeres americanas* y yo no quiero. Heme aquí, pues, lanzado a pesar mío en la geografía pura, al menos hasta nueva orden», lo que quiere decir que carecía de otras posibilidades de trabajo. Ignoro si tal artículo se ha conservado; debía tratar de la emancipación femenina, tan vivamente representada entonces por Victoria Woodhull, o un tema semejante y Reclus rechazó toda censura de sus opiniones. Por aquella época escribió pequeños artículos, ya mencionados, en la nueva *Revue politique et littéraire* de Challemel Lacour, 3 de septiembre y 19 de noviembre de 1868, en la cual escribió también Elías sobre su viaje a España; ignoro si en esta revista apareció algo más de él en los años 1869 y 1870.

Su primer libro, al fin, es el mencionado *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*, 1861, VI, 306 ps., 18.° (prefacio del 18 de enero de 1861), sobre el cual dice, comparándolo con los artículos, que ha sido «considerablemen-

te modificado y aumentado con sesenta páginas más». (*Corr.*, I, p. 214 (94).

Entonces escribió también a su madre: «Pronto me ocuparé de una obra considerable, un tratado de geografía física en varios volúmenes con mapas y láminas. El señor Hachette (95) me ha prometido publicarlo y está dispuesto a firmar un contrato conmigo tan pronto como le suministre el plan de mi libro. Este trabajo será, pienso yo, la obra más seria de mi vida: hace diez años que estoy recogiendo materiales y emplearé, probablemente, varios años en redactarla.»

Más adelante cuenta: «...Ultimamente he tenido ocasión de hablar del mar y sus corrientes ante un público bastante numeroso del cual formaban parte los señores Michelet, Carnot, Legouvé, (Jules) Simón y (Eugène) Pelletan (96). Por desgracia me he intimidado mucho más de lo que esperaba y he hablado algo embrolladamente (pataugé): confío en que pronto tendré ocasión de desquitarme...» En 1862 efectuó una lectura en la Sociedad de Geografía, a la cual no pertenecía aún (p. 217).

Pero todo eso no le brindaba todavía la base de una existencia asegurada, que el debió considerar deseable, al menos entonces, cuando ya tenía tras sí ocho años pasados en el destierro o el extranjero y había constituído una familia propia. Esto lo halló de una manera que preservaba bastante su independencia y favorecía su vida de trabajo geográfico.

(94) Según una nota a este pasaje fué publicado el libro en la *Bibliothèque des Chemins de Fer*, fundada por Hachette en 1852, y apareció así en una serie de gran circulación.

(95) Louis Hachette, nacido en 1800 en Réthel (Ardennes), fundador en 1826 de la editorial enormemente ampliada después, de cuya sección geográfica se ocupó especialmente, a partir de 1849, su yerno y asociado Templier, murió el 31 de julio de 1864; Reclus asistió al entierro. Ver *Notice sur la vie de M. L. Hachette...* (París, 1864, VIII, XXIV, 83 págs., 8.º).

(96) Cita estas notabilidades sólo, naturalmente, para dar una alegría a su madre.

Adolphe Joanne, que se había dedicado a hacer viajes desde 1833 y publicó en 1841 su primer guía de Suiza, el cual comparado con el viejo J. G. Ebel ofrecía mejoras tan esenciales como los guías Murray y K. Baedeker comparados con sus predecesores ingleses y alemanes, había sido incorporado por E. Templier en 1856 a la casa Hachette, juntamente con sus *Guides Richard,* y ocupaba allí una gran oficina, estaba equipado con todos los medios geográficos auxiliares y disponía de cuatro o cinco ayudantes que trabajaban a su lado y realizaban viajes cuando ello era necesario para completar o refundir los *Guides Joanne*. En este aparato, que funcionó bajo la dirección de Adolphe Joanne († 1881) hasta 1871, bajo la de su hijo Paul hasta 1911 y que aun debe existir, entró probablemente Eliseo Reclus, cuando él, a mediados de diciembre de 1858, escribe a su madre sobre su pronta instalación en una oficina en casa de Hachette alrededor del año nuevo de 1859 (p. 187). La casa Hachette empleó también a Onésimo Reclus a las órdenes de Joanne o en una sección de cartografía (p. 215; aproximadamente a partir del invierno 1860-1861) y más tarde, en los años de la Geografía de Reclus (o quizá antes), ocupó durante muchos años a otro pariente, Franz Schader (97).

Ignoro en qué grado tuvo que trabajar Eliseo en esta oficina—si es que trabajó allí—, pero emprendió grandes viajes hasta 1870 por cuenta de esa empresa y existe

(97) La hermana del pastor Reclus, María (1798-1878, casada en 1817 con J. D. Ducos (fallecido en 1860) era, para Eliseo, la «tía Ducos» (*Corr.*, I, pág. 252) de Burdeos. Su hija Luisa, casada con el alemán Schrader, establecido en Burdeos, fué la madre de François Schrader, llamado corrientemente *Franz Schrader* (1844-1924), dibujante de mapas en la casa Hachette y como tal muy relacionado con los detalles técnicos de las publicaciones de Eliseo, más tarde profesor en la Escuela de Antropología y notable pintor de montaña, el cual al fin de su vida fijó su residencia en los Pirineos, en el Centro de Gavarnie.

un buen número de refundiciones de Guías de viaje hechas por él.

Un resultado de su viaje alemán de 1859 es: *Itinérarie descriptif et historique de l'Allemagne* por Adolphe Joanne. *Allemagne du Nord...* deuxième édition entièrement refondue—de Eliseo Reclus y Gustavo Hickel, v. XIII, 1 agosto 1861—(París, L. Hachette et C.ª, 1862, CX, 1, 717 ps., 8.º). El viaje de los Pirineos dió lugar a la «seconde édition, revue par Elisée Reclus» de *Les Pyrénées,* tercero de los diez volúmenes que describen Francia, redactados por Joanne mismo (París, 1862, LXXII, 767 ps., 8.º). Sus viajes al *Delfinado* (1860) y la *Francia meridional* debieron dar por resultado *Les Villes d'hiver de la Méditerranée et les Alpes maritimes...* Itinerario descriptivo e histórico (Guides Joanne; 1864 y un compendio revisado Niza-Cannes-Mónaco-Menton-San Remo... (Guías Diamant des Guides Joanne; 1870 , 16.º) que yo no he visto.

Pero también apareció un trabajo sobre Londres, señalado como enteramente nuevo: *Guide du Voyageur à Londres et aux environs* por Elisée Reclus. Ouvrage entièrement nouveau... (Collection des Guides Joanne), París, sin año, 15, 4 (fechado 25 de abril de 1862), XV (prefacio, 15 de junio de 1860), 1, 530 ps., 8.º—al parecer hecho para el año de la Exposición internacional (98).

Se ve, pues, que en los años 1859-1862 desplegó una gran actividad en el dominio de *guidifier* (hacer guías de viaje), como él decía; los materiales recogidos en los viajes debían ser cuidadosamente elaborados en París y colocados compactamente en el marco de los amplios libros, cuyos tomos de 700 páginas son mayores que las obras semejantes de otros países. La laboriosidad y la firme vo-

(98) De éste se ha hecho el compendio: (*Collection, etc.*) *Londres illustré,* par Elisée Reclus, auteur du *Guide à Londres.* Guía especial para la Exposición de 1862... (1862; segunda edición revisada; otra edición, 1865, VIII, 216 págs., 8.º).

luntad de Eliseo hicieron que éste, lejos de hundirse en la rutina al realizar tal trabajo, recogiera constantemente impresiones y experiencias para sus propios trabajos ulteriores (99).

Veamos ahora los viajes de aquellos años, en la medida que nos permita apreciarlo la correspondencia.

A principios de agosto de 1859 Eliseo escribió a su madre (p. 189): «...Pasado mañana parto para Brema, Hamburgo, Koenigsberg, Berlín, Dresde, Suiza, el Montblanc y el monte Iserán (100). A la vuelta tomaré a Cla-

(99) Los datos sobre Adolphe Joanne, etc. han sido tomados de algunas publicaciones elogiosas, naturalmente, y que ponen en alto los intereses editoriales, como la *Note* sobre las más importantes publicaciones de los señores Hachette et Compagnie (1867, 66 páginas, 8.º); la *Notice* de análogo contenido de junio de 1873, 63 páginas—ambas para Exposiciones internacionales—, la citada *Notice* sobre Louis Hachette (1864), *Monsieur Emile Templier* 1821-1891, 37 págs.—folleto en el cual figura, págs. 23-37, lo que Franz Schrader escribió sobre el difunto en Le Tour du Monde—, y *Souvenir du 7 Février* 1911, 20 págs., una fiesta de despedida en honor a Paul Joanne.

(100) ¿Dónde se halla el monte Iserán?—A este respecto hay una *Histoire du Mont Iseran* de Henri Ferrand (Grenoble, 1893, 24 pág., 8.º), impresión aparte de una revista histórico-local, en la cual se demuestra que el monte Iseran, que también para Reclus en 1860—en el Guía Joanne, según su prefacio y el texto: «imprimé le 1 juillet 1860»—tiene 4,046 metros y es descrito primorosamente, en realidad no existe. Como observa Reclus mismo en la gran *Géographie Générale. La France,* 1885, pág. 207, el nacimiento de cuatro ríos en la nieve de esa parte había inducido erróneamente a «pensar que el punto central de unión de todo ese sistema hidrográfico era una montaña muy alta, y, aun no hace mucho tiempo, fué señalada allí la cima imaginaria del monte Iseran...» Esto fué precisamente comprobado en 1859 y el 5 de agosto de 1860 por un alpinista inglés (*Peaks, Passes and Glaciers,* II Serie, II, págs. 353-361, por otro el 7 de septiembre, y, según la *Corr.,* III, pág. 9, Reclus también franqueó por esa época «la arista granítica que separa el valle del Isère del de l'Arc». Al parecer demasiado tarde para corregir el *Guide?* Así, pues, Mont Iseran es el nombre dado a una garganta montañosa de 2,769 metros (col du Mont Iseran).

risse en Sainte-Foy e iré a visitar a mi abuela (a Laroche-Chalais)...»

Viajó por Alemania con su pariente, el joven médico Ernest Ardouin Se dirigió desde *Colonia* a *Rugen* y *Stettin* bordeando la costa del mar del Norte, poco interesado por el paisaje de estas regiones, excepto por la Stubbenkammer y el bosque de hayas que rodea el lago de Hertha (p. 191). Era poco después de la guerra de 1859 y él encuentra que casi todo el mundo es partidario de los italianos y se manifiesta por Garibaldi contra Austria, indignándose contra Napoleón III, no por haber turbado la tranquilidad de Europa, sino por haber traicionado la causa de Italia (con la terminación demasiado temprana de la guerra en Villafranca). Comprueba que los periódicos franceses han afirmado lo contrario sobre la tendencia de la opinión pública en Alemania del Norte. Pero, a pesar de esta acertada opinión y crítica, no espera de los alemanes ningún movimiento serio en el sentido de la libertad. «...Ven las cosas claras y ríen sobre ellas, pero obedecerán siempre, pues aman la servidumbre...» (ps. 192-193).

Después visitó *Dresde,* la *Suiza sajona* (Saechsische Schweiz), que le interesó mucho por sus formaciones rocosas, y los *Montes de los Gigantes.* Se encontró con el maestro del establecimiento de los Hermanos Moravos, Dugerdil, y con otro antiguo conocido, Armin Früh. Al final de la carta de *Berlín* dice: «...Sin embargo, me ha parecido que en Alemania no está todo muerto como en Francia: cierto que allí se ocupan todavía mucho de arte y ciencia. Esto proviene sin duda de la fácil adaptación del alemán a todos los medios que le rodean. Allí donde el francés moriría, encuentra él aún aire vital, vegeta bastante bien en el estercolero. Para este pueblo panteísta toda divinidad es buena: ¡con tal que él adore, bien sea al rey Cliquot, bien a la libertad, es igual! Sus ojos se

humedecerán siempre con lágrimas sinceras» (ps. 196-197 (101).

Quería estar el 5 de septiembre en *Wurzburgo*, después en *Francfort*, *Estrasburgo*, *Waldshut*, *Berna* e *Interlaken*. Subieron a los montes Faulhorn y Pilatos, así como a la Wengernalp después de haber pasado el Brunig (ps. 198-202). Por *Ginebra*, *Chambéry* en Saboya, *Grenoble*, *Gap*, *Sisteron*, *Aix* y *Tarascón* se dirigió a *Nimes*, donde visitó a su hermana María, que se había casado con el pastor Grotz (102). A últimos de septiembre se reunió con su mujer en *Sainte-Foy* y ambos volvieron juntos a París, pasando por *Burdeos* y *Laroche-Chalais*. El 12 de junio de 1860 su mujer dió a luz su primera hija, *Magali*, «después de 19 horas de horribles sufrimientos; durante largo tiempo hemos estado dominados por el mayor terror; al fin, con ayuda del hierro, el pobre pequeño ser ha entrado en la vida. ¡Qué tremendo acontecimiento es este primer paso! Ahora todo va bien,

(101) Cito tales manifestaciones porque es interesante ver cómo también un hombre de la talla de Reclus juzga según su sentimiento en cuestiones de psicología popular... ¡y así cuántos otros! ¡Cuán lejos se halla la humanidad, incluso en sus mejores cabezas y corazones, de pensar y sentir de un modo verdaderamente internacional!— Por lo demás, simpatías y antipatías son un buen derecho de cada cual; lo único reprobable es repetir mecánicamente esos sentimientos de los demás y elevarlos a dogmas. Esto precisamente hace que una comprobación de diferencias, cuya explicación puede ser acertada o falsa, un juicio puramente estético o una inclinación o repulsa puramente física se conviertan en un prejuicio crónico, una suspicacia, un odio. En estas cosas los sentimientos personales son una cuestión privada de cada uno; los sentimientos colectivos son siempre renunciación a pensar por sí mismo y obtusa y fanática sumisión a las opiniones arbitrarias de algunos. Por esto la opinión de Reclus es interesante, pero no competente y para mí, personalmente, nada convincente.

(102) De ella escribió Paul Reclus: «María (1832-1918) era célebre en la familia por la agilidad de sus pies; trepaba en los Alpes como una gamuza. Se cuenta que a la edad de 75 años, haciendo un viaje por el sur de Túnez, se cayó del camello que montaba y volvió a subir a él sin conceder que se había hecho daño.»

tan bien como es posible después de una sacudida tan terrible» (carta a su hermana Zéline). El primer hijo de Elías, Paul, se hallaba ya en vida desde el 26 de mayo de 1858. Estos dos niños de entonces y el hermano segundo de Paul, André, así como la hermana de Eliseo, Joanna, son los únicos miembros cercanos de la familia de Eliseo que aun quedan entre nosotros.

Otro viaje emprendido en octubre le llevó de París a *Saint-Nazaire, Sables d'Olonne, La Rochelle* y, al regreso, a *Poitiers,* donde vivía también algún pariente próximo. De aquella época se conserva una carta a su hermana *Luisa,* que era institutriz en Irlanda; ésta carta prueba que Elías y Eliseo habían sabido acercar a sus ideas a algunos de sus hermanos; en ella desean a la hermana «buena esperanza, valor y éxito en la lucha que has emprendido contra las tradiciones, las conveniencias y los amaneramientos sentimentales para llegar a ser una hija de la libertad...» (ps. 205-206).

En el verano de 1860, después de una enfermedad, comenzó Eliseo, acompañado de nuevo por Ernest Ardouin, una excursión a pie por los Alpes savoyano-franco-piamonteses; él cita la Roche-Melon, el monte Chaberton, el Thabor (3185 mts.) y los heleros de la Grave; escribe desde Cézanne, aldea piamontesa al borde del Doria Ripario (Cesanne) cerca de Briançon (ps. 208-210); las *Excursions dans le Dauphiné* (1850-1860)—precedidas de un viaje anterior descrito por Joanne—en *Le Tour du Monde,* 1860, II, ps. 401-416, son un relato animado de largas excursiones por la región del Mont Pelvoux, en el cual se describen «las costumbres de los indígenas de la Vallouise»; esta descripción recuerda las que se leen sobre la vida de los hurdanos en España, pero es más sombría por el efecto terrible del largo invierno en esas montañas;»... en medio de esta naturaleza inhóspita, el hombre, acurrucado en un subterráneo, apenas se cree con derecho a la existencia». El escenario montañés le encan-

ta, como siempre la montaña, en otro tiempo la Sierra Nevada de Santa Marta y, en 1859, el Oberland bernés.

Un segundo viaje condujo a Elías y Eliseo primero a casa de amigables conocidos parisienses, los Mancel, de *Sens*, en la Borgoña; después recorrieron los Alpes del Delfinado y el próximo Piamonte, donde Elías tuvo una caída peligrosa en el Macizo del Pelvoux, hiriéndose gravemente en la mano derecha, por lo cual debió renunciar a continuar la excursión hasta Génova. Eliseo anduvo, en parte solo y en parte con Paul Broca (103), quien, después, imposibilitado para andar más, se separó de Reclus. Este último llegó hasta la ciudad piamontesa de *Cuneo*, de donde, entonces, acudían voluntarios en masa a las filas de Garibaldi. Italia, que a la sazón se hallaba bajo el signo de los primeros éxitos de Garibaldi, la liberación de Sicilia, le atrae poderosamente. En Valdieri, población de aguas minerales, vió a Víctor Manuel I, al cual, como dejamos citado, lanzó un *Evviva* de igual modo que todos los demás. Después atravesó la región de Niza, que es descrita por él en tono deprimido, fué molestado a veces por gendarmes franceses—Elías y Eliseo habían cambiado sus pasaportes por algún motivo—y llegó a la ciudad de *Niza*, donde el viaje quedó terminado como tal. La carta de Niza es del «12 ó 13» de agosto.

La proclama de Garibaldi a las mujeres sicilianas le

(103) *Paul Broca* no vuelve a ser mencionado después. Había sido condiscípulo de Coeurderoy y era, por lo tanto, algunos años más viejo que Eliseo. De él han sido impresos privadamente en grandes volúmenes cartas o diarios muy largos. Hace mucho tiempo repasé yo parte de los mismos, buscando, sin resultado, materiales sobre Coeurderoy. Queda por ver si dichos tomos contienen algo sobre Saint-Foy y el medio de Reclus. Figuran, naturalmente, en la Biblioteca Nacional de París.—Una *Carte de la langue basque*, publicada por Broca en la *Revue d'Anthropologie* (París, febrero 1875), comenzada en 1864, fué completada «con ayuda de indicaciones suministradas por Elisée Reclus» y otros; v. *La République française*, 19 febrero 1876.

entusiasma. «... Influenciando a las mujeres se hace una generación de héroes o de idiotas, se modifica la sociedad como se quiere, para el bien o para el mal. Pues las mujeres son las creadoras que modelan a los niños y les dan la sangre y la vida. Lee, relee la historia de la Cairoli, y que Magali beba, al mismo tiempo que tu leche, el heroísmo y el amor a las grandes cosas. A mi entender, esta proclama de Garibaldi puede ser para la educación de Magali cosa más importante que todas las sopas y bizcochos del mundo...» (104).

Por Aix, Béziers y Montauban dirigióse Eliseo a casa de su familia y la de Elías en Sainte-Foy (*Corr.*, III, ps. 6-26).

El viaje de los Pirineos en agosto-septiembre de 1861 (*Corr.*, III, 27-37; I, ps. 211-213), le condujo de Sainte-Foy, donde quedó la familia, a Montauban, Toulouse, Saint-Gaudens, Montrejeau, Pamiers, Tarascon (Ariège), quizá también a Andorra, a algunos puntos dentro de España (Figueras, 5 septiembre), y por último a Barèges y Bagnères de Bigorre. Es inútil seguirle detalladamente; de igual modo que Broca en 1860, esta vez un antiguo amigo escolar, el pastor Goy, al cabo de tres días no fué físicamente capaz de hacer frente a las exigencias del viaje. Eliseo era incansable: «... he corrido mucho, he visto mucho: heleros, campos de nieve, picos, valles pedregosos y valles fértiles, bosques de hayas y de pinos, mis ojos están todavía cansados, mis pies también y espero con impaciencia poder descansar un día en Bagnères de Bigorre. ...Estoy verdaderamente desharrapado. Mis zapatos se hallan ignominiosamente descalcañados,

(104) Entre los garibaldinos se hallaba *Jules Kergomard*, de Morlaix (Bretaña), (1822-28 marzo 1901), quien se casó más tarde con la hermana de Noemi, Pauline, la cual se distinguió como inspectora de las escuelas maternales laborando por la eliminación de las tendencias reaccionarias en el sentido de Ferdinand Buisson y James Guillaume. Su padre era inspector de escuelas de primera enseñanza en la Gironda.

mis pantalones están agujerados de una manera vergonzosa, mi paletó gastado de un modo deshonroso, de tal forma que no me atrevo a mirar a ninguna dama y me siento torpemente a la mesa como un pobre avergonzado. Figúrate el efecto que produce mi aparición en medio de los elegantes que pululan por estas villas de baños. Por pudor es necesario que me arregle un poco, pues no quiero avergonzarte» (a su mujer, p. 36). «...En Francia se me tomaba ora por un cartero rural, ora por un vendedor de remedios, ora por un empleado de telégrafos; en Prades han sido incluso tan amables que han afirmado que yo era el primer galán joven del teatro de Perpignan. Aquí (en España) los adornos rojos de mi blusa hacen que se me tome por un desertor; por esto los campesinos me acogen con simpatía; pero anteayer un puesto entero abandonó el fuerte de Bellegarde con armas y bagajes. Dos tercios de los soldados hablan de desertar, pero les contiene el amor al hogar, el deso de volver a ver a los viejos padres (105) y la idolatría por el trozo de tierra que habrán de heredar» (a Elías, I, ps. 212-213).

En tan simples condiciones desarrollábanse estos viajes; después venía el trabajo restante: «... Mi *Guía de los Pirineos* está casi terminado, y ahora tengo que hacer la parte más pesada del trabajo, es decir, revisar el manuscrito, corregir las pruebas tres o cuatro veces, borrar, agregar, quitar. Espero que terminaré a fin de mes y que la obra aparecerá hacia el 15 de julio (1862). Entonces tendré algo de tiempo para ir a gozar de la verdura del campo...» (I, ps. 216-217.)

Por otro lado cuesta trabajo figurarse que el *Guía de Londres,* con prefacios del 15 de junio de 1860 y el 25 de abril de 1862, no hizo necesarios viajes previos a *Londres,* de los cuales nada se dice casualmente en las pocas cartas de esos años. En septiembre u octubre de 1862 se

(105) En la *Corr.,* I, pág. 213, línea 3, figura *servir* seguramente por *revoir.*

efectuó uno de estos viajes para visitar la Exposición internacional (carta a Elías, ps. 224-227). Reclus viajó con su cuñada Julie Briant (106), la señora Ermance Trigant, Gustave Hickel y un geógrafo amigo suyo, Ernest Morin. Vieron Londres con buen tiempo y Reclus describe vivamente la gran Exposición. «... Lo que de ella hemos visto es verdaderamente admirable. Francia tiene, ciertamente, la palma del gusto y Austria la de la ciencia. Los innumerables mapas, planos, relieves, trabajos de anatomía, fisiología y geologia enviados por los sabios de Praga y Viena exigirían largas semanas de estudio, y apenas si he podido verlos al pasar: no me podía hacer una idea de tal movimiento científico en Austria (107)...»

Todavía hizo Reclus otro viaje en 1862 a la *Riviera,* en el cual le acompañaron de nuevo Ernest Ardouin y la señora Ermance Trigant; él escribe desde *Saint Tropez* (ps. 218-219): «Estamos en una de las más inmundas aldeas de Francia y ante uno de los paisajes más espléndidos de la costa del Mediterráneo...» Querían viajar juntos hasta Génova, desde donde la señora Trigant y él volverían por la Corniche y la garganta de Tende hacia los valles valdenses; desde allí pensaba regresar él solo por el monte Cenis. La vieja Génova, arte y palacios, le fascinó, pero también la nueva vida que creía ver renacer (ps. 221-223). No tenía cartas a hombres políticos del movimiento italiano, recomendaciones que hubiera podido recibir de Dall'Ongaro. Visitó el lugar en que Garibaldi se había embarcado para Sicilia con los «mil», el cual está marcado ahora por un pequeño obelisco de

(106) Esta se casó más tarde con *Germain Casse* (nacido en 1837 en Pointe-à-Pitre, Guadalupe), el cual participó activamente en los movimientos de la juventud republicana contra el imperio, pero permaneció alejado de tendencias más radicales.

(107) El catálogo de la exposición del Instituto Geológico imperial (inglés; 1862, 15 págs., 8.° gr.) y el Informe completo del profesor J. Artenstein (abril 1863; Viena, 6, XLVIII, 1, 128 páginas, 8.° gr.) orientan sobre las materias austriacas en la Exposición.

mármol. «... He mirado esta columna y me he sentido más orgulloso de ser republicano que me siento de ser francés al mirar la columna de Vendôme...» Al regreso visitó Nimes y por lo tanto a su hermana, señora María Grotz.

Sobre el nacimiento de su segunda hija, *Jeanne* (llamada siempre *Jeannie*) escribe el 2 de marzo de 1862 a su cuñado Faure: «La madre ha sufrido mucho y el médico ha debido servirse aún de sus horribles tenazas, pero los dolores han terminado al fin y la madre está hoy sonriente, feliz, descansada.» En 1861 había nacido el segundo hijo de Elías, André.

No puedo contar mucho más por carecer de fuentes sobre los años 1857 a 1862, y es indudable que es mucho lo que se nos escapa. Así por ejemplo: la estancia de Reclus en Londres en 1862; entonces se relacionó seguramente con Alfred Talandier, a quien Elías conocía desde hacía mucho tiempo y con el cual su hermana Luisa trabó conocimiento a su paso por Londres, quizá también con Fernando Garrido, y debió serle fácil poder ver a Alejandro Herzen cuando tuvo interés en ello (108). Innumerables cosas le interesaban, pero nada pudo cautivarle exclusivamente, y su actividad aquí esbozada, viajes, estudios, círculo de amigos y vida familiar llenan estos años en verdad de un modo suficiente.

(108) En las cartas de Marx a Engels se menciona que, en los primeros años del decenio 1860-70, Marx pensó en Elías Reclus como traductor al francés de un escrito suyo sobre economía y que la señora de Marx habló o debía hablar de esto con Elías en París, pero no se llegó a hacer tal edición. Ella había conocido a Elías por un hombre de la confianza de Marx, Abarbanel, muerto poco tiempo después (Marx a Engels, 2 enero 1863; *Briefwechsel*, III, páginas 104 y 110); Elías, con Massol y otros debió emprender la reducción en francés del trabajo económico de Marx que apareció en 1867 bajo el título *Das Kapital*. Ahora no me es posible consultar los volúmenes del *Briefwechsel*, aparecidos en 1913 en edición muy abreviada, que, algún día, será reemplazada, esperémoslo, por el texto completo, que ha sido conservado.

IX

LOS AÑOS 1863-1868 EN PARÍS Y VASCOEUIL; «LA TERRE» (LA TIERRA); BAKUNÍN Y EL CONGRESO DE BERNA DE LA LIGA DE LA PAZ Y DE LA LIBERTAD (SEPTIEMBRE DE 1868).

El año 1863 trajo importantes cambios para los hermanos. Ignoro si la preparación de la gran obra *La Terre* (1868-1869) le eximió del trabajo en los «Guías de viaje» y cuándo lo dejó—P. R. dice que este trabajo fué realizado aún en 1863—, pero sus viajes, a partir de ahí, parecen hacerse menos numerosos. Elías se desembarazó de su trabajo en el banco y ambos y sus familias, por su estancia frecuente en Vascoeuil, en los alrededores de Rúan, recibieron un punto de apoyo más próximo a París que la región natal, la Gironda. Así, pues, aumentaron su independencia y la posibilidad de una amigable convivencia rodeados de personas agradables.

Entre 1862 y 1863 (*Corr.*, I, ps. 217 y 230) abandonó Elías su empleo en el *Crédit Mobilier* (109) y se hizo co-

(109) Ciertamente no en 1858, como P. R. indica (Ishill, pág. 354), de lo contrario sería inexplicable la pág. 217 de la *Corr.*, I.—P. R. cita el «programa de un periódico que yo debía dirigir entonces en Chambéry» (Elías, 1858; esa ciudad se hallaba a la sazón en poder de Piamonte). Ignoro más detalles. En septiembre de 1860 Elías escribe en papel de cartas de la *Société autrichienne des Chemins de fer de l'Etat*, 15, Place de Vendôme. Comité de París; esta fué la

laborador regular de grandes revistas rusas mensuales, del último *Dêlo* (Petersburgo), dirigido por G. E. Blagosvêtlov (110), que una vez había sido en Londres maestro de los hijos de Herzen, y del *Russkoe Slovo,* revista crítico-radical, pero que—en lo que yo puedo juzgar—no perseguía ningún fin social-positivo y revolucionario, pues adoptaba frente a éstos una actitud crítica y escéptica, y así luchaba con la censura, si bien se libró de persecuciones directas y circulaba mucho en la sociedad rusa. Elías tenía aquí carta blanca en las cuestiones relativas a Francia o a interesantes acontecimientos científicos y literarios en el extranjero, ya que en Rusia podían ser publicadas cosas extremas, siempre que no contuvieran la menor alusión a las circunstancias de Rusia; por lo demás, el público sabía leer entre líneas (111). Así podía Elías enviar entre estas colaboraciones rusas sus propios estudios de orden etno-

sociedad bajo la égida de los Pereire, a la cual el Estado austriaco, a causa de una crisis financiera, había cedido las líneas ferroviarias, construídas en Austria directamente como empresa del Estado.

(110) *Biograf. Slovar,* de Vengerov (1892), págs. 345-362, Shelgunov en *Russk. Mysl,* marzo de 1888 y otras muchas fuentes orientan sobre Blagosvêtlov.

(111) A su tiempo me enteré por P. R. de que, entre los papeles dejados por su padre había encontrado cerca de 10,000 páginas de una reproducción en tinta de copiar de las correspondencias de 1862-1876, es decir, los originales franceses que a menudo sólo tachados o de ninguna manera podrían hallarse en *Dêlo.* Michel Trigant, Croque notes, Bonhomme Simplice, Jacques Lefrêne (conforme a su árbol favorito, el fresno) fueron los seudónimos usados aquí y allá por Elías. Ver también Ishill, págs. 3 y 354 (allí se mencionan para 1861-63 la *Revue de l'Ouest* en St. Louis, Missouri, y *Russkoe Slovo,* para 1867 *Mysl,* para 1867-1876, *Dêlo.* Esto debe ser más exacto que la indicación de Eliseo (1905), en la cual el enigmático *Miel* fué equivocadamente escrito o impreso en vez de *Mysl* (El pensamiento). Yo hojeé hace tiempo, en busca de material sobre Bakunín, muchos tomos de esa revista, en la que escribieron también N. Sokolov, Saizev, Metschnikov y otros socialistas y radicales, pero no pude parar mientes en las correspondencias parisienses, etc. Sólo sé que allí hay numerosas partes de la historia de aquella época inteligentemente resumidas y juzgadas de un modo independiente.

gráfico y folklorístico y cosas parecidas, e igualmente informar a sus lectores en forma tranquila sobre los movimientos progresivos europeos. Era sin duda espiritualmente independiente de Eliseo por completo, pero muchas de las ideas expresadas en todos esos escritos debieron ser antes tratadas a fondo por los dos hermanos.

Sólo una vez parecen haber colaborado juntos directamente. La introducción del *Dictionnaire des Communes de France,* publicado por Adolfo Joanne (París, Hachette; 2.271 ps.), está escrita por Eliseo Reclus (1 enero 1864; *Introduction,* ps. XVII-CLI, firmada por Eliseo Reclus; en 8.° gr., 2 col.); es ante todo una ojeada geográfica sobre Francia. La segunda edición (1869; 2651 ps.) contiene una introducción firmada por Elías y Eliseo Reclus, cuya parte geográfica es de Eliseo. Esta obra apareció de 1890 a 1905 en una refundición compuesta de siete tomos de 5469 páginas, y a éstos viene a agregarse un octavo tomo, 1905, de 164 páginas, que cntiene solamente la introducción de Eliseo en nueva forma, el último de todos sus grandes trabajos, del cual algunas partes fueron redactadas por su sobrino Paul (112).

Vascoeuil, escribió Paul Reclus en 1924, «...es un pe-

(112) Comunicación de P. R.; desgraciadamente no tengo ninguna de esas ediciones e ignoro los puntos de vista desde los cuales estas introducciones procuran sacar resultados generales de tan enorme material. Pero tales trabajos y su comprensión y captación de la vida social de todos los países con los muchos tomos de su Geografía, etc., debería dar que pensar a aquellos que quisieran quizá denominar a Reclus «soñador ajeno a las cosas del mundo», y de igual modo a los supersabios que echan de menos en él que no se hubiese detenido en los «estudios económicos». Precisamente los que sólo estudian un poquito de «economía» son los más parciales e incompletos y a los cuales suelen faltar verdaderos conocimientos en todos los demás dominios de la vida de la naturaleza y el espíritu. Reclus sacó sus ideas del conjunto de dominios y no solamente del estrecho dominio económico. También Marx y Engels sacaron sus ideas, en el fondo, del conjunto, pero sus imitadores han creído poder renunciar a ello y así se han condenado a la esterilidad.

queño lugar de la Normandía, situado junto a la confluencia de los ríos Andelle y Crevon con el Vexin. En una vieja casa señorial (113) rodeada de un bello jardín, vivía *Alfred Dumesnil* (1825-febrero 1894) con su familia. Yerno de Michelet, substituto de Edgar Quinet en el Colegio de Francia, después secretario de Lamartine, era por otro lado un jardinero apasionado y experimentado (114). Se había quedado viudo en 1854, y en 1862 buscaba una maestra para sus dos hijas, cuya edad se aproximaba a los diez años. Conoció a los hermanos Reclus en casa de su común amigo, el socialista Fauvety, en París. Luisa Reclus, que a la sazón volvía de Escocia a Bearne, estaba con sus hermanos. Se entendieron en seguida y Luisa partió para Vascoeuil. Entre Dumesnil y los Reclus desarrolláronse inmediatamente relaciones amigables, que, poco más tarde, llegaron a ser fraternales. Luego les unió una pequeña organización que se podría llamar comunista. Se venía de París—los niños con más frecuencia que los pa-

(113) Richard Heath (*The Humane Review*, octubre 1903) denomina la casa «un pequeño y antiguo castillo fronterizo del tiempo de Felipe Augusto (1180-1223) que pertenecía a una serie de tales castillos, destinados a defender la frontera francesa contra las invasiones normandas. «En la parte superior de la atalaya, en un cuarto octogonal con ventanas en todas direcciones, escribió Eliseo su *Historia de un arroyo*. Vascoeuil era ante todo un lugar tranquilo. Su propietario era al propio tiempo poeta y filósofo, químico y jardinero, amigo íntimo de Michelet y Quinet y editor de las obras de Lamartine». En el libro de Ishill, frente a la pág. 268, hay una litografía del pequeño castillo con la torre, un viejo edificio sencillo, no grande, pero muy sólido.

(114) Sobre esto habló mucho conmigo la señora Luisa Dumesnil. Allá por 1870 se distinguió Dumesnil con un preparado propio, cuya composición fué mantenida secreta, el «Fertilisator», que mezclado con la tierra en pequeñas cantidades debía fomentar extraordinariamente el crecimiento de las plantas, sobre lo cual se escribió mucho entonces. Le gustaba un ramillete de flores escogidas y el jardín estaba colmado de plantas floridas de todas clases; también tenía sus lugares umbrosos cubiertos de espeso follaje. En los años 1910-1914 era un placer oir hablar a la vieja señora de Vascoeuil y de su jardín.

dres ; también acudían amigos de los padres— por tiempo indeterminado, y cada uno pagaba su escote. La exuberante naturaleza, la proximidad de un magnífico bosque de hayas, la inteligencia e inmensa bondad del anfitrión, hacían de Vascoeuil una residencia verdaderamente encantadora. Arriba en el cuarto de la torre escribió Elías muchas de sus *Fisonomías de plantas* y Eliseo muchos capítulos de la *Historia de un arroyo.*»

«Existían al mismo tiempo bastantes concordancias sobre principios de educación y conocimientos y bastantes diferencias en lo relativo a caracteres e ideas, para hacer fructíferas las discusiones entabladas entre los visitantes de París, los Grimard, los Bertillon (115) y todos los Reclus, de una parte y Dumesnil y sus amigos de Rúan, Eugène Noël (116), Pouchet y Pennetier, de la otra. Esas estancias en Vascoeuil contribuyeron, sin duda, al desarrollo espiritual de los hermanos, al menos tanto como las noches de visita celebradas por ellos todos los lunes en París. Particularmente Alfred Dumesnil y Elías congeniaban excelentemente. El año 1871 se casaron Dumesnil y Luisa Reclus.»

Así, pues, Vascoeuil, «par Croisy la Haye, Seine inférieure» (117), fué para los hermanos una pequeña realización de la dichosa comunidad que Eliseo había intentado en vano fundar en la naturaleza tropical de Nueva Granada. En el recuerdo sobre Elías, 1905, habla de la «casa vieja y pintoresca...» desde cuya torre de siete ven-

(115) Los viejos miembros de la familia Bertillón eran republicanos muy estimables, emparentados o muy amistosamente relacionados con la familia Vauthier, a la cual pertenecieron L. L. Vauthier, el condenado del 13 de junio de 1849, y Octavio Vauthier, el camarada de Coeurderoy en 1852.

(116) Autor de *J. Michelet et ses enfants* (París, 1878, VII, 367 páginas).

(117) En esta forma figuraba la dirección de Dumesnil en L'Association, 10 marzo 1866 ; Eliseo vivía entonces en el núm. 4 del Square des Batignolles.

tanas podían contemplarse un jardín incomparable, un estanque, el sinuoso río Crevon entre viejos chopos y hayas, después amplias praderas que se extendían hasta la aldea y más allá largas laderas de colinas y el bosque, grande y sombrío. Allí trabajaban o contemplaban la lejanía, mientras subía del jardín el aroma de las flores. Era una alegría trabajar así, pero no se trabajaba siempre ; ¡cuántas veces se paseaba bajo el sol por los senderos del jardín, admirando las flores o discutiendo apasionadamente cuestiones de arte o de filosofía. A menudo venían a juntarse amigos y se era completamente feliz...»

En la carta de Vascoeuil (1863 ; *Corr.*, I, ps. 230-231) declara Eliseo a la mujer de Elías cómo ahora «gracias a nuestro excelente amigo Dumesnil podremos intentar sustraernos a esa gran incertidumbre de París para doblar nuestras fuerzas asociándonos, y esto en un lugar donde nuestros hijos hallarán, a la vez, bajo nuestros ojos, la salud física y la instrucción... En resumen, yo creo que la asociación de Vascoeuil constituye para nosotros una fuerza más. En cuanto a los detalles de la organización, los discutiremos más tarde : de aquí al invierno transcurrirán algunos meses ricos en acontecimientos y las opiniones ae cada uno podrán, quizá, modificarse...» (118).

Quiero señalar aquí que si en verdad Alfred Dumesnil se hallaba espiritualmente cerca de Michelet, Quinet y Lamartine—naturalmente personalidades a su vez muy diferentes y de especie muy relevante—, esto debía separarle fundamentalmente de los hermanos Reclus, cuyo realismo libertario era diametralmente opuesto al espiritualismo autoritario de las personalidades citadas. Lo que les unía era el humanismo común, el interés por la vida espiritual, el

(118) La carta en que lanza un ¡bravo! a los obreros londinenses—lo cual debe guardar relación con el mitin del 22 de julio de 1863, que forma una escala en la prehistoria de la Internacional—contiene saludos para Talandier, de manera que la señora Noemi Reclus se hallaba entonces seguramente en Londres.

espíritu de progreso y la simpatía hacia todos los oprimidos, pero en cada concepción práctica de esas aspiraciones, exceptuada la simpatía inmediata por todos los esfuerzos de aclaración asociacionista y socialrepublicana, sólo pueden haber tenido diferentes opiniones, que debieron, sin duda, manifestarse en sus discusiones. Yo, al menos, me represento así sus relaciones.

Charles Fauvety, en cuya casa se vieron por primera vez, era menos conocido por su socialismo que por su particular sistema espiritualista, el cual fué bastante discutido en su revista *La Religión laïque* (desde agosto de 1876), más tarde *La Religion universelle,* y en muchas otras revistas (119). En los *Souvenirs* (1860-1889) del positivista Caubet, quien después del 4 de septiembre fué nombrado prefecto de policía de París (París, 1893, XI, 276 ps. ; con prólogo de Wyrouboff), éste describe en un capítulo el *Salón de Ch. Fauvety.* De este medio de alrededor de 1860 cita Caubet al abate Constant (Eliphas Lévy), A. Weill, A. Massol (120), F. Cantagrel (fourierista), Ch. Lemonnier (sansimoniano), Henri Carle, Raisant (un viejo republicano de las sociedades secretas anterio-

(119) En 1845 publicó con el abate comunista Constant *La Vérité sur toutes choses* (cuadernos mensuales en 8.º) ; en 1847-1848 participó en el *Représentant du Peuple,* de Proudhon ; en 1849 aparecieron algunos números de su per. *Le Positif,* Fauvety y Henri Carle actuaron en la francmasonería ; así el *Compte-rendu des travaux* de la «logia capitular Jerusalén de los valles egipcios al oriente de París», del 6 de enero de 1860 (París, 1860, 63 págs. 8.º), contiene una discusión entre ellos y Hubert sobre : «¿Es la francmasonería una religión?» La *Alliance religieuse universelle. Essai...* (París, 1860, 97 págs., 8.º) de Henri Carle orienta sobre esta tendencia y también *Catéchisme philosophique de la religion universelle,* de Charles Fauvety (1874), (Henri Carle) *Congrès philosophique international de Paris* (du théisme progressif)..., (París, 1870, 23 págs., 8.º) y *Charles Fauvety. Sa biographie, sa mort...* (Nantes, 1894, Lessard, 41 páginas, 12.º), etc.

(120) Activo entonces en la francmasonería. El *Discours... dans la séance... du 6 mars 1863... de la Loge* Renaissance par les Emules d'Hiram *par le F. Massol vénérable* (1863, 15 págs.) resume la dis-

res a 1848), la señora Juliette Adam, Jenny d'Héricourt, Angélique Armand, Eugénie Niboyet (del movimiento femenino de 1848) y otros. No creo que Reclus se interesase por todas esas antiguallas socialistas, pero, sin embargo, aquí tenía ocasión de recuperar suficientemente el conocimiento directo del viejo socialismo y su tradición, que le había faltado en su juventud, pasada lejos de París, y podía contemplar al mismo tiempo todos esos matices en su carrera completa y en sus últimos retoños (121). Ignoro si vino a este círculo a través de la francmasonería o a la inversa—pues él era francmasón—; quizá fuera mencionado por las publicaciones francmasonas de entonces.

En otro medio, en casa de *Emile Acollas* (1826-1891), el erudito en cuestiones de Derecho que investigó y evidenció especialmente el derecho en que está basada la autonomía de la personalidad humana, Charles Nauroy (*Révolutionnaires,* París, 1891, 308 ps.) cita en octubre de 1867 al filósofo neocatólico François Huet y a Alfredo Naquet, Eliseo Reclus, Víctor Versigny, Ch. L. Chassin, Gustave Hubbard, Martín Bernard y Charles Delescluze. Es decir, en parte el círculo de la Liga de la paz y de la libertad y viejos y jóvenes republicanos autoritarios. Desconozco si Reclus frecuentó mucho este círculo, pero conocía muy bien a Naquet y a Chassin, y François Huet salvó a su hermano Elías después de la Commune.

El círculo de visitantes que se reunían los lunes por la noche en la vivienda común de los hermanos en la *rue de*

cusión «sur la recherche des bases de l'égalité» (investigación de las bases de la igualdad), una reproducción del *Monde maçonnique* de abril de 1863.

(121) Benoit Malon en su Historia del Socialismo (Histoire..., II, 1882, págs. 597-608) cita a otras personas que sostenían relaciones con Fauvety—del que las ideas, según él, derivaban de Pierre Leroux—. El 29 de diciembre de 1893 Eliseo escribe a su hermana Luisa: ...«Hoy me he encontrado con Elías en el entierro del bueno y fuerte Considérant (1808-93).

la Plaine, en el *Square des Batignolles* y en la *rue des Feuillantines*, 91 (122), es descrito por Paul Reclus desde el despertar de su recuerdo hasta 1870 (P. R. nació en 1859) en el pasaje impreso en las ps. 1-2 del libro de Ishill, pasaje que yo resumo aquí conforme al original francés, limitando lo más posible las explicaciones sobre las personas nombradas, ya que éstas son o conocidas en general o aparecen más detalladamente en otras partes de esta biografía o son también, al menos para mí, desconocidas por entero; si bien no son citadas sin fundamento y deben ser bien conocidos por lectores competentes. El tiempo de que aquí se trata es la segunda mitad del decenio 1860-70, y un álbum de fotografías ha refrescado en 1924 el recuerdo de Paul Reclus sobre muchas personas.

Acudían allí Grimard (las cartas mencionan también a su mujer Pauline), Boscowitz, Ardouin, Hickel, Melvil-Bloncourt, Bataillard, Jules Kergomard, Kneipp, Verdier, Mancel, Huet, Chabanne, Chaté, Chassin, Prat, la señora Champseix (André Léo); no franceses: Fedor Thoman, Herzen, Garrido, Berti Calura, Ostroga (Mroczkowski), N. Sokolov y la señora Schinschin; también venían geógrafos y viajeros, e incluso una vez estuvo presente un príncipe negro basuto, el cual cantó una canción de su tierra. En 1868 vivía en la rue des Feuillantines el más joven de los hermanos, Paul, a la sazón estudiante de medicina; también una estudiante americana, Miss Amy Putnam, Miss Garett y durante poco tiempo las hermanas gemelas Pope. También Arístide Rey, G. Casse y Alfredo Naquet figuraban entre los visitantes.

Sobre el modo de trabajar de Eliseo, cuenta su sobrino que cuando escribía, en cualquiera disposición de ánimo que estuviese, dejaba oir una melodía algo sorda, costumbre que abandonó más tarde. Trabajaba con la mayor regularidad y escribía durante los viajes en toda situación,

(122) Ahora rue Claude Bernard, 77, es decir, en el distrito de la Universidad y no lejos del gran jardín del Luxemburgo.

casi listo para la impresión, apoyado por una gran memoria que le permitía hallar rápidamente las fechas que le faltaban en sus libros (Ishill, ps. 3-4).

En el verano de 1863 partió con su mujer de Sainte-Foy para trasladarse a una playa marítima en la desembocadura del Gironda, *Saint-Georges de Didonne,* cerca de Royan (*Corr.,* I, ps. 232-236), en la región en que había preparado su artículo descriptivo de las costas, publicado el 15 de diciembre de 1862. La carta de Pauillac (*Corr.,* III, ps. 37-39) habla de una de sus penosas excursiones por la costa.

Después de una enfermedad fué a reponerse en 1864 a Nimes ; el ambiente en casa de su hermana María Grotz es simpáticamente descrito (p. 238), pero sobre el viaje de París a Nimes dice : «Desde mi salida de París no he oído aún ni una palabra que me permitiese apreciar si vivimos en una república o bien bajo el imperio, ni si existen Polonia o América ; el marasmo parece ser universal. He prestado atención a todas las conversaciones en los cafés, los hoteles y los vagones, pero todavía no he oído hablar más que de vinos, piernas de carnero, mujeres, cerveza y propiedades. Es triste recorrer doscientas leguas para no oir en el camino más que necedades y chirigotas. ¡ Oh, gran nación !» El habría comprendido el que, como en años anteriores, no se hablase de cuestiones generales por prudencia y desconfianza, pero entonces había ya pasado esa época y mientras París despertaba, las provincias parecían haberse vuelto indiferentes : *esto* le impresionó particularmente. Después viajó por la *Riviera,* yendo a Hyères, a las Montagnes des Maures y a Fréjus (12 septiembre ; ps. 240-243).

En abril y mayo de 1865 hizo un viaje a *Sicilia*—sobre esto hablaremos más tarde— ; al fin del verano visitó, con su familia, Burdeos, Sainte-Foy, *Orthez* y permaneció algún tiempo en Le Boucau, cerca de Bayona, en la desembocadura del Adour (*Corr.,* I, ps. 252-259). En

Orthez tuvo ocasión de conocer bien a su hermana más joven *Joanna* y la describe con las mejores palabras (123). Encontró a los padres en buen estado; a la madre, como él dice, con instintos de viajero más fuertes que los de todos sus hijos, aunque su vida debió desenvolverse entre Laroche, Sainte-Foy y Orthez. El recorrió entonces las *Landas*. De su hermano *Paul* recibió también la más favorable impresión («¡ qué ser tan cariñoso y concienzudo !»). Sólo su hermano *Armand* (nac. en 1843) se hallaba ya navegando y no se puede comprobar si Eliseo pudo verle alguna vez por largo tiempo en aquellos años.

Zéline (1836-1911) vivió largo tiempo en casa del «tío Chaucherie», del cual reconoció el «burguesismo excesivo», pero no por ello fué menos extraña a las luchas de sus hermanos y hermanas para emanciparse. Cuando los hermanos en París se enteraron de que iba a casarse, Eliseo recuerda (carta del 2 de enero de 1860) «que hubo un tiempo en que nos amábamos libremente y nos paseábamos juntos en medio de los prados, ebrios de perfumes, de juventud y de afecto. Ese tiempo está ya tan lejos de nosotros y desde entonces nuestros destinos han sido tan diversos, que esos años nos parecen haberse pasado en un sueño o en alguna vida precedente», y la califica de «la

(123) Paul Reclus escribe acerca de *Joanna* (Sra. Bouny), nacida en 1845, que ella fué la que mejor penetró en las ideas sociales de los hermanos mayores y la única hermana a la cual se podía llamar bella, en particular por la expresión profundamente inteligente de sus ojos; «su marido, Edouard Bouny fué un buen camarada para sus cuñados». (Era un pequeño propietario de bienes raíces en o cerca de Sainte-Foy.)—Entonces se hallaba en Le Puy la hermana mayor, *Loïs* (1831-1910); sobre ella escribe P. R.: «tuvo una vida muy dura; debía ganar el sustento y cuidó además durante cincuenta años a su marido loco». Elías le daba a corregir todos sus trabajos y ella tradujo del inglés un gran número de escritos, principalmente descripciones de viajes. Ella, su madre y el doctor Paul escribían con un estilo bueno y flúido; Elías y Onésimo escribían más pesadamente, en un estilo más lleno de imágenes y a veces más trabajado.

más aristocráticamente elegante de nuestras hermanas». Pero afirma resueltamente que no se debe aceptar el «amar (a su marido) bajo palabra, sin conocerle». Esta afirmación molestó quizá a Zéline, quien, algunos meses después, no anunció directamente su casamiento, mas algunas cartas explicativas restablecen la intimidad, y, en el otoño de 1860, Eliseo trabó conocimiento con Pierre Faure († 1910) en Sainte-Foy, a quien su sobrino Paul llama «el tipo de provinciano honrado de los que han fundado la tercera república» ; v. las cartas de 1869 a 1871 (*Corr.*, III, ps. 59-68). En cuanto a Zéline, uno de sus hijos ha escrito que el verse «tildada de burguesa por algunas de sus hermanas, en la edad de las clasificaciones tan definitivas como fáciles» la ha perseguido toda su vida y la ha hecho sufrir ; pues ella tenía un espíritu mucho más libre que los que la criticaban.

Nada se sabe sobre los años 1866, 1867, 1868, incluso del otoño de 1865 a octubre de 1867 no se ha publicado ninguna carta, y en general se carece de toda noticia sobre estos dos años (124).

En esos años *Elías Reclus* se consagró intensamente a un movimiento cooperativo y Eliseo siguió esta cuestión con interés, pero dedicándose a ella sólo ocasionalmente. Inició este movimiento el yerno de Cabet, *J. P. Béluze,* quien el 1.° de octubre de 1863 fundó la sociedad *Crédit au Travail* (Crédito al trabajo), compuesta de 172 personas con 20.120 francos de capital. Remito a los lectores solamente a sus escritos *Les Associations conséquences du Progrès. Crédit du Travail* (París, editorial propia, enero 1863, 72 ps) y *Qu'est-ce que la Société du Crédit au Travail?* (1863, 15 ps). La finalidad era—según un pasaje citado por De Greef (1904) — «dar crédito a las asociaciones existentes, apoyar la fundación de nuevas socieda-

(124) La carta (*Corr.*, I, págs. 260-261) no es de 1866, sino de una fecha entre junio y septiembre de 1868.

des de producción, consumo o crédito, contribuir al desarrollo de los principios de solidaridad y mutualidad para hacer accesible el crédito a los trabajadores de todas las ramas de la actividad humana, en agricultura, industria, comercio, enseñanza, ciencia y arte, logrando que estos trabajadores se presten entre sí mutua fianza por medio de la «asociación y una relación de solidaridad recíproca...»

Esto era un marco muy amplio que, teóricamente hablando, habría podido llenarse bien, ya que había buena voluntad y bastante apoyo para vencer las dificultades del comienzo, pero el cual, como los hombres son como son o parecen ser, no se llenó en la forma deseada y vinieron los desengaños y la decadencia de ese movimiento, suceso particularmente penoso para Elías Reclus.

L'Association, boletín internacional de las sociedades cooperativas, publicado bajo la dirección de J. B. M. Beraud, apareció el primer año en 14 números de noviembre de 1864 a diciembre de 1865, un volumen de 454 páginas en octavo grande. Esta revista era impresa en Bruselas y tenía una oficina en París, rue des Grands Augustins, 26.

El comité constituído en noviembre de 1864 estaba formado por Béluze, el gerente de la revista Beraud (que escribía en el *Phare de la Loire*), Paul Blanc, Brosse (de la asociación de fundidores de hierro), el abogado Gustavo Chaudey, Cohadon (de la asociación de albañiles), Davaud (fundador de sociedades de crédito mutuo), el joyero Favelier, el antiguo representante del pueblo Fleury, J. E. Horn, los abogados Emilio Jay y Gustavo Jourdan, el constructor de pianos A. L. Kneip (alsaciano), Ernest Poindron (de una antigua cooperativa de consumo), Elías Reclus, el negociante Henri Schmahl, de Francfort (cuya hermana, María Luisa, se casó con Onésimo Reclus), y el abogado Vavasseur.

Entre los accionistas de la revista encontramos a Bedouch et Cie., Arnold Boscowitz, Chabanne (tonelero en Pouilly-sur-Loire, Nièvre), Ch. L. Chassin, Chaudey, Geor-

ges Clemenceau, Fernando Garrido (París), Edouard Grimard, Laurent-Pichat, Henri François Lefort, Noël Parfait, Edouard Potonié, Elías y Eliseo Reclus, André Rousselle, Alfred Talandier, Louis Léger Vauthier y otros menos conocidos ; pues los aquí mencionados son todos en mayor o menor grado personalidades características de aquel tiempo. Así Jean Bedouch, gerente de la asociación de zapateros, ingresó en 1868 en la organización secreta de Bakunín, Lefort participó esencialmente en la fundación de la Internacional, etc., etc.

Una *Carta a los trabajadores* inserta en el número de diciembre va firmada por Bedouch, Brosse, Cohadon, Kneip y Elías Reclus (ps. 41-45). Una comisión de estudiantes de medicina informa sobre los estatutos de una asociación estudiantil de los mismos y presenta un proyecto ; en la comisión figuraban también Bouchereau, Buisson, Clemenceau, Leverdays, Levraud, Onimus, Regnard, Rey, Taule, militantes republicanos y socialistas extraordinariamente caracterizados. Entre los colaboradores se hallaban Eugène Despois, Erik Isôard, Leopold Sonnemann, E. Alavoine, E. Seinguerlet, E. Flotard (Lyón), Wladimir Gagneur, Paul Lacombe, Ch. Limousin ; cartas de Raisant, Ott, V. A. Huber. En la revista fué publicado un capítulo de la obra de Proudhon *De la Capacité politique de la classe ouvrière* (ps. 221-232 : *Système mutuelliste...*), compuesto según las galeradas, por lo cual vió la luz antes en el boletín que en el libro.

Elías Reclus sobresalió poco y escribió el pequeño artículo *Capital y trabajo. Fórmula de reconciliación*, páginas 233-235. Eliseo comenta el libro de Samuel Smiles *Self-Help* (ayuda propia), traducido por Talandier (p. 286). He aquí un pasaje de tal comentario :

«Sí, ayúdate, no pidas a tu prójimo más que justicia y si te fuera negada esa justicia, lucha sin temor contra la injusticia, no maldigas nunca tu suerte, pero jura cambiarla ; mejórala mediante el trabajo, el trabajo constante,

esa larga paciencia que vale más que el genio. Tales son las enseñanzas que nos dan las descripciones de las vidas de Bernard de Palissy, Stephenson, Watt, Philippe de Girard y tantos otros, como nos cuenta el señor Smiles en un estilo digno de la obra emprendida. *Self-Help* (ayúdate a tí mismo) es el Plutarco de los trabajadores. Allí debe cada uno de nosotros buscar ejemplos que imitar. ¡Cuán deseable sería que los niños, cuyos caracteres se intenta doblegar en su mayoría por medio de una instrucción ideada para esclavos, leyeran y comprendieran este libro, tan adecuado para «verter bronce en las venas» (125).

En el segundo año la *Association* se convierte en un semanario a partir del número 15; su último número, el 44, es del 29 de julio de 1866; 561 ps., octavo grande. Entonces es Elías gerente y existe un Comité de control integrado por A. Fleury, Béluze, Duboy, Favelier padre, Noël Parfait y Eliseo Reclus. En los comités provisional y definitivo elegidos los días 3 y 25 de marzo de 1866 no figura ya Eliseo; en esa ocasión aparecen Sauva (de la asociación de sastres, más tarde icariano y miembro del congreso de La Haya de 1872), Chassin, F. Barrier (fourierista), etcétera.—Una nueva lista de accionistas (11 marzo 1866) contienen entre otros a F. M. Barrier, al médico Bertillon, Charles Beslay, al abogado J. J. Clamagéran, Alfred Dumesnil, Du Mesnil Marigny, Fauvety, Gustave Hickel,

(125) Nada es tan fácil como juzgar desdeñosamente a Smiles y su teoría de la ayuda propia, ya que todos no pueden llegar a ser hombres ricos o inventores célebres. Con esto se pasa por alto la verdadera enseñanza de la ayuda propia tal como Reclus de todos modos la concebía, esto es: que *cada uno* debe hacer un esfuerzo propio por realizar algo en un dominio cualquiera y aunque sea en pequeño grado, pues de lo contrario nadie podría verdaderamente ayudarle e incluso en la más libre sociedad continuaría siendo el último, incapaz de hallar placer en la libertad y de servirse de la misma. Ayuda propia es una función natural de todo hombre sano, y toda fórmula de clase que labora contra ella tiende sólo a prolongar la esclavitud en masa, ostente la etiqueta que quiera.

François Huet, Izalguier (de Deuze, Nièvre), Ch. Kestner (de Thann, Alsacia), «Outine, homme de lettres» (por consiguiente N. Utin), Pelletier (Nueva York, el antiguo representante del pueblo y socialista que en su *Atercratie* se aproximó a la anarquía), Eliseo y Onésimo Reclus, Joanna Reclus (maestra, Orthez), Arístide Rey (a la sazón estudiante de medicina en Heidelberg), Scheurer-Kestner (fabricante en Thann, la señora Ermance Trigant-Beaumont (de Marennes, cerca de Royan) y la señora Lois Trigant-Geneste (de Le Puy, la hermana de Eliseo). El periódico se hace más variado y su contenido más rico ; Elías Reclus escribe mucho en él. En 1865 tenía 973 abonados completos y otros 300 suscriptores parciales, pero en la última asamblea general, 31 de julio de 1866, Elías informa que hay un déficit de 8,710'40 francos ; cuatro confiscaciones en seis meses irrogaron 750 francos de pérdida cada una. «...Como quiera que sea, su gerente (Elías), que duda de poder ser más moderado o más afortunado en el porvenir y que no posee ninguna medida para apreciar lo que es política (prohibida) y lo que no es, lo que está permitido y lo que está vedado decir, y el cual al mismo tiempo no quiere bajo ningún concepto cambiar el espíritu del periódico», ha «suspendido momentáneamente la publicación, de la que han dejado ya de aparecer dos números...» Pregunta si el periódico debe continuar apareciendo sobre una nueva base o bien debe ser liquidado. La asamblea acordó la liquidación, para la cual fueron elegidos Elías Reclus, Paul Blanc, Liseux y André Rousselle. La hoja fué impresa hasta su desaparición en Bruselas. A la misma pertenecen también *Modèles de Statuts pour les Associations coopératives de Crédit mutuel de consommation et de production* (modelo de estatutos), suplemento al n.° 10 agosto de 1865, 64 ps. — Según las *Memorias* de Kropotkín, Napoleón III enviaba siempre a un ayudante a recoger el primer ejemplar de la *Association*.

Del artículo de entrada de Elías Reclus (ps. 4-6) cita-

mos lo que sigue: «...Grandes pensadores, gloria de las generaciones anteriores, han formado la teoría de la Asociación y estudiado su práctica. Esta tiene por ley la libertad grande y brillante. Es espontánea como el individuo, todopoderosa como la colectividad, bella como la concordia. Es la reconciliación de todas las necesidades y todos los intereses mediante la reciprocidad de los servicios, es la fusión para una solidaridad universal de todos los elementos sociales que hoy se hallan minados por conflictos y discordias. Se empezó la asociación sólo por su pequeño lado, la agrupación de capitales, se la hizo actuar por primera vez en empresas puramente industriales, y ya surca el globo terrestre con redes ferroviarias y cables e hilos telegráficos, ya reorganiza comercio e industria. Estos son solamente sus comienzos. Ella debe cambiar la faz de la tierra y transformar nuestras existencias. Debe emplear su fuerza enorme, su fuerza que ninguna fórmula puede medir, en destruir el pauperismo, la ignorancia y toda su horrible descendencia...» (126).

Poco después Ledru Rollin dirigió una carta al Comité de control (28 enero 1866; ps. 30-34) (127), en la cual aceptaba la cooperación, pero rechazaba el socialismo. De la réplica de Elías señaló De Greef (1904) que éste exponía que las ideas cooperativas en Francia se derivaban directamente de los revolucionarios de 1792 y de los modernos socialistas y economistas. «...Fourier, A. Comte, Saint-Simón, Cabet, Proudhon, L. Blanc, P. Leroux y otros, sin olvidar a Bastiat, todos ellos pronunciaron en algún momento una palabra de verdad que ha penetrado en nuestro corazón. Nuestros padres de la gran Revolución estimaron

(126) Las págs. 517-548 no figuran en el ejemplar de la Biblioteca de Ginebra, el cual por lo demás está completo; quizá se hallen en los ejemplares belgas.

(127) También separado con el título de *Lettre de Ledru Rollin aux membres du Conseil de rédaction de la revue «L'Association»* (sin lugar; 4 págs., 8.º).

necesario matarse entre sí por diferencias de opiniones cuyo alcance no siempre llegaron a comprender del todo. Pero vistos desde lejos nos parecen ahora camaradas en la misma obra y hermanos... Nosotros hemos comprendido que las doctrinas de nuestros diferentes jefes de cada escuela pueden ser resumidas en los grandes principios de la mutualidad, la independencia y la solidaridad.»

«De toda la discusión hemos sacado la convicción de que la individualidad es sagrada, pero no puede ni debe permanecer aislada; de que la asociación es necesaria, pero debe ser espontánea. Ahora sabemos que para toda gran obra se unen libremente los hombres libres...»

Esto es socialismo del más libre y resume el espíritu con que Elías Reclus concebía su misión de introducir la asociación voluntaria en los medios obreros. En el artículo antes mencionado es muy característica la observación sobre el aprovechamiento, también puede decirse la explotación, de la idea de asociación por el capital. En los siglos anteriores eran raras las empresas en común, aun florecían el sistema de acciones y las grandes compañías comerciales. Especialmente Saint-Simón actuó por la asociación de toda especie en gran escala, y por él hablaba a decir verdad el espíritu de la nueva época del maquinismo, a la que, poco después de su tiempo, siguió una transformación total del transporte y los medios de comunicación, determinada por el ferrocarril y el barco de vapor. Estos cambios en la producción y toda clase de comunicación no podían ser ampliamente realizados ni por individuos ni por estados: tan sólo eran factibles por medio del capital asociado en gran extensión y esto lo vieron en Francia los jóvenes sansimonianos con tanta rapidez como los mismos capitalistas; esto dió origen a la «finanza sansimoniana» con su práctica muy realista y su muy pregonada ideología. Innumerables personas confían su dinero, a menudo verdaderamente sus ahorros, al capital asociado; empréstitos y acciones hallan constantemente la colaboración espontánea de infinidad de

individuos con su dinero y de otra manera no serían posibles ; pero que los hombres asocien en vez de su dinero su fuerza de trabajo, capital que poseen hasta los más pobres, eso faltaba entonces igual que hoy. Cosa semejante no fué nunca emprendida en proporciones lo bastante grandes y acertadas para hacer posible una prosperidad. Un ferrocarril necesitaba un capital determinado en acciones, debía obtenerlo y cuando lo había obtenido podía ser construído. Una cooperativa de producción debiera haber sido, de igual manera y desde el principio, organizada positivamente sobre esa necesaria base ; ésta era, sin embargo, raramente accesible, pero se comenzaba a pesar de todo y se sucumbía ante las grandes dificultades. Sólo el gran movimiento cooperativo, dirigido positivamente y compuesto en su mayoría de cooperativas de consumo, prosperó, es cierto, pero perdió su contenido ideal. Todo esto no era ignorado por los que se agruparon en torno a *L'Association* y al *Crédit au Travail,* pero, no obstante, intentaron fomentar la idea fecunda de la asociación ; pues a su lado veían únicamente capitalismo privado y socialismo de estado y eran adversarios de ambos. Bakunín vió con gran simpatía este movimiento (128), y Lassalle prestó un mal servicio al socialismo, cuando—en realidad sólo por improvisar un medio de agitación, como lo demuestra ahora su correspondencia—lanzó en el debate la idea de «las cooperativas de producción con crédito del estado.» Con esto se quitó a los trabajadores alemanes el gusto del cooperativismo independiente, la receta de Lassalle no pasó de ser un puro tópico de agitación y no sucedió absolutamente nada. Los trabajadores lo esperaban todo del estado, el municipio, el sindicato y el partido, y continúan esperándolo, mientras que la palabra «ayuda propia» se ha convertido en objeto de burla e ironía.

(128) *Gesammelte Werke,* III (Berlín, 1924), pág. 13 ; primeros meses de 1866. — Bakunín debió estar inscrito en las listas del *Crédit au Travail.*

Desgraciadamente no tengo a mano *La Coopération*, que, a partir del 9 de noviembre de 1866, apareció quincenalmente; su último número, después de los 26 de su primer año, debe ser el n.° 21, correspondiente al 14 de junio de 1868, del segundo año (129). Es mencionado un artículo de Eliseo sobre John Brown (14 julio 1867) (*Corr.*, I, ps. 68-69) (130); lo demás referente a su colaboración y la de Elías me es ahora inaccesible. Pero las cartas de 1867 y 1868 demuestran su constante interés.

En 1865, durante su viaje por las provincias, Eliseo trabajó mucho para procurar nuevos socios al *Crédit au Travail*—v. ps. 248-254, 259—; en junio de 1868 debió también comunicar el fin de la *Coopération*, de cuya continuación no esperaba mucho (ps. 275-276), en noviembre informa sobre una asamblea de 550 personas, en la cual se trató de la crítica situación del *Crédit au Travail*: un activo de 1.029.000 francos, de los cuales aparecen verdaderamente asegurados 753.000, frente a un pasivo de 652.000 francos (131); moratorias y una hipoteca sobre un inmueble

(129) Entonces apareció aún: *La Réforme, journal du progrès politique et social. Organe de la Coopératio. Appel -aux Démocrates*, 4 págs. folio, 4 julio 1868, un llamamiento firmado por Antide Martin para la fundación de tal periódico, con boletín de adhesión. El periódico como tal no llegó a publicarse (?).—Según B. Malon (1882) era Abel Davaud secretario de redacción de a *Coopération* y Elías Reclus, André Léo, Verdure, Isôard, P. Blanc y otros colaboraban en ella.

(130) En *L'Association*, II, se halla sólo una noticia no firmada, atribuída a él en el sumario, sobre asociaciones agrícolas de negros.

(131) Según *L'Association*, II, pág. 365, el *Crédit au Travail* tenía el 29 de septiembre de 1863: 172 asociados con 20,120 francos de capital; 17 de enero y 31 de julio de 1864: 322 y 616 con 47,920 y 93,150 fr.; 29 de enero y 30 de julio de 1865: 776 y 898 con 119,200 fr.; 4 de febrero de 1866: 1,096 con 183,150 fr.; otros muchos detalles en las págs. 365-371. — Según A. Verdure, en el *Almanach de la Coopération pour* 1868, págs. 289-296, de los 20,120 fr. del comienzo sólo habían sido desembolsados 4,082. Para febrero y agosto de 1867 da las cifras de 262,500 y 302,040 fr.;

parecen la única salida. «...Por mi parte—escribe Eliseo a Alfred Dumesnil—estoy tanto más disgustado cuanto que pienso en la tristeza que tendrá Elías. Además tengo la desgracia de ser, no acreedor, sino deudor de la sociedad. No he de tener un momento de reposo hasta que no lo haya pagado.» Y en otras cartas: «...Naturalmente, los que no hicieron nada por la sociedad en su periodo de prosperidad, abruman a Béluze ahora que ha caído. ¡Qué suerte que Elías no esté aquí! Así se ahorra un gran disgusto» (p. 309). Sin embargo en noviembre envía a Elías un detallado informe sobre la asamblea decisiva (ps. 310-312). En enero de 1869: «nada nuevo en el *Crédit*» (p. 319).

En los recuerdos sobre Elías (1905) observa Eliseo que el movimiento cooperativo debía también facilitar las relaciones entre los trabajadores y la burguesía republicana animada de buena voluntad. Elías consagró a la causa «sus mejores energías y durante algunos años pudo esperar el éxito definitivo.» «...Esta esperanza le engañó. El *Crédit au Travail* contrajo deudas a causa de anticipos demasiado grandes hechos a cooperativas y fué quizá desviado de su verdadero fin por la atracción que la vida de negocios ejercía sobre algunos miembros. Así es que debió liquidar de una manera penosa; ¿y cuántas asociaciones permanecieron fieles a sus primeras promesas? La mayoría de ellas debieron disolverse, o lo que fué más lamentable, transformarse en simples empresas mercantiles, en las cuales se perse-

además de esto 472,660 fr. en cheques y cuentas corrientes. 1,560 asociados en febrero y 1,728 el 31 de agosto de 1867. Cifra total del valor de las transaciones: 2.133,000 fr. en 1864; 4.583,000 francos en 1865; 10.500,000 fr. en 1866; a mediados de 1867 casi 2.000,000 de fr. mensuales. 45 asociaciones en París o en provincias agradecen al *Crédit au Travail* «su fundación o su desarrollo».—Ver también *Société du Crédit au Travail, J. P. Béluze et Cie. Compte rendu 4 Février* 1866 (París, 1866, 32 págs.); Léon Walras, *Les Associations populaires de consommation* (París, 1865, XII, 223 págs., 18.º), págs. 193-215 (los estatutos del *Crédit*), etc. También E. O. Greening en *The Industrial Partnership Record* (Londres), 1 de diciembre de 1867.

guían exclusivamente intereses pecuniarios. Este triste fin de empresas comenzadas con tanto calor y alegría fué quizá el disgusto más grande de Elías; en su amor y afecto a la causa común se sentía herido en el corazón...» (132).

La burguesía republicana aquí citada eran solamente algunos intelectuales que tenían sentimientos sociales o intentaban captar políticamente a los obreros, intelectuales cuyos nombres hemos citado antes en parte. También Eliseo ponía aún demasiadas esperanzas en esos sectores personalmente bien pensantes, hasta que la lucha salvaje y despiadada contra la Commune entablada por la propia poderosa burguesía, llamárase republicana o monárquica, le abrió definitivaminte los ojos.

Tales eran aproximadamente las relaciones personales, los intereses espirituales y el medio de los hermanos Reclus cuando, en noviembre de 1864, trabaron conocimiento con Bakunín, quien, procedente de Estocolmo y retenido

(132) De Elías Reclus apareció, además, sobre esta cuestión un artículo en la *Revue Germanique*, febrero de 1863; en el fourierista *Annuaire de l'Association* para 1867: *¿Qué es cooperación?* (págs. 40-102); en el *Almanach de la Coopération* para 1868 (París, *La Coopération*, 320 págs., 16.º): *El movimiento cooperativo y la burguesía* (págs. 39-46). En los cuatro almanaques, para 1867, 1868, 1869, 1870, encontramos los nombres de Fédor Thoman, Paul Blanc, Abel Davaud, Favelier, J. H. Havard, Eric Isôard, Eugène Tartaret, Gallus (el fourierista Bonnard), Raul Boudon (fourierista), Lachambeaudie, 1867—P. Joigneaux, Jean Macé, J. E. Horn, Ernest Hendlé, Henri Brisson (*N'oublions pas la Politique*), Jean Czynski, Toussenel (fourierista), Antide Martin, E. Verdure, 1868—, no tengo a mano el ejemplar del Almanaque para 1869—E. Flotard, Ch. Lemonnier, André Rousselle, Massol, Antonin Dubost, André Léo, Ch. Limousin, un trabajo inédito de Proudhon, Desiré Bancel y otros, 1870.—Un pequeño artículo descriptivo: *Las cocinas económicas de Glascow*. Glasgow dining halls, contenido en el almanaque para 1868, págs. 229-232, firmado E. Reclus, es, sin duda, de Eliseo. — Alfred Dumesnil y Emile Chaté propusieron al *Crédit*, el 26 de enero de 1868, el plan de una *Asociación hortícola y agrícola* que Chaté deseaba fundar en Ruán; hay un prospecto litografiado y v. la *Coopération* del 26 de enero de 1868.

en Londres por la presencia del zar Alejandro II en Francia, permaneció entonces pocos días en París (del 6 al 10 de noviembre) (133). Como quiera que andaba a la busca de miembros franceses para su sociedad secreta, ya fundada en Florencia y ampliada en su viaje, era completamente imposible que alguien, p. ej. Alfred Talandier en Londres, no le hubiera llamado la atención sobre los hermanos Reclus, en caso de que él verdaderamente no hubiese sabido nada de ellos todavía ; tenían también amigos comunes rusos y polacos, y Fernando Garrido, que conocía ya a Bakunín, pertenecía al círculo de sus amigos etc. Así, pues, se encontraron en París (133[a]) y Bakunín obtuvo el asentimiento de los hermanos para su idea del acuerdo entre sí y la colaboración de todas las fuerzas verdaderamente revolucionarias ante las cercanas posibilidades de revolución. Acerca de esa sociedad secreta de Bakunín, designada con el nombre de *Fraternité internationale,* remito a los lectores a mis múltiples trabajos sobre Bakunín. No se puede decir que Bakunín influenciara a los Reclus por medio de la propaganda ; Eliseo era ya anarquista desde hacía mucho tiempo y Elías adoptaba su punto de vista amistoso al respective de toda libertad, pero bastante escéptico, por cierto tiempo al menos, para con la anarquía propiamente dicha. Las pocas horas pasadas con Bakunín y las contadas cartas escritas por éste no podían tampoco haber determinado el que los Reclus lanzasen por la borda sus convicciones

(133) Al menos el 3 de noviembre su intención es limitar su estancia a esos pocos días. (Carta, Londres, 3 noviembre, a la condesa Salias en *Lêtopisi Marksisma,* Moscú, III, 1927, pág. 95.)

(133[a]) Elías Reclus me dijo el 18 de enero de 1895 que Bakunín le visitó primero a él en París con una carta de Herzen, que, después, él le puso en relación con Eliseo y otros, también con sus amigos polacos de la escuela de Batignolles, que Bakunín le fué a ver varias veces y que permaneció en París algún tiempo, quizá varias semanas. Todo *esto* encaja en la estancia de Bakunín en París en 1862 y contribuiría a aclarar la rapidez con que, en 1864, llegaron a un acuerdo los hermanos con Bakunín.

nes tácticas de aquella época, es decir, la fe en un «frente único» con la parte de la burguesía republicana que alardeaba de sentimientos sociales: esto debía conseguirlo el trágico destino de la Commune de 1871. Por esto Eliseo fué siempre de todas formas lo que él mismo se llamaba en 1875, el «hermano independiente» de Bakunín. Este último encontró esta reserva de la propia opinión simplemente en *todos* aquellos a quienes intentó captar para una colaboración estrecha, y las relaciones se enfriaron o se cortaron de diferente manera en cada uno de los casos. Pero a él y a Eliseo les bastaba colaborar según las posibilidades. Desgraciadamente han sido destruídas todas las cartas. Sólo podemos decir en general que, aun cuando Bakunín entonces—era su última visita a París—probablemente ganó de un modo nominal y apresurado la adhesión de otras personas a su sociedad secreta (134), los únicos entre todos ellos que permanecieron durablemente en relaciones con él fueron los hermanos Reclus, a cuyos consejos quizá se debe el que Bakunín, en el Congreso de la paz, celebrado en Ginebra en 1867, hallase algunos nuevos elementos franceses para su círculo íntimo.

En un manuscrito inédito de los últimos meses de 1871 escribe: «...los hermanos Reclus, dos sabios, y al mismo tiempo, los hombres más nobles, más desinteresados, más modestos, más puros y más religiosamente afectos a sus principios que yo he encontrado en mi vida. Si Mazzini (del

(134) Eliseo Reclus me habló a este respecto de *Georges Clemenceau,* el cual conversó con Bakunín un buen rato en medio de un jardín público—para no ser oídos por nadie—y fué admitido por él en su sociedad secreta, pero no volvió a preocuparse de ella. G. Clemenceau aparecía entonces en muchos actos radicales, pero sin exponerse tanto como otros muchos. Pronto se trasladó a Nueva York y desapareció de la vida pública hasta la caída del imperio. Después regresó como elemento nuevo, salvó los escollos de la Commune y llegó a ser pronto el campeón parlamentario de la burguesía radical. Eliseo dice haberle visto a fines de 1868 (*Corr.*, I, pág. 316).

cual se ocupa el manuscrito) les hubiera conocido como yo, quizá se habría convencido de que se puede ser profundamente religioso, profesando, no obstante, el ateísmo. Ambos han servido a la Commune. Ignoro lo que ha sido del mayor, pero sé que el más joven se halla en los pontones de Brest junto con millares de guardias nacionales prisioneros como él, y a los cuales sostiene con su inteligencia, siempre serena, su amor sin límites y su admirable fuerza moral.»

«Unidos en los principios, nos hemos separado muy a menudo, casi siempre, en lo referente a la realización de los mismos. También ellos, como su amiga (la señora André Léo), creían, al menos hace dos años, en la posibilidad de conciliar los intereses de la burguesía con las legítimas reivindicaciones de los trabajadores. Creían también, como Mazzini, que primero debía el proletariado dar la mano a la burguesía radical para una revolución exclusivamente política, a fin de llegar después, con la ayuda de esta misma burguesía, a las reformas económicas y sociales...»

Estas palabras demuestran de todas formas la impresión que produjo a Bakunín la naturaleza de los Reclus, y lo bien que éste conocía el peculiar modo de ser de los hermanos. Una ojeada sobre su vida permite comprobar que ambos trabajaron constantemente por una causa que les pareció acertada, pero siempre en el marco de una labor aceptada voluntariamente de caso en caso, velando por su independencia y respetando la de los demás.

En abril de 1865 visitó Eliseo a Bakunín en Florencia y fué presentado al grupo local de la sociedad secreta. Angelo de Gubernatis en su autobiografía (135) y en sus memorias (*La Fibra*), que yo no conozco en detalle, ha contado sobre este grupo muchas cosas que revelan ante todo su

(135) *Dizionario biográfico degli scrittori contemporanei* (Florencia, 1879): Proemio autobiográfico. Sobre la situación de Bakunín en esta época, ver mi libro «Bakunin e l'Internazionale in Italia dal 1864 al 1872» (Ginebra, 1928, XXXI, 397 págs.), caps. II y IV.

propia debilidad, la cual, según manifestaciones de Reclus, no se le escapaba a Bakunín.

Este viaje es bastante conocido por las cartas familiares (*Corr.*, I, ps. 244-246; III, ps. 40-58), por la *Revue des Deux Mondes* (1 julio 1865, ps. 110-138), y por *Le Tour du Monde*. Estuvo consagrado al estudio de la erupción del Etna. Recibió la mejor impresión de Florencia, de donde partió el 12 de abril para dirigirse de Liorna a Messina (16 de abril) a bordo de un vapor francés. En este vapor encontró una vida más animada que en su viaje de París a Nimes en 1864: un garibaldino húngaro, oficiales de navío que hablaban libremente, un joven mecánico que conocía los *Châtiments* («Los Castigos», el poema más acerbo de Víctor Hugo contra Napoleón III) mejor que Eliseo y recitaba de él trozos enteros. Pasó de Palermo a Milazzo y en barca de pescador se trasladó a la Isla de Lípari, en la cual había una pequeña ciudad habitada por los bandidos calabreses; hoy están allí confinados los deportados por el fascismo, entre ellos el viejo amigo de Reclus y de todos nosotros, Luigi Galleani. Después continuó por Mesina a Catania, Taormina, Aci Reale y el Etna, luego a las minas de azufre de Centorbi, a Agosta y Siracusa donde terminó el viaje. El país de los alrededores del Etna le parece una comarca archiclerical cuya vida política parece ser nula; inútilmente espera oir hablar de Garibaldi, de Italia, del papa. Pululan los gendarmes, que le molestan repetidas veces. «...Hay mucho que decir sobre los acontecimientos políticos que han hecho entrar a Sicilia en la gran unidad italiana. El hecho es que el advenimiento de Víctor Manuel sólo representa para el pueblo siciliano el reclutamiento, la multiplicación de los impuestos, el establecimiento de fielatos de consumos a la entrada de los pueblos más pequeños y la omnipresencia fastidiosa y molesta de la policía... (III, p. 47, desde Linguaglossa). Más tarde algunos carabinieri y un comisario de policía le abruman con su vigilancia cada vez más pesada. En Adernò fué detenido, después se le

soltó. Al fin encontró en Aci-Reale un hombre simpático que quiso hacerle nombrar en seguida miembro de la Academia del lugar y que, al menos, le llevó a un círculo de lectura, donde pudo ver de nuevo periódicos y enterarse de la derrota decisiva de los estados del Sur por la caída de Richmond. Pronto se enteró también del asesinato de Lincoln. Cree prever un conflicto entre los Estados Unidos e Inglaterra y dice: «¿comienzan los amigos a ver que la historia del mundo gira ahora alrededor de los Estados Unidos?» (I, ps. 244-246).

En Catania parecían descansar todos y sólo él tenía «la candidez de querer trabajar»; no encontró ni una persona en la biblioteca pública; se instaló en ella, se buscó él mismo las obras de que tenía necesidad y pasó largo rato inadvertido. Quería partir para Siracusa y las minas de azufre; primero viajó a lo largo de la costa hasta Palermo, después a Termini, maravillosamente situado, y a Santo Stefano, Milazzo (carta del 12 de mayo) y Mesina. En estos 28 días vió mucha miseria social. Ciertamente regresó por mar; quería volver por el Simplón y pidió a su amigo, el abogado Gustave Jourdan (136) recomendaciones a ingenieros franceses allí ocupados.

Cuando los camaradas de la *Fraternité* iban a París visitaban seguramente a los hermanos Reclus, así p. ej. Berti Calusa, de Florencia, Carlo Gambuzzi, Mroczkowski (1867) y también los que en 1867 asistieron a la Exposición internacional, Friscia y Fanelli, si no me equivoco (137). Bakunín escribió a Eliseo pidiéndole colaboración para *Libertà e Giustizia* (Nápoles), y sería raro el que su correspondencia de entonces, poco tiempo antes del Congreso de la paz de Ginebra, al cual asistió, no se hubiese ocupado de esta cuestión, de los delegados con quienes se debía entrar en relaciones más estrechas, etc.—la primera lista de adhesiones al

(136) Este murió repentinamente en 1866.

(137) Malatesta hace mención de este viaje en sus recuerdos sobre Fanelli (*Pensiero e Volontà*, 16 sept. 1925).

plan del Congreso había sido firmada también por Elías y Eliseo (ver los *Annales* del Congreso, Ginebra, 1868, ps. 5-6, y *Jules Barni,* por A. Dide, ps. 176-177)—; además la presencia personal de los hermanos Reclus habría sido de mucho agrado para Bakunín. Este, según nuestros datos, no había visto ni una vez a Elías entre 1864 y 1872, pero sin embargo debía estar tan convencido de su valor para la representación de las ideas que tenía en el corazón, que, en la sesión del comité central de la Liga de la paz y de la libertad en Berna, el 20 de octubre de 1867, apoyado por Naquet, a quien acababa de captar en Ginebra para su círculo, y por Gustavo Vogt, le propuso para redactor del semanario de la Liga que iba a ser fundado, *Les Etats Unis d'Europe* (Los Estados Unidos de Europa).

El republicano antisocialista Jules Barni propuso, por el contrario, a Ch. L. Chassin, que entonces preparaba la salida de *La Démocratie* en París; también se pronunció el nombre del viejo refugiado Schmidt, un alsaciano que redactaba el radical *Confédéré,* de Friburgo (Suiza). Poco después, el 25 de octubre, Gustavo Vogt escribió a Elías; Eliseo le aconseja aceptar (*Corr.,* I, ps. 262-272). Elías piensa en la redacción de un periódico diario en Saint-Etienne—que será suspendido al cabo de pocos días (le dice su hermano). El cree que, a causa de los acontecimientos italianos—el destino de Garibaldi no se había sellado aun en Mentana—pronto habrá algo en Francia y no quiere ir a Berna a escribir un órgano teórico—; Eliseo replica: «...Nos inclinamos demasiado a figurarnos que ha llegado el gran día y eso mismo nos hace cometer faltas que lo retrasan.» Ninguno de los citados proyectos fué realizado.

Se sostiene correspondencia con Berna (¿Eliseo, Naquet, Bakunín?) sobre el programa de la Liga. Naquet y con él Eliseo insisten en la palabra: republicana. Bakunín propone: «instituciones federativas republicanas, basadas en la autonomía de las provincias y los municipios.»

Algunas impresiones: (en noviembre de 1867) «esta no-

che reunión de algunos amigos para tomar posición de un modo general ante los acontecimientos y comprobar una vez más que somos impotentes contra el imperio» (p. 266). «...La manifestación Manin (entierro del jefe de la república de Venecia) fué, desgraciadamente, poca cosa. Todo el estado mayor republicano estaba allí, pero ningún soldado, oleadas de burgueses y muy pocos obreros. En cuanto a los policías, guardias municipales y confidentes, eran innumerables. En un rincón del cementerio brillaban las bayonetas de los soldados» (p. 268). «...Los acontecimientos actuales (en Italia) nos preocupan mucho, pues lo que no sabemos es probablemente más importante aun que lo que sabemos. París está evidentemente muy inquieto; pero por desgracia no tiene la fisonomía revolucionaria. Se dice que la provincia se agita mucho más...» (ps. 271-272); no es seguro el orden exacto de las cartas (138).

Precisamente en esas semanas fué acabado de imprimir el primer tomo de *La Tierra* (*Coor.*, I, ps. 266, 274), cuyo prólogo lleva la fecha del 1.° de noviembre de 1867 y apareció algunas semanas antes de Navidad datado con el año 1868 (139). Reclus concluyó el segundo tomo en octubre de 1868 (p. 296); probablemente apareció también antes de Navidad de 1868, aunque está fechado con 1869. Estos volúmenes fueron publicados en una serie de obras ilustradas en gran formato, al lado

(138) Los acontecimientos, planes y ambiente italianos de esos meses son descritos en p. ej., *Précis historique de l'Insurrection romaine,* de Lombard-Martin (París, 1868, 206 págs.), y en *Der roemische Feldzug von* 1867, por Gustav Frigyesi en los *Vereinigte Staaten von Europa* (Berna), 1868, Nr.ª 2-6; también en su libro no conocido por mí: *L'Italia nel* 1867. *Storia politica militare,* dos tomos, en caso de que haya aparecido (*Etats Unis d'Europe*, 26 julio 1868).

(139) Sería muy fácil hallar las fechas exactas de la aparición de todos esos libros en la *Bibliographie de la France,* pero me falta la ocasión para ello. Otro tanto puede decirse en lo referente a las traducciones.

de libros de Flammarion, Tissandier y otros sobre la atmósfera, el mundo del mar, viajes aéreos, etc., «obras destinadas a la vulgarización de la ciencia». Esta forma le había sido impuesta a Reclus por las circunstancias; no se hallaba en situación de escribir complicados libros científicos para pocos lectores, ni lo deseaba tampoco. Su trabajo era tanto más difícil cuanto que, para que el libro tuviera valor, todos los datos contenidos en él debían estar basados sobre estudios seguros y además ser presentados en una forma atractiva y comprensible, en un todo armónico. Reclus fué de hecho al mismo tiempo el sabio recogido que, para producir esas obras que abarcaban tan grandes dominios, debió estudiar a fondo muchas cuestiones y adquirir un conocimiento completo de las mismas, y el escritor de estilo comparable al de un poeta de la prosa, que siempre trató su materia sin fatigar, en forma atractiva y galana. Un lunar de esta manera de escribir es que no permite ser absolutamente completo y tratar todas las cuestiones de detalle, aunque el buen conocedor puede llegar a saber, por medio de matices finos e insinuaciones, la opinión exacta del autor sobre muchas cosas que no ha dicho expresamente; ¿pero quién va a esperar de una sola obra cualquiera más que una introducción general en la materia que trate y quién va a pretender hallar todo en ella?

La Terre. Description des Phénomènes de la vie du globe, par Elisée Reclus. (La Tierra. Descripción de los fenómenos de la vida del globo.» I. *Les Continents...* París, L. Hachette et Cie., 1868; segunda edición, 1870, 775 ps., octavo grande; II. *L'Océan - l'Atmosphère - la Vie,* 1869; segunda edición, 1872, 742 ps., con 454 mapas o ilustraciones en el texto y 54 láminas especiales (140).

(140) Sobre las diferentes traducciones no me hallo bibliográficamente bastante orientado. En Budapest apareció una edición húngara, *A Föld...,* en 1879-80, 2 vols., 8.º. Quiero mencionar aún que la traducción rusa *Zemlia,* tomo I, Petersburgo, 1872, fué comentada por P. Kropotkín en *Znanie* (Petersburgo), 1873, volumen II,

Ya hemos citado el recuerdo contenido en el prólogo sobre el primer plan de la obra, trazado en 1851 en la cima de una montaña en Irlanda. «...Desde entonces no cesé de trabajar en esta obra en los diferentes países adonde mi amor a los viajes y los azares de la vida me llevaron. Fué un gran placer para mí poder contemplar con mis propios ojos y analizar casi todas las grandes escenas de la destrucción y la renovación, aludes y movimientos del hielo, brote de manantiales y declives fluviales, cascadas, inundaciones y desvastaciones, derrumbamiento de costas escarpadas, formación de bancos de arena e islas, trombas de agua, torbellinos y tempestades. No sólo me dirigí a los libros para conocer la tierra, sino a la tierra misma. Después de largas investigaciones en el polvo de las bibliotecas volví siempre a la gran fuente positiva y animé mi espíritu con el estudio directo de los fenómenos mismos. Las curvas de los más pequeños arroyos, los granos de arena de la duna y los pliegues de la playa no fueron para mí menos instructivos que las sinuosidades meándricas de los grandes ríos, las potentes acumulaciones montañosas y la enorme superficie del Océano.»

Y concluye: «Esto no es todo. Puedo decir con el sentimiento del deber cumplido: para guardar la claridad de

núm. 3, págs. 8-14 (según la Bibliografía de T. Piro, núm. 38). Reclus no se enteró de esta traducción hasta 1873, cuando el editor Ilyin le escribió sobre una proyectada traducción de su *Geografía* (carta a Templier, 5 junio 1873). Templier contestó el 16 de junio, diciendo que la casa Hachette había vendido a este editor una cantidad de clisés de los mapas de la obra, único medio de sacar algún dinero de los rusos, a quienes ninguna convención impedía publicar traducciones; tampoco conocía él la edición rusa. Según el doctor N. Rubakín (Ishill, págs. 165-174), él mismo publicó más tarde una nueva traducción económica completa, y una tercera traducción fué dada como premio en toda la edición—aproximadamente 30,000 ejemplares—del semanario *Alrededor del Mundo,* publicado por la editorial Sytín (Moscú), y además muy vendida también.—El artículo de Rubakín comenta la circulación y popularidad de los libros de Reclus en la antigua Rusia.

la mirada y la rectitud de mi pensamiento recorrí el mundo como hombre libre, contemplé la naturaleza con una mirada franca y a la vez orgullosa, recordando que la antigua Freya era al propio tiempo la diosa de la tierra y la de la libertad.»

Esto último era una confesión de sus ideas tan amplía como la editorial Hachette podía estimarla soportable; por otro lado vivía entonces E. Templier, jefe de la sección de cuestiones geográficas de la empresa, el cual, después de la Commune, fué a la cárcel de Brest a llevarle las pruebas de la segunda edición del segundo tomo de *La Tierra* (141).

Sobre el valor de *La Tierra* remito al lector a la apreciación general de De Greef (1905) y a la especial estima de algunos profesionales. La obra pertenece a aquellos trabajos de los años cincuenta y sesenta del siglo XIX en los cuales algunos hombres, en su alegría de verse libertados de las trabas de la concepción teológica y de la sequedad del ordenamiento mecánico de fechas por la investigación a fondo de la naturaleza, comenzada al fin vigorosamente, crearon grandes obras, cuyas particularidades fueron precisadas y modificadas por investigaciones ulteriores, pero las cuales, en su conjunto, no son fáciles de reemplazar por algo mejor. La abundancia de materiales es hoy demasiado grande para poder ser dominada por uno solo; pero entonces se trataba precisamente de recoger en todos los dominios la primera cosecha de las nuevas investigaciones, que dieron al traste con tantos errores que se habían perpetuado hasta las inmediaciones de esa época; el nuevo edificio se hallaba en sus comienzos, pero las líneas esenciales del mismo habían sido seriamente trazadas (142).

El año 1868, su último año tranquilo y dichoso en

(141) Esto según Paul Ghio en su escrito *En souvenir d'Elisée Reclus* (París, 1905), pág. 10.

(142) La editorial debió estimar conveniente la publicación de ediciones abreviadas. Tales son: *Les Phénomènes terrestres. Les Continents*, 1870 (12 de septiembre), VI, 228 págs., 18.º; 2.ª edición, 1874. Reclus escribe aquí: «tuvo una especie de remordi-

París, además de la terminación de la segunda parte de *La Tierra* debió darle poca actividad especial, en el caso de que no escribiera entonces la *Historia de un arroyo* (?) (v. cap. X). Se desea su colaboración en una gran enciclopedia, hecha con espíritu republicano. «...Se cree que la *Encyclopédie* Pichat será organizada en febrero. Se quiere que trabajemos en ella.» (*Corr.*, I, p. 278; principio de 1868).» El propuso a Elías para mitología, mas antes quiere saber quiénes serán los demás colaboradores. De esto no resultó nada, pero en el *Almanach de l'Encyclopédie générale* para 1868 (París, *au bureau de l'Encyclop. gén.* 112, 1 ps. octavo grande) figura un pequeño trabajo suyo, *La Géographie* (143).

En los números-programa de la *Démocratie* (*La Démocratie. Programme d'un journal à fonder par association,* cada uno 4 ps. en folio grande, 30 de mayo-8 de septiembre de 1868) sólo se halla la adhesión de los hermanos Reclus, como la de otros muchos, sin ninguna carta explicativa cual la que por ejemplo escribió Bakunín (*Ges. Werke,* III, 1924, ps. 73-77). El periódico mismo (93 números, aparecidos semanalmente a partir del 8 de noviem-

miento por no haberse dirigido (con la costosa edición original) más que a los ricos».—*Les Phénomènes terrestres. Les Mers et les Météors,* 1872 (26 de septiembre); 2.ª edición, 1875, 234 págs., 18.°; 5.ª edición, 1886. Este libro fué concluído en la cárcel, en 1871.

(143) Otros colaboradores eran Delescluze, Marc Dufraisse, Ernest Hamel, Dr. Letourneau, Arthur Ranc y otros.—En esa *Enc. gén.* (París, L. Asseline), apareció el conocido artículo de Arthur Ranc *Anarchie,* que, p. ej., fué reproducido por *Le Glaneur anarchiste* (París, 1885) en su núm. 2.—No puedo ahora comprobar con mis propios ojos si los hermanos Reclus colaboraron en ella, pero nunca se ha afirmado tal cosa.—En los *Etats-Unis d'Europe,* 25 octubre de 1868, hay anunciada una *Encyclopédie de la Révolution,* dirigida por Louis Xavier de Ricard (el federalista) y Anatole France (Editorial Joel Cherbuliez), que debía aparecer en doce tomos en 4.° de 640 págs. cada uno: en la gran lista de colaboradores radicales se hallan Rogeard, Longuet, Pierre Denis, Flourens, Georges Avenel y otros, pero el nombre Reclus no—como también era de esperar. Ignoro si esta *Enc.* llegó a publicarse.

bre de 1868) defraudó tanto las esperanzas que no se puede pensar en una colaboración (Elías escribió en el número 20); no obstante, si en 1868-1870 aparecieron cartas, declaraciones y cosas semejantes de los hermanos Reclus sobre cuestiones públicas, éstas deberían buscarse ante todo en la *Démocratie, la Réforme*, el *Réveil* y la *Marseillaise* de 1870.—¿Cuándo apareció por ejemplo el prospecto de un periódico titulado *L'Agriculteur,* al pie del cual se hallan los nombres de Paul Lacombe (*Corr.*, II, p. 117), J. Toussaint (un viejo sansimoniano de Carcasona), Elysée (sic) Reclus y André Léo? (144). Esto ha podido haber sido en 1868, 1869 ó 1870; la hija de J. Toussaint sabía solamente que el periódico no se publicó—. Según una carta de junio de 1868 (p. 276) Eliseo y su círculo se interesaban por una Liga femenina, cuyo programa fué entonces redactado definitivamente en casa de la señora André Léo. Esta era la *Société de la Revendication des Droits de la Femme* (Sociedad para la reivindicación de los derechos de la mujer) (145).

Eliseo asistió al *Congreso de la Liga de la paz y de la libertad,* celebrado en Berna (21-25 septiembre 1868), al principio quizá sin intención de participar personalmente de un modo intenso. Al menos escribió a Elías (146):

(144) *A tous les démocrates. L'Agriculteur.* Journal du Dimanche. Prospecto, París, 2 págs., 4.°, y sobre la fundación de una sociedad para la edición del periódico, 1 p.; 8.°; sin fecha de año.

(145) Sus *Statuts* (Versailles, Imprimerie Cerf: 1869, 15 páginas, 8.°) están firmados, entre otros por André Léo, Elías y Marta Noemi Reclus, Colfavru y Hendlé.—También apareció *Ecole démocratique de Filles* (ibídem, 2 págs., 8.°).

(146) En *l'Int. et le Jac...*, de Testut, 1872, I, pág. 20, se indica que Elías Reclus asistió como oyente al Congreso de Bruselas de la Internacional, así como también Tridon, Blanqui, Miot, Rochefort y Víctor Hugo, una alrmación incontrolable. Si fuera cierta ¿habrá escrito Elías en alguna parte, en *Dêlo* quizá sobre el congreso? Probablemente esto explicaría el que Eliseo le informase tan detalladamente sobre el congreso de Berna. Claro es que este comicio debía también interesar personalmente a Elías.

«... Mi papel de espectador se ha convertido desde el comienzo en el actor... Sesiones de comité, sesiones de congreso, redacciones de proyectos y contraredacciones se sucedían sin intermitencia hasta bien entrada la noche; a las dos y las tres duraban aún las conversaciones. Al final de la semana estaba extenuado. Una noche pasada en un coche de tercera (Berna-París) ha sido para mí un descanso de los más reparadores» (p. 279).

Escribió una carta extraordinariamente animada, crítica e íntima sobre el congreso (*Corr.*, I, ps. 279-287), de la cual citaría con gusto largos pasajes, pero queda reservada para la biografía de Bakunín, donde sus particularidades son más comprensibles. Aquí habla Reclus abiertamente sobre todos esos socialistas burgueses (como les llamaba Bakunín), los Lemonnier, Chaudey y otros, con los cuales la lucha que se preparaba por la república en Francia reunía a socialistas honrados como él. En esta carta tiene palabras verdaderamente amistosas para Bakunín, cuya refutación de un discurso de Chaudey es calificada por él como «algunas palabras de una rara potencia»; éste fué el primer discurso de los pronunciados por Bakunín en Berna (*Mém.* jur., 1873, p. j., ps. 20-27). Eliseo había formado parte de la comisión preparatoria sobre el punto «cuestión social» y batalló en la misma por la resolución de Bakunín. Cuando, después de ser rechazada esta última, Bakunín quería abandonar inmediatamente el congreso (con sus camaradas más íntimos),... «Rey y yo conseguimos hacerle permanecer hasta el fin, y continuamos tomando parte en las deliberaciones. Solamente afirmamos nuestro programa en cada cuestión: ya que no teníamos la esperanza de vencer, queríamos, cuando menos, ser claros...» — El discurso de Wyrouboff (el positivista, que también había trabado conocimiento con Bakunín en Italia) sobre la cuestión religiosa es calificado por Reclus como «lo mejor quizá de todo el con-

greso, por su precisión, su claridad, el vigor de su pensamiento y la moderación de sus palabras...»

El 24 de septiembre al ponerse a discusión el punto *Federalismo,* habló Reclus: «...Todo el mundo estaba de acuerdo sobre el principio; sólo yo por mi parte quería precisarlo. Demostré, creo que con lógica, que después de haber destruído la vieja patria de los chauvinistas, la provincia feudal, el departamento y el distrito, máquinas de despotismo, el cantón y el municipio actuales, invenciones de los centralizadores a ultranza, no quedaba más que el individuo y éste debía asociarse como le pareciera. He ahí la justicia ideal. Así, pues, en lugar de municipios y provincias propuse yo asociaciones de producción y grupos formados por esas asociaciones (es decir, su espontánea conjunción en grupos). Renuncio a encajarte una descripción detallada del discurso: por lo demás, me parece que ha estado bien; tan sólo al final no he sido bastante explícito. Después de mí, vino Jaclard (un socialista que oscilaba entre Blanqui y Bakunín), quien con su voz breve y tranquila pronunció una formidable acusación contra la burguesía y terminó su discurso con palabras torpes y violentas que fueron muy mal acogidas. Por esto Chaudey, al contestarme de un modo confuso, quiso hacerme responsable de las palabras de Jaclard.» (p. 285) (147).

«Votación: 37 en pro, 77 en contra.»

Como quiera que esta fué la primera intervención pública de Reclus en una cuestión de ideas y también su primera declaración de principios desde el manuscrito de

(147) El discurso de Reclus fué entonces resumido así por el *Frankfurter Journal* (reproducido en el periódico berlinés *Zukunft,* de Johann Jacoby): «Reclus pide la supresión de todas las fronteras, la abolición de todos los estados, la libertad de todos los pueblos y, después de la destrucción del viejo edificio estatal, la organización de los Estados Unidos de Europa sobre el principio de la libre asociación»,—una referencia inteligente del contenido plenamente anarquista del discurso.

Montauban 1851, me parece digna de ser reproducida la amplia referencia del discurso que figura en la memoria del Congreso (148). El 24 de septiembre pronunció Gambuzzi un informe sobre la *Question fédérative* (cuestión federativa, ps. 197-202 de la memoria), después hablaron Amand Goegg, Elie Ducommun, Mroczkowski (ps. 211-213), Bakunín (ps. 214-235), los dos discursos impresos en un folleto aparte (*Discours...*, Ginebra, 1869, 23 ps.), y al fin Reclus (ps. 235-238) :

«Propongo dos enmiendas al proyecto de resolución. Primera, que las palabras «la autonomía de los municipios y las provincias» sean reemplazadas por las palabras «la autonomía de las asociaciones productoras y de los grupos formados por estas asociaciones». Segunda, que en el segundo apartado de la proposición se incluya la palabra «provisional» para indicar con esto que «el Congreso no puede proponer provisionalmente ningún ejemplo mejor que las confederaciones suiza y americana», etc.

«Estoy bien dispuesto a apoyar lo dicho por los dos ponentes (Gambuzzi y Goegg), y comienzo de buen grado con el grito del señor Gambuzzi al final de su informe : ¡ Viva la república federativa ! Sin embargo, me creo obligado a hacer algunas objeciones a su proyecto de resolución, el cual me parece poseer una falta, una especie de pecado original.

«Todos nosotros pedimos y queremos la destrucción de los estados, y, no obstante, nos servimos aquí de una forma que conserva los estados centralizadores. En medio de la aprobación general se ha hablado de la abolición de las fronteras, se ha dicho que las viejas patrias enemigas entre sí deben desaparecer para abrir paso a la gran

(148) *Bulletin sténographique du deuxième Congrès de la Paix et de la Liberté* (Boletín taquigráfico del segundo congreso de la paz y la libertad). Nunca pude dar con este libro hasta 1927, y ahora sólo conozco el ejemplar de María Goegg, que se halla en la Biblioteca de Ginebra y no llega más que a la página 256.

patria cuyos ciudadanos son todos los hombres. Yo apruebo esto de todo corazón y me pregunto ¿por qué hablamos aquí de los Estados Unidos de Europa? ¡Los americanos, los chinos y los habitantes de las islas del Pacífico son también nuestros hermanos, y lo que queremos fundar es la república federativa de toda la tierra! Ustedes hablan de la supresión de las patrias mismas y, sin embargo, dejan en pie las fronteras que existen entre ellas. Pero todas esas fronteras no son más que líneas artificiales impuestas por la violencia, la guerra, la astucia de los reyes, y sancionadas por la cobardía de los pueblos...»

Obsérvese aquí que Reclus tenía la más clara opinión que uno puede imaginarse sobre el carácter fatal de las *fronteras*. El adquirió esta opinión mediante la observación histórica de ciertas regiones *antes* de que fueran separadas por fronteras. *El Hombre y la Tierra* (1905-1908) contiene a este respecto pasajes clásicos. Así, por ejemplo, las descripciones de los Alpes y los Pirineos, donde antiguamente las poblaciones de ambas vertientes vivían en constantes y amigables relaciones a través de pasos y desfiladeros, hasta que vino a separarlas la fijación diplomática de la frontera, cada vez más acentuada fiscal y militarmente, determinando la despoblación de las comarcas fronterizas. Me remito a su comentario sobre las circunstancias en Briançon y Bardonnèche (Delfinado) y en los Pirineos (tomo V). En la p. 314 dice: «...La frontera representa únicamente para los gobiernos de ambos lados un motivo de desconfianza y un objeto de vigilancia, y los habitantes locales son considerados sólo como un estorbo para las operaciones de las autoridades aduaneras y de la estrategia. Lo mejor que puede hacer la gente allí domiciliada es marcharse de la región. Las barreras fronterizas levantadas por los celos y la enemistad, son la única causa de que durante medio siglo sólo se haya construído a través de los Pirineos una carretera y ningún ferrocarril. Doce trozos de líneas fueron comenzados en los

valles, esperando el día en que la última alianza de los pueblos permita perforar las montañas, sin cubrir de fortificaciones los lugares colindantes.»

«Los verdaderos intereses locales no pueden, evidentemente, ser comprendidos por lejanas administraciones en las grandes ciudades, donde nada recuerda los bosques, praderas y parajes montañosos...» Con gran belleza de estilo describe cómo allí *antiguamente* los habitantes de los municipios fronterizos de los dos lados concertaban por medio de *Facieres* (contratos) pactos de amistad por 10, 9, 7 y 5 años, que eran también válidos en tiempo de guerra; incluso el Tratado de Utrecht, 1713, reconoció esos contratos, los cuales fueron concertados hasta la Revolución francesa... (149).

El discurso de Reclus continúa así en la memoria del Congreso... «Pero yo pregunto, señores, si los franceses de Alsacia no quisieran ser franceses por más tiempo y deseasen unirse con los alemanes, si los vascos del norte de los Pirineos quisieran unirse con los españoles, hoy

(149) Ante estas modestas y razonables instituciones de un «pasado tenebroso» no se puede menos de pensar en la Europa actual, que, en 1919, fué cubierta de una masa enorme de *nuevas fronteras*, las cuales, según comprueba *ahora* uno de los más directos causantes de los tratados de 1919, el propio Lloyd George—véase su discurso en el «Queen's Hall», el 24 de octubre de 1927, ante la Liga inglesa de la Sociedad de Naciones—, fueron fijadas a base de informes insuficientes y han sido y son impuestas con terrible dureza.

Cierto que la frontera parece dejar de inspirar horror tan pronto como es establecida en nombre de la llamada «liberación nacional». A este respecto los mejores elementos, y Reclus mismo, se hallan en indisoluble contradicción, pues la «liberación nacional» trae consigo un «estado nacional» con nuevas fronteras, y la verdadera y *humana* especie de liberación, la convivencia civilizada de los hombres libres, no adelanta absolutamente nada con esto. Tan sólo cuando se quiera efectivamente esta última liberación desaparecerán las fronteras, de igual modo que no existieron nunca en las grandes ciudades, p. ej., entre los habitantes de las más distintas naciona-

libres (150), ¿en nombre de qué derecho se les podría impedir esto? Si Francia misma quisiera adherirse a Suiza ¡cuánto no nos felicitaríamos por ello, suponiendo, bien entendido, que con sus instituciones centralistas no fuera un muy temible regalo para la libre república!

«Y si las fronteras estatales dependen de la voluntad de los pueblos y deben ser modificadas conforme a sus deseos, lo mismo puede aplicarse a las fronteras, igualmente convencionales, que separan artificialmente los estados en diferentes provincias. En Francia, en Alemania, incluso en Suiza, las provincias son un resto de la propiedad feudal de duques, condes y barones; pero nosotros no reconocemos ya tal propiedad hereditaria. Todavía son comprensibles las divisiones basadas en la reforma agraria, pero tampoco éstas, lo mismo que las antes citadas, deben ser un obstáculo entre las poblaciones ni servir de fundamento a la organización de la sociedad. ¡No hay ninguna frontera natural; el océano mismo no separa ya a los países!

«Los departamentos, distritos y otras unidades administrativas son los peores instrumentos de despotismo que ha inventado el estado centralista. Ya saben ustedes cómo un hombre, cuyo nombre no se puede pronunciar sin experimentar cierta vergüenza y el cual ha impuesto su férreo cetro a todos los pueblos del siglo, procedió pa-

lidades, ni existen hoy tampoco, en la época de la más completa reacción desde los días de la Edad Media.

Una nota manuscrita de los últimos años de Eliseo dice: «Tema de artículo. Federación independiente de la división territorial.

Federación de las comunas morales, no de las comunas geográficas.

Federación de las sociedades.

Ya la Hansa.»

¡He ahí una ojeada lanzada a un porvenir inteligente y feliz!

(150) Durante el Congreso, el 22 de septiembre, se habían recibido las primeras noticias telegráficas sobre la revolución española (*Corr.*, I, pág. 281).

ra centralizar y oprimir en el sentido de sus ambiciosas intenciones. Tomó simplemente un compás e hizo una circunferencia sobre el mapa. ¡En el medio colocó un cuartel, las baterías, un general y un prefecto, y todos los hombres que se hallan dentro del círculo forman la masa que paga impuestos y suministra carne de cañón!

«Contemplen ustedes la Francia actual, el ideal del estado fuertemente centralista. En primer lugar se divide en las esferas de cinco mariscales, cinco mandos militares. Bajo los cinco mariscales se hallan los prefectos, después los subprefectos, todos los cuales obedecen por un lado y mandan por el otro. Una cascada de dignatarios, servil ante los superiores y arrogante para con los subordinados. Después vienen los adjuntos, los concejales, los subalternos y luego el pueblo que obedece y paga.

«Puesto que de este modo Francia se halla dividida en 40,000 municipios, satrapías habitadas por gente que paga y obedece, esta diseminación hasta lo infinito hace que haya municipios con 40, incluso con 37 habitantes que tienen un alcalde, concejales, un cura, que también es un empleado del gobierno, un sacristán y deán, todos funcionarios, todos representantes del despotismo, y quizá también algún guarda de campo, que mira a su alrededor para ver dónde puede gobernar (151).

«¿Y a quién encontramos bajo todos esos emperadores de menor cuantía? Al ciudadano, hoy oprimido, mañana libre. A él es necesario dirigirse para fundar la república social sobre su verdadera base. El es emperador y papa, y su causa, no la de algún señor de una capital lejana, es formar grupos con sus hermanos de la manera que mejor le parezca.

«¿Cuál será la nueva forma de la sociedad? Será la

(151) La introducción al Diccionario de los municipios de Francia, aparecida en agosto de 1869 (*Corr.*, I, pág. 274, otoño de 1867), cuya parte estadística fué elaborada por Elías, había suministrado a Eliseo un conocimiento especial de esas circunstancias.

asociación. Que los grupos se confundan o no con los límites de los municipios actuales, que abarquen varios de ellos o bien que, en una ciudad, se forme un número más o menos grande de asociaciones, es constantemente la libre voluntad de los ciudadanos la que decide sobre la formación de estas comunas siempre móviles. Estas se forman y se reforman con arreglo a la voluntad de los asociados; se desplazan con el trabajo, ora para edificar un barrio de ciudad, ora para construir una línea ferroviaria; incluso emigran, como lo hacen ciertas asociaciones en Rusia. Pero todas ellas están basadas en el trabajo.

«Se me dirá que, en una sociedad así organizada, no habrá lugar más que para los trabajadores. Es cierto. Los ociosos, los parásitos no podrán encontrarse allí a gusto. Sin embargo, suponiendo que éstos existan aún, no los mataremos como las fuertes abejas republicanas matan a los machos cuando ya son inútiles, pero la vida que se les otorgará será una vida de pura caridad, de tolerancia y de desprecio...»

A este discurso siguió una réplica del abogado bernés Théodor Beck, el cual combatió a Reclus de una manera ejemplarmente pedestre; después hablaron Jaclard y F. Kohn (que vivía en Ginebra); una carta del director del *Rationaliste* de Ginebra, Martín Boucher, recuerda su proposición, formulada primero en el *Confédéré* de Fribourg (27 junio 1866), de hacer un estado intermedio uniendo a Suiza, Holanda, Renania y Alsacia (18 septiembre 1868). Luego habla *Chaudey* contra Jaclard y Reclus. Chaudey no ha comprendido el ejemplo ruso de Reclus, que se refiere a los grupos de obreros, circulantes a veces, que forman los arteles, y divierte al Congreso con las «asociaciones nómadas» de Reclus «que van de ciudad en ciudad»—él parece haber pensado enteramente en las cuadrillas de gitanos—. «¡ Sí, tendremos comunas nómadas (aplausos prolongados) y eso será el modelo de una federación !...» Por último fantasea también sobre la

«propiedad colectiva nómada». Así, el que fué muchos años amigo y corresponsal de Proudhon dice ser federalista desde hace diez y ocho años y haber comenzado a serlo en Suiza... (152).

En los discursos de Demauler y F. Bütter (Ginebra) se interrumpe la parte de la memoria que me es conocida (p. 256). La resolución definitiva se halla contenida en los *Etats Unis d'Europe* del 30 de septiembre.

Sobre la comisión del Congreso que deliberó acerca de la resolución concerniente a la cuestión social—compuesta por Chaudey, Eliseo Reclus, Dr. Ladendorf (Zurich), Schmidt (de Colmar), Fribourg y Ch. Lemonnier—, cuenta Lemonnier algunas cosas en una carta-polémica (*Etats Unis*, 8 de noviembre); también escribió en el *Réveil* de París, donde Reclus quiso contestarle: «Pienso que Delescluze insertará mi carta.» (*Corr.*, I, ps. 305-306).

En su carta a Elías, Eliseo habla de una joven rusa, «el verdadero tipo de la nihilista», a la cual Joukovski, Rey y él disuadieron de la intención de pronunciar un discurso sobre la abolición de la familia.

El abandono de la Liga por la minoría se efectuó con gran cortesía de una y otra parte; con tal motivo hablaron Bakunín y Reclus. Después del banquete común «...Lemonnier vino a estrecharme la mano, lo cual creí no debía negarle...»

«En resumen, a juzgar por lo que me han dicho Wyrouboff, Bakunín y Rey, el Congreso de Berna ha sido infinitamente más serio que el de Ginebra. No ha sido algo sin pies ni cabeza, sino una batalla campal, en la cual nosotros hemos tenido, no la ventaja del número, pero sí la de poseer un plan y no entregarnos al azar.» Esto

(152) Elías Reclus habla de Chaudey en su *Commune de Paris* (1908), págs., 138-139: «Su pequeña muletilla política era el desmenuzamiento de Francia en doscientos cantones suizos»; por esto al comienzo le era incluso simpática la idea de la Commune.»

se refiere visiblemente al grupo íntimo de Bakunín, la *Fraternité internationale.*

De la minoría salida de la Liga se hallaban en esta intimidad—o ingresaron en ella en Berna y después en Ginebra— : Reclus, Rey, Charles Keller, Víctor Jaclard (que se mantenía algo distanciado), J. Bedouch y Albert Richard (Lyon). Estaban ausentes Elías Reclus, Naquet y Talandier ; no sabría citar otros nombres de franceses. Ahora se sabe por la propia descripción rusa de Bakunín, (1873), puesta de relieve por mí en mi primer biografía de Bakunín (1898-1900), que en las discusiones de los miembros de la Fraternidad sobre el ingreso directo en la Internacional (punto de vista de Bakunín) o la formación de una nueva sociedad pública, la *Alianza internacional de la democracia socialista* (con la sociedad secreta en su seno) ,como lo deseaban los franceses e italianos, prevaleció la última opinión y Bakunín se sometió. De los seis franceses difícilmente debieron participar en esto los recien venidos Bedouch y Richard, ni tampoco Jaclard ; así, pues, quedan Reclus, Rey, Keller, entre los cuales la voz de Reclus gozaba de gran influencia. Keller escribió el 27 de abril de 1905 (ps. 13-14 de *Pour les amis de Charles Keller...* París, 1927) : «Yo asistí en... a la sesión de constitución de la Alianza... Asistieron, además del promotor Bakunín, Eliseo Reclus, Jaclard, Arístide Rey, Fanelli, etc. Yo firmé quizá la protesta de la minoría, pero no me acuerdo. Escuché, modestamente sentado en un rincón, interesado sobre todo por la potente aparición de Bakunín, cuya enorme vitalidad y elocuencia de titán prehistórico me sumía en éxtasis.»

No se puede ir más allá en la descripción de estos acontecimientos como no sea por medio de la siguiente suposición. La carta del 11 de octubre (ps. 289-290), cuando Eliseo y Rey trabaron conocimiento con Malon y averiguaron por su conducto algo simpático sobre la Internacional—Eliseo escribió esto a Elías, el cual debería ha-

berlo sabido si le hubiera interesado la sección parisiense de la Internacional—pone de manifiesto la por muchos conceptos comprensible antipatía de Reclus contra la tendencia Tolain en el grupo internacionalista de París y su alegría al oir que una serie de hombres más hábiles y sinceros ha tomado ahora la cosa entre manos. Esto no lo sabía en Berna, y por lo mismo la idea de una nueva sociedad internacional con un programa más avanzado debió parecerle más acertada que el ingreso en una internacional que suponía dirigida, al menos en París, por la tendencia Tolain. Malon supo por Eliseo «que tú no eras el patriarca antisocialista y antirrevolucionario» que le habían pintado los elementos de la Internacional. «Creía que eras mi padre y te echaba en cara el haberme puesto el nombre de Eliseo como reminiscencia bíblica.»

Difícilmente puede ir más lejos que en este caso el divorcio y la despreocupación mutua que frecuentemente suelen surgir entre tendencias próximas. Por esto me parece muy probable que esa aversión de los medios republicano-sociales contra el círculo que se aprupaba en torno a Tolain fuera la causa indirecta de la fundación aparte de la *Alianza internacional*; pues la opinión de Reclus pesaba mucho en los pequeños grupos franceses y *debió pesar también en Bakunin*... (153).

(153) Aun cuando Kropotkín dice (*Les Temps Nouveaux*, 15 julio 1905) que Reclus perteneció a la Internacional desde el principio de 1865, etc., esto—comparado con esa carta del 11 de octubre—sólo puede significar que Reclus, como tantos republicanos de entonces, se hizo inscribir desde el primer momento en las listas de París, pero después de la dimisión de Lefort perdió la confianza en el republicanismo del grupo Tolain y no se volvió a preocupar de la Internacional. *L'Association* publicó en los primeros meses de 1865 (I, pág. 190) una breve carta de *Henri Lefort*, el cual figuraba entre los accionistas del periódico (I, págs. 20-21): dice haber sido uno de los fundadores de la A. I. T.; «en los últimos tiempos creí deber declarar al Comité que ya no pertenezco a la Asociación internacional y que en el porvenir, a pesar de conservar mis más fraternales simpatías por ella, pienso permanecer completamente ajeno

Reclus no tomó parte en las deliberaciones de la *Fraternité* y de los fundadores de la *Alliance,* proseguidas en Ginebra ; su carta indica su inmediato regreso de Berna a sus trabajos de París : *Bedouch* pudo más tarde informarle de palabra sobre muchos extremos. Este último era un socialista tranquilo, de tendencia moderada, el cual vino de Toulouse a París en 1852, participó en las sociedades secretas y simpatizó con los fusionistas ; después fué marido de la viuda de Louis de Tourreil. Trabajaba como zapatero y fué nombrado gerente de la cooperativa de producción de los zapateros, fundada el 1.° de abril de 1864 ; esta última circunstancia le llevó a trabar conocimiento con los hermanos Reclus. El capitán ruso V. Oserov, que se hallaba en el extranjero desde 1866—en Rusia había establecido relaciones conspirativas polacorrusas y le unía una amistad especial a Jaroslaw Dombrowski, el que más tarde fué jefe militar de la Commune—se hizo en París obrero zapatero y aprendió el oficio y trabajó en la asociación productiva de Bedouch. Por mediación de éste conoció en 1867 ó 1868 a Reclus y llegó a ser después en Ginebra, principalmente en 1870, cama-

a lo que en su nombre sucede en París». Esta declaración de un republicano probo, que no apareció sólo en *L'Association,* bastó para enemistar a los medios republicanos de la Internacional de París y en ello persistió Reclus hasta entonces—en caso de que efectivamente se hubiera hecho inscribir en las primeras listas—, como lo demuestra su carta del 11 de octubre de 1868. Pero tampoco existe ninguna prueba de que en 1868 ó 1869 haya pertenecido a la sección parisiense de la Internacional ; perteneció al grupo parisiense de la Alianza y esta relación se fué debilitando o se interrumpió por completo (v. cap. X). H. Jung declaró el 15 de febrero de 1866, en nombre del Consejo Central, que la sección de París estaba compuesta «de obreros de todos los oficios y de varios centenares de miembros de la asociación del «Crédit au Travail». Béhize... forma parte de ella también... ; Limousin... es secretario de la gerencia del periódico *L'Association...*» (carta al *Echo de Verviers*). Así es posible que no hubo una ruptura entre cooperadores e internacionales, pero la carta de Lefort no debió dejar de producir efecto entre los republicanos verdaderamente militantes.

rada íntimo de Bakunín. Entre los accionistas de la *Association* observamos ya a N. Utin (1866); su amigo *Anton Trusov* (y la conocida de Utin, señora *Olga Levashov*) conocía entonces también a Bedouch, y por este último conoció Reclus a Trusov (154). Esto explica cómo llegó Bedouch al círculo de Bakunín en Berna. De igual modo *Benoît Malon,* en su calidad de gerente de una asociación en Puteaux, cerca de París, entró en relaciones comerciales y, como Reclus creía, sinceramente amistosas con el *Crédit au Travail,* Béluze, Davaud, etc., y trabó conocimiento personal con Reclus y Rey el 11 de octubre de 1868. Poco más tarde se dirigió a Suiza, donde además de en el círculo de Bakunín, que le acogió con gran confianza—Eliseo debió describirle con igual simpatía que en la carta a Elías, p. 289—, se sintió también especialmente a gusto en la esfera de Utin y sus partidarios, de manera que, ya en los primeros meses de 1869, Bakunín se dió cuenta de su naturaleza inconstante y dudosa (155).

Aristide Rey (nac. en 1834 en Grenoble, muerto en 1901) participó en muchos movimientos radicales y librepensadores de aquellos años; fué un librepensador consecuente, pero nunca un verdadero socialista y, según me dijo Reclus en una ocasión, tenía una naturaleza siempre insatisfecha, nunca ejecutaba completamente una cosa y era en primer lugar pensador y de ningún modo revolucionario. Ch. L. Chassin, Naquet y Wyrouboff, los cuales me fueron citados por Joukovsky como miembros también de la Fraternidad, fueron cada uno por su camino

(154) Carta a Elías, 11 de octubre de 1868: «Albert (Oserov) es hostigado constantemente por la policía. Quizá será expulsado un día de estos. Entre los motivos de acusación se le ha preguntado si es verdad que nos conoce.»—Antoine (Trusov) aparece en las cartas a Albert Richard (v. cap. X).

(155) Véase extractos de la carta de Malon, 16 de julio de 1870; a principios de 1869 pasó éste dos semanas en casa de Utin y sus damas; nota 1,634 de mi primera Biografía de Bakunín.

después del Congreso de Berna (156). Parece ser que Malon ejerció pronto influencia sobre Bedouch (según Tucci); Bakunín consideraba entonces sólo a Albert Richard como un adepto completamente adquirido (157). A todos éstos venía a agregarse aún el ingeniero Charles Keller, llegado de Mulhouse a París en 1868; vivía en el medio de los jóvenes republicanos y era amigo de los hermanos Reclus y de Rey, pero también le conocían los rusos que en París se relacionaban con Utin; en suma un hombre de valor, que permaneció fiel a sus ideas libertarias, aunque pronto se vió absorbido por las cuestiones nacionales de su país alsaciano, patriota e internacionalista a la vez, como lo fueron más o menos todos los internacionalistas de aquella época.

El círculo parisiense de personas más o menos ligeramente unidas con Bakunín desde 1867 guarda, pues, por entero relación con Eliseo Reclus, pero dicho círculo no era grande, y de igual modo que los hermanos Reclus conservaron su independencia—no necesitaban las ideas

(156) Véase *La Démocratie* a partir de noviembre de 1868: *Religion, Propriété, Famille,* de Naquet, 1868; 3.ª edición, Bruselas, 1877, XII, 4, 351 págs., 18.º, y la vida ulterior del mismo, que hizo a Reclus acoger con visible escepticismo—a pesar del tono amigable de su carta (mayo de 1903)—su muy tardía vuelta a las ideas libertarias con el libro *La Anarquía y el Colectivismo*; (*Corr.*, III, páginas 256-257).—Wyrouboff escribió *Le Congrès de Berne* en la *Philosophie positive,* oct.-nov. 1868; también separado, 13 págs., octavo grande.—Sobre Chassin (1831, Nantes-1901), v. *La Rév. fr.*, tomo 41, págs. 97-104.

(157) Richard había trabado conocimiento con Rey durante su viaje a Berna, y, por mediación de éste, con Bakunín. Según la *Corr.*, I, pág. 281, Elías Reclus conocía ya entonces a Richard. Si Elías había visitado el Congreso de Bruselas, pudo haber conocido allí a Richard, el cual asistió como delegado.—Malon se hallaba a la sazón en la cárcel de Sainte-Pélagie y firmó la declaración de los internacionalistas presos (17 de septiembre de 1868) contra la actitud hostil del Congreso de Bruselas, dictada por Marx, contra la Liga de la paz y de la libertad (*L'Internat.*, I, págs. 68-69); también esto debió impresionar simpáticamente a Reclus.

de Bakunín, ya que ellos tenían ideas propias semejantes—también los demás, que conocían tan poco a Bakunín, permanecieron en el marco de sus propias opiniones y se alejaron pronto de Bakunín, en vez de acercarse a él. A la Internacional conducía desde el 11 de octubre un puente muy débil, que pronto se derrumbó, por medio de Malon en París, mientras que Bakunín mismo comenzó entonces relaciones intensas con Lyon y Marsella y pudo abrigar esperanzas de un mejor éxito hasta la primavera de 1870.

Se observará que todas estas relaciones fueron flojas, cortas y nada amplias. Por importantes que parecieran a Bakunín, el cual debía conformarse con esto y no podía actuar directamente en París, para los parisienses, también para Reclus, no pasaron de ser un episodio: estos últimos sabían que la lucha próxima debía ser reñida en París, con los grandes medios capaces de hacer salir a toda una población a la calle para manifestar su voluntad, y ejecutarla; sabían, además, que a este respecto sólo podían discutir académicamente con Bakunín, mas no deliberar prácticamente. Por esto Reclus siguió su propio camino, observando los grandes acontecimientos y prestando alguna atención a esas pequeñas cuestiones de organización íntima, pero no dejándose absorber nunca por ellas.

X

DE LA VIDA DE ELISEO RECLUS DESDE OCTUBRE DE 1868 HASTA EL VERANO DE 1870, COMIENZO DE LA GUERRA FRANCO-ALEMANA (PARÍS Y VIAJES)

En los últimos meses de 1868 se inicia—en relación con lo expuesto en el capítulo precedente—una cierta actividad del grupo parisiense, el cual debía ser precisamente la base y el tronco de la serie de grupos de la *Alianza* internacional, pública y secreta, que había de extenderse por todo el país. Dadas las circunstancias de entonces, coincidió aquí lo público y lo secreto: se celebraban reuniones privadas de un círculo cerrado, en las cuales se discutían las posibilidades de expansión y con cuyos miembros principales correspondía Bakunín.

Una carta inédita de Reclus a Albert Richard (París, 13 de diciembre) (158) manifiesta: «...Me alegro de saber que trabajas en la organización de una federación nacional de los grupos internacionales. En cuanto a mí, acabo de levantarme de una fuerte gripe y no sé mucho de lo que pasa. Unicamente sé que en Inglaterra la Internacio-

(158) La misiva trata además en gran parte de una carta redactada por Rey, y, según parece, firmada también por Reclus, que apareció en la *Réforme*, órgano de Vermorel, y de la polémica desarrollada en un largo artículo del *Excommunié* de Verlet sobre cuestiones relacionadas con el Anti-Concilio de Nápoles.

nal se ha puesto a la cabeza de una «Liga para la nacionalización de la tierra». El 24 de diciembre (París, rue des Feuillantines): «Ayer vi a los amigos Antoine (Trusov) y los demás...» Las acusaciones locales contra Richard en Lyon (un asunto harto tratado en otros escritos) no produjeron ninguna impresión, «...no nos ocuparon ni siquiera 20 segundos: conocemos ya bastante las malas artes de nuestros enemigos para que nos dejemos engañar así. Jacques (desconocido ¿quién puede ser?) estuvo en nuestra reunión y no nos dijo que había recibido una carta malévola sobre ti... Pronto volveré a ver a Antoine y le diré que te envíe su dirección, que yo mismo no conozco exactamente...»

Desgraciadamente las cartas de Bakunín a Richard (159) hablan del grupo de París con nombres supuestos, convenidos de antemano, que no se pueden aclarar con toda seguridad. El 4 de diciembre: parece ser que las reuniones en París se celebran los días 10, 20 y 30 de cada mes (sobre lo cual Bedouch me dijo en una ocasión que la regularidad no llegó a ese grado ni mucho menos). Se discute acerca de su separación de tal tendencia. El 11 de diciembre vuelve a prevenir a Richard contra la influencia blanquista y le aconseja un cambio de impresiones sobre esto con los parisienses. Que en estas cartas se trata de grupos de la Alianza, lo demuestran las palabras de Bakunín: «... ¿Cuál es la organización (en

(159) Las mismas están ahora en Moscú y han aparecido en dos traducciones rusas (en *Petschat' i Revoliucija*, 1926, y en *Archiv. K. Marksa i F. Engel'sa*, III, 1927), las cuales en la lectura de los manuscritos y en las explicaciones no son tan correctas que puedan ofrecer completa confianza. Yo conozco los originales desde 1901 y de mis copias han sido tomadas las partes introducidas y explicadas en *L'Internationale* de Guillaume, en las *Ges. Werke*, de Bakunín, III, 1924, y en *Obras completas*, I (Buenos Aires, 1924), y todas las cartas de agosto y septiembre de 1870 se hallan allí, en mi opinión, correctamente impresas, traducidas y explicadas. A. Ricdard ha muerto en junio de 1925, según *Archiv*, III, pág. 341, nota 2.ª.

Lyon) a que pertenecen los miembros de la Alianza? Porque espero que no se habrán dado de baja en la Internacional; esto sería muy enojoso, pues la Internacional es la base incondicional sobre la cual sólo podemos y debemos construir, ya que une a todos los trabajadores de la tierra en el terreno práctico, mediante la verdadera solidaridad de sus intereses cotidianos...» En Lyon existía la Internacional desde hacía algunos años y Richard y sus camaradas estaban organizados en ella. Del pequeño grupo de París, en tanto que podemos apreciarlo, sólo Malon pertenecía a ella de un modo militante; lo que hacían los demás es desconocido.

Después de la crisis en la *Fraternité* y un corto viaje de F. (Fanelli) a Lyon, escribe Bakunín el 14 de abril de 1869 ya bajo la impresión de la separación de Malon y de la polémica teórica contra la señora André Léo en la *Egalité*. Este periódico había recibido de París las adhesiones de Malon, Eugène Varlin y Eliseo Reclus como futuros colaboradores (número-prueba del 19 de diciembre de 1868; Ginebra); el ginebrino Charles Perron, que entonces actuaba fervientemente en el sentido de las ideas de Bakunín y fué el primer redactor de la *Egalité*, estuvo en diciembre para asuntos personales en París, donde en primer lugar trabó conocimiento con Reclus. El 27 de febrero anunció la *Egalité* la colaboración de *André Léo* (señora Champseix), la cual en aquel tiempo renovaba la tradición de las novelas sociales escritas 25 años antes por George Sand mediante novelas con una ligera tendencia socialista como *Un mariage scandaleux* (1868), *Aline-Ali* (1869) y otras. Pero entretanto el 20 de febrero la *Egalité* había ya combatido duramente, por la pluma de Bakunín, a «un nuevo órgano del socialismo burgués» que aparecía en lengua francesa en Mannheim (*Oeuvres*, V. ps. 18-22); a este respecto Bakunín lamentaba ver anunciados como colaboradores a «nombres queridos y apreciados como el del señor Elías Reclus, a

quien hasta aquí habíamos considerado como un socialista francamente del pueblo, y de igual modo los de los señores Bebel y Liebknecht, inteligentes y celosos representantes de la causa obrera en el norte de Alemania...»

En respuesta a esto apareció el 27 de febrero una carta de Eliseo Reclus (*Oeuvres*, V, p. 23), declarando que la inserción del nombre Reclus en el prospecto del periódico de Mannhein había sido hecha sin autorización; él mismo había negado la colaboración y Elías había hecho otro tanto después. Pero después se le hizo ver que la carta «imprecisa y dilatoria» de Elías podía ser mal interpretada, y retiró las palabras «mentirosa afirmación» empleadas contra el periódico de Mannheim (20 marzo; p. 24).

La *Egalité* publicó una larga carta de la señora André Léo a Perron (París, 2 marzo), a la cual éste respondió con una refutación, visiblemente revisada por Bakunín, en la que rechazaba a fondo los puntos de vista de la primera (*Egalité*, 13 marzo; ps. 25-34). Dos réplicas de la autora y de Elías Reclus, Louis Kneip, A. Davaud y Albert, zapatero (Oserov)—Eliseo no estaba entonces en París—no fueron insertadas; «... estas dos cartas están inspiradas por el mismo espíritu de conciliación para con esa buena clase burguesa... y de protesta contra la tendencia de nuestro periódico, porque ha enarbolado la bandera de la política abierta del proletariado y no quiere consentir ninguna negociación...» Las huelgas de Ginebra son señaladas como causa de no haber tomado en consideración dichas cartas; en artículos ulteriores, *Les Endormeurs*, etc., comenta Bakunín detenidamente el socialismo burgués, pero sin hacer alusión a las citadas personas de París (160). Sólo el 10 de abril la *Egalité*

(160) Renuncio a citar aquí extractos, ya que todos los pasajes se hallan en las *Ges. Werke* (Berlín, 1923-24).

comunica que la señora André Léo no volverá a colaborar.

Entonces escribió Bakunín a Albert Richard (14 abril 1869, Ginebra): «... Habréis observado la polémica entre la *Egalité* y la señora André Léo, a quien apoya el señor Elías Reclus. Pero lo que no imagináis es que Malon toma partido por la señora André Léo y el socialismo burgués de toda su sociedad.—Ha llegado incluso hasta el extremo de intimarnos a que retiremos el juicio tan severo, pero tan justo y al mismo tiempo tan cortés, que hemos pronunciado contra ella—. Debo confesarle, querido amigo, que después de la visita que nos ha hecho Malon, las habladurías que se permitió y, por otro lado, sus debilidades completamente platónicas por los desatinos del bello sexo me han hecho perder toda fe en él y ninguno de nosotros le considera ya como de los nuestros. Se le puede seguir utilizando, es cierto, pero sólo bajo la condición de mantenerle fuera de nuestro círculo. El es, sin quererlo y sin saberlo, una naturaleza de traidor, traidor por debilidad y vanidad...» Las relaciones de Malon con la señora André Léo deben datar de 1871; según mis datos, él no laboró abiertamente por las ideas especiales de ella ni en 1869 ni más tarde, sino que más bien se puso al lado de los elementos revolucionarios de la Internacional, cada vez más activos a partir de 1868, y esto hizo que recuperase en la primera mitad de 1870 la consideración política de Bakunín, el cual pareció hallar entonces explicaciones psicológicas indulgentes para el resto de su naturaleza. El 7 de febrero de 1870 escribió a Albert Richard: «... Sin embargo no es preciso rechazarle por completo, pero se le debe tener en la membrana exterior que envuelve nuestro corazón sin dejarle penetrar en el corazón mismo.» Y el 3 de mayo de 1870 a Perron: «... Sin duda no has olvidado que Malon, después de haber asegurado por su honor que de las divisiones entre nosotros (1869) no contaría nada a Ri-

chard, hizo precisamente todo lo contrario, y me permito señalar que a causa de esto tú te indignaste tanto como yo e incluso me dijiste varias veces que Malon era un carácter demasiado impresionable y débil. Mis invectivas contra él no fueron más lejos. Tú sabes que nunca dudé de su talento ni de la pureza y fervor de su pasión por la causa....» Como Bakunín recuerda, en enero-febrero de 1869 Perron, Joukovski, Mroczkowski, la princesa Obolenska y Malon habían intentado formar un centro de acción al margen de Bakunín... En 1871 tuvo Perron una experiencia muy amarga con Malon, y así sucedió a cada uno, incluso a Eliseo Reclus y a la señora André Léo; por fin llegó un día en que ésta ya no era defendible.

Cito esto principalmente porque esas circunstancias fueron causa de que Reclus, que siempre estimó a la señora André Léo, la cual durante tanto tiempo juró ciegamente por Malon, averiguara por ésta indirectamente, en los años 70 y siguientes, muchas cosas sobre la Internacional, etc., presentadas *tal* como Malon deseaba que fueran sabidas, y aun cuando él examinaba todo esto en general, pudo, no obstante, haber sido infiuenciado su juicio, particularmente en lo que se refiere a personas y cosas. Con Malon penetró en ese medio además del elemento marxista enemigo, que al menos fué reconocido en seguida como adversario, un veneno taimado que infirió daños y produjo repetidamente víctimas, a pesar de que muchos estaban advertidos.

Como quiera que entonces Elías Reclus y Bakunín rompieron por completo, y que la vida tranquila de Eliseo en París se vió destruída en ese mismo período por la muerte de su mujer, después de la cual éste vivió largo tiempo lejos de la capital de Francia, y dado además que Bakunín había roto naturalmente con Malon, el grupo parisiense de la Alianza debió, por consecuencia, dejar de existir en la primavera de 1869, ya que en esa época

se manifestó la imposibilidad de que la Alianza continuara funcionando públicamente y la Internacional y las cámaras sindicales hacían grandes progresos. Ignoro como se condujo Bedouch (161). Arístide Rey sirvió de mediador durante el Congreso de Basilea, previa conversación con Bakunín y Guillaume, para organizar en su casa una reunión de estos últimos con *Varlin,* el cual declaró que las ideas del círculo de Bakunín que le había expuesto Guillaume eran las suyas, y desde entonces permaneció en contacto con Guillaume. (*L'Int.*, I, ps. 214-215). Rey ayudó también a Bakunín en el asunto del *Réveil* en octubre de 1869. *Ges Werke,* III, ps. 154-163.

Eliseo cuenta a Elías en su carta de Londres del verano de 1869, antes del Congreso de Basilea, que ha asistido a una sesión de la Internacional (*Corr.*, I, ps. 333-334). Sin duda debió permitírsele presenciar en calidad de visitante una de las reuniones del Consejo general, cosa que era muy corriente. La voluntad, tranquilamente manifestada por los socialistas ingleses, de nacionalizar (socializar) una parte tras otra de la riqueza social le impresiona grandemente (162).

El proceder de la *Egalité,* rudo si se quiere, pero teóricamente incontestable y personalmente de una frialdad cortés, había sido originado por el profundo desengaño que sufrió Bakunín respecto a la actitud de Elías

(161) Este figuró entre los militantes durante el sitio y la «Commune». Su nombre se encuentra, p. ej., en el cartel de los delegados del distrito XX de París, que apareció a fin de noviembre de 1870 y concluye: «¡Paso al pueblo! ¡Paso a la «Commune» !»; también lo firmó Aristide Rey (*Murailles rév.*, I, 1874, págs. 490-491) —y en el Comité central, p. ej., *Cri du Peuple,* 4 de abril de 1871.— Huyó a Nueva York y permaneció allí hasta la amnistía. Entonces fueron destruídos en París todos sus papeles, incluso las cartas de Bakunín.

(162) A esto debía referirse lo que Kropotkin, dudando él mismo, manifestó en *Les Temps Nouveaux,* 15 de julio de 1905; la carta permite apreciar la verdadera forma en que esto se desarrolló.

Reclus ante la revolución española. De Italia, Francia y España podía salir una revolución mundial, un nuevo 1848. La revolución italiana, preludiada por Pisacane y Rosalino Pilo y dada a luz en 1858-60 por Orsini, Cavour, Napoleón III y Garibaldi, había terminado en realeza y poder burgués, y a fines del decenio 1860-1870 Mazzini y Garibaldi habían perdido su pedestal de grandes; era evidente que sólo un movimiento social-revolucionario podía traer un cambio, y en la organización de tal movimento contra el nacionalismo todopoderoso trabajó Bakunín, incansablemente desde 1864 con éxito variable y teniendo que hacer frente a las mayores dificultades, hasta que al fin en 1872 pudo formarse la Federación italiana de la Internacional. Comparativamente él hizo en Italia lo que Lassalle había realizado en Alemania: apartar a los trabajadores del nacionalismo burgués para organizar la lucha social contra la burguesía.

La revolución militar española de septiembre de 1868, que derribó a la reina Isabel II, ofreció al principio las más diferentes posibilidades de desarrollo ulterior, desde una monarquía constitucional hasta una república pronunciadamente federalista y una revolución social. El mensaje de la Internacional de Ginebra a los trabajadores de España (21 octubre 1868), redactado por Perron y Bakunín, ponía en guardia a los obreros contra una colaboración con la burguesía, a fin de evitar una repetición de las turbias experiencias de 1848 en París, y exclamaba: «... ¡No os dejéis desarmar, antes al contrario, armaos y arrancad esas reformas, permaneciendo en estado revolucionario hasta que las hayáis conseguido!...» En este sentido debió actuar el delegado enviado a España por la *Fraternité Internationale*, Giuseppe Fanelli, quien en su conocido viaje organizó los primeros grupos en Madrid y Barcelona, los cuales aceptaron enteramente el programa de la *Alianza* e inspiraron desde el principio con estas ideas del colectivismo anarquista las secciones espa-

ñolas de la Internacional constituída por ellos. Esta fué una iniciativa singularmente feliz, y Fanelli supo hallar también camaradas muy hábiles y excelentes. El especial conocimiento de las ideas federalistas de Proudhon en España, el espíritu de asociación, bastante desarrollado en Cataluña, el odio a la religión de los jesuítas y las experiencias de luchas revolucionarias y organización clandestina desde hacía varias generaciones facilitaron la obra de Fanelli y aseguraron su continuación por parte de los mismos trabajadores españoles.

Pero esta no era, al menos según el concepto de Bakunín, toda la misión de Fanelli, Bakunín pensaba involuntariamente en lo que él en persona habría hecho si hubiese ido a España al día siguiente de la revolución : habría intentado, sin duda, agrupar elementos para proseguir inmediatamente la revolución. Si lo habría o no conseguido es lo mismo para el caso ; pero de todos modos él lo habría intentado, mientras que Fanelli, según nuestros datos, no lo intentó ni siquiera una vez por buenas razones, ciertamente, aunque también porque a él, como a todos los demás, le faltaba el impulso que llevaba a Bakunín a acometer incluso lo imposible. Pero Fanelli se mantuvo concienzudamente en el terreno de las ideas de la *Fraternité* y del mensaje del 21 de octubre y, no sólo no prestó el menor apoyo a la burguesía, sino que puso en guardia contra ella a los trabajadores revolucionarios que supo encontrar.

Elías Reclus y Arístide Rey fueron a España por su propia cuenta, sin ser portadores de ninguna misión de la *Fraternité,* pero eran miembros de la misma y como tales, según la opinión de Bakunín, estaban moralmente obligados a representar sus ideas o cuando menos a no proceder contra ellas. Estos se reunieron con Fanelli y su viaje se realizó satisfactoriamente hasta cierto punto. Elías Reclus tenía amistad con Fernando Garrido, cuya actividad en pro del federalismo y la asociación respon-

día a la suya propia en París, sólo que la suya poseía en el fondo una profunda convicción socialista—que precisamente le colocaba al lado de Bakunín y Eliseo—, mientras que Garrido, aunque simpatizaba también con el fourierismo, no se sentía, sin embargo, separado interiormente de la burguesía republicana.

Fanelli fué presentado por Elías Reclus a sus amigos españoles y esto favoreció su actividad, que, tan pronto como fué posible, tendió a adquirir contacto con trabajadores revolucionarios y hacer ver a éstos lo acertado de las ideas de la *Fraternité*, procurando apartarlos de toda colaboración con la burguesía republicana. Este era para Fanelli un proceder completamente natural y lógico: él no se creía obligado a tratar con excesivos miramientos a esta burguesía por el hecho de que tenía que agradecer a las relaciones de Elías algunas recomendaciones y el haber trabado conocimiento con cierto número de obreros. Pero Elías Reclus vió en la conducta de Fanelli una indelicadeza para con sus amigos españoles y de ahí surgió el rompimiento completo. Todavía en 1895, cuando yo le vi en Bruselas, comparaba el maquiavelismo del italiano y la indulgencia del ruso Bakunín, que en ese proceder sólo veían astucia política permitida contra el adversario, con el caballeresco punto de vista del francés, que despreciaba tal astucia. Elías persistió en este juicio y se divorció para siempre de Bakunín, cuyo carácter tuvo por inferior a causa de su aprobación de la conducta de Fanelli.

Ignoro si acerca de esto hubo explicaciones escritas entre Elías Reclus y Bakunín. De todos modos, después del regreso de Fanelli a Ginebra, Bakunín se informó detalladamente de las impresiones del mismo y el resultado fué su crítica de lo sucedido en España en un documento que comentaba y motivaba la disolución de la *Fraternité*,

documento que yo di a conocer en 1899 (163). En él manifiesta:

«... Algunos de los nuestros fueron a España, y, en vez de preocuparse de la agrupación de los elementos socialistas, que allí—tenemos de ello pruebas materiales—son ya muy numerosos, tanto en la ciudad como en el campo, y se hallan bastante desarrollados, hicieron mucho radicalismo y un poco de socialismo burgués...» (Omito una refutación de este punto de vista.) «...Estos hermanos olvidaron la finalidad que tenían ante sí o que al menos debieran haber tenido, se adhirieron a la causa de ese pobre republicanismo burgués, que tan impotente y ruidosamente se agita en España, lo defendieron en periódicos españoles y franceses y fueron tan lejos en el menosprecio de nuestros principios que llegaron a prestar su concurso para tentativas de aproximación a Espartero y, en caso necesario, a Prim inclusive...» (Sin fecha; fin de febrero o marzo de 1869.)

Así, pues, lo que Bakunín escribió el 20 de febrero y el 2 de marzo en la *Egalité* apareció bajo la impresión inmediata de estos sucesos; Fanelli estaba en Ginebra y el 27 de febrero había informado de su viaje a España a la sección de la Alianza. Eliseo permaneció al margen de todo esto, pues el 22 de febrero murió su mujer, de manera que la carta suya aparecida el 27 de febrero en la *Egalité* debió haber sido escrita en un terrible estado de ánimo. Queremos suponer que Bakunín no debió saber entonces nada de lo ocurrido.

La carta de Eliseo a Elías en Vascoeuil (octubre 1868; *Corr.*, I, ps. 292-293) prueba que el último comunicó a Eliseo su intención de realizar el viaje, cosa que éste juzga

(163) *Michael Bakunin.* Eine Biographie, II (1898-1899), páginas 277-278. Yo he recibido este documento, cuya escritura es de Perron, de manos de Eliseo Reclus. No puedo decir si éste (o Elías) lo conservó desde 1869; también pudiera haberlo recibido de Perron mucho más tarde.

de un modo pesimista. No se oía nada de Garrido, los militares parecían ser dueños del poder, en París había mucho que hacer para preparar las futuras luchas; los movimientos sociales en Europa central «... son crujidos sordos que presagian una revolución mucho más importante que la de España». Precisamente entonces se hallaba Gambuzzi en París, y cuando Eliseo escribe al final de la carta: «Si vas a España, él será uno de tus mandantes», Elías debió comprender que, con esto, se hacía alusión a la *Fraternité*. ¿Supo Bakunín por Gambuzzi la intención de Elías? ¿Escribió él después a Elías y también a Eliseo? De todas formas, Eliseo escribe a su hermano (ps. 294-295): «He enviado tu carta a Miguel, pero antes de recibir una respuesta, he averiguado que varios tienen la intención de ir a España; Arístide (Rey) quizá, y quizá también nuestro amigo Fanelli. Miguel (Bakunín) deseaba que yo fuera, pero he contestado con un no muy categórico.»

Rey quería ser portador de un mensaje firmado a la vez por la Internacional, los republicanos rojos y los librepensadores. «Hallar el medio de reunir a estos tres grupos me parece muy difícil. Mañana veré a Delescluze...»

«... ¿No te parece que la revolución se transforma rápidamente en una dictadura militar? Mucho me lo temo. ¡Que las juntas locales se apresuren a crear hechos positivos en gran número! Pues mañana sería demasiado tarde.»

Las cartas ps. 303-319 contienen muchas particularidades sobre el viaje a España que debo pasar por alto. Eliseo escribe a principios de diciembre (ps. 315-316): «... Soy de la opinión de Rey: el partido republicano sólo puede triunfar por la audacia revolucionaria. Si hace transacciones y compromisos, está perdido. De todas maneras, es probable que los republicanos sean derrotados (en las elecciones); ¡que al menos tengan el mérito de ha-

ber sido francos en el combate !...» Se recibe la impresión de que Eliseo consideraba necesario, más que Elías, el empleo de procedimientos enérgicos, pero tales juicios desde lejos suelen tropezar con obstáculos en el lugar de los acontecimientos. Los artículos informativos enviados por Elías a la *Revue politique et littéraire* (de Barcelona el 1 y el 15 de noviembre, de Valencia el 22, de Málaga el 29 ; de Alora, villa montañesa en la provincia de Málaga, el 6 de diciembre ; de Málaga el 7, de Madrid los días 26 y 29 de diciembre y el 4 de enero) son muy dignos de ser leídos ; no conozco más de él ni tampoco lo que escribió Rey. Su discurso en Sabadell, donde, al concluir, Garrido y Elías Reclus se abrazaron fraternalmente a instancias de Ruban Donadeu, demuestra su alegre participación en manifestaciones de los republicanos federalistas.

Se ha conservado una pequeña carta de Eliseo a Bakunín, enviada por Bakunín el 2 de noviembre, de Ginebra a Gambuzzi, la cual dice así :

«Mi querido amigo : Hoy por la mañana me he enterado de que la dirección de Pierre (Elías) es : Fonda del Universo, calle Boquería, 28, Barcelona. Arístide (Rey) está también con él. La Fonda de la Italia, que yo les había indicado a ellos y a Beppo (Fanelli), no existe ya. Así es que Beppo se quedará perplejo cuando llegue, pero recuerdo que le di una segunda dirección y además, qué diablo, uno es inteligente y sabe arreglárselas. El amigo Fernando (Garrido) es conocido por todo el mundo en Barcelona, mas yo no sé su dirección exacta.

»Ayer recibí una carta de Beppo, que todavía estaba en Nápoles, pero quería partir para Florencia. Supongo que a estas horas habrá llegado ya a su destino.

»Por aquí nada nuevo.

»Tu amigo, Paul E. R...»

En la cuestión entre Elías y Fanelli, Eliseo debió compartir el punto de vista de su hermano, si es que verdaderamente Fanelli obró con falta de tacto. Su duelo y la larga ausencia de París impidieron de por sí una intervención directa en el asunto, en caso de que hubiera tenido la intención de adoptar una actitud al respecto. Bakunín vió a Rey en el Congreso de Basilea y debió enterarse por él de todo lo relativo al caso. De todos modos, cuando, en los primeros días de febrero de 1870, puso en juego todas sus relaciones a fin de organizar una resistencia en la prensa contra las persecuciones de los revolucionarios rusos, escribió también a Eliseo Reclus y contaba con que éste prestaría su concurso en París (carta a Ogarev, ruso, 18 febrero 1870; también 22 y 23 de febrero). Por lo demás, parece ser que durante más de dos años no cruzaron ninguna carta y Bakunín debió sentir tanta extrañeza como alegría cuando el 11 de abril de 1872 Eliseo le visitó de repente en Locarno; «llegada inopinada de Eliseo Reclus», anotó en su diario.

La señora Clarisse Reclus (nacida en 1830), enferma desde fines de 1868, murió el 22 de febrero de 1869, pocos días o semanas después de dar a luz una niña, Ana, que falleció «luego de haber vivido a medias durante diez y seis días. Nosotros teníamos esperanzas, pero por ignorancia solamente, pues para el médico estaba condenada al nacer. La madre había sufrido demasiado durante el embarazo, para que la niña pudiera vivir» (carta sin fecha a Pierre Faure). La señora Clarisse murió de una enfermedad del pecho, rápidamente agravada. Esto intranquilizó grandemente a Eliseo en lo tocante a la salud de sus dos hijas y se trasladó con ellas al mediodía de Francia, donde pensó instalarse por una parte del año en algún lugar del extremo Sur. Dejó a Jeannie en casa de su hermana María, en Nimes, y a Magali en casa de los abuelos, en Orthez (carta del 24 de marzo; Orthez); entonces abrigaba el propósito de ir a vivir con su hermana más joven,

Joana, y las niñas a Bayona o cualquiera otra ciudad del mediodía (ps. 324-325). Pero en Orthez el médico aconsejó ir a Niza. Bayona fué rechazada, pudiendo elegir entre la Riviera, «quizá también las orillas del lago de Ginebra». Eliseo visitó después Laroche y Burdeos (abril) y regresó a París. En agosto hizo un viaje a Londres, donde, en unión de Talandier, asistió a un banquete librepensador de la tendencia de Bradlaugh y una sesión de la Internacional (Consejo general), y tuvo ocasión de conocer al viejo Thomas Allsop, el amigo de Orsini, que le agradó (ps. 331-334). Paul Reclus y la joven Jeanne Dumesnil (Madame Paul Baudouin) acompañaron a Eliseo, el cual residió en Mornington Crescent; vieron a un refugiado alsaciano de 1851, Cassal, a Eugenio Oswald y otros. Ver también la biografía de Bradlaugh por su hija, Hypatia Bradlaugh Bonner (1894), I, p. 114.

Entonces apareció su *Histoire d'un Ruisseau* (Historia de un arroyo), escrita por él en parte en Vascoeuil, indudablemente en los primeros meses de verano, un volumen de la *Bibliothèque d'Education et de Récréation* de la editorial J. Hetzel et Cie. : sin año; 320 ps. en 18.°, A este libro tan popular y tan leído quiso agregar ya entonces la *Histoire d'une montagne* (Historia de una montaña) (p. 335), pero no la comenzó hasta 1871, durante su encarcelamiento, y la cual apareció primero en la revista *La Science* (París) y después como libro en la misma serie de Hetzel (sin año; 306 ps. en 18.°). En estos libros no se encuentra la palabra socialismo, pero ambos contienen una abundancia de ideas libertarias y altruístas llanamente expuestas. *El Arroyo,* libro bien conocido, ha sido aún reimpreso en 1928 en el diario *La Protesta,* de Buenos Aires.

En una carta a Oskar Peschel, autor de la *Geschichte der Erdkunde bis auf A. von Humboldt und Ritter* («Historia de la Geografía hasta A. de Humboldt y Ritter»; Munich, 1865), habla de su plan, largo tiempo acariciado,

de redactar una gran *Geografía* con dos o tres mil mapas o ilustraciones, proyecto que quiere presentar a la casa Hachette (*Corr.* ; carta escrita en París el 24 de octubre de 1868 ; ps. 296-298). El pensaba que sería práctico asegurarse previamente el concurso de un editor inglés y otro alemán, con lo cual quedaría cubierta una parte de los gastos y el proyecto parecería más aceptable a la editorial Hachette. Además propone especialmente a Peschel (que había comentado *La Terre* en la revista *Ausland*) la publicación en los tres idiomas de su *Geschichte der Erdkunde,* continuada hasta los últimos tiempos, como introducción a la *Geografía* ; la editorial que se hallaba al alcance de Peschel era la casa Cotta, cuyo archivo debe contener detalles a este respecto, si es que el asunto fué objeto de negociaciones ulteriores.

Eliseo debió comenzar entonces a preparar el terreno para la publicación de su *Geografía,* ya que, al margen de la segunda edición de *La Terre,* los dos compendios de la misma y las Historias del arroyo y la montaña, no tenía ningún nuevo trabajo y había roto toda relación con la *Revue des Deux Mondes.* Según el epílogo de la *Geografía* (tomo XIX, 1894, ps. 793-796), Templier fué a buscarle a los pontones de Brest (*vint me chercher sur les p. de B.*) «para la publicación de *La Tierra y los Hombres,* cosa que había sido meditada largo tiempo», lo cual podría significar que durante la visita de Templier fué allí mismo acordada en principio la edición de la *Geografía* ; el plan de la misma fué presentado por Reclus en 1872, cuando éste pudo moverse libremente en Suiza (v. cap. XIII).

Por primera vez desde el golpe de estado de 1851 pudieron volver a celebrarse mitines públicos en el transcurso de 1868, de acuerdo con el derecho de reunión votado el 25 de marzo del mismo año, y entonces los viejos tribunos de los clubs de 1848 y jóvenes oradores, también, comenzaron a representar todas las ideas políticas y so-

ciales ante un público numeroso, con lo cual muchos de ellos llegaron a ser muy conocidos, las ideas socialistas volvieron a penetrar en las masas, y hombres y tendencias empezaron ya a agruparse: esto no contribuyó poco a que durante el sitio y la Commune un gran número de hombres fueran muy conocidos en general o en los barrios en que habitaban, siendo fácilmente elegidos en las elecciones de todas clases,, y así surgió y se agrupó de un modo rápido y al parecer casual en proporciones sorprendentes el personal revolucionario de la guardia nacional y la administración de la Commune (164). Entonces no apareció casi ningún escrito socialista teórico-propagandístico; todo lo teórico era sectario, aproximadamente fourierista, mientras que todo lo práctico en los numerosos folletos y la prensa era un compuesto de política, polémica y sátira que no informaba directamente al lector. Esto fué originado por muchos oradores que discutían todas las teorías en los mitines, pero así al menos las masas volvieron a sentir una gran estima por el socialismo, semejante a la que habían sentido después de la revolución de febrero.

Reclus seguía con atención estos mitines (*Corr.*, I, ps. 301, 306, 311-312) y asistía a ellos por ejemplo con su más joven hermano Paul, el estudiante de medicina (165). También defendió estas reuniones frente a la opinión de su cuñado Pierre Faure, de Sainte-Foy, a quien la campaña, en verdad encarnizada, de la gran prensa contra

(164) Sobre esto existe una pequeña literatura de libros y folletos, y, p. ej., una revista especial, *La Tribune populaire* (desde el 16 de enero de 1869).—G. Lefrançais fué uno de esos oradores; sus *Souvenirs d'un Révolutionnaire* (Bruselas, 1902, XII, 604 págs.) son en general una descripción muy informativa sobre todos los medios socialistas que pudo haber frecuentado Reclus a partir de 1852. Si Reclus le conoció ya en aquella época, es cosa que no puedo ahora intentar comprobar.

(165) Paul Reclus (1847-1914; murió una semana antes de estallar la guerra), era republicano convencido, pero nunca aceptó las ideas sociales de sus hermanos mayores. Eliseo dice que en uno de

los oradores de mitin—esta prensa preparaba entonces por su parte la mentalidad de Versalles y de la sangrienta semana de mayo—había influenciado visiblemente.

«... Por mi parte, soy gran partidario de las reuniones públicas. Algunas palabras groseras pronunciadas por hombres sin educación, frases incorrectas, exclamaciones insensatas y gritos apasionados no me asustan, antes más bien me agrada oirlos, pues lo que se halla en los espíritus debe salir lo más pronto posible. Además, ni que decir tiene que la mayoría de los oradores se respetan y respetan a su público, y algunos de ellos tienen la elocuencia que parte del corazón o proviene de la sólida discusión de los hechos. En cuanto a los oyentes, yo los admiro: quieren aprender a toda costa. Apretados los unos contra los otros, respirando una atmósfera de sudor y de polvo, permanecen allí horas y horas con la esperanza de oir una palabra de justicia y de libertad, débiles compensaciones para las miserias de cada día.

»Como comprenderás, la gran cuestión es la del pan, dicho de otro modo, la de la propiedad. Cualquiera que sea el tema tratado en apariencia, siempre se trata de esto en el fondo. Alegrémonos de ello. Sería preciso estar ciego para no ver que se avecinan grandes cambios sociales, y nunca es demasiado pronto para prepararse al respecto. ¿Consentirán los patronos y los asalariados, los burgueses y los obreros en realizar amigablemente la liquidación social? Somos por desgracia demasiado bárbaros para que

los mitines de 1868 éste fué (*Corr.*, I, pág. 301) «uno de los más violentos interruptores. Me vi obligado a moderarle. *Nota bene* que se cree partidario de la propiedad a ultranza y secuaz de la rue Poitiers» (donde en 1848 fué editada una masa enorme de literatura antisocialista). La familia quería que Paul Reclus estudiase para notario, pero Elías protestó y le arrancó a esas influencias, por lo cual hizo todos sus estudios en París a partir de 1867, viviendo en casa de sus hermanos. Su finalidad era hacerse un médico notable y no permitió que ideas sociales le distrajeran de su propósito.

uno se pueda permitir tal esperanza. Hay que hacerse, pues, a la idea de que vendrá la guerra, y al igual que en junio de 1848 se preludia el combate por medio de gritos y discursos. Vociferamos en nuestros escudos para hacernos, los unos a los otros, más terribles de lo que somos.»

Esto asusta a cierto número de burgueses semi-liberales, semi-conservadores, que aceptarían una república constitucional, pero que por temor se ponen ahora a montar la guardia ante el trono y el altar amenazados. «... ¿Retrasará este cambio de frente el advenimiento de la república? Quizá. Pero nosotros mismos debemos tener paciencia y saber esperar la república a fin de que no sea un simple cambio de decoración en el aparato gubernamental (como fué la república improvisada el 4 de septiembre). Que el capitalista, el judío, rey de la época (*Les Juifs rois de l'époque*, viejo y conocido libro del fourierista Toussenel), continúe siendo dueño de Francia por mediación de un emperador, un rey o un gobierno provisional; que uno se llame «señor» o «ciudadano»; que cambien las inscripciones de los muros y que los orfeonistas nos toquen tal o cual aire patriótico, todo eso nos importa poco. La finalidad de la próxima revolución es asegurar la igualdad, suprimir el privilegio de la vida material e intelectual, para que cada uno tenga derecho a ella, hacer desaparecer el terrible antagonismo entre patronos y asalariados, burgueses, obreros y campesinos, que paraliza las fuerzas de la sociedad. Después de haber vivido tanto tiempo para la guerra, es preciso vivir para la paz y la fraternidad. ¿Quiere esto decir que la próxima revolución, aun cuando tarde en surgir, nos traerá esta igualdad tan soñada? No, desgraciadamente, pero trabajando para nuestros hijos daremos además un paso adelante en las ruinas y quizá en la sangre» (*Corr.*, III, páginas 62-64).

Esto no es ni resignación ni moderantismo; una re-

volución algo tardía se produce en mejores circunstancias, nace más eugénicamente que una revolución que estalle con precipitación, y un cambio social que abarque una gran colectividad no puede ver realizados en seguida los ideales de los elementos más progresivos. Para todos aquellos que esperan esto, trae cada revolución, entonces hoy, grandes desengaños; para el progreso general, una revolución efectuada en buenas condiciones eugénicas significa siempre un paso adelante.

No debemos tampoco extrañarnos de ver a Reclus participar en las elecciones de 1869, sobre lo cual habla después con Pierre Faure (ps. 59-62), a quien entonces debió ir quitando poco a poco, en discusión tranquila, un montón de prejuicios. Algunas cartas inéditas testimonian más aún; Faure juraba por Julio Favre, y Paul Reclus opinaba por Rochefort; Eliseo no tenía ilusiones ni sobre elecciones, ni sobre candidatos y elegidos, pero la abstención de semejante «acción colectiva» no le pareció admisible entonces, y deseó hacer elegir al menos malo de los candidatos, evidentemente el fourierista emérito Cantagrel, autor, en 1841, del bien conocido libro *Le fou du Palais Royal,* editado por la Librería falansteriana. Los días 23 y 24 de mayo votaron en el 7.° distrito electoral de París 34,308 votantes de entre un total de 43,184; 4,483 por los candidatos gubernamentales, 12,088 por Jules Faure, 10,033 por Henri Rochefort (entre ellos Paul Reclus), 7,437 por Cantagrel (entre ellos Eliseo). En la elección de desempate celebrada los días 6 y 7 de junio obtuvo Jules Favre, que recibió también los votos gubernamentales, 18,267, y Rochefort (por quien votaron los dos Reclus) 14,503.

Eliseo quería pasar un mes en Niza, a partir del 15 de septiembre, para trabajar en la redacción de un guía de viaje (*pour guidifier*). Se trata de *Nice-Cannes-Monaco-Menton-San Remo...* (París, 1870, 16.°) una de las Guías

Diamant de los Guides-Joanne, reducción de la gran *Guía* de 1864.

En diciembre halló en Beaulieu, al este de Niza, una habitación grande, bellamente situada, por 1,200 francos anuales, y pensó que allí podrían vivir una hermana suya con sus dos hijas, Magali y Jeannie, y las hijas de Dumesnil. Así tendrían todos un punto fijo en el sur, además de Vascoeuil en el norte. Dumesnil, a quien él propuso esto (*Corr.*, I, ps. 337-340), no debió aceptar. Entretanto Eliseo viajó a lo largo de la Riviera hasta San Remo en Italia. El proyecto de Beaulieu continúa sugestionándole (ps. 341-345), eventualmente se dirigiría a la familia Prat o a la señora L'Herminez. Esto era ya en la primavera de 1870 y tenía la intención de volver después a Vascoeuil por Marsella, Nimes, donde todavía se hallaba Jeannie, Lyon, Sens y París; Magali estaba aún en Orthez bajo los cuidados de Joana. Quizá hizo entonces también una excursión desde Moret a la cordillera de los Cevennes, con sus conocidos los Mancel (ps. 346-347).

Los meses siguientes no dejan ninguna huella, pero por ese tiempo Eliseo se decidió a unirse libremente con *Fanny L'Herminez*, a la sazón maestra en Inglaterra, unión que ambos efectuaron en Vascoeuil ante sus amigos en junio de 1870, como me parece poder deducir de una carta de felicitación del 28 de junio. Algunas semanas más tarde comenzó la guerra y algo después, previendo el sitio, la señora Reclus se trasladó con las dos niñas a Sainte-Foy; allí estuvo la familia reunida por corto tiempo en febrero de 1871. Sobre todo eso no se conoce ninguna carta. Acerca de la segunda señora Reclus escribió Paul Reclus en 1924: «Fanny era un tipo completamente diferente de Clarisse. Si esta última fué toda dulzura, Fanny era toda voluntad. Cierto que no tenía una gran amplitud de ideas personales, pero apenas se puede imaginar su fuerza de trabajo y la rectitud de su ser era inquebrantable. Eliseo y ella eran idénticos en muchos

dominios; ella era la mujer de su cerebro...» Por otras explicaciones creo poder deducir que la fuerza de voluntad de esta mujer habría quizá influenciado con el tiempo incluso el espíritu libre de Eliseo, si la muerte no hubiera venido a cortar tan temprano esta relación. Así es que él guardó por ella un amor muy duradero.

¿Es una casualidad el que sepamos tan poco sobre los años 1869 y 1870? Su proyecto de la gran *Geografía* no había conducido aún a ningún resultado concreto; la editorial no quería adoptar, en aquella agitada época, ninguna resolución de importancia. Los demás trabajos de Eliseo, a excepción de su encantadora *Historia de un arroyo,* son insignificantes y deben ser buscados todavía. Frente a los acontecimientos públicos, él, como todos, presentía la aproximación de algo decisivo y su modo de ser no le incitaba, y entonces menos que nunca, a separar su camino del de todos los otros cálculos de sentimiento libertarios y sociales. Por esto apenas se le podrá hallar en un movimiento determinado, sino más bien como amigo de muchos movimientos y observador de la próxima tempestad.

XI

ELISEO RECLUS DURANTE Y DESPUÉS DEL SITIO DE PARÍS Y EN LA GIRONDA (SEPTIEMBRE DE 1870-FEBRERO DE 1871)

Como no podía menor de esperarse, Reclus fué un patriota francés durante la guerra franco-alemana. Sus pocas cartas familiares (*Corr.*, II, ps. 4-23) y su exposición en *L'Homme et la Terre*, V, ps. 238 y siguientes, son todas las manifestaciones suyas que yo conozco sobre ese tiempo, las cuales recomiendo leer en conexión, renunciando por mi parte a reproducir extractos de ellas que las harían aparecer bajo el reflejo de mi opinión personal. El no había hecho nada por acarrear la guerra y odiaba los gobiernos que la imponían a los pueblos, pero aceptaba esta guerra como una catástrofe que hace de la defensa común un deber para todos y procuró, conforme a sus facultades, cumplir ese deber con todas sus fuerzas. No creo que tomara parte en las impotentes manifestaciones que opusieron a la guerra algunos manifiestos, tampoco tomó la pluma para escribir folletos o artículos, y menos aun actuó en sentido conspirativo, ni en las últimas semanas del imperio, ni durante el sitio de París, y debe ser considerado como adversario de las tentativas revolucionarias durante los meses de guerra. Fué partidario del sostenimiento positivo y virtual de la *guerre à outrance,* de la guerra hasta el último extremo.

«... Aquellos que no habían querido la guerra fueron precisamente los que prolongaron la lucha y defendieron, con el mayor encarnizamiento, la causa de Francia, que se había convertido en la causa de la República.» (*El H. y la T.*) A éstos perteneció él. Después del 4 de septiembre escribió a su cuñado Pierre Faure (*Corr.*, II, ps. 10-11): «... Es preciso recordar bien que la República ha sido aclamada por todos como medio de salvación suprema. No es por nuestros principios por lo que se nos ha rogado reemplazar a Napoleón, sino por instinto de conservación. Si hubiéramos ganado la posición en lucha abierta, si hubiéramos vencido a los partidos monárquicos, tendríamos derecho a poner inmediatamente en práctica nuestras ideas: reforma del impuesto, supresión del ejército, instrucción igualitaria, todo podríamos decretarlo; pero la república actual no es, en realidad, más que un armisticio entre los partidos. Orleanistas, legitimistas, burgueses simplemente patriotas nos han dicho: ¡Tregua ahora, guiadnos, triunfad por nosotros, y después veremos! Aceptemos la tregua y si cumplimos bien nuestro mandato, si salvamos a Francia como se nos pide lo hagamos, entonces la República quedará asegurada y tendremos la alegría de ver abrirse para nuestros hijos una era de progreso en la justicia y el bienestar.

»Así, Faure, amigo mío, yo que soy más revolucionario que tú, yo que soy un terrible comunista y un ateo infame, no temo ver al elemento burgués en el asunto: incluso habría aceptado a Thiers, pues, te lo repito, nosotros no hemos hecho la República. Sin embargo, no te figures que no quiero continuar realizando siempre sin cesar mi propaganda por la revolución social...»

Reclus permanece aquí fiel a la opinión manifestada a Faure en 1869, la cual diferencia una república implantada por un simple cambio de decoración y una república social, (*Corr.*, III, ps. 63-64; v. cap. X). En septiembre de 1870 los monárquicos, a quienes la guerra, perdida ya

más que a medias, había desacreditado, cedieron a los republicanos la continuación de la guerra con la secreta esperanza de que estos últimos quedarían igualmente desacreditados por la pérdida completa de la guerra y por una paz onerosa.

Así, pues, los republicanos no luchaban solamente como patriotas, sino por el mantenimiento de su partido, el progreso social, etc., en lo que se refiere a hombres como Reclus y por conservar el poder estatal caído en sus manos el 4 de septiembre, en lo que respecta a los republicanos gubernamentales de 1848, Jules Favre, etc., a los burgueses republicanos arribistas de los años 1860-70. Gambetta, etc., y a los hombres de estado orleanistas a lo Thiers, desposeídos desde 1848, los cuales se conformaban entonces con una república, siempre que estuviese solamente en sus manos. Este triple personal gubernamental republicano, al cual vinieron a agregarse aún muchos radicales y socialistas patriotas, no pudo obtener ningún éxito decisivo ni con la defensa de París (Gobierno de la defensa nacional), ni mediante grandes esfuerzos militares y algunos triunfos en provincias (delegación de Tours; Gambetta), ni mediante la diplomacia (Thiers) y vió cada vez más su salvación en las garantías que dió a la burguesía de todas las tendencias contra la revolución social, representada entonces abundantemente por hombres militantes de gran prestigio como Blanqui, Flourens y sus partidarios en primer término, y por la Internacional en un grado esencialmente menor. La revolución social sucumbió, porque muchos socialistas se mantuvieron alejados de ella en las primeras semanas y meses, septiembre y octubre, y aunque no depositaron precisamente su confianza en el gobierno oficial tampoco lo combatieron—entre éstos figuraron también los hermanos Reclus—, y porque con esto más tarde, cuando muchos abrieron los ojos, en marzo de 1871, el poder de los republicanos oficiales con todos los burgueses y monárquicos de la reac-

cionaria Asamblea nacional tras de sí era ya tan grande, que pudo entablar la lucha contra el despierto París y ahogar en sangre la Commune.

En La Commune de Paris au jour le jour (La C. de P. de día en día), apuntes de *Elías Reclus* desde el 20 de marzo hasta el 28 de mayo (París, 1908, 391 ps., 8.°), su autor critica violentamente el proceder de *Flourens* durante el sitio, y a través de esto podemos ver también, supongo yo, la opinión de Eliseo. La manifestación armada de Flourens y sus batallones ante el Ayuntamiento el 11 de octubre para reclamar una seria dirección de la guerra—ésta «... la consideramos entonces y ahora todavía como inhábil en el más alto grado. Pero aun fué el 31 de octubre, cuando el batallón Flourens se apoderó del Ayuntamiento e instaló allí a Blanqui por la fuerza, Blanqui, a quien odiaban tres cuartas partes de la población, y esto en un momento en que las nuevas elecciones (municipales), que tan largo tiempo habían sido aplazadas, no podían ya ser evitadas. Este fracasado golpe de estado devolvió el poder a Trochu, Picard y Favre, esos seres despreciables, que...»

Flourens con todas sus capacidades «... ha irrogado a Francia más perjuicios que un general enemigo a la cabeza de 50,000 guerreros. ¡Oh, joven democracia, cuán simple e inexperta eres al tomar por guías y jefes a esas gentes tan ingenuas!...» (p. 98; 9 de abril).

«... París, el inteligente París, fué engañado hasta el 31 de octubre.—Gracias a la impaciencia y la torpeza de Blanqui y los blanquistas, fué engañado hasta la capitulación...» (p. 258; 8 de mayo).

Eliseo fué, pues, uno de aquellos socialistas que entonces difirieron sus propios deseos e hicieron lo que esperaban de todos los demás, es decir, poner sus fuerzas a la disposición de la defensa nacional. Esto lo realizaron simplemente todos en aquellos momentos, aunque no siempre con igual sinceridad, pero entonces no hubo ninguna

negativa por internacionalismo, amor a la paz, humanidad, etc. Es ocioso ejercer crítica a este respecto, puesto que, exceptuada una pequeña minoría de refractarios al servicio guerrero, las circunstancias son siempre las mismas. En caso de guerra cada pueblo halla una justificación de su intervención en el conflicto, cree que el derecho le asiste, siente que se le impone el más amargo estado de violencia y así lucha precisamente. Ningún pueblo sintió jamás verdadera simpatía por otro. La gente sencilla y benévola en su ignorancia piensa menos que nadie en pueblos enemigos, pero el intelectual se procura continuamente un mayor conocimiento de la situación de los pueblos y forma cada vez más sus simpatías y antipatías; para él se trata aquí de lo siguiente: comprender todo significa no perdonar *nada*. Ama su peculiaridad nacional y sólo puede hacer esto a costa de sus sentimientos para con el resto de la humanidad. Estado, odio de pueblos, guerra, forman una cadena cerrada que se yergue frente a la serie igualmente cerrada, pero aun no conseguida: ningún estado, humanidad, paz. De esta última serie tenemos, o teníamos antes de los decenios de la actual retrogradación, algunas huellas por ejemplo en la vida de grandes ciudades, que contienen hombres de todas las nacionalidades en pacífica convivencia, o en la ciencia y el arte internacionales. Pero los pensadores y luchadores progresivos sentían mayor predilección por la finalidad de la independencia nacional, y esto precisamente lleva, como debería verse hoy más claramente que en 1870—y como Proudhon previó ya desde 1859—, al estado nacional, al odio de pueblos y a la guerra.

Por lo demás, guerra y revolución se hallaron estrechamente unidas en todos los tiempos; ora la revolución conduce a la guerra, ora la guerra lleva a la revolución. Reclus había visto mezclarse guerra y revolución en 1848-1849, y pudo contemplar otro tanto en Italia a partir de 1857: Pisacane, Orsini, Napoleón y Mac Mahon, igual-

mente Garibaldi, a quien al fin salvó en Nápoles el ejército piamontés y el cual se incorporó en 1866 al ejército italiano—todo se mezcló y confundió. Así en América, John Brown, el rebelde, y después de algunos años la inmensa guerra civil; ¿hubo entonces en Méjico, en Paraguay guerra o revolución?... De igual modo que Reclus consideraba la revolución como una forma de la evolución, condicionada por circunstancias especiales, así también debió parecerle la guerra una forma de la revolución, tan pronto como por medio de ésta todo un pueblo lucha por ideales progresivos—y tal fué para él la guerra en Francia desde septiembre de 1870. Si esto era objetivamente acertado o no, es cosa que aquí no se discute; yo intento únicamente explicar su proceder. Todo alemán, exceptuados algunos psicológicamente invertidos, sentía de otro modo, pero todo francés sentía como él. Así ha ocurrido hasta ahora en todas las guerras: cada uno está constantemente convencido de poseer el derecho; sin este sentimiento no sería posible bajo ningún concepto que—ya que el derecho suele degenerar en «autorización» para imponer a otros su propia voluntad—una cadena de guerras atraviese la historia de la humanidad, sin romperse jamás. Este sentimiento es cultivado y dado a respirar a cada hombre en el aire nacional de su país de tal forma que son infinitamente pocos los que del mismo se han librado en cierto modo.

En los recuerdos sobre Elías (1905) dice Eliseo (sin hablar de sí mismo), que Elías «tuvo la alegría (el 4 de septiembre) de hallarse entre aquellos que tomaron parte activa en el rechazo de las tropas acumuladas en la plaza de la Concordia, en la destrucción de los puestos, en la defensa del palacio y los jardines de las Tullerías, y en la dispersión de las personalidades oficiales que se habían aventurado en las salas del cuerpo legislador o sus alrededores y que, cuando vieron el cariz que tomaba la cuestión, trataron de huir...»

G. Lefrancais escribió un año más tarde: «... La funesta noticia de la traición de Sedán llegó a París la noche del 3 de septiembre e incluso los menos clarividentes se dieron cuenta de que el día siguiente no terminaría sin la caída del imperio» (166). Estas pocas palabras muestran ya que el 4 de septiembre debieron acudir al puente que conduce al mismo tiempo al Parlamento y a la gigantesca plaza de la Concordia, contigua a las Tullerías, dos elementos, un público enorme y exasperado y muchos militantes republicanos deseosos de entrar en acción. Esto produjo el ambiente adecuado y el ímpetu material para rechazar a los soldados, ya abatidos por los acontecimientos, y obligar a la oposición del cuerpo legislativo a abandonar al fin la legalidad, y en seguida surgió una nueva legalidad republicana, que ofreció al propio tiempo arranque y seguridad, comenzando así la pelota a rodar.

Elías Reclus, que a causa de su herida de 1860 en la mano no era apto militarmente, se juntó—según Eliseo, 1905—con André Lefèvre (167) y otros, los cuales examinaron los documentos encontrados en las Tullerías y publicaron una serie escogida de los mismos (168); más tarde entró en la Comisión de socorro a los pobres del 5.° distrito y procuró dar satisfacción a pobres y enfermos.

Eliseo ingresó en la Guardia nacional y, como muchos

(166) *Almanach du Peuple pour* 1872 (Saint-Imier. Propagande socialiste), pág. 30.

(167) André Lefèvre escribió la *Histoire de la Ligue d'Union républicaine des Droits de Paris* (París, 1881, 364 págs., 18.°), una historia de las fracasadas tentativas de arreglo entre la «Commune» y Versalles hechas por republicanos bien intencionados.

(168) *Papiers et Correspondance de la Famille impériale. Papiers trouvés aux Tuileries.* (Entregas 1, 2); *Pièces saisies aux Tuileries* (Entregas 3-16), París, Imprimerie nationale, 1870, 560 págs., 8.°, gr. y 20 facsím.; tomo II, entregas 17-24, a partir de la 21: 1871, 228 págs.—La «Commune» interrumpió esta publicación y los papeles se quemaron con las Tullerías en la Semana de Mayo.—Después apareció aún (ignoro con qué garantías de autenticidad): *Papiers sauvés des Tuileries...* (París, Dentu, VI, septiembre de 1871,

otros, se hizo inscribir entre los voluntarios dispuestos a la lucha fuera de París; para esto fué examinado el 5 de noviembre, pero no tomó parte activa en las salidas y ataques, haciendo sólo servicio de guardia (169). Una carta no fechada a *Nadar* (*Corr.*, III, p. 3) comienza: «He tenido la suerte de ser inscrito como aspirante aeronauta en la lista del señor Rampont.» (170.) Pregunta a Nadar, que había fundado su *Observatoire aérostatique* en la plaza de Saint-Pierre, Montmartre, cuándo puede comenzar allí sus estudios. «Yo creo que podré seros útil.» Es geógrafo, algo meteorólogo y «además tengo voluntad». No sé si esto reemplazó por completo el servicio en la Guardia nacional. Pero de todas maneras en aquel tiempo trabó íntimo conocimiento con el entonces muy conocido Nadar (Tournachon) (171), debió ayudarle técnicamente con todas sus fuerzas y, a pesar de la gran diferencia de su modo de ser, produjo, sin duda, una notable impresión sobre este hombre siempre original, entusiasta y, por así decirlo, libertariamente autoritario; el prefacio del libro de Nadar *Sous l'Incendie,* dedicado a Reclus—reproducido en la *Corr.*, II, p. 244, nota; 1882—demuestra lo que deja-

292 págs., 8.º, gr.); *Papiers secrets brûlés dans l'incendie des Tuileries...* (París, Lachaud, 1871, 224 págs.); *L'Allemagne aux Tuileries de 1850 à 1870...* (París, 1872, XIV, 2, 512 págs.).

(169) Un hermano de James Guillaume, Georges, entonces tipógrafo, de Neuchâtel († 1917), escribió relatos detallados de la vida de guerra parisiense en aquella época: *Souvenirs d'un Franctireur pendant le siège de Paris* par un volontaire suisse (sept.-nov. 1870), (Neuchâtel, Impr. G. Guillaume fils, 1871, 335 págs., 8.º); *Souvenirs d'un Garde national pendant le siège de Paris et sous la Commune* (232, 332 págs., 1871; nov. 1870-mayo 1871).

(170) Rampont, director de correos, había sido casualmente suegro de Ernest Coeurderoy, de cuyas ideas permaneció totalmente alejado; después del 18 de marzo se trasladó a Versalles.

(171) Nadar, camarada de Henri Murger en la vieja bohemia, aeronauta, uno de los fotógrafos-retratistas técnicamente más perfectos de su tiempo, autor de *Quand j'étais étudiant* (1856), *Le Droit au Vol* (1865), *Quand j'étais photographe* y otros muchos escritos.

mos dicho, y, de igual modo lo que Nadar escribió, no sé en qué periódico, después de la muerte de Eliseo (inglés Ishill, ps. 109-115) (172). Cuando Nadar murió nonagenario, Paul Reclus dijo de él (*Les Temps Nouveaux*, 2 abril 1910) que había sido un rebelde y hermano de todos los que se hallaban fuera de la ley, el cual siguió siempre instintivamente a los más ardientes luchadores, a los republicanos socialistas primero, después a los comunalistas y finalmente a los anarquistas; su horizonte se ampliaba constantemente; a veces le repugnó al principio una idea revolucionaria, pero luego, reflexionando sobre ella, se daba cuenta de que las ideas más audaces son las más verdaderas.

Del libro de Elías (1908) se deduce que éste—y seguramente Eliseo también — conoció entonces a *Luisa Michel* (1833-1905), la cual perteneció a la *Société pour la revendication des droits de la femme*. «... Nuestra amiga Luisa Michel... la hemos tenido varios meses a nuestro lado, experimentando por ella un respeto indefinido y benévolo; no la conocíamos, como tampoco se conocía ella misma; ahora se ha mostrado grande en grandes cosas... Es una persona dulce y sencilla, de una modestia, humildad y renunciación que podrían admirar muchos partidarios de la *Imitatio Christi*...» (p. 305; 14 mayo 1871).

Por un cartel de la alcaldía del 3.er distrito (Bonvalot; adjunto Murat; sin fecha) me entero de que Eliseo Reclus debía enseñar geografía francesa en los cursos nocturnos celebrados los miércoles, de 8 y media a 9 y media de la noche; sobre esto y otras cosas podrían averiguarse las fechas exactas por los periódicos de la época; estos cursos eran gratuitos y destinados a maestros y maestras (173).

(172) En el taller de Nadar fueron hechas las más bellas fotografías de Reclus, Kropotkín y otros hombres interesantes, a veces en formato muy grande.

(173) A principios de 1868 se le había propuesto diera confe-

En cuanto a periódicos en que Reclus pudiera haber escrito, sólo podría mencionarse *La République des Travailleurs,* órgano de la Asociación de trabajadores (sic) (sección de Batignolles), que comenzó a publicarse el 10 de enero, según Maillard (174), el cual cita a la señora André Léo como probable directora y a Elías y Eliseo Reclus, Rama, Buisson, A. Rey y otros como colaboradores. No me es posible utilizar este periódico ni repasar otros. En general entonces debió encontrarse rara vez el nombre de los hermanos Reclus, porque éstos pertenecían al muy escaso número de los que no querían gobernar, manifestar, agitar, conspirar e intrigar, sino ser lo más útiles posible.

En una remota publicación (175) encontré yo una carta de Eliseo del 24 de septiembre de 1879, en la cual escribió :

«... Durante los primeros días del sitio, cuando un gran número de parisienses escapaba a la vulgaridad monótona de la vida ordinaria, concentrando naturalmente su atención en grandes ideas, yo esperaba que este proyecto de utilización de las Tullerías como complemento del (contiguo) Louvre sería bien acogido. Si la cuestión hubiera sido discutida, la masa del pueblo parisiense no se habría opuesto a ello, pero las sociedades sabias no se han dignado ocuparse del asunto. Con que éstas solamente lo hubiesen querido, la cosa habría sido realizada, su deseo se hubiera convertido en ley, y habrían podido agruparse en el palacio según sus afinidades naturales, de modo que cada una dispusiera de un museo especial, de una biblioteca y de salas de reunión privadas y generales. Pero

rencias para mujeres y muchachas (*Corr.,* I, pág. 278) ; ignoro si dió éstas u otras conferencias.

(174) *Histoire des journaux publiés à Paris pendant le Siège et sous la Commune...* (París, 1871, 267 págs., 18.º).

(175) *Bulletin de la Société des Amis des Monuments de Paris,* núm. 1, 1885 ; ahora también en la *Corr.,* II, págs 216-218.

ya conocéis las razones que han impedido a las sociedades sabias tomar semejante iniciativa... Las Tullerías han esperado mucho tiempo al huésped ausente (Napoleón III) y, finalmente, han sido entregadas a las llamas. Mi convicción es que aun se hallarían en pie, si, en un arranque de grandeza patriótica, Francia y París, solicitadas por los hombres competentes, hubieran hecho de ellas un palacio consagrado a la ciencia...»

Si estas y otras pacíficas ideas ocuparon a Reclus durante los meses de sitio, no dejaron, al menos tras de sí, ninguna huella conocida por mí, y las cartas y su proceder en febrero de 1871 no muestran que se hubiese desarollado en él alguna desviación interior de la guerra. El trato con Nadar, a quien yo me figuro entusiasta en todos los extremos, amigo de la humanidad y al propio tiempo ultrapatriota, era sólo uno de los factores entre los muchos que, por todas partes, atizaban en él como en todos el estado de ánimo guerrero. Los socialistas veían entonces que se hallaban frente a un gobierno encarnizado enemigo suyo, exactamente los mismos gobernantes de 1848 que no retrocedieron ante las masacres de junio y que pronto las repitieron en mayor escala en la semana de mayo de 1871. La población contemplaba la miseria inmediata y creciente de los pobres, mientras que la gente rica y acomodada escapaba a estas privaciones por medio de su dinero; veía también la negativa áspera a satisfacer los deseos expresados por París de administrarse por sí mismo, por los cuales se dejó oir muy pronto el llamamiento hacia «la Commune». Todos creían ver errores militares en el hecho de que se omitió el conducir a la población parisiense en grandes masas directamente al campo de batalla, fuera de las murallas de la ciudad. Todo esto creó una suma enorme del más profundo descontento político y social y una creciente relación entre los numerosos elementos revolucionarios organizados y armados en la Guardia nacional, de los cuales se derivó finalmente

el poder colectivo, el Comité central, que realizó la jornada del 18 de marzo. Pero todo se llevó a cabo, no como una abierta acción social-revolucionaria y menos aun en nombre de cualquier deseo de paz, sino constantemente en nombre de la intensificación de la guerra, cuya indolente dirección, que parecía evitar poner en juego todas las fuerzas vivientes y materiales de París y Francia, era el reproche principal contra el gobierno, y la indignación a este respecto fué el viento en las velas de las fuerzas revolucionarias crecientes que impulsó a éstas al choque con la burguesía.

Los hermanos Reclus debían conocer esta crítica y comprender y compartir en muchos aspectos el estado de ánimo del pueblo, pues rechazaron a Flourens y Blanqui, y su punto de vista podrá quizá conocerse más exactamente por la *République des Travailleurs,* periódico publicado en enero al cual debo remitir. Después del armisticio de fin de enero fueron preparadas las elecciones de la Asamblea nacional, celebradas el 8 de febrero de 1871, y en ese tiempo, el 3 de febrero, Eliseo abandonó París.

Yo he encontrado su nombre sólo en dos carteles electorales, ambos de un comité que daba como dirección Boulevard Richard Lenoir, 134, chez Laloge, y que firmaba: *Comité républicain radical du XI*e *arrondissement* (comienza: *Durant les annés d'une apparente prosperité...*), doble folio, papel rojo, y: *Liste des candidats proposés par les Comités républicains radicaux de la Rive gauche et de la Rive droite* (folio, papel rojo). De la primera lista anoté yo: Louis Blanc, Pyat, Gambon, Greppo, Littré, Clemenceau, Millière, Murat, Tolain, Malon, Varlin, Robinet, Ranc, Delescluze, Peyrat, «Eliseo Reclus, publicista», Courbet, Sémérie, Cournet, Henri Brisson— de la segunda: Garibaldi, Benjamín Raspail, Louis Blanc, Ledru Rollin, Pyat, Gambon, Charassin, Gambetta, Clemenceau, Millière, Murat, Tolain, Malon, Varlin, Littré, Ranc, Robinet, Eliseo Reclus, Courbet, Sémérie, Cour-

net... Es posible que ambas listas coincidan, si no enteramente casi por completo. Es una lista media de republicanos radicales, positivistas, socialistas reconocidos en general, etc., que difería de las listas republicano-gubernamentales de Jules Favre, Jules Simon y Jules Ferry, y de las que contenían gran cantidad de blanquistas e internacionalistas. Conozco un gran número, probablemente todas las listas y carteles de esa elección—no por las *Murailles,* sino en el original—y por esto puedo decir que la aparición de Reclus parece hallarse limitada a esa lista ; ignoro si esto significa que su nombre fué retirado o agregado más tarde, o algo semejante, pero de todos modos esa mención aislada no pudo producir ninguna impresión en los electores ; tampoco se sabe si esto fué hecho con su anuencia. Según P. R., Eliseo recibió en su barrio cierto número de votos, pero Elías, que actuaba en el escrutinio, debió dar por no válidos muchos de ellos, ya que sólo llevaban el nombre de *Reclus,* sin determinar de cuál de los dos hermanos se trataba.

Eliseo no era adversario de la candidatura y quería, efectivamente, presentarse como candidato en los *Bajos Pirineos,* donde se halla Orthez, por lo cual pudo abandonar París el 3 de febrero, de acuerdo con las condiciones del armisticio. El 9 escribió, desde Sainte-Foy seguramente (*Corr.,* II, ps. 14-15) : «...Abandoné París el viernes pasado provisto de un permiso de circulación, por el cual tenía pleno derecho a salir, dada mi condición de candidato. En efecto, sabiendo que el puesto de representante es moralmente de los más peligrosos, he creído deber ofrecerme como candidato a la población de los Bajos Pirineos ; pero mis cartas no han llegado a tiempo, y estos señores han escogido ya ; es probable que la guerra a ultranza, tal como yo la hubiese defendido, no habría sido de su agrado : una paz llamada «honrosa» les cuadrará mejor...»

«...Después de tres días de un viaje doloroso he lle-

gado el domingo (5) a Liburna (en la Dordoña, entre Burdeos y Sainte-Foy), y, reconociendo que no tendría tiempo para ir a Bearne (Orthez), he permanecido en el país para hacer propaganda en Liburna, Castillón y Sainte-Foy (donde habitaba su familia) contra los *capitulards* (el gobierno, que procedió a la capitulación de París). Hay mucho que hacer. En esta gran crisis se revelan los que son buenos y honrados; los cobardes, los viles, parecen cien veces más despreciables. El lenguaje de los labradores ricos del cantón nos llena de asco. Han votado con entusiasmo (el 8) por la lista legitimista-bonapartista-orleanista, sabiendo muy bien que al votar por ella, votaban por su propio envilecimiento...» En Liburna vivía Julio Steeg (1836-1898), redactor de periódicos republicanos; una hija suya se casó más tarde con el hijo de los Kergomard y otro de sus hijos es el antiguo ministro Steeg; él mismo se casó con una señorita de Orthez, amiga de las hermanas de Reclus. Eliseo pudo ser informado por Julio Steeg sobre la opinión de las poblaciones.

Y en otra carta (ps. 18-19): «...P. (¿C. Paraig?) me escribe que vaya en seguida a hacer propaganda electoral a Orthez con vista a las próximas elecciones. Ellos no recibieron (allí) mi carta hasta dos días después de las elecciones. He respondido que había pensado presentarme candidato teniendo en cuenta la tremenda responsabilidad que deberían echar sobre sí los representantes (decisión sobre la continuación de la guerra). Pero ignoro cuál será la labor de la futura Cámara (para la cual se pensaba en unas elecciones especiales próximas, pero que no tuvieron lugar hasta 1876) y, por consecuencia, no puedo pensar en mantener permanentemente mi candidatura. Vuelvo a tomar mi completa libertad...»

Así, pues, Eliseo Reclus deseaba intervenir en la Asamblea nacional en Burdeos por la *guerre à outrance*, la continuación de la guerra hasta el último extremo. Algo pare-

cido escribió Varlin desde París el 20 de febrero a James Guillaume (*Mémoire* del Jura, 1873, ps. 190-191):

«...Aquí habríamos querido que las provincias prosiguieran la lucha hasta el límite extremo; nuestros amigos revolucionarios hubieran intentado por todos los medios llegar a reunirse con Garibaldi y sus valientes soldados. Pero ya no nos atrevemos a esperar esto...» (176).

Cuando Gambetta se enteró en Burdeos del armisticio, proclamó su: *Guerre à outrance, résistance jusqu'au complet épuisement* (guerra a ultranza, resistencia hasta el agotamiento completo), palabras sobre las cuales George Sand, cuyo patriotismo y conocimiento del alma del pueblo francés no se pueden poner en duda, escribió el 31 de enero en su *Journal d'un Voyageur pendant la guerre* (en la *Revue des Deux Mondes*): «...¡El medio es sublime! ¡Prometedles (a los habitantes) el agotamiento completo! ¿Es eso todo lo que tenéis que ofrecerles? Pues esto ha ocurrido ya. Les habéis tomado todo y no os ha servido para nada. ¡Deberíais inventar el medio de vaciar dos veces cada bolsa vacía y matar otra vez más a cada muerto!...» Opinaba, pues, que el desastre había sido ya bastante grande.

Eliseo Reclus no podía percibir todo esto en el medio parisiense; allí, frente a un gobierno no decidido a practicar la guerra a ultranza, la oposición reclamaba unánime tal guerra y tomaba a mal la indiferencia o despreocupación de la mitad sur de Francia que no había sido alcanzada por el conflicto guerrero. Pero que no despertara en Reclus una voluntad de paz cuando, después de seis

(176) Ver también *La Solidarité* (Ginebra, 28 marzo 1871, artículo de James Guillaume; su libro *L'Int.*, II, 1907, págs. 134-138, 138-139, etc.—La opinión de Blanqui se halla contenida en una carta que éste envió desde París (6 de febrero) por medio de Tridon a Arthur Ranc para que se la diera a conocer a Gambetta; Ranc la publicó en el *Figaro*, 8 febrero 1894; también apareció en *L'Aurore* del 12 de agosto de 1908.

meses pasados en un París efervescente de sentimientos guerreros y expuesto a las penalidades del sitio, volvió a su intacta región natal, la Gironda, y que incluso trabajase allí por lanzar también esas comarcas en las fauces de la guerra, pone de relieve su rigorismo que no era accesible a debilidades pacíficas. Naturalmente le exasperaba el estado de ánimo de los campesinos. «...Los campesinos parecen contrariados por no tener todavía un rey, Bonaparte, conde de París o duque de Burdeos, en el mismo trono y bajo la misma corona.» Desea ver organizados en todas partes comités de *Defensores de la República,* y actúa en este sentido, por ejemplo, en Bergerac, al este de Sainte-Foy (p. 18).

Elías escribió el 8 de mayo (*La Commune...*, 1908, página 258): «...Hace ya dos meses que la provincia deseaba y los campesinos pedían esta paz a todo precio. El labrador se ha vuelto cobarde, pues se ha hecho conservador, y esto porque se ha enriquecido; no obstante, es nacionalista (chauvin) y patriota inclusive en sus buenos momentos, y quizá habría participado de todo corazón en una guerra seria, pero al comprender lo mal dirigida que estaba una guerra tan mal comenzada, sólo tuvo un grito, una pasión: interrumpamos los gastos. ¡Paz, paz a todo precio!...» Los conservadores declaraban a los siete millones y medio que en el plebiscito habían votado por el imperio (mayo de 1870), que solamente los republicanos eran los responsables de la prolongación de la guerra; de igual modo Jules Favre, Picard y Jules Simon, bajo la presión de Prusia, habían intervenido contra Gambetta, y así se llegó a la celebración de la «Assemblée rurale»—como se la llamó porque los votos de la población rural le imprimieron la citada tendencia.

Así, pues, al preconizar Eliseo Reclus la continuación de la guerra, él creía ante todo que de esta manera quedaría asegurada la fundación de la república; si este deseo *particular,* por valioso que fuera, daba derecho a im-

poner a la colectividad una gran calamidad *general,* es cosa que cada uno ha de considerar para sí. La Commune de París fué en cierto modo esa continuación de la lucha, rechazada por la provincia, y aun cuando fué aniquilada por la república oficial, constituyó una afirmación tal de voluntad republicana, que muchos suponen que sin ella se habría producido en aquellos años una restauración monárquica.

Eliseo no debió presentir estos acontecimientos ulteriores, cuando en febrero de 1871 escribió a Nadar desde Sainte-Foy (ps. 16-17) : «...No le había escrito mientras quedaba aún un resto de esperanza ; ahora que nos hemos hundido hasta el fondo en el cenagal de la vergüenza, me decido, al fin, a hacerlo. Puesto que todo está perdido, volvamos a comenzar la vida ; hagamos como si, al despertar de un sueño de cien mil años, todo estuviera por conquistar : patria, libertad, dignidad, honor. Después de nuestro inmenso descanso, nos pondríamos resueltamente a trabajar. ¡ Pues bien ! Trabajemos, olvidemos las fatigas y sobre todo el asco, mucho peor que las fatigas.»

«...En cuanto a mí, si el destierro o la miseria no me obligan a salir de Francia, me quedaré : aquí está mi campo de batalla...» (El destierro habría sido de prever en caso de una restauración monárquica.)

Cuando regresó a París vió la entrega de artillería francesa y observó que «desde el tren, algunos de nuestros soldados reían a través de las ventanillas con los amigos, nuestros enemigos (soldados prusianos).» Y agrega : «¡ Qué ingenuidad creer aún en esta cosa ideal que se llama un pueblo !» (p. 20).

Todavía el 27 de marzo (carta a Dumesnil ; ps. 22-23) tenía la intención de dejar la vivienda de París e ir a instalarse con su familia en una gran casa de campo en *Meudon.* Meudon se halla situado en la linde de grandes bosques entre Clamart y Sèvres, al sudoeste de París.

Eliseo comprendía ya entonces la significación del 18 de marzo, diciendo de él que era «el día más grande de la historia de Francia, desde el 10 de agosto» (1792): no presentía que, menos de diez días después, no lejos de Meudon, había de perder su libertad y verse expulsado de Francia por muchos años.

XII

ELISEO RECLUS DURANTE LA COMMUNE DE PARÍS Y EN CÁRCELES FRANCESAS HASTA SU DESTIERRO DE FRANCIA POR DIEZ AÑOS (18 DE MARZO DE 1871-14 DE MARZO DE 1872)

El 27 de marzo declara Reclus, en la carta anteriormente citada, que el acontecimiento del 18 de marzo es «a la vez el triunfo de la República de los trabajadores y la inauguración de la Federación comunal...» «Los progresos intelectuales y morales habían sido inmensos puesto que un cambio de este alcance ha podido operarse casi pacíficamente.» Se sintió feliz en estos primeros días, los únicos casi que vivió en libertad durante el tiempo de la Commune. Seguramente es suyo lo que cita Kropotkín en 1882 (177):

«...Siempre me acordé de aquellos hermosos momentos de la liberación. Había yo bajado de mi cuarto, situado en un alto piso en el Barrio latino, para trasladarme a aquel inmenso club al aire libre, que llenaba los bulevares de un extremo a otro de París; todos discutían sobre asuntos públicos, las cosas personales habían sido olvidadas: ya no se trataba de compra y venta, todos estaban dispuestos a lanzarse en cuerpo y alma en este

(177) En *Le Gouvernement pendant la Révolution* (*Révolté*, 2 septiembre-14 octubre 1882), después con el título de *Gobiernos revolucionarios*, págs. 245-265 de *Paroles d'un Révolté*, 1885.

porvenir. Incluso los burgueses arrebatados por el fervor general, veían dichosos cómo se abría un mundo nuevo. «¡La revolución social debe ser hecha, pues bien, hagámosla: que todo sea común, estamos dispuestos!» Existían los elementos de la revolución: se trataba simplemente de servirse de ellos. Por la noche, vuelto a mi cuarto, me decía: «¡Cuán bella es la humanidad! ¡No se la conoce; se la ha calumniado constantemente!» Después vinieron las elecciones (26 de marzo), los miembros de la Commune fueron elegidos, y la fuerza del sacrificio y el ahinco en la acción se extinguieron lentamente. Cada uno reanudó su actividad habitual y se dijo: «Ahora tenemos un gobierno honrado, dejémosle poner manos a la obra...»

Kropotkín relata también en sus memorias lo siguiente (*Autour d'une vie*, 1902, p. 413): por todos los lados se preguntaba a los hermanos Reclus: «¡Decidnos lo que se debe hacer! Estamos dispuestos a lanzarnos al encuentro del porvenir»—«¡pero nosotros—se declara allí—no estábamos preparados para dar una respuesta!...»

Sigamos los apuntes tomados por Elías Reclus en esos días (*La Commune de Paris au jour le jour*). El 22 de marzo: «...La situación misma es indecisa y confusa... Es el más glorioso desorden (la plus glorieuse anarchie) que uno puede figurarse. Noche tenebrosa iluminada aquí y allá por los relámpagos...» Y opina: «Para salir de esta confusión inextricable hay sólo un medio, y el Comité central tiene el mérito o, por mejor decir, ha tenido la honradez de comprender su necesidad, de anunciarlo y de no querer prescindir de él...», es decir, de las elecciones de la Commune.

El 24 de marzo: «...Necesitamos elecciones lo más rápidamente posible, las necesitamos, pues sin elecciones y quizá incluso a pesar de ellas vamos a hundirnos en los horrores de una guerra civil. Los fusiles se disparan

por sí solos—ya ha corrido la sangre en la plaza pública (el 22 de marzo)...»

Ahora sigue un pasaje semejante al retenido por Kropotkín, pero que yo considero como una fuente más exacta (p. 28) : «...Y en los clubs políticos al aire libre, por así decirlo, desde la Madeleine hasta el cuartel del Château d'Eau (de Oeste a Este), desde el Faubourg Montmartre hasta el Palais Royal (de Norte a Sur en el centro de París) no oí ninguna palabra iracunda, ninguna expresión hiriente, en todas partes se discutían estas cuestiones de vida y muerte con una sangre fría y una cortesía que se desearía tuvieran los sabios del Instituto cuando disputan sobre generación espontánea.—Yo lo ví y lo oí, yo puedo afirmarlo. Pero no soy tan irrazonable para figurarme que se me va a creer esto...»

El 25 de marzo : «...Pase lo que pase es necesario votar. Venga lo que viniere es preciso adherirse al Comité central. El sufragio general de París se halla dividido en tres fracciones : diputados (los elegidos el 8 de febrero) y municipalidad (los representantes de distritos elegidos durante el sitio) contra la popular Guardia nacional (cuyos batallones habían elegido el Comité central) ; es preciso ponerse al lado de la tercera. Cierto que la legalidad está más de parte de los alcaldes (de los distritos) y de los diputados, pero éstos se adhieren estrechamente al gobierno del señor Thiers, que se preocupa poco de la legalidad ; éste da y toma leyes a capricho, pues se coloca por encima de todas y prepara en la sombra el golpe de estado. ¿Y qué significa la palabra legalidad en tiempos de revolución?... Aquí la legalidad es opuesta a la ley, la letra mata. Pues la ley republicana quiere que, en caso de acontecimientos grandes y ante todo imprevistos, se haga un llamamiento al pueblo. El Comité central hace tal llamamiento, y el señor Thiers, la Asamblea de Versalles, los alcaldes y diputados se oponen a él. ¡Tanto peor para ellos!...»

Por último, las representaciones de los distritos aprobaron las elecciones. «...Vamos a votar en los veinte distritos, sin andar a tiros unos con otros. Los alcaldes han hecho ver a los diputados parisienses la necesidad de dirigirse al pueblo de París, para poner fin a la situación anormal de la ciudad, que es una consecuencia inevitable del golpe de estado preparado por el gobierno legal (confiscación de los cañones el 18 de marzo, etc.)...»

«Por la noche (la víspera de las elecciones así aseguradas) se apiñaban algunos cientos de miles en los bulevares. Todos los rostros estaban radiantes, todos los ojos sonreían, todas las voces eran dulces y amigables. Con el acto de la Federación (en el campo de Marte) fué fundada la primera república, con una acción semejante va a ser fundada la república de 1871.»

El *Cri du Peuple,* n.º 25 (París, 26 marzo 1871; de todos modos aparecido el 25) escribe en la p. 2, col. 3: «El siguiente cartel, que nos ha sido facilitado en manuscrito, será fijado mañana en los muros de París (178):

«Frente a la reacción que anuncia la decadencia de París, que prepara el aniquilamiento de la República, ya que, después de la invasión prusiana, incita a la llanura a una invasión contra ella, no deben los republicanos estrangularse mutuamente.

»En la confusión presente, resultado inevitable de nuestros inmensos accidentes, surgen diferencias de opinión entre nosotros. Han ocurrido sucesos desagradables entre los republicanos que siguen al Comité central en el Ayuntamiento y los que siguen a la Diputación y a las Alcaldías (179). Se han reprochado mutuamente haber abandonado la legalidad, una legalidad que, sin em-

(178) Si el cartel apareció o no, es cosa que podrán comprobar los coleccionistas de literatura sobre la «Commune».

(179) Errata: *des mairies,* en vez de: *et les.* Elías Reclus es, sin duda, el autor del texto, muy parecido al que figura en su diario.

bargo, es imposible que pueda ser atendida en plena revolución.

»Por justificados o exagerados que puedan ser los reproches mutuos, nosotros no queremos ninguna lucha terrible y fatal, no queremos que nuestra República se ahogue en la sangre de los republicanos.

»Ciudadanos, electores, como guardias nacionales habéis nombrado al Comité central, como habitantes de París a vuestros diputados y representantes de distrito. Ahora bien, vuestros representantes y mandatarios no tienen derecho a abandonar la existencia de una República al azar de un combate callejero, existencia que ya comprometen con su ineptitud.

»Pueblo soberano, tu causa es poner fin a la lucha entre tus mandatarios, sometiéndoles a una nueva elección rápida. Tu causa es juzgar los motivos del conflicto y emitir tu veredicto por medio de la urna electoral.

»Nuestra salvación reside en la unión y la armonía. Entre republicanos, conciudadanos y franceses no son los fusiles y cañones los que deben decidir, sino el sufragio universal.

»¡ Ciudadanos, a votar ! (Citoyens, au scrutin !)

»París, 25 de marzo de 1871.

»Elías Reclus. F. D. Leblanc. Eliseo Reclus. Paul Reclus.»

Este cartel de los tres hermanos Reclus y de Leblanc (180), este último desconocido para mí, no apareció quizá, pues la situación cambió al ceder los alcaldes en lo referente a las elecciones. De todos modos, dicho cartel y el diario de Elías reflejan auténticamente la actitud de los hermanos Reclus ante las elecciones de la Commune,

(180) El no figura entre los muchos nombres citados en la *Association* (1864-1866), pero yo he visto una carta suya de pésame (Londres, 9 marzo 1874), que comienza: mi pobre amigo. Eliseo le había escrito el 2 de marzo. ¿Leblanc era, pues, un refugiado de la «Commune» en Londres?

y la punta que contiene la descripción hecha por Kropotkín en 1882 es, sin duda, teóricamente acertada, pero no contemporánea. Queda en pie el relato de la tranquilidad resuelta demostrada por las masas parisienses el 24 de marzo, cuando la situación no estaba aclarada, y su alegría la noche del 25 al saber que era segura la realización normal de las elecciones tanto tiempo esperadas. En todos esos días no se advirtió en París ninguna autoridad gubernamental, lo cual impresionó agradablemente y personas de buena voluntad se alegraban de ese raro estado de cosas y depositaban esperanzas en él, mientras que otros preveían un porvenir más sombrío (181). Comp. aún el libro de Elías, p. 43. Paul Reclus, que pasó los meses de abril y mayo al lado de su padre, escribe en *Plus loin* (París, julio 1928): «...¿Cuántos fueron los combatientes a quienes un ideal social llevó al lado de los que habían empuñado las armas por indignación patriótica contra el gobierno de la «Defensa Nacional»? ¿Cuántos Varlin por cuántos Rossel?...»

Al día siguiente de las elecciones de la Commune escribió Elías (27 de marzo): «...Si tú (la nueva revolución francesa) eres lo que creemos, eres entonces la nueva era,

(181) De Greef (1905) habló de este cartel en una forma que hizo que se lo tomase por un artículo, cosa que no es de ninguna manera.—El diario de Elías comenzó a publicarse el 11 de noviembre de 1905 en *L'Insurgé* (Lieja) bajo el título: *Journal d'Elie Reclus pendant la Commune*; allí quedó sin terminar.—En *En Souvenir d'Elisée Reclus* de Paul Ghio, conferencia pronunciada el 20 de agosto de 1905, se dice que Reclus fué amigo de Jules Vallès y J. B. Clément, y se citan y atribuyen a él dos pasajes en el *Cri du Peuple*, que se supone son del 26 de febrero y el 21 de marzo, respectivamente (págs. 8-9). No me es posible comprobar esto. He hojeado todos los ejemplares de ese diario, que se publicó desde el 22 de febrero hasta mediados de abril y no he encontrado nada firmado por Reclus. Ni Maillard ni J. Lemonnyer (*Les Journaux de Paris pendant la Commune*, París, 94 págs., 1871) le citan como colaborador del *Cri*.

la República de los Estados Unidos del mundo, la Commune universal!

»¡Vive, ¡oh! querido niño, esperanza de los héroes y mártires, esperado desde hace generaciones!...»

El 1.º de abril: «...Se trata (ahora) de saber, si ella (Francia) entrará, al fin, en una era de justicia, verdad y trabajo. Amamos a Francia, pero antes que ella preferimos la honradez y la moralidad. Cuando ella, necia, simple y criminalmente, entró en la guerra detrás del señor Bonaparte para atacar a Alemania, nosotros le dijimos severamente lo que merecía y habríamos protestado sin reservas ni dilaciones contra su triunfo; en una guerra injusta no hubiésemos preferido su victoria, la queríamos vencida. Ahora que ha sido vencida más de lo que habría sido necesario, sentimos que continuamos amándola, que la amamos más que nunca... Esto nos ha revelado cuán dulce, profundo y tierno es nuestro amor por Francia. Pero tú debes enmendarte, debes querer tu regeneración, debes prepararte una nueva vida. De lo contrario, muere!» (p. 43).

Tales palabras deben reflejar también los sentimientos e ideas de Eliseo desde 1870, los cuales no queremos figurarnos como esencialmente diferentes. Esto no es tan seguro en lo tocante a la violenta crítica hecha por Elías contra el programa de la Commune, contenido en el manifiesto del 19 de abril escrito por Pierre Denis. Elías censura la «*absoluta* autonomía de la Commune» y dice muy acertadamente: «La palabra absoluto, que se encuentra en la base de toda concepción teológica, no es traducible a la lengua de los negocios y la administración.» Su crítica del absurdo de municipios aislados, igual que la de Eliseo contra el aparato administrativo de las más pequeñas comunas, debió ser producto de las impresiones recogidas al elaborar el material sobre las comunas francesas. Para Elías habría bastado el que la Commune declarase: «Los monárquicos atacan a París porque éste es

republicano. París defendería hasta el último extremo la revolución democrática y social, y aplaza la organización de la nueva república hasta el día en que, con la ayuda fraternal de las ciudades de provincia, consiga la victoria.» Quizá habría sido éste también el punto de vista de Eliseo, análogo a su concepto del 4 de septiembre, pues tampoco la Commune era un cuerpo unido. Malon, por ejemplo, analiza sus miembros de la manera siguiente: 17 de la Internacional, 13 del Comité central, 7 (resp. 8) blanquistas, 9 de la prensa radical y el partido revolucionario; Delescluze (jacobino), Vermorel (proudhoniano), Flourens, Robinet (positivista), 21 de los Clubs y 15 moderados que desaparecieron pronto (182).

El 2 de abril, por la mañana, los versalleses atacaron Courbevoie y Neuilly, comenzando ya a fusilar prisioneros. Ese domingo al anochecer—el diario de Elías relata lo que sigue—«tomábamos nuestra cena sombría y silenciosamente. De pronto oímos redoblar de tambores que tocaban a marcha general en nuestro barrio. Nuestro corazón late fuertemente: ¡A las armas, ciudadanos!... Somos tres hermanos y los tres partimos juntos. Dos tienen su arma y algún equipaje militar. Yo, con mi mano inválida, no puedo manejar el fusil. Pero a pesar de todo quiero estar presente: llevaré mochilas de los que estén cansados y quizá recogeré heridos...»

Desde el punto de reunión, el batallón (119) se dirigió silenciosamente a través de las obscuras calles hasta la plaza de la Concordia, donde esperó durante algunas horas—correos que pasaban a caballo comunicaban noticias de triunfo, según las cuales se había tomado ya Versalles o se estaba ante sus puertas— ; después, el batallón fué enviado a la plaza de Vendôme, y, al cabo de cuatro

(182) *La Troisième Défaite du Prolétariat français* (Neuchâtel, 1871, págs. 135-136).

horas, Elías regresó a casa (183). El batallón se hallaba falto de todo; cada uno había traído las municiones que en aquel momento tenía encima, esperando que recibiría municiones y víveres en el punto de concentración.

El capitán del batallón, conocido de Elías, le contó el 5 de abril que a las cuatro de la mañana fueron de repente enviados como batidores a hacer un reconocimiento a *Châtillon,* sin recibir instrucciones más detalladas. «...Se tomó un camino cualquiera. Mal o bien llegamos a los alrededores de Châtillon; allí se comenzó a pasear de un lado para otro. Al amanecer, guardias nacionales hambrientos y más aún sedientos, se diseminaron por los ventorros de las inmediaciones, sentándose a las mesas. En cuanto a los infatigables, a los diligentes, éstos patrullaban a su guisa por los caminos. Yo aposté algunos hombres, entre ellos vuestros dos hermanos, en un antiguo agujero prusiano (desmonte o trinchera del tiempo del sitio) y combiné mis rondas. Pronto olfateo a los versalleses. Los hombres no permanecen mucho tiempo en su agujero y corren detrás de uno de sus sargentos, quien al apercibir una bandera roja a través de los árboles, exclamó: ¡Los camaradas están allá abajo en el reducto! ¡Quien me quiera que me siga!» (183 b.)

(183) Según Paul Reclus, 1924 (Ishill, págs. 19-20), Elías había sido uno de los camilleros del batallón y éstos fueron enviados a casa por un oficial a las dos de la mañana, por creerse que la noche transcurriría tranquilamente. Pero media hora después marchó el batallón adelante. Según P. R., Paul fué en calidad de médico, mientras que Elías escribió que llevaba su arma. No puedo explicar esta contradicción.—La mujer de Elías y su hijo Paul llegaron precisamente a París el 3 de abril y encontraron a Elías solo en casa.—La señora Fanny Reclus y las hijas se trasladaron a París algunos días más tarde (P. R. 1924).—Consúltese también sobre esto la nota 190.

(183 bis) Jean Allemane, en sus *Memorias de un comunalista, De las barricadas al presidio* (528 págs., in-12.º), cuenta que el tambor mayor del batallón, un individuo llamado Marié, fué considerado el provocador de la pérdida de Reclus y de sus camaradas... «Una gran-

»En seguida comienzan a llover las balas. Uno de vuestros hermanos se queda atrás para recoger a un herido. De pronto aparecen varios batallones versalleses, avanzando al grito de: «¡ Viva la República !» y los dejan acercar sin combatir. Al hallarse a alcance de bayoneta, los pretendidos amigos les dicen: «¡ Viva la República !» está muy bien, pero rendíos !» Nuestros parisienses, rodeados por fuerzas cinco o diez veces superiores, intentan aún resistir, pero al cabo de pocos minutos quedaron atropellados, derribados, muertos, heridos o prisioneros. La pelea fué demasiado corta para haber sido muy sangrienta. En cuanto a vuestros hermanos, no puedo deciros lo que ha sido de ellos...» (ps. 69-70).

En la edición aumentada de *Evolution et Révolution* (París 1891 ; ps. 58-59) relata *Eliseo* mismo una escena ocurrida inmediatamente después de caer prisionero: «...y el batallón... fué hecho prisionero en la meseta de Châtillon. Era por la mañana ; un cordón de soldados nos rodeaba y oficiales burlones se hacían los guapos ante nosotros. Varios nos insultaban ; uno que, más tarde, llegó sin duda a ser uno de los habladores elegantes de la Asamblea, peroraba sobre la locura de los parisienses, pero nos otros teníamos otras preocupaciones que la de escucharle. De todos ellos el que más me llamó la atención fué un hombre sobrio de palabras, de mirada dura y figura de asceta, probablemente un hidalgüelo rústico educado por los jesuítas. Pasaba lentamente por el borde abrupto de la meseta y se destacaba en negro como una sombra ruin

de parte de los hombres, creyendo cierto lo que Marié decía, acerca de que los soldados harían causa común con ellos, se dejaron rodear y debieron rendirse. Aquellos que pudieron escapar regresaron furiosos y acusaron a Marié de estar de acuerdo con los oficiales del ejército versallés...» Allemane, poco tiempo después, consiguió detener y registrar a este Marié, comprobando en sus papeles que estaba a las órdenes de la policía desde 1847... Jean Allemane, que vive en Herblay (Seine-et-Oise), ya de 85 años de edad, quizá aún podría dilucidar este asunto tenebroso.

sobre el fondo luminoso de París. Los rayos del sol naciente se expandían cual raudal de oro sobre las casas y cúpulas : ¡ nunca me había parecido más bella la hermosa capital, la ciudad de las revoluciones ! «¡ Veis vuestro París?», decía el hombre sombrío señalando con su arma hacia el cuadro deslumbrante ; «¡ pues bien, no quedará de él piedra sobre piedra !»

Y Reclus agrega : «Repitiendo al igual que sus amos esta palabra bíblica, aplicada antiguamente a las Nínives y Babilonias, el fanático oficial esperaba, sin duda, que su grito de odio sería una profecía. Sin embargo París no ha caído ; no sólo permanece «piedra sobre piedra», sino que aquellos cuya existencia le hacía execrar París, es decir, esas 35.000 personas que fueron degolladas en las calles, en los cuarteles y en los cementerios, no han muerto en vano, y de sus cenizas han nacido vengadores...»

Así fué Eliseo una de las víctimas de las marchas precipitadas emprendidas por los parisienses contra Versalles bajo la impresión del ataque de los versalleses, marchas que terminaron siempre catastróficamente y a las cuales siguió la defensa de París desde las murallas y algunos fuertes, hasta que el domingo de la Semana de Mayo los versalleses penetraron en París, quedando aniquilada toda resistencia después de una semana de lucha en las calles. La funesta iniciativa de esos combates, militarmente equivocados, es atribuída, también por Elías (página 98), a Flourens, el cual perdió allí su propia vida. Ya el 3 de abril, el grupo del extremo Sur, mandado por Duval, Henry y Chardon, había sido rechazado de la meseta de Châtillon, cerca de Petit-Bicêtre. Entonces, la noche del 3, fué concentrado el batallón 119 del barrio de Reclus y enviado a última hora en calidad de refuerzo a la meseta, que los versalleses habían ocupado ya u ocuparon pronto con fuerzas superiores. Era, pues, un puesto muy peligroso. Según el *Cri du Peuple* (7 abril 1871) los 500 hombres del batallón opusieron una gran resisten-

cia. «...De repente avanza un batallón de versalleses con las culatas de sus fusiles en alto y gritando: ¡Viva la Guardia nacional! Esta, por su parte, invierte sus fusiles y grita: ¡Viva la línea!

»A cien metros de distancia, los versalleses se echan el fusil a la cara y hacen fuego.

»Eran policías disfrazados de soldados.»

Aquí se vuelve a contar la escena relatada a Elías Reclus por el jefe del batallón y se dió a conocer en general.

La meseta de Châtillon se halla al sur de París, al lado sur de Vanves y al este de Clamart; el batallón debió llegar allí en algunas horas de marcha. Pronto combatieron y cayeron prisioneros, pero después comenzó el calvario del camino por Petit-Bicêtre a Versalles, que trajo a Reclus espantosas impresiones. Todavía el 2 de abril, antes de que comenzaran los combates, Elías había pensado, soñado, que los diputados parisienses, todos aquellos hombres con sonoros apellidos republicanos y socialistas, los Louis Blanc y Edgar Quinet y otros muchos, se colocarían entre las partes combatientes (página 99; sólo Víctor Schoelcher se esforzó por establecer la paz, ps. 100-101). Ahora, en plena noche, Eliseo había partido para un destino desconocido y se hallaba ya en las garras de implacables enemigos, que ni respetaban la vida de los prisioneros, ni protegían a los indefensos contra insultos y malos tratos.

Eliseo escribió en contestación a una pregunta sobre esto (184): «...Caminábamos por la carretera de Versalles, cinco a cinco, guardados a cada lado por dos filas de soldados de Infantería y de Húsares. Enfrente se veía parado un grupo centelleante de militares a caballo: eran Vinoy y su Estado Mayor.

»La columna se detiene. Oímos palabras violentas,

(184) En el libro de P. Cattelain: *Mémoires inédits du Chef de la Sûreté sous la Commune* (París, 290 págs., 18.º; sin año 190-); también *Corr.*, II, págs. 27-28.

una orden de muerte. Tres de los nuestros, rodeados de soldados, atraviesan lentamente un puentecillo que une la carretera a un prado cercado de setos y limitado al Este por una casita... Nuestros amigos se alinean a veinte pasos de la casa, muestran sus pechos y yerguen la cabeza: «¡Viva la Commune!» Los verdugos están frente a ellos. Los veo un instante ocultos por el humo y dos de nuestros camaradas caen de cara al suelo. El tercero vacila como si fuera a caer también del mismo lado, luego se rehace, oscila de nuevo y se desploma cara al cielo.

»Este era *Duval* (185). Uno de los fusiladores se precipita sobre él, arranca las botas al cuerpo aún palpitante, y dos horas más tarde, en la marcha triunfal a través de las calles de Versalles, el soldado hace ostentación de su botín...»

Aun más detallada es la carta de Eliseo a Gaston Dacosta (4 marzo 1902) (186): «...Yo me hallaba aproximadamente diez filas detrás de la de Duval, en la columna de los prisioneros. No oí las palabras, pero vi los gestos, que en cierto modo permitían adivinar las palabras. Por otro lado, un murmullo que corría de boca en boca nos comunicaba inmediatamente lo que sucedía.

Vinoy (el general versallés): —¿Dónde están los jefes de la banda? (Eran poco más o menos 1.500 prisioneros).

Duval: —Aquí estoy yo.

Vinoy: —¿Y los otros?

Un jefe de batallón: —Yo.

Todavía un tercero se acercó a Duval y su camarada.

Vinoy: —¡Fusiládmelos! (fusillez-moi ça).

«La orden fué ejecutada inmediatamente en un pequeño prado...» (Después del fusilamiento). «En seguida uno de los soldados de la escolta de Vinoy se precipita sobre

(185) Emile Victor Duval, nació en París en 1840, fundidor en hierro; militante blanquista; uno de los generales de la «Commune».

(186) En su libro *La Commune vécue* (La Comuna vivida). París, 1903, I, págs. 373-375.

el cadáver, le arranca las botas y las lleva cerca de la columna, gritando delante de Vinoy: «—¿Quién quiere las botas de Duval?»

«Las palabras que ponen en boca de Vinoy: «¿Qué hubiera hecho usted (Duval) en mi lugar?», me parecen inverosímiles, porque contendrían una idea vaga de justicia compensativa. Vinoy no se elevaba a estas alturas. No se discute con un comunalista. Tal es la mentalidad de los héroes del sable. Es inútil atribuirle «palabras». Esa frase es seguramente de invención versallesca y pretende explicar la conducta de Vinoy y hasta casi justificarla.

«En cuanto a la espantosa palabra sobre la cantinera, no es más que muy verdadera: *yo la he oído.*

«La desgraciada mujer iba en la fila delante de mí, al lado de su marido. No era una mujer joven ni bonita, sino una pobre proletaria de edad incierta, pequeña y que caminaba penosamente. Sobre ella llovían insultos de todos los oficiales que caracoleaban con sus caballos a lo largo de la carretera. El que usó la palabra obscena y nos injuriaba y amenazaba constantemente, era... un oficial de Húsares muy joven, con uniforme azul, flaco, rubio, de aspecto insulso y bigote de guías levantadas.»

«Sus palabras fueron: «¿Sabéis lo que vamos a hacer con ella? La vamos a j... con un hierro candente» (nous l'enc... avec un fer rouge).

»Gran silencio de horror entre los soldados.

»Le autorizo plenamente para publicar estas manifestaciones, pues son verdaderas...»

Sobre la marcha de los prisioneros a través de Versalles escribió *Elías* (ps. 73-74): «...Me ruborizo de vergüenza y me estremezco de cólera al enterarme de cómo han tratado a sus prisioneros esos inmundos versalleses. Se los ha hecho desfilar por las calles de la capital rural y exhibirse ante el bello mundo de los paseos, a esos desgraciados, con sus vestidos desgarrados en la lucha, ago-

tados por el insomnio, abrumados por una larga marcha a pleno sol, por la fatiga de varios días, por el dolor. Se les acogió con insultos, precipitándose sobre ellos para mirarlos procazmente, para lanzarles desde más cerca alguna burla infame. Entre ellos había heridos, algunos de los cuales sangraban aún—éstos recibían todavía más maldiciones que los otros. Estos hombres tenían atadas las manos, y los petimetres que, la víspera, no se hubieran atrevido a mirarles cara a cara, les escupían ahora contra la boca y los ojos, y las bellas damas golpeaban con sus sombrillas en esos rostros bañados por el sudor angustioso...» «Entre éstos (prisioneros) se hallaba el hombre que yo amo, estimo y respeto más en el mundo» —Eliseo.

Kropotkín (*Les Temps Nouveaux,* 15 julio 1905) pone en boca de Eliseo lo siguiente: «Cuando entramos en Versalles, la masa de burgueses nos recibió del brazo de sus damas con toda clase de insultos, mientras nosotros, atadas las manos, pasábamos por delante de ellos. Un hombre—creí reconocer en él a un miembro de la... (una sociedad científica)—me asestó un golpe violento en la cabeza y exclamó: ¡Oh, el malvado! Su mujer me golpeó también con su sombrilla. Después de todas las fatigas de la noche anterior, caí sin conocimiento...»

A mí me contó el señor Carlos Heath (hijo de Richard Heath) que Eliseo le había relatado cómo, en ese camino de martirio, su corazón latió tan fuertemente que tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para tranquilizarlo, cosa que al fin logró. El más pequeño gesto de indignación habría originado la muerte, y lo que para todos los prisioneros era espantoso debió ser una tortura extraordinaria para Reclus, el cual hasta entonces había gozado de libertad en todas partes, se había relacionado con los mejores y más libres de su tiempo y estaba penetrado de fe en el valor y la dignidad de la humanidad. Yo pienso siempre que la enfermedad cardíaca que más tarde le ator-

mentó durante muchos años y causó su muerte, fué producida por esa marcha de Châtillon a Versalles y Satory, la primera iniquidad cometida con este hombre libre.

El «no hablaba con agrado de esos primeros días—escribió su sobrino Paul en 1924—, se sabe ciertamente que fueron terribles y que cierto número de sus camaradas fueron fusilados o se volvieron locos. En ellos hubo la marcha de los prisioneros..., la actitud vergonzosa de la muchedumbre en las calles de Versalles, la estancia provisional en las cárceles locales, el viaje a Brest, que duró cuatro días y fué hecho en vagones destinados al transporte de animales...»

Un prisionero en Brest, que también describe la actividad de Eliseo Reclus en la cárcel—v. más adelante—, escribió ya en aquellos meses en la *Liberté* de Bruselas (el órgano más destacado del socialismo libertario; diario durante algún tiempo) (187) sobre fusilamientos de soldados que se hallaban entre los prisioneros de la meseta, labor que requirió una hora, y, después, del fusilamiento de Duval, jefe del estado mayor, y del comandante de los voluntarios de Montrouge, aunque el general Pellé había prometido en Châtillon respetar la vida de todos. «Un soldado de caballería arrancó las botas a nuestro desgraciado general y las paseó en triunfo, exhibiéndolas como un trofeo de la victoria. Después se alejó el cruel Vinoy y nosotros continuamos nuestra marcha dolorosa y humillante, ora andando, ora corriendo, según el capricho de los guías...» Pinta las escenas de martirio en Versalles aun más cáusticamente que las descripciones reproducidas; el camino fué prolongado, retrasándose la llegada por medio de altos y esperas. Fueron recibidos en el cuartel de la Guardia Parisiense y de allí conducidos a *Satory*, al sudoeste de Versalles, donde todos ellos, en número de 1685, permanecieron dos días y noches apretujados en un almacén de

(187) Citado por Malon, *Troisième Défaite*, 1871, págs. 199-203.

pienso, de pie en su mayoría, con pan y agua sucia por todo alimento (p. 201).

Después se les despojó de lo que tenían y por grupos de 40 fueron metidos en vagones de ganado cerrados y sin luz, con un poco de bizcocho y agua; así llegaron a Brest el sábado por la mañana (8 de abril; habían sido hechos prisioneros en la madrugada del martes, 4), 600 en el mismo tren. En el camino carecieron de agua y aire; los vigilantes amenazaban con disparar en los vagones. «Varios de nosotros se volvieron locos.» 31 horas duró tal viaje. Al fin entraron en el fuerte de *Quélern,* donde fueron recluídos en casamatas húmedas; dos raciones de sopa y apenas libra y media de pan por día.

El autor de esta información es al parecer *A. Colleau* (188), ya que éste toma la misma por base para su exposición en *Les Temps Nouveaux,* 15 de julio de 1905. Aqui manifiesta que entre los seis que perdieron la razón (ne jouissaient plus de leur raison) durante el largo viaje en los vagones ganaderos cerrados y ensuciados con excre-

(188) Colleau permaneció recluído hasta 1875. Reclus le llama Collot (17 agosto 1871; *Corr.*, II, pág. 60), Colleau, págs. 72, 201 (1878). Perteneció al grupo del *Prolétaire* y fué, si no me equivoco, su gerente. Otro compañero de prisión, Aveline, citado por Reclus en 1878, perteneció también a ese grupo.—Jean Grave (Ishill. páginas 35-36) cuenta que, pocos años después de la «Commune» oyó hablar mucho a un prisionero del fuerte de Quélern, Villars, sobre Reclus y su influencia moral entre los prisioneros, sus atractivas lecciones, etc., y que entonces se suscribió a la *Géographie,* que se publicaba por entregas. Este Villars citado por Grave no es mencionado en las cartas de Reclus a V. Buurmans; allí se halla a Gobley, Meunier, Connel, Bertelli, Rolland, Depry, Stordeur, Chauvière, Jouanneau y los citados Colleau y Aveline.

En Versalles fué coprisionero Henri Brissac (*Corr.*, II, pág 124), un viejo socialista conocido, que sufrió mucho en Nueva Caledonia; no tengo a mi alcance sus *Souvenirs de Prison et de Bagne* (París, 1880, IV, 98 págs.). Otro de ellos fué Emile Griffault.—En *La Jeune France,* julio 1879, págs. 100-104, se hallan recuerdos sobre Versalles firmados por «Albert Memor», en los cuales se menciona a Reclus; no recuerdo su contenido.

mentos, se hallaba Reclus, pero que se repuso espiritualmente por completo al cabo de pocos días (189).

En cartas a Rodolphe Kahn, 1878, relacionadas con la redacción del *Travailleur* (Ginebra), encuentro: «...La descripción de mi tiempo de prisión que preparo, es un trabajo pequeño e íntimo, absolutamente sin significación como historia...», y: «...he reflexionado; mis *Expériences d'un prisionnier* (Experiencias de un prisionero) no pueden ser publicadas al menos en veinte años: es una relación íntima, y aquí y allá me veo precisado a contar cosas que no nos hacen ningún honor. Pero todavía estamos en el período de la lucha, y ante el enemigo común somos solidarios. Nunca diré públicamente nada malo sobre uno de los nuestros.» ¿Son éstas las «notas sobre la Commune» que le quitaron en el registro domiciliario del 1.° de enero de 1894? (*Corr.*, III, p. 151). ¿Le fueron devueltas después? ¿O escribió aún otras cosas sobre la Commune? Cuando, en 1905, Luigi Galleani le pidió algo para su *Cronaca sovversiva,* Eliseo le prometió algunos extractos del manuscrito de Elías copiados por su hermana, y dijo sobre sí mismo: «Yo tengo seguramente en alguna parte «impresiones personales», pero no he tenido la mano bastante feliz para volver a encontrarlas y ahora no dispongo del tiempo necesario para redactarlas de nuevo» (ps. 318-319). ¿Podrán ser hallados todavía esos manuscritos? Así es que, al margen de la biografía de Elías (1905) y notables resúmenes en *El Hombre y la Tierra,* V, ps. 246-251 de la edición francesa, sólo existe aquella larga lista, en parte descripción, de las trece cárceles por que debió pasar en el espacio de un año, lista que transmitió a Lissagaray para una edición ulterior de su conocida historia de la Commune (*Histoire de la Commune de* 1871, París, 576 ps.; sin año; prefacio de mayo de 1896), el cual la imprimió *in ex-*

(189) No sé si esto fué publicado por otro lado en 1871; Malon estaba enterado de ello («que la douleur le rendit fou pendant le trajet», *Trois. Déf.*, 1871, págs. 196).

tenso. Según Lissagaray, de junio a septiembre de 1871 fueron transportados de París al mar 28.000 prisioneros, de los cuales 20.000 quedaron recluídos en 25 pontones y 7.837 en fuertes e islas.

Sigo, pues, esta descripción, que las cartas completan en muchos aspectos, sin pretender agotar aquí el tema, dada la abundancia parcial del material.

«1. Usted conoce *Satory*. La falta de aire y sueño me volvieron loco (fou) durante ocho horas...» Satory era efectivamente la palabra más espantosa de aquellos años.»

«2. Seguramente oyó usted hablar de los vagones ganaderos en que fuimos llevados a Brest. Fuimos cargados por grupos de cuarenta, amontonados los unos sobre los otros. Una mezcolanza de brazos, cabezas y piernas. Todas las aberturas estaban cuidadosamente cerradas alrededor de este cargamento de carne humana; tan sólo podíamos respirar a través de las hendeduras y rendijas de la madera. En un rincón se había tirado un montón de bizcochos; pero nosotros mismos yacíamos sobre ese montón, sin saber lo que era, y lo habíamos aplastado, reducido a polvo. Durante 24 horas carecimos de todo alimento y de toda bebida. Sólo en Lorient se nos dió un trozo de pan como un puño. Pero durante todo el viaje de 31 horas nadie pudo bajar ni tomar el aire. Los excrementos de los enfermos se mezclaban con el barro formado por nuestros bizcochos. Algunos de nosotros nos volvimos locos; uno se pegaba para tener algo de aire y algo de espacio. Varios de entre nosotros, alucinados, furiosos, parecían fieras.»

«3. *Quélern*. Los marineros del barco de transporte habían despedido con improperios a nuestros policías y nos trataron cortésmente; nosotros respirábamos el aire libre del mar, la mañana era bella, el mar soportable. Nos sentíamos dichosos y arrebatados por aquel cambio repentino. En Quélern nos recibe un capitán de gendarmería, Chevreuil. Un soldadote profesional tonto, grosero y capricho-

so, pero no demasiado malo en el fondo. Amenaza mucho, pero no hace mucho daño. Los vigilantes son gendarmes ordinarios y carceleros y guardas de la costa, estos últimos muy extrañados de tener que vigilarnos y bien dispuestos a hacer la vista gorda ante el reglamento.»

«Pero esto sólo fué el tiempo de nuestra primera instalación. El director, señor Delaunay... viene. Había sido antes director en Beauvais. Muy cortés, este señor, también muy justo, ya que la justicia de un carcelero consiste en no admitir ninguna queja y sólo creer en la palabra de sus subordinados, que se expresan según las fórmulas reglamentarias y en el orden jerárquico. En efecto estábamos abandonados al capricho del vigilante superior, un tal Rousseaux, que antes había desempeñado el mismo cargo en una prisión alsaciana... Mientras la Commune permaneció en pie se nos maltrató con cierta preocupación. A veces parecían pedirnos perdón, casi disculparse. Después de los días de mayo cesó toda piedad, toda consideración; se sabía que ya no éramos los amos del cotarro.»

«Alojamiento: veinte casamatas, en cada una de las cuales dormíamos cuarenta, unos al lado de otros, echados sobre sacos de paja que habían sido ensuciados por los presos anteriores. En las casamatas situadas al nivel del patio el aire era, durante la noche, terriblemente infecto, y en las más bajas aun más pestilente. El contenido de los mal construídos pozos negros rezumaba a través de los muros, y, por la mañana, el piso de la primera casamata estaba cubierto hasta una o dos pulgadas de profundidad por el líquido excrementicio que penetraba. Enfrente había casamatas vacías, pero no se pensaba en trasladar allí a los presos. Cuando, más tarde, a los 800 prisioneros vinieron a agregarse otros 200, se alojó a estos últimos en una barraca construída en medio del patio y que se llenaba de agua si llovía frecuentemente.»

«Alimento: primer mes, bizcocho y tocino rancio. «¡El

que afirme que el bizcocho está mohoso, va a dar con sus huesos en la celda de castigo !»

«Segundo mes : todos los domingos un poco de carne, cocida ; los demás días «sopa» y pan y bizcocho alternativamente. La cantina estaba a cargo de un judío, representante de un antiguo preso (al menos yo lo creo así, pero no lo afirmo) que se había hecho empresario de abastos de cárceles. Según las condiciones de arriendo el beneficio debía estar limitado al diez por ciento ; la ganancia calculada por nosotros no pasaba de 480-500 por ciento. Gracias al aire de mar y a la fuerza espiritual que nos sostenía, todo marchaba bien—no habían ocurrido más que cinco defunciones—cuando Jules Simon (el ministro) vino a aliviar nuestro destino. Fué tan bueno, que estimó que sus antiguos electores—yo no me contaba entre ellos—no tenían buena cara, y entonces se decidió recurrir a la severidad. Al día siguiente vino la orden de transferirme ; los cursos organizados por nosotros fueron suspendidos por disposición del ministro de Instrucción pública (éste era precisamente Simon), y ocho días más tarde se nos prohibió la sombra de biblioteca que teníamos. Inmediatamente comenzó el sistema de la celda de castigo para los recalcitrantes. Mi mejor amigo, que era muy mal visto a causa de esta amistad, recibió 35 días y otro más de dos meses. Por fin, después de que, según me dijeron, el padre Delaunay fué destinado a otro puesto..., pudieron respirar mis camaradas. Un corso que vino como director a Quélern les trató mucho más humanamente.»

Llegado a Brest el 8 de abril, el 9 le fué posible escribir a Alfred Dumesnil desde el fuerte de Quélern, situado en la península del mismo nombre a la entrada de la rada de Brest (*Corr.*, II, p. 29), de manera que, a partir de ese momento, su familia pudo estar tranquila sobre su paradero (190). Elías le había buscado inútilmente por todas

(190) Según esta carta, él desconoce los acontecimientos generales desde el 2 de abril, lo cual significa que estuvo en el batallón

partes en París entre los muertos y los heridos, así que el 9 de abril tenía motivos para suponer que había caído prisionero. Miss Putnam, secundada también por el embajador americano Washburne (que apreciaba a Eliseo a causa de sus artículos de la *Revue des Deux Mondes* en favor de los estados del Norte, y además por su modo de ser personal) comprobó al fin el destino de Eliseo (P. R.; Ishill, p. 18). Su mujer le escribió el 10 de abril una carta que señalaba como la quinta; él mismo recibió por primera vez cartas de su familia el 23 de abril. Su primer deseo es que A. (¿su hermano Armando?) le lleve libros de matemáticas (18 de abril). Al llegar nuevos prisioneros escribe a su hermana en una carta no censurada (8 de mayo): «En Versalles se les ha hecho sufrir las mismas vejaciones que a nosotros. Ninguno de ellos ha podido salvar su reloj; han sido despojados de sus mantas, capotes y abrigos; algunos han perdido hasta el chaleco, llegando aquí en mangas de camisa. Sin embargo no se les ha dado sablazos, ni culatazos, ni patadas, y ninguno de ellos ha sido fusilado. A este respecto hay, pues, un mejoramiento.» Entonces pudo conocer varias semanas de la más reciente historia de la Commune.

El 28 de mayo le escribieron su mujer y Elías desde París, con lo cual el 1.° de junio se enteró de que ambos

a partir de la noche del domingo en que Elías se separó de él a media noche. Ahora bien, si, como Elías pone en boca del capitán, salió el 4 de abril a las cuatro de la mañana para la meseta de Châtillon, *hay entre ese tiempo 28 horas sobre las que no se sabe nada*; se ignora si el batallón 119 debió esperar o hizo otra cosa.—Respecto de Paul, escribe Eliseo: «desde el comienzo del asunto de Châtillon me he visto separado de mi hermano»; uno de sus camaradas le vió en el momento de la rendición.—Paul Reclus volvió el 4 a mediodía a casa de Elías sin saber nada sobre el destino de Eliseo (P. R., 1924). Parece ser que debió agradecer su salvación a médicos versalleses, que, como colega médico, le respetaron y permitieron alejarse.—En el diario *Vérité* hay una pequeña carta de Paul Reclus (23 de abril) sobre la prisión de Reclus, cuyo contenido no recuerdo actualmente.

habían sobrevivido a la sangrienta semana de mayo. Paul Reclus relata en el libro de Ishill (ps. 20-22) cómo su padre, Elías—a quien Arístides Rey, en su calidad de secretario del delegado de Instrucción pública, el blanquista Vaillant, propuso a fines de abril que se hiciera cargo de la dirección de la Biblioteca Nacional de París—pasó la Semana de Mayo y fué salvado por sus amigos Kneip, el profesor François Huet, Schmahl y otros, hasta que en el otoño pudo ganar Italia y de allí trasladarse a Suiza (191).

Según Colleau (*Liberté*, 1871), Eliseo pronunciaba diariamente conferencias sobre geografía ante los prisioneros, daba lecciones de inglés, enseñaba a muchos el juego de ajedrez—su único juego, sin que sintiera pasión por el mismo—, preguntaba a trabajadores sobre sus ocupaciones y les incitaba a que le contasen mucho sobre ellas. Hizo que Buurmans le enseñase flamenco, y se encargó de la pequeña biblioteca. Sus camaradas hacían por él, voluntariamente y sin que lo pidiera, los trabajos pesados, le dieron el jergón más limpio y todos eran para él «de una amabilidad conmovedora» (carta de 8 de junio de 1871). Su trabajo consistía entonces en la recopilación de material para su futura obra «*sur le Sol et les Races*» (sobre el suelo y las razas), un libro que como tal no apareció y que debía construir una obra como *La Terre* quizá; al fin encontró una realización insospechadamente grande en *El Hombre y la Tierra*. También dice haber emprendido «un trabajo pequeño y puramente literario», que no está todavía muy adelantado. Respecto de este último no se sabe nada más. Deseaba urgentemente recibir trabajo (15 de ju-

(191) Véase también Eliseo acerca de Elías (1905) y el libro de Elías, pág. 243, según el cual el 4 de mayo fué designado por primera vez mandatario de la «Commune».—La señora Noemi Reclus fué miembro del Consejo para educación femenina.—Paul Reclus, interno en un hospital y bajo fuerte vigilancia, visitó sin embargo frecuentemente a Elías en su escondrijo de la rue Mouffetard (*Le Temps*, aprox. 11 febrero 1904).

nic). Era muy pobre entonces... «Es preciso velar celosamente hasta sobre el último céntimo, si quiero conservar la independencia de mi familia», escribe el 19 de julio a Pierre Faure; su mujer no le habla nunca de dinero en sus cartas, «...y temo mucho que ella sufra». Dumesnil trató de encontrarle trabajo y oyó decir que la casa Hachette le cerraría sus puertas. Eliseo replica que, en ese caso, no está dispuesto a insistir, pero que tampoco quiere dirigirse a ningún editor rival, y piensa trasladarse a los Estados Unidos (6 de julio). Por lo demás, Edouard Charton le escribió entonces pidiéndole hiciese una proposición para una nueva obra, no sin conocimiento de Templier, como Reclus cree, y éste sometió a ambos el plan de una publicación (15 de julio); se trataba de una especie de geografía enciclopédica que aparecería en cuadernos pequeños y muy baratos (23 de julio). Entretanto el editor Hetzel le escribió acerca de la *Histoire d'une Montagne* (Historia de una Montaña), la cual fué comenzada en la cárcel.

«Estaba triste, abatido, cansado de la vida... Hombres, a quienes un día llamé amigos míos, se habían vuelto contra mí al verme agobiado por la desdicha; la humanidad entera con sus intereses en lucha recíproca y sus pasiones desbordadas me parecía horrible...», así comienza este libro, que sin duda debió ocupar el lugar del trabajo «puramente literario». En una carta de 1904 (*Corr.*, III, ps. 277-278) explica este estado de ánimo. Kropotkín (1905) dice con razón sobre este libro concluído en Suiza, que es «quizá el más bello de sus escritos». «...Pues en esto coincidían Eliseo y Goethe: para ambos la naturaleza entera vivía—montañas, ríos, bosques, todos son hermanos y hermanas de los hombres.»

El ministro *Jules Simon*, acompañado de generales, almirantes y otras altas personalidades, hizo una visita a la cárcel el 23 de julio. «Antes de partir quiso verme y preguntarme si necesitaba algo. Pero como yo desprecio a

este hombre me negué a comparecer ante su presencia, diciendo que no tenía nada que pedirle. Aunque esto, como he sabido después, le molestó mucho, declaró que quería proporcionarme comodidad a pesar mío y, de acuerdo con el director, resolvió hacerme trasladar a Trébéron...» Reclus ve la verdadera causa de tal medida en sus amigables relaciones con sus compañeros de prisión, en las conferencias y lecciones, que desagradaban al director, etc., y observa que en Trébéron el ministro ordenó que se le vigilase estrechamente y se le encerrara en su cuarto. Incluso se habló de poner en su puerta un soldado que debería seguirle a todas partes. «...Pero, afortunadamente, cuando el ministro volvió la espalda los cirujanos de marina y otros superiores, que pertenecen todos a la marina y me consideran bien, (192) no se volvieron a preocupar de sus palabras; soy tan libre como los demás prisioneros, me paseo como me parece, incluso leo periódicos y trabajo de noche en mi cuarto...» (3 de agosto).

Según Colleau (1905) Eliseo se hallaba últimamente en la enfermería de Quélern desde donde hizo contestar al ministro que no tenía nada que decirle y que, si él quería hablarle, debería venir junto a él. El ministro, fingiendo cuidarse de su salud, le transfirió a Tréberon, pero esto se hizo en realidad para separarle de sus camaradas.

Para Lissagaray, Reclus anota:

«*Trébéron*, hospital militar en una pequeña isla de granito, a tres kilómetros de Quélern. Allí nos encontramos algo mejor, movidos de aquí para allá por cuatro gobiernos celosos entre sí: las enfermeras, los médicos, los oficiales de marina y el teniente de línea. Este habría querido ser cruel y malvado, pero los médicos y oficiales de marina le

(192) Esto puede explicarse por el hecho de que eran colegas del hermano de Reclus, Armand, oficial de marina, y por el menosprecio con que miraban los oficiales de marina al gobierno de París, aparte de la impresión que el modo de ser de Eliseo producía en todo hombre que no estuviera completamente endurecido.

trataban como «sujeto cerril» («mufle»), no se preocupaban de él y, en suma, nos protegían algo...» La mortalidad era muy grande (*Corr.*, II, ps. 57-58) y los ataúdes fueron enviados a la isla en abundancia.

Le agradaba mucho la contemplación del mar y las islas, que, según el tiempo, le recordaba la costa irlandesa casi en general y, a veces, la de Italia. En su interrogatorio, que al fin se celebró (aproximadamente a fines de julio), se enteró de que sólo se le acusaba de haber marchado contra el ejército regular. El Consejo de guerra había recibido muchas cartas, en las que se pedía la liberación de Eliseo Reclus (p. 56). Maunoir, el secretario de la Sociedad de Geografía, le escribió en los últimos días de julio, anunciándole que quería provocar una gestión colectiva de la Sociedad, para obtener su liberación. «...Sólo que, me dijo, sería posible que se me pidiera un compromiso formal, una promesa, un juramento cualquiera, al menos una frase de fidelidad en una carta privada.» Naturalmente, él rechazó esto de plano; «...cuando la Sociedad, dado el estado de disgregación y desmoralización en que se halla, tendría necesidad de todos los hombres íntegros y concienzudos, hay amigos que suponen que, para volver a la vida libre, debería comenzar por envilecerme...» (ps. 53-54; fin de julio). Entonces redactó una parte de la edición abreviada de *La Tierra,* titulada *Los mares y los meteoros* (aparecida el 26 de septiembre de 1872). Recibió una carta de entrada para el Congreso internacional geográfico de Amsterdam (agosto); algunas de las cuestiones que en él debían tratarse habían sido propuestas por Eliseo (p. 59), lo cual será fácil de comprobar. La *British Association for the advancement of science,* con sus congresos anuales y numerosas conferencias en todos los dominios de las ciencias naturales y formada por sabios y personas particulares interesadas, llama extraordinariamente su atención de tal modo que incita a Dumesnil a fundar, en unión de Edgar Quinet y Henri Martín,

una sociedad idéntica en Francia, labor a la cual él mismo se consagraría si estuviese en libertad (p. 67 ; 3 de octubre). Dumesnil le da buenas noticias de Templier, de manera que, si puede quedarse en Francia, espera continuar trabajando en el dominio geográfico y emprender «quizá grandes obras que están aún en el dominio de los sueños» (¿la *Géographie?*) (p. 61 ; 20 de agosto) (193).

A principios de septiembre se enteró de que Elías se había instalado en Zurich, y en otoño recibió la visita de su mujer (ps. 56, 71, 73), cuyas gestiones en Brest para poder visitarle fueron facilitadas por el notario de dicha población Bellamy (194).

El 19 de octubre Eliseo fué visitado por un viejo pastor protestante, Berth, quien le ofreció hacer valer su influencia sobre el nuevo ministro Casimir Périer, siempre que Reclus se hallara conforme con ello. Este escribe a su mujer el 20 : «Ciertamente, he contestado, no deseo más

(193) La señora Luisa Dumesnil me dijo, el 26 de febrero de 1912, que después de la «Commune» la casa Hachette no quería saber nada de Reclus y que sólo la influencia de Dumesnil consiguió el que la editorial continuase sus relaciones con Reclus.—No me parece probado de ningún modo que el propio Templier fuese a Brest, a pesar de la certidumbre con que habló de ello Paul Ghio en su conferencia de 1905 (pág. 10).

(194) La señora Dumesnil me enseñó una carta de ese notario, un francés del Mediodía. Después de la muerte de Fanny Reclus él rememora los recuerdos de 1871 (22 febrero 1874). Ambos fueron a ver al general Briant, «un soldadote mentecato, al que ella dió una audiencia en su propio salón. Todavía veo su serenidad de conciencia y de resignación, esa superioridad del dolor oculto bajo la dignidad ante la necedad soldadesca del poderoso que quería mostrar su condescendencia, sin que su corazón le impulsara a ello». Bellamy agrega además : «...antes de verle estaba muy preocupada con el pensamiento de si usted habría disparado en el ataque en que fué hecho prisionero—se veía que reflexionaba sobre esta cuestión en su fuero íntimo, y que, antes de ir a visitarle, había entablado en su conciencia un debate sobre usted. Yo la sorprendí algunas veces en que se aisló de la conversación y, como si despertara de un sueño, decía : desearía saber si verdaderamente ha podido disparar...»

que verme libre como mis camaradas, sin condición ni promesa atentatoria a mi dignidad. Como las palabras me parecen no menos serias que los actos, no quiero pronunciar ninguna ni humillante ni aduladora, y pido mi libertad porque la cosa es justa en sí; no quiero deberla a la generosidad.» El señor Berth ha querido que formulase por escrito mi declaración y yo he accedido, pesando palabra por palabra, frase por frase, no omitiendo ninguna de las razones que fundamentan según mi concepto la legitimidad de mi liberación, sin rebajarme a solicitarla, naturalmente. Por lo demás, esto me parece ocioso, pero nada se oponía a que expresara todo mi pensamiento: ¿por qué lo que se tiene en el corazón no ha de estar también en los labios?...» (ps. 68-69).

El escrito aquí mencionado ha quedado desconocido. No hubo liberación, ni mucho menos. Ignoro si el transporte del prisionero a Versalles, que debió comenzar el 23 de octubre, puede ser considerado como un aceleramiento del proceso contra él y guarda relación con esta visita; de todos modos, la vista del proceso se celebró el 15 de noviembre, Reclus recibió la más dura condena, y sólo la indignación contra tal sentencia provocó una intervención de la opinión pública internacional, que le salvó.

Se le trajo de la isla a un pontón (gran barco anclado que sirve de cárcel), a *Brest,* a la prisión militar («atenciones, cuidados, respeto, comestibles frescos, libros y periódicos, todo lo recibíamos de la manera más cortés. Sólo nos faltaba la libertad.» E. R. para Lissagaray) y, por la siniestra cárcel de Fontenoy, a Versalles.

«*Fontenoy.* Sólo pasé allí un día y una noche en el sótano más profundo, sin luz ni aire, jadeante y sofocado por el calor. Estas 24 horas me parecieron infinitas. Y, sin embargo, tenía más filosofía que otros y no estaba encadenado. El propio teniente de navío me condujo con mucha cortesía a esta prisión, que él llamaba la «Santa-Bárbara», la cárcel de oficiales. ¡Como lo habrán pasado en-

tonces mis camaradas en cárceles ordinarias !» (para Lissagaray; también *Corr.*, II, p. 73).

«7. Prisión de Chantiers, *Versalles*. Le presento a usted al teniente Merceraux, un teniente bonapartista que realizó una vergonzosa propaganda con los folletos de Adam Lux. Incluso tuvo la desfachatez de ofrecerme a mí esa basura. Somos 900, repartidos en tres grandes salas. Ya conoce usted el trato por las cartas de Renard. «Tan pronto como veáis gente en grupo que se mueve o levantan los brazos, disparad; yo os lo mando», dijo el coronel Gaillard a los soldados. Nosotros somos el poder y continuaremos siéndolo. Y los señores Langlois, Naquet y otros se prestan a la farsa de solicitar de este señor comunicados sobre el trato dado a los prisioneros (v. también ps. 73-74).

En *La Constitution* (París; 10 noviembre 1871), en una de las *Cartas de París*, firmada por Alceste (8 noviembre), se cuenta que, según una comunicación recibida, Reclus, «pisoteado y molido a culatazos de fusil», el 5 de noviembre por la mañana fué conducido a pie—a pesar de haber pedido se le trasladara en ferrocarril—a Saint Germain, entre las filas de una escolta de gendarmes.

La cárcel siguiente es llamada por él «chenil» (perrera) de *Saint-Germain*. Un cobertizo en el patio cuyas ventanas están cerradas con tablas y rejas, ventilado por un postigo corredero de ventana (vasistas). Cuatro cubetas para defecar. Techo muy bajo; aire irrespirable. 60, 80, 100, hasta 117 personas viven en este local, donde antes tenían su cuadra 16 caballos colocados en fila» (195).

(195) Una carta dirigida al «vénérable» de la logia masónica «La Bonne Foi», de Saint-Germain, contiene también algunos recuerdos ulteriores sobre este «chenil», palabra que usa igualmente en ella, *Corr.*, II, págs. 218-219. Sobre el día del proceso dice allí: «...recuerdo los signos de afecto y alegría de volver a vernos que pude cambiar con parientes queridos el día de mi condena; me acuerdo sobre todo de las lágrimas muy dolorosas de conmiseración que vi en los ojos de una vieja mujer, que barría la portada

La Constitution escribe: ...» En Saint-Germain, M. Eliseo Reclus se halla encerrado con un centenar de compañeros de infortunio en la antigua cuadra-perrera de los perros de la jauría imperial. El «chenil» de los perros de Bonaparte es bastante bueno para este sabio. Se ha echado un poco de paja sobre la tierra desnuda. Por tres o cuatro ventanas sin vidrieras, mal cerradas con postigos de madera, penetra la luz del día y también el cierzo de las noches de otoño.»

Desde allí fué llevado a comparecer ante el Consejo de guerra permanente de la primera división militar en Saint-Germain-en-Laye, el cual le reconoció culpable «de haber empuñado armas abiertamente en el movimiento insurreccional de París y de haber hecho uso de sus armas»; se admiten circunstancias atenuantes. Sentencia: «pena de deportación simple» y las costas del proceso (ps. 75-76). —Esto significa deportación a Nueva Caledonia, de donde los últimos deportados no regresaron hasta 1880, después de la amnistía.

No conozco las particularidades que sobre el proceso debieron traer los periódicos de Londres y París. Nadar escribió después de la muerte de Eliseo: «Ante el Consejo de guerra de Saint-Germain—donde dragones juzgan a este pensador—encontramos de nuevo a Eliseo con su serenidad tranquila y desapasionada, la cabeza más erguida que nunca, a pecho descubierto como antes frente a las balas, desdeñando el defenderse, rechazando toda atenuación o paliativo artificial—un Cristo ante Pilatos.»

«Nosotros testimoniamos esto y tributamos aplausos a la grandeza del hombre, que, endeble, con su ropa sencilla

de su casa en el momento en que nosotros pasábamos esposados para dirigirnos a otra cárcel. Salía el sol, la niebla se elevaba del valle del Sena, la naturaleza era feliz y pacífica, ni un clamor a nuestro alrededor, y esta buena mirada conmovida de la vieja sirvienta: ¿cómo no iba a sentirme dichoso? No, no habíamos combatido en vano.» (1880, aproximadamente.)

de federado, dominaba y se elevaba cien codos por encima del Pilatos embutido en su uniforme bordado en oro, el cual se avergonzaba de «condenarle»... (196).»

El 17 de noviembre le escribió Elías una magnífica carta, que se conoce por el discurso necrológico de De Greef (octubre 1905 ; ps. 53-55).

Después de la condena sus amigos tenían ya una base suficiente para actuar públicamente en su favor. Ignoro lo que sucedió al respecto en detalle, pero está probado que la señorita Jeanne Dumesnil informó sobre ello a Eugenio Oswald, de Londres, con quien ella había trabado conocimiento en 1869, y que Miss Putnam, la americana—no sé si secundada o no en sus esfuerzos por Washburne—advirtió a los corresponsales ingleses en París y en el *Daily News* y el *Times* podrán hallarse más detalles. Por una información así se enteró de lo ocurrido Richard Heath, el alumno de Eliseo en 1852, el cual le escribió el 18 de noviembre; Eliseo recibió la carta el 7 de enero de 1872 y contestó el 8. (*Corr.*, II, ps. 86-88). Entonces sabía ya que «diferentes sociedades de geografía y, lo digo con reconocimiento, los más célebres sabios ingleses, piden la anulación o la conmutación de mi pena. Me extrañaría que no lo consiguieran...»

El 30 de diciembre H. Woodward, de las sociedades Geológica y Zoológica de Londres, envió la primera petición con 61 firmas, a las cuales vinieron a agregarse otros 33 nombres. Esto será fácil de comprobar ; en la petición se dice : «... nos atrevemos a pensar que esta vida no pertenece solamente al país que le vió venir al mundo, sino al orbe entero, y que si un hombre como este es condenado al silencio o a languidecer lejos de los centros de la civili-

(196) Según Colleau (1905) casi todos los presos de la meseta de Châtillon fueron absueltos en noviembre por el Consejo de guerra o recibieron penas pequeñas. Reclus fué más duramente condenado a causa de su notoriedad y su «actitud firme y digna». Colleau pasó aún cuatro días con Reclus en el Mont-Valérien.

zación, Francia no haría más que mutilarse y rebajar su legítima influencia en el mundo...» Eliseo escribió el 21 de marzo desde Zurich una carta al *Dr. Eugenio Oswald*, de Londres, agradeciéndole «la inmensa actividad que habéis desplegado en mi favor».

«Verdaderamente os habéis ocupado de mí con una perseverancia maravillosa; me habéis disputado a esos desgraciados reaccionarios de Versalles con una constancia que ha despertado mi admiración y la de mis amigos. Al fin habéis acabado por triunfar, pero no sin trabajo. Mi convicción bien firme es que vos y nuestros demás amigos de Inglaterra habéis sido mis verdaderos libertadores...» (*Corr.*, II, ps. 92-93). Esta no debe ser la única carta que entonces escribió Reclus a Inglaterra, pero el Dr. Oswald actuó especialmente, sin duda, como secretario de un comité o algo parecido—lo cual podrán indicar fácilmente documentos ingleses (197).

Después de la condena prosiguieron los viajes de Eliseo de prisión en prisión.

«*Prisión de Chatou*... Arresto simple.»

«Casamatas del Mont-Valiérien»—resumo: frío terrible; agua de enjuagar por todo alimento. Al oficial que cada noche pregunta sobre quejas y reclamaciones se le contesta: no queremos morir de hambre y frío. Este lo oye con sentimiento y saluda ceremonioso; al día siguiente la misma comedia». Después vinieron prisioneros de Saint-Marcouf, los cuales contaban cosas terribles. Reclus considera a Saint-Marcouf como la peor de las cárceles y Fourat, en la desembocadura del Charente, como la más

(197) Eugenio Oswald, nacido en 1826 en Heidelberg, vivía en el destierro desde 1849; se le encuentra por el año 1850 y siguientes como colaborador de revistas liberales francesas cual la *Liberté de Penser*. Vivió muchos años en Inglaterra, no fué nunca socialista, pero sí un demócrata solidario y bien intencionado, insignificante, si se quiere, mas no inmodesto. Murió en los primeros años de la gran guerra.—Elías le conoció en Londres en el transcurso del decenio 1870-80 (P. R., Ishill, pág. 2).

soportable.—Según la *Corr.*, II, ps. 77-78: Encuentro con camaradas de Quélern.

Casa de corrección de *Versalles*. Llegó enfermo y estuvo primero en el hospital a media ración; en la cárcel gran vigilancia, pero no muy severa, etc.—Según la *Corr.*, II, gran ruído, centenares en una prisión para ochenta. Le es penosa la falta de tranquilidad para el trabajo. Su hermano Paul, que había estado en la Gironda, le visitó el 6 de enero, dándole todas las noticias (carta a su hermana Zéline; 7 de enero).

El 15 de febrero su pena fué conmutada por la de *diez años de destierro*.—Inmediatamente fué llevado a la *Conciergerie* de París, después a *Sainte-Pélagie* a la sección de presos comunes; «nuestros espías son sujetos condenados por robo y falsificación»; luego fué trasladado «en coche celular y esposado» (Luisa Dumesnil, *Corr.*, II, p. 88), a la frontera suiza, donde debió permanecer aún en la cárcel de *Pontarlier*. El *Vermersch-Journal* (Londres) comunicó erróneamente el 13 de febrero «que hoy había sido conducido a la frontera italiana».

El 14 de marzo de 1872 entró en Suiza, dirigiéndose naturalmente a casa de Elías a Zurich. «...Acabo de pasar un año verdaderamente duro—escribe a su madre (15 de marzo, ps. 90-91)—, que me espanta un poco cuando recuerdo todo lo que he debido sufrir: hambre, frío, falta de aire respirable, golpes, insultos, groserías de toda especie, espectáculo de males inauditos, dolores morales y sufrimientos físicos (198). Ahora, todo ha pasado para mí como un mal sueño, pero la pesadilla continúa aún para muchos de mis amigos: muchos de ellos valen más que yo, y, menos dichosos, sucumbirán probablemente a las penas. El recuerdo de estos amigos prisioneros me persi-

(198) El 24 de enero de 1884 escribe a Kropotkin sobre la vida en celda: «...yo he probado sólo 4 días, pero estos días fueron siglos, aunque los haya pasado en compañía del gran Spinoza...»

gue siempre y me impide gozar de mi propia libertad» (199).

Tenía la satisfacción de haber sido «sincero y fiel a sus convicciones». Ahora debía trabajar para reconstruir su destruído hogar.

(199) En el II tomo de la *Correspondance,* frente al título, hay una fotografía de Eliseo, hecha el año 1871, que refleja una expresión de gran sufrimiento.

Un libro reciente de un magistrado francés, *Histoire de la Commune de Paris de 1871. La Justice. D'après des documents et des souvenirs inédits* (Historia de la «Commune» de París de 1871. La justicia. Según documentos y recuerdos inéditos), por Georges Laronze (prefacio de Louis Barthou), París, Payot; no es conocido por mí. Esta obra, que está basada en muchos documentos de los archivos y trata también de la represión después de la «Commune»—el número de muertos en los últimos combates y de los fusilados sumariamente es evaluado en ella en poco menos de 20,000—, debe contener materiales que permitirán formarse una opinión sobre el aspecto judicial del proceso contra Reclus, etc., asunto que me es desconocido.

ÍNDICE

Páginas

